

A romantic couple is shown in a close embrace, their faces nearly touching, as they stand in the rain. The woman has long dark hair and is wearing a light-colored top. The man is shirtless and wearing a white tank top. The background is a blurred city street at night, with a car's headlights and taillights visible, suggesting a rainy urban setting. The overall mood is intimate and romantic.

MAR VAQUERIZO
**TU SONRISA
LEJOS DE MÍ**

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Mar Vaquerizo
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Merche Diolch

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Nota de la autora.](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Para mis increíbles sobrinos.
Jaime, María, Pilar y Julia
Os quiero infinito.*

El valiente tiene miedo del contrario,
el cobarde de su propio temor.

Francisco de Quevedo

Un día dejarás este mundo atrás,
así que, vive una vida que recordarás.

Avicii - *The Nights*

Nota de la autora.

Esta novela, al igual que el resto de mis trabajos, tiene una lista de canciones que aparecen a lo largo de la historia.

Si queréis saber cómo suenan esas escenas, solo tenéis que seguir esta guía mientras leéis o buscarla en Spotify, donde la he creado para vosotr@s.

Espero que os guste.

¡Feliz lectura!

PRÓLOGO

—Ha vuelto.

—¿Qué? —preguntó Emma.

—Hugo ha vuelto al barrio. Está aquí —declaró Sira con prisa.

Tomó asiento frente a ella en la cafetería donde solían quedar cerca de casa.

Le costó procesarlo.

En ese momento, Emma se dio cuenta de que no lo había superado, a pesar de que habían pasado unos años desde que se fue.

El azucarillo que intentaba echar en el café con leche, se derramó sobre la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó la amiga preocupada.

—No lo sé —contestó mirándola, debatiéndose entre la emoción y el miedo. Era difícil controlar los sentimientos.

—Vale, respira, ¿de acuerdo? —Emma lo hizo—. Ahora espabila y actúa con normalidad porque ahí viene Diego y también lo sabe —le dijo mirando por encima de su cabeza al gran ventanal tras ella—. Respira —le recordó de nuevo.

Le hizo caso. Respiró tres veces y puso su mejor sonrisa.

Su actual pareja acababa de entrar al bar y caminaba hacia ellas.

CAPÍTULO 1

Madrid. Abril de 2019.

Pensamos que querer a alguien es suficiente, pero a veces no es así. A veces todo se rompe a pesar del amor.

Las despedidas son duras, pero sobre todo si no se ha dejado de amar.

Hugo lo tuvo que hacer.

Era necesario. Pura supervivencia, aunque muy injusto.

Con dieciocho años creemos que las relaciones son definitivas que, si algo sale mal con tu novio o novia del instituto, todo se arreglará, pero los adultos saben que no es así. Lo más probable es que esa persona no sea tu pareja de vida y, en la mayoría de ocasiones, la ruptura se supera en cuanto el ambiente universitario o laboral te absorbe.

Pero a veces...

Algunas veces no se supera.

Emma fue consciente de que no iba a ser un camino fácil después de escuchar a sus amigas, a su madre, e incluso a algún profesor que vio la devastación en ella cuando él se marchó. Quizá nunca lo supere...

Es difícil cuando no sabes qué pasó, sin despedidas... simplemente ya no está.

La cabeza da vueltas y vueltas, y más vueltas pensando en cómo cambió todo de la noche a la mañana siendo felices como eran, estando a gusto juntos, compenetrándose tanto que asustaba.

Eran la pareja perfecta, aunque solo para ellos.

Él parecía el típico chico malo por su aspecto duro, ese que ninguna madre quiere que ronde a sus hijas. Tenía pasión por los coches y las motos, la velocidad... ¿A qué padre iba a gustar?

Vivía en la zona menos agraciada del barrio, aunque solo a unas cuantas calles de Emma.

Sus padres se separaron cuando tenía doce años, su relación de pareja no era buena y él vivía solo con su madre, aunque se llevaba bien con su padre y podía verlo cuando quisiera.

Entraba dentro del prototipo de chico rebelde con familia desestructurada, pero algo fallaba, había un motivo por lo que no encajaba en esa casilla de la que muchos no querían dejarle salir: su intelecto.

Hugo era muy inteligente, una esponja que no necesitaba estudiar horas y horas. Uno de los mejores alumnos del instituto, incluso becado en varias ocasiones para estudiar un trimestre al año en Estados Unidos.

Emma recordaba a menudo el día que entró en clase por primera vez.

Sira y ella estaban sentadas en la parte de atrás.

No les apetecía llamar la atención. Empezaban segundo de Bachillerato, trasladadas del colegio religioso donde habían estudiado desde la guardería y era raro.

No querían seguir allí.

Ambas necesitaban salir a un instituto público donde nadie las conociera, ni su expediente, ni logros académicos antes de pasar a la Universidad.

Si hubieran dado ese paso por separado, quizá se lo habrían pensado dos veces, pero juntas... juntas irían a cualquier parte.

—Quiero irme a casa ya —dijo Sira muy nerviosa. Todos las miraban como si fuesen bichos raros.

Eran las nuevas y encima venían de un colegio de monjas. Tardarían unos días en pasar desapercibidas. O quizá no lo lograrán en todo el curso. Era deprimente.

—Tranquila. Ignórales —señaló Emma mucho más positiva, revisando sus mensajes del móvil antes de que empezara la presentación.

—Recuérdame por qué coño estamos aquí y no cantando *Alabaré* en la misa de bienvenida.

—Porque queremos vivir la vida de estudiante fuera de aquellos muros, de la presión que se respira en cada milímetro de su espacio, ver la luz del sol, la vida de otro color —enumeró divertida las mil razones de las que hablaban cuando planeaban el curso anterior en el patio del colegio el cambio, con su uniforme reglamentario de faldita de tablas y jersey azul marino.

Prometieron que aprobarían todo con buenas notas, como siempre, para superar las pruebas de acceso a la Universidad, pero también para ganarse un poco de libertad parental y disfrutar.

—No sé por qué te hago caso. ¿Y si nos suspenden? ¿Y si esto es el infierno?

Emma rio al ver a su amiga fuera de sus casillas.

Era muy tremendista cuando la ansiedad se apoderaba de ella. En cuanto comenzaran con la rutina, y se diera cuenta de que el instituto era lo mismo que su colegio, pero sin una etiqueta desde que tenían uso de razón, se le pasaría.

Miró en dirección a la puerta y... allí estaba él.

Camiseta negra de manga corta, vaqueros, deportivas blancas y una sonrisa de anuncio que las dejó KO.

Saludaba a sus compañeros después de todo el verano sin verse, pero se notaba que no tenía una relación profunda con la mayoría.

Escuchó algún comentario en un susurro.

Era repetidor.

Hugo la vio al final de la clase y sus miradas se cruzaron.

—Madre mía —susurró Sira lo más discreta que la impresión le dejó—. Empieza a merecer la pena este sufrimiento del cambio.

Emma no contestó, ni siquiera se rio del comentario de su amiga como hubiese sucedido en otras ocasiones.

Se colocó nerviosa en el asiento, intentando disimular lo que sentía por la mirada intensa que le dedicaba y mantenía su corazón a mil por hora.

Hugo observó a las chicas nuevas.

No se hablaba de otra cosa en todo el centro. Ellas nunca se mezclaban con la gente del instituto público y menos en el último curso. No había antecedentes previos.

Desconocía las razones por las que habían apostado por aquel cambio, pero era igual. Le parecía valiente.

Se dirigió hasta el final del aula y sin dudarlo, tomó asiento en la mesa libre junto a ellas.

—Hola. Soy Hugo —se presentó con seguridad.

—Hola. Emma —contestó nerviosa, evitando cruzar la mirada otra vez.

Él miró a la otra chica esperando saber su nombre.

—Sira —acertó a decir.

No dio tiempo a más. Un profesor entró interrumpiendo todas las conversaciones.

Hablaba sobre temario, horarios, el listado de libros de texto y normas, como si lo hubiese hecho cientos de veces antes y le cansara el tema.

Emma apuntaba todo nerviosa. No quería perder información.

Hugo solo escuchaba apoyado en el respaldo de la silla con los brazos cruzados delante del pecho.

En realidad, no perdía ni un detalle de ella.

Se había colocado el pelo castaño claro sobre un hombro, con los rizos ligeros descolocándose al azar; la mano volando sobre el papel con un anillo de plata o acero grande, calado en el dedo corazón, y sin rastro de esmalte de uñas.

Era extraño, todas las chicas que conocía lo usaban.

Le gustó su naturalidad.

Apenas llevaba maquillaje. Un toque de rímel y marcada la línea del agua inferior con lápiz negro muy sutil.

La ropa interior se transparentaba ligeramente a través de la tela blanca de la blusa sin mangas que vestía. Era rosa muy claro.

Cogió aire un segundo y juró que no se fijaría más en ese detalle.

Levantó la vista al cuello. Tenía un lunar en forma de corazón tras la oreja que, con el pelo suelto, no se veía, pero aun teniendo la oportunidad de descubrirlo, dudaba que alguien se fijara.

La gente ya no se detenía en nada que no fuesen ellos mismos, mucho menos en los rasgos especiales. A él le gustaba hacerlo.

Y su olor... Era como la primavera con toques de limón.

—Mierda —la escuchó murmurar interrumpiendo el análisis.

Se asomó al papel.

El bolígrafo que estaba usando se había quedado sin tinta.

Quitó el suyo de la goma de la carpeta, extendió la mano y lo colocó ante el papel.

Emma se giró para mirarle.

—¿Y tú? —preguntó. Sobre su pupitre no había nada.

Hugo se incorporó para colocarse a su altura. Se acercó a su oído.

—No lo necesito.

En la vida suceden cosas, vivimos instantes que lo cambian todo, y aquel fue uno de ellos.

Estaba pegado a ella, susurrándole al oído, envolviéndola con su olor, con todo él.

Lo miró a los ojos un segundo. Muy cerca.

Eran marrones, brillantes y parecían peligrosos, pero algo le decía que no era real, que había mucho más tras lo que quería proyectar.

—Gracias —contestó intentando centrarse en lo que sucedía en el aula y no en él.

—De nada —susurró con voz profunda—. Escribe, porque si olvido algo, me lo tienes que recordar después —mintió. Lo había memorizado todo, pero ella no le conocía y necesitaba una buena excusa para tener una conversación más adelante.

Hoy, en su habitación, Emma sostenía aquel papel de principio de curso en dos mil doce que ya no necesitaba, pero que no era capaz de tirar.

—¿Estás preparada? La furgoneta está aquí —anunció su madre desde la puerta. Sandra

permanecía desde hacía rato observando a su hija. Llevaba unos días algo rara, pero aún no había averiguado por qué—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada. No la veía así desde hacía muchos años. Desde Hugo.

Aquella pregunta la sacó de sus pensamientos.

Dejó el papel dentro de una caja de recuerdos junto al bolígrafo Bic sin tinta que él le prestó aquel día. Se giró para mirar a su madre y sonrió.

—Sí, sí, solo estaba pensando un tema del trabajo. Estoy bien.

Cogió el bolso, la bolsa con el portátil, un paraguas y la gabardina.

Salió del cuarto y besó a su madre en la mejilla con mucho amor.

—¿Vendrás a cenar o te vas con Diego un rato?

Muchas noches se quedaba con su pareja a tomar algo por ahí tras el trabajo.

—No lo sé —contestó pensando en que no era a Diego a quien quería ver desde que se enteró de su regreso—. Te llamo más tarde y te digo, ¿vale?

Un claxon pitó de nuevo.

—De acuerdo. Márchate ya. No hagas esperar más a Rodri y Julián.

Emma bajó en el ascensor hasta la calle y corrió a la furgoneta que le esperaba aparcada en doble fila.

Se subió al asiento del copiloto.

—Buenos días, chicos. Disculpad el retraso —se excusó.

—Buenos días, princesa —contestó Rodrigo, el conductor y asistente mientras le tendía un papel—. Vete preparando porque esto es gordo.

Leyó lo que le daba.

Eran reporteros de las noticias de Canal 3, cubrían los noticiarios del mediodía y la tarde en la calle desde que terminó las prácticas con la cadena. Comenzó con ellas en la universidad y, tras presentar el Trabajo de Fin de Grado, la contrataron.

Ese día debían ir con urgencia al aviso de un hombre que se había encerrado en una sucursal bancaria. Allí. En su propio barrio.

El teletipo decía que lo había hecho desesperado por su situación y no pensaba irse hasta que llegaran a un acuerdo para evitar su desahucio.

—Mierda. Sé dónde es —murmuró al ver la dirección. Estaba cerca del taller del padre de Hugo y, por lo que le habían dicho, él también trabajaba allí.

—Pues espero que estés lista porque quieren que lo cubramos desde ya para el programa de la mañana.

Emma suspiró.

Cuando había noticias así, lo disfrutaba mucho. Era una gran oportunidad para que la vieses y poder ascender en su trabajo, al menos para asentarse en la cadena y firmar un contrato indefinido, pero ese día no estaba de humor. Mucho menos si el hecho sucedía cerca de su casa.

—Lo estoy —declaró concentrándose en el suceso que tenía que cubrir y dejando de pensar en lo demás.

CAPÍTULO 2

Hugo estaba revisando el eje de la dirección debajo de un coche, cuando escuchó las sirenas de la policía pasar a toda velocidad ante su taller.

No dio importancia a las dos primeras, pero a la cuarta, estaba claro que algo serio pasaba.

Elevó un poco el vehículo apretando el botón de un mando grande conectado a un cable grueso que había allí dentro, y se impulsó con los brazos para salir del foso por un lateral libre. Nada más salir se acercó a una pila, se lavó un poco, cogió el trapo limpio que le colgaba del bolsillo trasero y se secó las manos, y la cara mientras se acercaba a la puerta.

—¿Dónde vas? No te acerques allí. Solo tendrás problemas.

—Tranquilo, papá. Por mirar no detienen a nadie —declaró palmeándole el hombro. Estaba mayor, pero aun así seguía queriendo supervisar todo.

—No, pero por estar en el sitio que no se debe, sí —murmuró intentando que fuera para sí, pero lo escuchó.

—Ahora vengo.

No le dio opción a replicar. Salió del taller en dirección al bullicio y las sirenas.

Llegó enseguida. Todo estaba sucediendo a pocos metros de allí.

La gente se situaba alrededor de la sucursal bancaria donde la mayoría de los ancianos del barrio tenía sus ahorros. Fue la primera que abrieron y casi todos conservaban sus cuentas.

—¿Qué sucede? —preguntó a Eugenio, el propietario de la floristería.

—Parece que Anselmo se ha encerrado en el banco con una pistola y dice que no se mueve de allí hasta que le den una solución al desahucio.

—¿Le van a desahuciar? —preguntó Hugo sorprendido. Siempre le había parecido un hombre solvente.

—Sí. Por lo visto su hijo abrió un negocio que no le fue bien y él lo había avalado con la casa. Ahora se la quieren quitar para saldar la deuda. Su hijo está en paro y no tiene dinero para los acreedores.

Hugo negó con la cabeza.

¿Qué hijo permite que sus padres arriesguen su único seguro por un negocio? Él sabía bien lo que era salvar lo poco que su familia poseía.

—¿Y qué narices hace con una pistola? ¿No la devolvió? —se interesó por el arma.

—Eso parece.

El anciano desahuciado era un militar retirado.

Debía tener el arma escondida en casa. Nadie lo sabía.

—Gracias —dijo al hombre antes de marcharse. Quería estar más cerca.

—Ten cuidado, hijo —murmuró viendo cómo se aproximaba.

Caminó entre el gentío hasta situarse junto a una furgoneta de un canal de televisión. Era pronto, el asalto acababa de pasar y aún no habían llegado más.

Desde allí se veía muy bien la puerta, incluso, si agudizabas la vista, podías ver los movimientos del interior.

Tres, dos, uno. Se escuchó a su espalda.

—Estamos en directo desde la sucursal bancaria donde, esta mañana, un hombre de sesenta y ocho años se ha encerrado para reclamar una solución digna ante su inminente desahucio. Al parecer, el negocio fallido de su hijo ha llevado a la familia a la ruina, ya que los progenitores avalaron dicha operación con su vivienda...

Hugo escuchaba la historia de Eugenio sorprendido, pero no por la información certera, sino por quién lo contaba.

Emma estaba de espaldas, no le veía, pero Hugo, sí. Era la reportera.

Ya le había llegado alguna información sobre eso.

Pensó en buscarla en internet, pero el taller no dejaba tiempo libre si no quería ver a su padre en la misma tesitura que aquel hombre.

El cuidado de su madre se llevaba el resto.

Todo eso era verdad, pero también que verla le recordaba muchas cosas que creía que aún no estaba preparado para afrontar.

Sus rizos ligeros seguían rebeldes, el pelo sobre un hombro y el lunar con forma de corazón en su lugar.

Desde su posición no lo veía, pero sabía que estaba allí.

Agudizó la vista. Parecía que también tenía un pequeño tatuaje en la nuca.

Sacó el móvil e hizo una foto.

Agrandó la imagen e indagó donde pensaba que lo había visto.

Parecían estrellas.

Sonrió mordiendo el labio al ver el símbolo.

Volvió la vista hasta el puesto de prensa y descubrió que ya no estaba.

Miró alrededor buscándola. Caminaba por la línea policial.

Se colocó al final de la misma, en un lateral de la sucursal, sin que los agentes se percataran de su osadía. Apenas había un par de patrullas y no daban abasto para acordonarlo todo correctamente.

Ella tenía ventaja.

—¿Qué coño haces? —murmuró enfadado para sí. Se encaminó hacia ella.

Un disparo sonó en el interior.

Hugo se descompuso.

Las cosas estaban poniéndose feas y ella no tenía que estar allí.

Anselmo salió a la puerta de la sucursal y pidió a voz en grito que alguien contase la verdad de lo que estaba pasando, que por cinco mil euros que se debían, les habían arruinado la vida.

—No, no, no... —decía Hugo para sí entre dientes, intuyendo lo que iba a pasar. Conocía a la reportera lo suficiente para que el instinto no le fallara al respecto.

Emma apareció de la nada.

Anselmo vio el micrófono, y, con ello, su oportunidad. La apuntó con la pistola haciendo que se acercara.

Hugo vio como el miedo la paralizaba unos segundos, pero después se recomponía y caminaba decidida hacia el anciano.

—¿Qué haces? —gritó Julián, su cámara desde un metro más atrás.

—Conozco a este hombre. Tú sigue grabando desde allí —pidió bastante serena para lo que estaba sucediendo.

—Don Anselmo, tranquilo. Cuéntemelo todo —pidió la reportera llamándole por su nombre.

—¿Eres tú, Emma? ¿La nieta de Engracia? —preguntó creyendo reconocerla.

—Sí —contestó con media sonrisa alentadora.

—Tú me vas a creer, ¿verdad que sí, bonita? —continuó con su lucha emocionado.

—Don Anselmo, deje la pistola y Emma lo grabará todo —intervino Hugo poniéndose delante de ella, cubriéndola con su cuerpo—. ¿Verdad? —preguntó a la mujer mirándola de soslayo.

La periodista asintió. Su presencia la había dejado muda.

Estaba allí, con su ancha espalda ante ella, su olor a madera y sándalo mezclado con gasolina, la voz más profunda de lo que recordaba y su calor:

—No va a hacerme daño, ¿verdad, don Anselmo? —preguntó más serena, poniendo una mano sobre el fuerte brazo de Hugo para que se relajase un poco.

Ambos temblaron por el contacto. Intentaron centrarse inquietos en la difícil situación.

Al jubilado no le dio tiempo a contestar. Un par de policías se colocaron tras él aprovechando el despiste del anciano con la conversación.

Con el mayor cuidado que pudieron, dadas las circunstancias, redujeron al hombre y lo desarmaron.

Hugo se giró para protegerla, encerrándola entre sus brazos, empujándola fuera de allí.

—¡Zona asegurada! —gritó un policía tras hacerse con el arma.

Emma tenía la respiración entrecortada, mezcla de los nervios por su cercanía y la adrenalina de la situación.

—Gracias —susurró mientras decidía si era el momento de mirarle a los ojos sin sufrir las consecuencias.

—No vuelvas a ponerte en peligro de esta manera, por favor. Prométemelo —rogó Hugo en un hilo de voz en su oído con el corazón en la garganta. Lo había pasado mal de verdad.

El tono que Emma escuchó, hizo que levantase la cabeza. Estaba preocupado.

—Lo intentaré —acertó a decir contemplándole por fin.

Se miraron unos segundos en silencio.

Los recuerdos les barrieron de arriba abajo.

—Hola —dijo él muy cerca de su boca, ahogando un suspiro con torpeza.

—Hola —susurró ella sintiendo el calor de su piel, aunque no la tocaba.

Si aquella mirada tan íntima hablase, lo haría de amor, sentimientos a flor de piel, atracción...

—Siento interrumpir —dijo Rodrigo en voz baja, sorprendido por la actitud de su compañera con aquel desconocido que estaba claro que no lo era tanto para ella—. Te llaman de la redacción. Es importante.

—Voy —respondió levantando la mano para que esperase.

—De verdad que tienes que ponerte... —insistió mirando a aquel tipo que no apartaba los ojos de Emma.

—Invéntate algo —dijo mirándole enfadada—. Diles que estoy hablando con la policía, por ejemplo ¡Cualquier cosa!

—Pero...

Emma no contestó, solo levantó la mano para que parase de nuevo de hablar y mantuvo la mirada en Hugo. Su ayudante se marchó molesto, pero sobre todo extrañado. No replicó más.

—Estás preciosa —dijo Hugo acercando los dedos a los ligeros rizos del pelo, pero no llegó a tocarlo. Tenía las manos sucias del trabajo o al menos no lo suficiente limpias para ella.

Emma se emocionó al escucharle. Cerró los ojos aguantando la compostura.

Hugo acercó el rostro a su pelo. Respiró su olor.

Ahora que la había visto, iba a necesitar una gran dosis de fuerza de voluntad para sobrevivir a la dureza de su regreso... o de ella. No había más opciones y tenía muy claro cuál iba a elegir.

—Te fuiste —le reprochó con la voz quebrada, sintiéndole muy cerca.

—He vuelto —declaró incapaz de callarse. Había oído que tenía pareja y planes para vivir juntos. En el barrio era una celebridad. Todos estaban atentos a su vida y hablaban. Era difícil mantenerse al margen.

—Tengo que irme —susurró Emma en un hilo de voz, respirándole, sintiendo su calor en cada milímetro de su cuerpo sin tocarse, sus labios tan cerca que temblaba entera solo de imaginar que llegaban a su boca.

No se movió durante unos largos segundos.

Su mente y su cuerpo no se ponían de acuerdo sobre qué hacer.

Hugo luchó por no besarla. Ella no se marchaba como había declarado y tenerla delante era tan duro...

Emma se recompuso como pudo y no lo dudó más.

Se dio media vuelta y caminó a toda prisa en dirección a sus compañeros.

Era momento de atender esa llamada.

Si no lo hacía, iba a besarle.

CAPÍTULO 3

Sira corría calle arriba hacia la furgoneta del canal de noticias en busca de su amiga. Trabajaba en el barrio en un despacho de abogados y salió hacia allí en cuanto se enteró del secuestro, y vio a su amiga en la televisión.

En cuanto la vio en brazos de Hugo, fue como si el tiempo se hubiera rebobinado y hubiesen aparecido en un día cualquiera de 2012. Como si nada hubiera cambiado entre ellos. Era extraño, pero a la vez predecible.

Aguardó a una distancia prudente hasta que vio como Emma se marchaba.

Aquel tipo la quería de verdad. Solo había que verle cerca de ella. Sus gestos, y esa mirada tan profunda y sensual que solo le dedicaba a Emma desde que lo conocieron, hablaba por su boca.

Lo observó coger aire profundamente mientras veía como ella desaparecía en dirección al vehículo de la cadena de televisión y cogía un móvil que le tendía uno de sus compañeros.

Se acercó con cautela al hombre.

—Estás hecho un asco —mintió. Estaba mucho más guapo que antes, los años le hacían más atractivo, pero era un clásico entre ellos.

—Y tú guapísima —contestó sonriéndole con cariño.

Sira se acercó para abrazarle, pero él no la dejó.

—¡Venga hombre! Me importa un comino tu olor a coche. Quiero un abrazo.

Hugo cedió y se lo dio con emoción.

Había echado tanto de menos el barrio, su casa, a las personas importantes que dejó allí, que reencontrarse era una gran alegría, pero también doloroso.

—Me alegra mucho verte, Sira. Estás increíble —declaró cogiéndole la cintura para alejarla y verla bien.

—Y yo a ti, Hugo. Mucho —le dijo emocionada—, aunque estoy un poco enfadada porque no nos has llamado nada más volver —le recriminó.

Asintió con un nudo en la garganta.

Quería hacerlo, todos los días pensaba en ello, pero había mucho que explicar y no estaba seguro de estar preparado para ello, sobre todo para Emma.

—Ve con ella. Nos vemos pronto. Tengo que volver al trabajo —se excusó.

—Lo sé —contestó.

Sabía muchas cosas sobre los padres de Hugo, quizá demasiadas, aunque se lo ocultaba a Emma. No quería remover el pasado, ni que se sintiera atrapada en una historia que ya no le correspondía.

Él se fue y su relación terminó. Esperaba que la vuelta de Hugo sirviera de algo.

Lo dejó marchar.

Ella se encaminó en dirección a su amiga, quien hablaba por teléfono y le temblaban las manos.

Estaba segura de que no era por lo que había sucedido con don Anselmo en el banco. En la tele se la veía de los más segura o al menos ocultando bien el miedo.

Aquello tenía que ver con el morenazo que se acaba de largar.

Se colocó a su lado mientras hablaba con alguien importante del trabajo. El tono lo delataba.

Le cogió la mano, ella entrelazó los dedos con los suyos y después la miró.

Hablaba sobre no volver a ponerse en riesgo. Estaba de acuerdo con su interlocutor, fuera quien fuera.

Colgó.

Cogió aire antes de hablar sin quitar ojo al operativo frente al banco. Seguía trabajando, aunque no estuviera en antena.

—He visto a Hugo —fue su frase estelar.

Sira sonrió apretando los labios sin mirarla.

—Yo también y está tremendo —contestó mirando a su amiga.

—Me tiembla hasta el pelo. Creo que necesito sentarme un buen rato o me desplomaré.

—Buena idea porque aquel coche que viene calle arriba, es Diego. Respira hondo.

Emma miró en la dirección que le indicaba.

Sí, era Diego. De nuevo tan oportuno.

Era como si oliese la tierra mojada de la tormenta sobre su cabeza a kilómetros.

—Muy hondo —respondió sin poder quitarse a Hugo de la cabeza, ni su perfume tan personal, ni la sensación que le había dejado en el cuerpo al tenerle cerca.

—¿Estás bien? ¿Se puede saber qué se te pasaba por la cabeza? —gritó Diego saliendo del coche hecho un basilisco nada más parar.

—Estoy bien. No ha pasado nada —respondió nerviosa a sus preguntas.

—¡Pero podía haber pasado! —gritó más enfadado. Esas respuestas lo incomodaban.

—Te recuerdo que es mi trabajo —espetó cabreada.

—Y yo que podías haber muerto —se enfrentó aún más.

Emma lo miró molesta. Llevaba una temporada comportándose de una forma que no le gustaba.

Desde que habían empezado a plantearse la posibilidad de vivir juntos, estaba siendo un poco controlador con su trabajo. Ya habían discutido un par de veces por ello, cuando antes nunca se interponía, y mucho menos ponía en duda su forma de actuar en los reportajes.

—Chicos, haya paz. Todo ha salido bien. ¿Por qué no os calmáis?

Emma se frotó la frente con los dedos.

Le dolía la cabeza y lo que menos le apetecía era aguantar esa charla.

—Estoy bien, ¿vale? Tengo que volver al trabajo —dijo a ambos—. Podéis regresar a los vuestros. Esta noche hablamos.

—¿Acabo de llegar para verte, después de lo que ha pasado, y me dices que me vaya? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Nada! —gritó—. No me pasa nada ¿Y a ti? —intentó continuar con un tono más suave, pero lo cierto era que la presencia de Diego le molestaba. Esa actitud sobreprotectora de los últimos meses estaba rozando lo inapropiado. Justo hoy, con todo lo que había sucedido, era la gota que colmaba el vaso—. Tengo que trabajar y necesito concentrarme —explicó intentando apaciguar su extrema preocupación—. Venga, volved al trabajo y esta noche intentaré llegar pronto y tomamos algo —propuso para deshacerse de él. Tenía mucho en lo que pensar y no

quería pagar su tornado emocional con ellos.

—Te invito a un café antes de marcharte —propuso Sira al novio de su amiga—. Ella tiene que hablar aún con la policía y los jefazos del canal. Cuanto antes siga con lo suyo, antes acabará —mintió, intentado dejarla un poco de vía libre. Si la conocía como creía, sabía lo que iba a hacer en cuanto tuviera ocasión. Lo necesitaba y era la única forma de seguir adelante de forma sana—. Nos vemos esta noche —le siguió el rollo dejando un beso en su mejilla.

—Gracias —susurró antes de que se alejara.

Sus miradas se cruzaron cómplices.

—Luego nos vemos —refunfuñó el novio, haciéndose la víctima y protagonista de la situación sin serlo.

Se acercó a sus labios y la besó con rapidez.

Emma lo sintió extraño, como si le hubiesen cortado de raíz todo vínculo con él, como si esos hilos invisibles que unen a las parejas hubiesen desaparecido.

Miró a Sira de soslayo con preocupación.

Su amiga, en lugar de asustarse, sonrió como si supiera que eso era lo que tenía que suceder.

—No pasa nada —aseguró en respuesta a su gesto intentando darle ánimo, disimulando que lo decía por dejarles tirados—. Aprovecha bien el tiempo, que nosotros nos vamos a tomar algo —se despidió guiñándole un ojo.

Vio como se alejaban mientras su ayudante y el cámara se acercaban.

Cogió aire y se recompuso.

—¿Qué tenemos? —les preguntó con aparente tranquilidad, pero solo era un espejismo momentáneo.

—Hemos sacado unos planos de la sucursal y de la zona circundante. Tenemos grabado el momento en que te acercas y detienen al asaltante, pero no se ve muy bien al hombre que te protege. Necesitamos un buen plano de él y estaría genial que hablase a cámara.

Emma imaginó la cara de Hugo al pedirle las declaraciones y no pudo evitar sonreír.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso. Se ha ido —zanjó el tema.

—Parecías conocerlo —intervino su cámara enseñándole el vídeo que les había sacado sin ellos saberlo. Era su acercamiento.

Desde luego, esa forma de mirarse no era de dos desconocidos, ni siquiera de dos conocidos al uso, había mucho más.

—No lo vamos a sacar —ordenó con rotundidad—. Montaremos la noticia con lo que tenemos.

—Pero... —comenzó el hombre.

—Pero nada, Julián. He dicho que no va a salir y no va a salir —insistió rozando el enfado.

Rodrigo, su ayudante, viendo que las cosas no estaban fluyendo con normalidad, asintió y, cogiendo al cámara del hombro, tiró de él en dirección a la furgoneta.

—Anda, descansa un poco. Vete a tomarte un café y llama a tu madre. Seguro que está al borde del infarto —le aconsejó antes de alejarse con el compañero.

Emma le hizo caso.

Cogió su bolso, sacó el móvil y se encaminó fuera de la zona donde los vecinos se agolpaban, dejando a su equipo hacer su trabajo.

Habló con su madre. Estaba muy nerviosa, pero Sira ya la había avisado de que todo estaba

bien. Se lo agradeció mentalmente.

Su trabajo era divertido, nunca sabía dónde estaría al día siguiente, ni qué noticia le tocaría cubrir. A veces eran agradables, otras trágicas y algunas, como aquella, peligrosas.

Todos lo asumían, pero eso no quitaba que lo pasaran mal.

Sin darse cuenta, se había encaminado en dirección al taller de Hugo.

Cuando colgó, estaba ante la puerta.

Él la miraba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó limpiándose las manos con un trapo ya sucio.

Lo observó confundida.

—No lo sé —contestó sincera, allí plantada con el móvil en la mano.

—¿Emma? —preguntó el padre.

Aunque todos vivían en el barrio, no tenían trato tras la separación. Sus allegados intentaban evadir los temas que sabían que le hacían daño.

—Hola, Alfredo —saludó al hombre que sonreía como si hubiese visto un ángel.

—Oh, hija, estás preciosa —declaró con los ojos humedecidos. Si no hubiese sido por esa muchacha, Hugo no se habría marchado y ahora, estaría en alguna prisión con un futuro desastroso—. ¿Quieres un café? —preguntó animado. Miró a su hijo—. ¿Dónde han quedado tus modales?

Hugo iba a replicar, pero decidió no hacerlo.

Con un gesto de la mano la invitó a pasar.

Alfredo sonrió.

—Ten cuidado no te manches, hija. Está todo lleno de grasa —aconsejó como si ella nunca hubiese estado allí, y lo cierto es que había estado más veces de las que él sabía. En otro tiempo, en otra vida.

Obedeció si decir nada.

Lo siguió como un autómata.

A ella la seguía Hugo, vigilando de que no tropezase con alguna pieza o herramienta, sin perderse ni un solo detalle de sus movimientos y aceptando que ella hubiese sido tan valiente de llegar hasta allí, no como él, que aún no había sido capaz de decir a sus amigos que había regresado.

Entraron a la oficina y, al contrario de lo que recordaba y se esperaba para un sitio así, estaba muy limpia. Se notaba que Hugo había tomado las riendas del negocio. El tema era saber por qué.

—Sales muy guapa en la tele, pero al natural, lo estás más —apreció el hombre mayor intentando entenderse con la moderna cafetera de cápsulas.

—Déjalo, papá. Yo lo haré —se ofreció su hijo. Necesitaba organizar la cabeza y los sentimientos.

—Gracias, don Alfredo. Usted siempre me ha visto con buenos ojos —contestó agradecida.

—Cuando no había bebido demasiado o se dignaba a aparecer —murmuró Hugo para sí. No habían tenido una buena relación y, aunque su padre no lo recordara por las múltiples lagunas que tenía en la cabeza por su alcoholismo, él sí, y le costaba no tenerlo en cuenta.

Emma no le escuchó, pero según se tensaron los músculos de su espalda, no lo necesitaba. Ya lo había vivido antes.

Hugo sirvió el café a su padre en silencio.

El hombre, viendo que escaseaban las palabras en su presencia, decidió tomarlo rápido para salir de allí.

—Sigo con el Fiat. Vosotros poneos al día —se excusó retirándose para continuar con el arreglo del coche que tenía entre manos minutos antes.

La pareja se quedó sola.

Emma daba vueltas a su café con la cuchara sin parar. Era le excusa perfecta para no mirarle.

Él tomó un trago del suyo sin decir ni media palabra.

Pasaron un par de minutos esquivándose, pero ya no aguantó más.

—¿Qué haces aquí? —preguntó no muy segura de querer saber la respuesta.

Hugo estuvo a punto de contestar con un ¿y tú?, pero se mordió la lengua. No era ella quien tenía que dar explicaciones.

—Mi madre está enferma. He venido para cuidarla —explicó escueto. Le dolía el alma por ello.

—Lo siento mucho, no tenía ni idea. Si lo hubiese sabido la habría llamado —contestó sincera. La rapidez en la respuesta lo demostraba.

—Lo sé. No te preocupes. Ella no quería que nadie lo supiera, pero un error en los historiales de datos de la Seguridad Social, destapó el problema. Llamaron a mi padre pensando que era su número y, sin querer, se enteró de todo. Contactó conmigo enseguida y aquí estoy —contó con triste sonrisa.

—Si necesitáis algo, por favor, no lo dudes. Tengo mucho cariño a Carmen.

Hugo asintió. Lo sabía. Su madre a ella también, y siempre le reprochó lo mal que se portó con ella, pero era mejor así...

—Ya he visto que a ti te va muy bien. Me alegro mucho. Lo conseguiste —la halagó.

—Decir que lo conseguí, es aventurarse mucho. Solo llevo un año en el canal. Digamos que estoy en ello —dijo ruborizada por los piropos. Él siempre la animó a seguir adelante con sus sueños y expectativas. Tenía las posibilidades tanto intelectuales como económicas. Debía hacerlo.

—¿Y tú? —preguntó por su presente.

—Ya me ves —dijo abriendo los brazos abarcando el espacio—. Mecánico, el sueño de mi vida.

Emma no sonrió. No era verdad.

Él quería ser ingeniero automovilístico y crear coches de carreras, su pasión.

—¿No te ha ido bien estos años? —preguntó no sin dolor. Que la dejara fue el palo de su vida y aún no tenía claro el porqué, pero si estaban hablando de todo eso, tenía que preguntar.

Claro que le había ido bien. Si se fue de allí, fue porque la situación tan comprometida en que le ponían las deudas de su padre, no acabaran con él y su futuro.

Se marchó a Estados Unidos. Allí tenía a la familia que le acogía cuando le concedían las becas y pudo formarse como ingeniero. Lo que quería.

Construía coches para la NASCAR, también desarrollaba proyectos de mejoras en los motores. Ya tenía varias patentes registradas a la espera de un comprador, y esperaba dar el salto a la Formula 1.

También había pilotado algún coche en varias ocasiones. Era un buen piloto, ya lo demostró años atrás, pero su madre estaba por encima de todo eso, incluidos otros riesgos más peligrosos que conllevaba su vuelta.

—He sobrevivido —contestó en cambio.

A Emma no le importaba su estatus social, nunca lo había hecho, ni a qué se dedicara, pero estaba de paso.

Pensaba marcharse en cuanto tuviese la oportunidad, o al menos ese era el plan inicial. Ahora que ella se había labrado un buen futuro, no deseaba arrastrarla con él. Nunca había querido que eso sucediera.

—Sobrevivir ya es mucho, Hugo. Enhorabuena. Tu lastre es difícil de llevar —le contestó refiriéndose a sus padres y su situación, tanto la pasada como la futura.

—Hago lo que puedo —susurró con la voz entrecortada por la emoción de lo que significaban aquellas palabras, de la dureza que implicaban y ella nunca supo.

Ambos se miraron en silencio.

Emma no podía evitar que los sentimientos resurgieran.

Dejar de quererle fue lo más duro que había tenido que hacer en su vida y ahora se daba cuenta de que tanto esfuerzo no había servido de nada.

Quería preguntarle por qué se fue, qué pasó, gritarle para que le diera alguna explicación, pero ya no sentía ese resentimiento por él y, sinceramente, no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Creo que será mejor que me vaya. Me estarán buscando —anunció levantándose.

—¿Tienes que hacer otra conexión? —se interesó preocupado, aunque intentó disimular esto último.

—Seguramente —afirmó terminando de abrocharse la gabardina y colgándose el bolso del hombro.

No la dijo nada, ni le recordó lo que le dijo cuando la protegió. Tan solo la miró con intensidad. Sabía que no necesitaba más.

Emma recordó cada una de esas palabras y su contacto, el olor, el calor...

—Cuidate —pidió escueto levantándose de la mesa.

—Tú también —contestó en un hilo de voz, con el corazón a mil por hora en la garganta.

CAPÍTULO 4

Otoño 2012.

Era raro que Emma hiciera sola el camino de vuelta a casa. En el par de meses escasos que llevaba en el instituto público, siempre iba acompañada de su amiga Sira, menos aquel día.

Hugo salió de clase con la prisa de siempre, sin esperar a nadie ni fijarse en nada.

No quería hacer esperar a su madre para comer. Además, tenía que ayudar a su padre en el taller con un Ford Mondeo que se le resistía y debían entregar a última hora de la tarde. Por la noche estudiaría un rato para los exámenes de Química y Matemáticas.

Pero aquella moto salió de la nada y fue directa hacia ella.

Adrián era el piloto, aunque todos le conocían como El Chino por sus ojos almendrados.

No lo soportaba. Era un tipo prepotente del colegio de pago del barrio que se creía que todo era suyo solo por tener más pasta.

Al parecer, ese poder incluía a Emma desde aquel instante.

—Hola, preciosa. ¿Dónde vas tan sola? ¿Y tu amiga?

Hugo le escuchó y automáticamente bajó el ritmo de sus pasos. Su instinto le decía que tenía que vigilar sus intenciones.

Parecían conocerse, pero no se fiaba. Aquel tipo no era conocido por tratar bien a las chicas precisamente.

Lo hubiese hecho por cualquiera, pero Emma era especial. Le importaba.

—Hola, Adrián. Voy a casa —contestó escueta, pero educada.

—Monta que te llevo —ordenó más que pedir.

—No, gracias. Quiero pasear para despejarme. Me espera una tarde de encierro para el examen de mañana.

—¡Venga, hombre! Nunca quieres subir conmigo —alegó en otro intento—. ¿Me cuentas por qué?

Emma cogió aire.

No le gustaba ese chico. Era prepotente y controlador. Había visto lo mal que trataba a sus novias pero, aunque no supiera esa parte, su actitud, su forma de hablar a la gente, no le gustaba. Le quería lejos.

—Te agradezco mucho la oferta, pero no voy a subirme a tu moto —contestó sincera, a pesar de los temores por cómo se iba a tomar sus palabras. Lo mejor era dejar las cosas claras cuanto antes. El gesto amable de Adrián se tornó molesto. No le había gustado aquello—. Lo siento.

—Sigues sin darme una razón de peso —insistió más serio, tras poner la pata de cabra del vehículo.

Se bajó para acercarse a ella. Era alto e imponente. Sacaba una cabeza a la chica, y sabía que en esa posición lo era más.

Intentó disimular que no le gustaba la respuesta con media sonrisa, pero no le salió bien.

Hugo estuvo a punto de avanzar hasta él como una bala, pero aguantó un poco más.

No era nadie para Emma como para entrometerse. Tampoco sabía si le gustaba, si le

apetecía estar con un tipo como aquel, aunque su instinto y lo poco que la conocía, le decía que la situación era incómoda para ella.

Emma miró a su interlocutor con seguridad, sin mostrar ni un ápice de lo intimidada que se sentía.

—Lo siento. No me gustan las motos —intentó explicarse con amabilidad, acompañando las palabras de una bonita sonrisa.

Hugo la vio apoyada en la valla que delimitaba la acera con la calzada mientras hacía que hablaba por el móvil.

Sabía que le sonreía por necesidad. Apretaba el asa de su bolso con más fuerza de la necesaria y las uñas de la mano que sostenía la carpeta estaban blancas por la presión.

Estaba incómoda. Las pruebas la delataban pero, aun así, le dolió ver su sonrisa para otro.

—Eso es porque no te has montado conmigo —machacó con el tema—. Podemos ir a dar una vuelta y luego te llevo a un mirador donde podemos ver el atardecer y pasar un rato a solas —propuso acercándose aún más para imponer su superioridad física.

A Emma le temblaron las piernas.

Aquel tipo era famoso por sus episodios de ira y no quería provocarle uno, pero ¿qué podía hacer? Aceptar no era una opción. Debía pensar bien qué decir y usar las palabras con delicadeza.

—Ya estoy listo. Nos podemos ir —apareció Hugo en escena. Se colocó por detrás de la chica, el torso pegado a su bonita espalda para que aquel tipo entendiese el gesto de protección, imitando una falsa cercanía entre ellos, pero sin tocarla. Ella notó cómo su cuerpo reaccionaba a su calor al instante, a su olor, al tono de voz, pero con mucha más intensidad a lo habitual cuando estaban sentados juntos en clase. Respiró aturdida por las sensaciones—. Perdona por hacerte esperar —se disculpó girando la cabeza lo justo para mirarla con aplomo para que le siguiera la corriente. Cuando ella asintió comprendiendo, se volvió un poco para mirar a aquel tipo—. Hola, Chino. ¿Qué tal? —saludó con normalidad.

La chica respiró más tranquila. Aquel tipo no iba a conformarse con sus explicaciones, pero, al aparecer Hugo en escena, se había salvado. Al menos por esta vez.

—Ahora mismo, Huguito, muy cabreado —contestó con dureza mirándole con desprecio.

El interpelado no contestó, aunque el diminutivo que empleaba para dirigirse a él no le gustaba.

No debía olvidar por qué se había metido en aquel embrollo.

Emma.

Proteger a Emma.

—Vaya, lo siento. Espero que no sea nada grave —respondió con calma, empleando un tono que quiso parecer preocupado que le salió muy bien, como si hubiese entendido otra cosa, aunque sabía perfectamente que su estado se debía a que le había estropeado los planes—. Nosotros tenemos que irnos. Ya sabes, hay que preparar el examen de mañana.

Le retó con la mirada unos segundos.

La tensión entre ellos era brutal, pero no solo por aquello, ya habían tenido sus rifirrafes antes.

La competitividad de Adrián para conquistar a las chicas, la diferencia de estatus social, las motos, los coches... Cualquier cosa era motivo de pelea para él.

Hugo evitaba todo aquello, pero a veces, no lo podía esquivar.

—Espero que aprobéis. Otro día nos damos esa vuelta, preciosa —dijo a Emma, cambiando el gesto del rostro a uno que intentaba ser más amable, pero que no consiguió.

Su mano se quedó a medio camino de coger a la chica por la cintura, pero Hugo se irguió seguro tras ella y Adrián se contuvo.

—Hasta luego —contestó Emma antes de que todo se descontrolase otra vez, sin rechazar la oferta, pero tampoco aceptarla.

No quería que una más que posible explosión de ira cogiese a Hugo cerca. Aquel tipo desprendía odio hacia él sin necesidad de expresarlo y no quería provocar la excusa para pegarle.

Adrián caminó hacia atrás los escasos pasos que le separaban de su moto, se colocó sobre ella, encendió el motor, aceleró varias veces para que todo el mundo escuchase como rugía mientras la sonreía pavoneándose y se marchó.

La pareja guardó silencio mientras lo veían alejarse.

Emma respiró.

Hugo relajó los músculos de su espalda y brazos, y destensó la mandíbula que apretaba sin darse cuenta.

Tras unos segundos, se miraron.

Emma estaba nerviosa, pero no como segundos antes cuando temía lo que pudiese hacerle Adrián.

Sentía mucha atracción por Hugo y ahora, a solas tras lo sucedido, después de aquella inesperada protección, se había incrementado todavía más.

Él sintió como le hormigueaban aún las manos por la tensión acumulada en sus puños preparados.

Aquel tipo era imprevisible y, aunque había medido mucho sus palabras y cómo intervenir para no despertar a la bestia, podía haber sucedido una desgracia.

Emma era una chica preciosa, simpática, divertida que, si caía en manos de aquel tipo, solo viviría la cara más amarga del amor, si es que se podía llamar amor a lo que le ofrecería. Lo sabía bien. Otras ya habían pasado por ello.

Debía prevenirla, ayudarla en aquel momento para evitar que se subiera a esa moto, pero él no era quién para decidir por ella, ni decirle lo que tenía que hacer...

Estaba en una posición complicada, no quería interponerse, pero tampoco que la hicieran daño.

Ella era muy inteligente y tenía claro por su actitud que no iba a darle oportunidad, pero aun así...

Emma se giró para enfrentarse a él. Estaban muy cerca.

—Gracias. No sabía cómo...

—Tranquila. No importa —se adelantó antes de que acabase la frase—. Lo estaba viendo un poco más atrás y pensé que te venía bien que te echara una mano —terminó mirándola con intensidad.

—Sí —murmuró cogiendo aire—. Es muy insistente cuando quiere... No sé si hubiese podido deshacerme de él sin tu ayuda. Gracias.

Quería decirle que era un impresentable, un tipo que jugaba con las mujeres y le daban igual las consecuencias, pero se lo calló.

—De nada —contestó a cambio.

Ella sonrió. Él también.

Ninguno se movió del sitio.

—Tengo que ir a casa. Debo estudiar para el examen de mates de mañana a ver si soy capaz de aprobar

—Claro. Yo tengo que ir a comer y luego tengo asuntos que resolver. ¿Vamos? —preguntó señalando el camino. Parecía que ambos iban en la misma dirección.

Emma asintió e inició el paso. Hugo se colocó a su lado y acomodó sus largas zancadas a las de ella.

—¿No vas a estudiar? —preguntó sin pensar en lo chismoso que había sonado. Enseguida se dio cuenta de su error—. Perdona, no tienes que contestar. Solo pienso en eso—se disculpó.

Hugo sonrió solo con la mitad de la boca.

Tenía una sonrisa muy sexi y estaba segura de que él lo sabía.

Miró al suelo ruborizada por lo que le pasaba por la cabeza.

—Repasaré un poco esta noche. No necesito más.

Emma enarcó las cejas arrugando los labios. Se había dado cuenta de lo brillante que era y aún no entendía por qué tenía esa fama de chico malo que se metía en líos que todo el mundo contaba.

Adrián se la había ganado con creces, ¿pero Hugo? Era algo que se le escapaba.

—Los hay con suerte —murmuró la chica, pensando en la tarde de estudio que le esperaba sin levantarse de la silla nada más que para cenar, y eso si tenía el día bueno y su mente se mantenía fresca y concentrada.

No podía con las Matemáticas. Era la asignatura que se le atragantaba curso tras curso.

Se pararon en un semáforo en rojo.

Hugo la miró. Estaba preocupada.

—No te gustan las mates, ¿verdad?

—Digamos que no es mi asignatura favorita —contestó lo más suave que pudo.

Él sonrió.

—Tengo trabajo hasta las ocho pero, después podemos quedar si quieres que te eche una mano —se ofreció sin pensar, reanudando el paso para cruzar la calle.

—¿Trabajas? —curioseó intentando mantener una conversación coherente, porque aquella oferta la había pillado por sorpresa y puesto muy nerviosa.

—Sí. Allí —contestó señalando la puerta del taller un poco más adelante—. Los motores también se me dan bien y ayudo a mi padre. Su salud no está muy allá y a veces tengo que hacer cosas por él —contó muy por encima todo lo que hacía por su padre, obviando que la enfermedad se llamaba alcoholismo y las cosas que hacía por su ludopatía, como saldar sus deudas.

—Vaya. No lo hubiera imaginado —susurró Emma asombrada.

—¿Por? —preguntó arrugando el ceño.

—Tus manos —dijo escueta.

Hugo se las miró. Estaban limpias, impolutas, sin una sola mancha de grasa o suciedad entre las uñas. Había algún corte, pero nada que hiciese pensar que dedicaba muchas horas de sus días a jugar a los mecánicos.

Sintió una punzada de esperanza en sus posibilidades, saber que ella se fijaba en sus detalles.

—Me gusta que estén limpias —explicó sonriendo—. Me encantaría librarme de las heridas, pero eso es más complicado. —Emma sonrió. Él también. Se miraron unos segundos. Ella cogió aire intentando disimular las mariposas que se habían instalado en su estómago desde que le conoció. Él también—. ¿Quieres venir un rato cuando cierre? Puedo ayudarte con el examen —propuso a media voz. No quería que aquel tiempo a solas acabase, pero debía irse.

Ella asintió sin pensar en el permiso que tenía que pedir a su padre, ni en la discusión que podía venir después por salir entre semana, y encima quedar con un chico.

Tenía que pensar en un plan.

—Emma, ¿estás bien? —preguntó al ver que no contestaba a su pregunta.

—Perdona. Estaba pensando en todo lo que te quiero preguntar esta tarde —mintió a medias, porque sí quería saber más, pero no de las mates—. Será mejor que vaya a casa y me apunte todas las dudas en un papel.

—Sí. Eso estaría muy bien —afirmó parándose ante el portal de la chica—. Tengo que ir a comer y a trabajar. Te espero a las ocho.

—Allí estaré —contestó con sonrisa nerviosa.

Sabía dónde vivía. Las mariposas revolotearon otra vez. Ya no había vuelta atrás.

Hugo asintió con esa media sonrisa mitad pícara, mitad sexi, y, sin más, se marchó con su carpeta cogida de una mano, rozando su cazadora de cuero negro.

Emma llamó al telefonillo de casa sin dejar de observarle. Su madre abrió y entró al portal.

La puerta tenía cristales opacos. No se veía el exterior, pero tenían unos cerrojos internos para poder abrirlos y ventilar como si fuese una ventana.

Abrió uno un poco y contempló cómo se alejaba calle abajo en dirección a su casa.

Sus pasos seguros, el físico fuerte e imponente, su altura, junto con esa cazadora negra y la mirada penetrante, lo hacían irresistible.

—Em, ¿va todo bien? —se escuchó a su madre llamarla por el tiro de la escalera al ver que no subía.

—Voy, mamá —dijo apresurándose a cerrar el cristal aún aturdida por su presencia, su olor, su calor... era como si se hubiese impregnado de él en tan solo ese rato juntos.

La esperaba una tarde muy interesante.

CAPÍTULO 5

Noviembre de 2012.

Emma caminó inquieta hasta el taller de la familia de Hugo. Deseaba llegar para estar de nuevo con él. Era la primera vez que estaban a solas desde que empezaron el curso, sin contar con el breve paseo de ese mismo día.

No le había dicho nada a Sira, salvo que desconectaba el teléfono para estudiar. También le prohibió llamarla, tanto al móvil como a casa.

A pesar de que sería una buena aliada en su plan, si se lo contaba, preguntaría de vez en cuando, y no quería ponerse más nerviosa de lo que estaba.

¿Y cuál era el magnífico plan? Había mentido en casa. Dijo que salía a estudiar con su amiga y esperaba que la jugada saliese bien.

No era propio de ella. Jamás había hecho nada similar, pero no sabía cómo se tomarían sus padres la amistad con Hugo. Las madres se saludaban en el mercado como buenas vecinas del barrio, pero al ver cuál era el taller de su padre, supo que era con el hombre con el que el suyo tenía una tirantez notable que la echaba para atrás a la hora de sincerarse en casa.

De momento solo eran amigos, no había nada entre ellos que pudiese enfadar a nadie, pero sentía que era mejor no arriesgar. Necesitaba tranquilidad para centrarse en los estudios y no quería discutir con sus padres cada vez que saliera por la puerta por acribillarla a preguntas sobre con quién iba y a dónde.

Confiaban en ella, jamás había tenido una trifulca de este tipo antes, pero desde que se había cambiado al instituto público, su padre estaba muy susceptible con el tema compañías.

De momento, era mejor mantenerlo en secreto.

Para todos.

Hugo miraba el reloj que había en la pared del diáfano garaje cada treinta segundos.

La concentración no había sido su fuerte en las últimas horas, pero había conseguido acabar el dichoso coche a tiempo. Su dueño aparecería de un momento a otro a recogerlo.

Entró en el baño para asearse, cuando vio a Emma venir a lo lejos por el espejo que reflejaba la calle.

Se lavó las manos con rapidez, no había tiempo para más y, mientras se las secaba, se apoyó en el lavabo contemplándola caminar.

Se tocaba el pelo. Estaba nerviosa.

Él sonrió a pesar de tener el corazón a mil por hora desde que le propuso estudiar juntos.

—Viene a estudiar, Hugo. Estudiar. Estudiar. Estudiar —murmuraba como un mantra para ver si así se le grababa a fuego y conseguía apagar el propio para no salirse del guion.

No se había interesado por muchas chicas de verdad en su corta vida. No había tenido mucho tiempo para dedicárselo, la verdad. Había tenido sus rollos, claro, bastantes, pero nada más. Ella estaba arrasándolo todo sin tregua.

Cogió aire.

Los grandes portones aún estaban abiertos y Emma se paró ante ellos.

La observó colocarse el pelo, coger aire mientras miraba la hora en el móvil y aclararse la garganta.

—Preciosa —susurró en un hilo de voz sin perderse un detalle de ella, como había hecho desde que la vio en el pupitre del fondo de la clase. Fue como si tuviese un foco que la iluminase todo el tiempo para él. No sabía explicarlo mejor...

—¿Hola? ¿Hugo? —preguntó tras entrar tan solo un par de pasos en el interior.

Su corazón le decía que saliera de inmediato, pero su cabeza le pidió esperar unos segundos para ver qué hacía.

Emma entró con cuidado de no tocar nada, observando las herramientas, los vehículos.

Como si la llamase, se acercó a una moto negra aparcada en un lateral.

Hugo sonrió en la penumbra, dejó la toalla en su percha y salió del baño.

—Hola, Emma —saludó acercándose mientras se abría la cremallera del mono de trabajo y sacaba los brazos.

Ella observó el sensual movimiento muda e inmóvil. Él se anudó la prenda a la cintura para que los pantalones no cayeran al suelo.

—Hola —murmuró como pudo.

El chico se acercó hasta ella y con cuidado de no mancharla, dejó un beso en cada mejilla a modo de saludo.

Respiró el aroma de su pelo con la tranquilidad de no ser visto.

Cerró los ojos un segundo y después se retiró.

Emma no podía creer que casi no oliese a aceite para coches y gasolina. Tenía una mezcla de su perfume habitual, con el jabón de manos que debía haber usado unos segundos antes.

Estaba desconcertada, aquello no coincidían con lo esperado para su oficio y aquel lugar.

—Perdona que te reciba con estas pintas, pero tengo que entregar un vehículo y no puedo cambiarme hasta entonces —explicó su indumentaria poco apropiada para estudiar con ella, con un ruego de perdón en la mirada—. No creo que tarde mucho en venir a recogerlo. Es la hora de cerrar.

—Tranquilo, no importa. Es tu trabajo y tu taller —contestó con sonrisa tímida. Se la devolvió.

Tras unos segundos en silencio, mirándose el uno al otro, Hugo decidió romper el hielo.

—¿Te gusta? —preguntó señalando la moto que miraba antes con interés.

—Sí, es muy bonita —contestó tocando el carenado.

Hugo se acercó más a ella.

—Pensé que no te gustaban las motos —declaró muy cerca, a su espalda. Notó como cogía aire y la piel se erizaba donde casi se tocaban. Se mordió el labio nervioso. Él se sentía igual.

—No me gusta la moto de Adrián —contestó directa, pero a media voz, ladeando la cabeza para mirarle. Quería ver su expresión tras la declaración.

Hugo enarcó las cejas por aquellas palabras mientras la miraba con intensidad. No se esperaba tanta sinceridad.

Pasó la lengua por sus labios antes de hablar de nuevo.

Emma contuvo el aliento.

—Es una gran moto. Último modelo. Mucho mejor que esta —aseguró comprometiéndola más.

—Ya... —contestó cogiendo aire—, será que el piloto tampoco me gusta.

La mirada penetrante de Hugo hizo que Emma temblara.

No hacía falta que le hablara, ni siquiera que la tocara, solo con sentirle tan próximo, su perfume y aquellos ojos con los que conectaba tanto y solo la veían a ella, era más que suficiente para hacerla estremecer:

Estaba muy cerca.

Miró sus labios.

Emma sintió un vuelco en el estómago.

¿Iba a besarla?

¿Ahora?

¿Allí?

—¿Hola? ¿Hugo? —llamaron al mecánico desde el portón abierto.

Emma dio un respingo. ¡Menudo susto!

Se aclaró la garganta casi sin aliento.

Hugo maldijo para sí a aquel cliente inoportuno.

Cerró los ojos un par de segundos para centrarse.

La miró de nuevo.

—Es el dueño del coche —susurró disimulando lo cabreado que estaba con la interrupción. Vale que aquella cita no era una cita en sí, pero la oportunidad perdida le mataba— ¿Me esperas en la oficina? Allí estarás más cómoda.

—De acuerdo —contestó con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Estoy aquí, señor Cantero. Su coche está listo. Enseguida se lo entrego —se dirigió Hugo al hombre que aguardaba en la puerta, mientras señalaba las escaleras que se dirigían a la oficina para que Emma subiera por ellas hasta el cuarto limpio.

La chica ascendió con sumo cuidado para no resbalar, pero también porque no podía dejar de mirar al chico que le quitaba el sueño desde que había empezado el curso.

La seguridad que desprendía la tenía enamorada, pero verlo en el que parecía su medio natural, era digno de mención.

Dejó la carpeta y su abrigo sobre una silla con rapidez. Quería acercarse al ventanal que daba al garaje para observarle mientras tuviera oportunidad de no ser vista.

Hablaba con el cliente con la seriedad que le caracterizaba en el día a día. No le escuchaba con claridad, pero los gestos le delataban.

El hombre escuchaba con atención al chico y cada indicación que le daba sobre los arreglos del coche.

Hugo se apartó un momento del capó abierto y se sentó en el asiento de conductor tras el volante.

Giró la llave del contacto y arrancó con suavidad. Aceleró un par de veces para subir las revoluciones. El cliente sonrió satisfecho.

Hugo miró con disimulo hacia arriba, a la oficina. Emma le miraba.

Cogió unos papeles que había dejado en la guantera y salió para dárselos al señor.

El tipo los firmó con rapidez. Hugo le dio una copia de los documentos.

Para finalizar la transacción, el hombre sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de su abrigo y pagó el trabajo.

Hugo cogió el dinero y, tras contarlo minuciosamente, se montó y condujo el coche al exterior del garaje. Se bajó, tendió la mano al dueño a modo de despedida y regresó.

Nada más entrar accionó un botón rojo junto al cierre.

Los portones por donde entraban y salían los coches se cerraron. Procedió a cerrar también la puerta de peatones que había en un extremo.

La miró.

Emma le saludó nerviosa.

Hugo sonrió y apagó las luces principales, dejando el garaje tan solo con una luz tenue.

Le vio subir los peldaños de dos en dos hacia ella.

—No corre por mí, corre porque tenemos que estudiar para aprobar. ¡Ilusa! —se dijo en voz baja, intentando convencerse de que no era una buena idea enamorarse de un tipo como él.

¿Cómo iba a fijarse en ella? No tenían nada en común, solo las clases. Cuando acabase el curso, no quedaría nada entre ellos.

—Ya estoy contigo —dijo nada más entrar, dirigiéndose a una caja de caudales de metal que había sobre una repisa. Guardó el dinero del pago y la cerró. A la llave le colocó una masilla blanca, abrió un cajón y la pegó oculta en el interior. La caja la guardó en un armario tras unas latas de conservas y bebidas con toda confianza—. Solo necesito cinco minutos para una ducha rápida. ¿Me esperas?

Emma tragó intentando no visualizarle en la ducha si quería aprobar el examen.

—Claro —dijo intentando hacerlo en un tono simpático con sonrisa incluida, pero solo consiguió que supiera lo nerviosa que estaba.

—Te prometo que solo tardo cinco minutos —aseguró pasando por delante de ella otra vez, mientras se quitaba la camiseta de algodón con las mangas cortadas al ras del hombro de un solo movimiento, para después desanudarse el mono de trabajo camino de una puerta que Emma entendió era un baño—. Y confío en ti para que no cuentes dónde dejó el dinero —dijo guiñándole un ojo con media sonrisa sexi antes de encerrarse allí, mientras se sujetaba el peto medio caído con una mano.

Desapareció en aquel cuarto, mientras ella luchaba por no imaginar lo que estaba sucediendo dentro.

En un intento de parecer seria, cogió su carpeta y comenzó a sacar apuntes, ejercicios que no entendía, y una hoja con la lista de dudas que había anotado.

El sonido del agua cayendo no ayudaba nada.

Cogió aire.

Hugo había arrasado con ella en esas semanas. Sus relaciones anteriores, dos, de las cuales solo una podía tratarse como seria, las consideraba bonitas y llenas de amor, a pesar de romperse.

Ahora sabía que eso no fue verdadera atracción, ni siquiera se acercaba.

El curso iba a ser más complicado de lo que esperaba.

CAPÍTULO 6

Ese fin de semana de noviembre de 2012.

La entrega de notas del examen de Matemáticas ese viernes, fue apoteósica. Emma lloró, pero no de impotencia por suspender o sacar una nota baja como siempre, lloró de emoción por el resultado.

Hugo la miró con orgullo. Se había esforzado mucho para conseguirlo y verla feliz, aunque fuese entre lágrimas, era su mejor regalo.

Esperando a que bajara la calle hasta el taller el sábado por la tarde, revivió el abrazo que le dio nada más leer que había sacado un siete y medio. Estaba seguro de que nadie le había abrazado con tanta sinceridad y sentimiento en su vida, sin contar a su madre.

Ella le había dicho que le tenía que compensar las clases y quería invitarle a cenar o a tomar unas cervezas.

Aceptó, pero con una condición: el que invitaba era él.

Estaba seguro de que había asentido para no discutir, pero le daba igual, lo único que le importaba era pasar un rato con ella a solas.

Aquella tarde-noche en el taller cuando fue a estudiar y, a pesar de casi haberse besado ante la moto, no volvió a intentarlo. Necesitaban concentración.

Pero allí estaba, esperando a que llegase...

No había querido que fuese a buscarla a casa.

La vio bajar la calle con paso firme. El pelo parecía suelto y ligeramente ondulado, pero no lo veía bien, llevaba puesta una capucha porque el viento helado que auguraba la cercanía del invierno, soplabla con ganas. El abrigo era largo, a medio muslo, y solo veía unas largas piernas enfundadas en medias transparentes suavemente tostadas y unas botas por encima del tobillo con un poco de tacón ancho.

Cogió aire mirándose así mismo. Se había puesto unos vaqueros, sus deportivas blancas, una camiseta gris y su inseparable cazadora de cuero negro. Se irguió para recibirla.

—Hola —le saludó con una sonrisa que no recordaba haberla visto esbozar antes y le pareció muy sexi.

—Hola —contestó recibiendo los dos besos que ella le daba—. Estás preciosa —añadió a media voz.

Emma le miró apretando los labios.

—Gracias —contestó intentando no ruborizarse.

Sus miradas se encontraron y se engancharon durante unos segundos la una en la otra.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Hugo intentando encauzar la velada, pero la atracción entre ambos era cada día más fuerte e imposible de disimular.

—Me da igual, pero intenta que no haya gente del instituto, ni de mi antiguo colegio —confesó con seguridad. El chico asintió satisfecho con la decisión. Él tampoco quería encontrarse con nadie que le pudiese estropear la noche.

—¿A qué hora tenemos que volver? —suponía que Emma tendría toque de queda por lo poco que sabía de sus padres.

—A las dos. Aún no tengo los dieciocho y mi padre es muy estricto con este tema. Prefiero no discutirlo más con él. Es mejor salir hasta las dos que quedarme en casa.

—Buena decisión —estuvo de acuerdo sonriendo—. ¿Te apetece ir al centro? —Emma asintió. Le daba igual con tal de estar con él a solas y conocerse un poco mejor. Necesitaba saber si lo que sentía era lo que creía o solo un espejismo—. También nos podemos quedar por el barrio, conozco un bar nuevo por aquí que ponen unas tapas impresionantes con las cañas o los vinos.

—Prefiero la segunda opción.

Hugo asintió satisfecho. Él también.

Dudó si sacar una mano del bolsillo y tendérsela para que se la cogiera. Lo estaba deseando, pero aún era pronto para ese gesto.

Con un movimiento de cabeza, le indicó la dirección en la que debían caminar. Ella lo imitó, y en silencio tomaron el camino.

Cuando llegaron, no era lo que Emma se esperaba. Pensó que se trataba de un bar de raciones, lo que comúnmente se llama *tasca* en Madrid, pero ni se le parecía.

Un poco escondido, en una bocacalle de una de las avenidas principales de Carabanchel, estaba De Vinos, un bar con ambiente joven, mesas de madera para grupos grandes a un lado de la barra, con luz y ambiente dicharachero, y en un extremo al fondo, reservados más íntimos con mesas más pequeñas y sofás en semicírculo tapizados de terciopelo tipo *pub*.

—Este sitio es genial. ¿Cómo lo has conocido? —preguntó Emma sorprendida de que nadie de su entorno, tanto del instituto como del antiguo colegio, lo hubiese mencionado nunca.

—El dueño me trajo el coche para arreglárselo el año pasado y me habló del proyecto. Lo han abierto hace un par de semanas. No les ha dado tiempo a conocerlo y espero que tarden en encontrarlo —confesó mordiéndose el labio inferior.

Emma asintió. Estaba de acuerdo con esa idea. Era un buen lugar para estar solos y no quería que se lo estropeará nadie.

—¡Hola, Hugo! —le saludó un hombre desde el fondo. Venía hacia ellos portando una bandeja en la mano.

—¡Hola, Nacho! Ha quedado de lujo —apreció señalando alrededor, para después estrecharse la mano.

—La verdad es que sí. Estoy muy contento y poco a poco la gente empieza a llenarlo.

—Eso es una gran noticia. Me alegro mucho.

—¿Qué tal vas tú, chaval?

—Estudiando mucho.

—Pero sigues en el taller; ¿verdad? No hay mecánico como tú en todo Madrid. Eres un crack —aseguró mirando a la chica—. Hola, preciosa. Soy Nacho, para cualquier cosa que necesites, si eres amiga de Hugo, aquí estamos para ayudarte.

—Gracias, soy Emma —se presentó con simpatía.

—Dejad que os prepare un reservado bonito. Un minuto, ¿de acuerdo?

El hombre no dejó que le contestasen. Desapareció con su bandeja ordenando a un par de camareros que limpiasen una zona que señalaba para ellos dos.

Hugo la sonrió.

—Llevó el coche al taller sin muchas esperanzas. El hombre de la grúa nos conocía y le dijo

que, si yo no era capaz de arreglarlo, no habría nadie que lo hiciera en todo Madrid.

—Y lo arreglaste —confirmó Emma el final de la historia.

—Después de una semana buscando cómo solucionar la avería, lo arreglé —contó orgulloso de su trabajo. Le encantaba y, si todo iba bien, sería su profesión, aunque en otro ámbito. Él quería estudiar ingeniería del motor para evolucionarlos e incluso para los coches de carreras, y la NASCAR americana.

—¡Hugo! —le llamó el dueño del local haciéndole señas para que fuesen hasta allí.

No lo dudó. Cogió la mano de Emma.

Ella lo miró un segundo. Él la sonrió y, sin soltarla, ambos caminaron a donde les indicaban.

—Gracias, Nacho —dijo Emma al ver que había decorado la mesa con una vela dentro de un jarrón de cristal y había colocado unos aperitivos.

—Decídmelo qué vais a tomar y os lo sirvo en un momento. —La pareja se miró indecisa—. No voy a preguntarte la edad —apostilló sonriente.

—Cumpló dieciocho en enero —se sinceró con el hombre. No quería engañarle.

—Estamos casi en diciembre. No va a cambiar nada por unas semanas. ¿Os gusta el vino blanco? —La pareja asintió—. Dejad que os prepare una botella de un vino muy suave que os va a encantar y unas raciones que lo acompañen bien. ¿Alguna alergia? ¿Algún plato que no podáis ni ver? ¿No? —insistió casi sin dejarles contestar. La pareja negó mirándose divertida—. Perfecto. Dejádmelo a mí. Os encantará.

El hombre desapareció tras pronunciar la última palabra a una velocidad que les hizo reír.

—¡Qué energía! —susurró Emma entre risas.

—Demasiada, ¿no crees? —contestó Hugo divertido.

—Se nota que quiere que estés cómodo en su bar. Es todo un detalle —apreció la chica.

—Sí. La verdad es que lleva unos días insistiendo en que viniera, pero no había tenido ocasión. ¿Qué mejor momento que este, contigo? —afirmó mirándola con intensidad. Se habían sentado uno frente a otro en aquellos sofás.

—Gracias —susurró con timidez.

Nacho apareció con una bandeja llena de platos con ibéricos, patés, quesos, croquetas caseras y mini-hamburguesas.

—Si queréis algo más, me avisáis —les indicó sonriente— y no os preocupéis por el dinero que hoy invita la casa.

El hombre se fue dejándoles sin palabras.

La pareja se miró unos segundos hasta que estallaron en carcajadas.

—Vaya invitación de agradecimiento que te voy a hacer —declaró Emma mirando como Hugo le servía un poco de vino helado en su copa.

—No tenía ni idea de que esto iba a pasar. Lo juro —confesó a la chica con sinceridad.

—Voy a hacer que me lo creo —dijo divertida.

Hugo sonrió.

—No sé ni por dónde empezar. Esto es una pasada —apreció el chico mirando los platos cargados de comida sobre la mesa.

—Creo que cierran el garito y no nos lo hemos acabado —afirmó Emma riendo.

—Tenemos tiempo hasta las dos —susurró a media voz.

—Espero hacer más cosas que comer de aquí a las dos —le contestó con el corazón a mil

por hora.

—¿Como cuáles? —susurró acercándose más a ella.

—Bailar —confesó cogiendo la copa para refrescar un poco la garganta. De repente hacía mucho calor.

Hugo entrecerró los ojos un poco.

—Apuntado, pero no prometo nada.

Emma le sonrió justo antes de meterse en la boca un dadito de queso parmesano.

La cena fue distendida, con una conversación muy amena sobre cine, música, estudios...

Emma le contó lo estrictos que eran sus padres y el miedo que tenían a que ella se perdiera con el cambio de colegio, justo en el último curso antes de hacer las pruebas de acceso a la universidad.

—¿Por qué decidiste venir al instituto? —Era algo que deseaba saber desde el primer día.

Le sonrió con nostalgia.

—Era muy feliz en el colegio. Ha sido mi segunda casa desde infantil y dejó muy buenos amigos y recuerdos, pero necesitaba salir a un hábitat donde me tuviera que valer por mí misma, que fuese un número en una lista de desconocidos, no un nombre con una etiqueta desde los cuatro años... No sé si me explico...

—A la perfección. En el colegio tus logros iban acompañados de una fama. Sé de lo que hablas —declaró pensando en la que tenía él mismo.

—¿Me entiendes? —preguntó sorprendida. No pensaba que un chico como él, tan brillante, tuviera algún problema con eso en el instituto.

—Por supuesto que sí. Yo soy el empollón desde que me escolarizaron y a veces ha sido duro. Te marcan como al ganado cuando no saben qué hacer contigo —confesó triste—. Mis padres no tenían dinero para llevarme a un colegio especial para niños con altas capacidades, tampoco para un psicopedagogo para ayudarme a gestionar lo que me pasaba —contó como nunca había hecho antes excepto con su mejor amigo, Jorge—. Los profesores se molestaban porque yo sabía más que ellos en algunas ocasiones, o les ponía contra las cuerdas con preguntas que no sabían resolver. Para los compañeros era el rarito y el empollón. —Cogió aire. Dicho en voz alta todo seguido, era más duro de lo que quería reconocer—. Hoy sigue pasando, pero he aprendido a llevarlo, a ocupar mi tiempo en lo que me gusta e interesa, y a decir que no a las clases particulares interesadas de gente que antes me intentaba pegar en el recreo.

Emma sonrió.

—Yo no te he intentado pegar, todavía.

Hugo rio.

—Estaré alerta.

—Creo que lo tuyo es aún peor y yo que pensaba que por ser tan inteligente lo habrías tenido más fácil.

—Es difícil de llevar. A veces es complicado encontrar temas que me interesen por el simple hecho de que, leer tanto, hace que sepa cosas que los demás ni se plantearían con diecinueve años. Las becas que gané para estudiar algún trimestre en Estados Unidos, durante unos años, me han ayudado a respirar un poco. Ir allí era un reto en cada ocasión que me sacaba de mi zona segura.

Emma guardó silencio asimilando todo lo que le contaba. Qué diferente era su vida, pero

igual de complicada, aunque por causas distintas.

—En todo esto hay algo que no entiendo... Si no me quieres contestar, no te preocupes, comprendo que es personal... —intentó quitar tensión a lo que iba a preguntar—. ¿Por qué has repetido? Deberías estar en la universidad, no aburriéndote conmigo.

Antes de hablar, Hugo le dedicó esa mirada intensa que le erizaba la piel.

—No me aburro contigo ni repasando Matemáticas —declaró con un tono de voz profundo y muy sexi. Emma tembló. Le sonrió con timidez, y él se la devolvió—. Sobre repetir... digamos que el año pasado tuve asuntos familiares más importantes que atender que ir a clase.

—Tranquilo, no tienes que contármelo.

—No es eso, te lo contaría, pero no es el momento para sacar mis problemas. Quiero pasarlo bien y no pensar en ello.

—Totalmente de acuerdo. Vamos a pasarlo bien —le quitó hierro al asunto, aunque le entristeció saber que el motivo era algo familiar.

Continuaron comiendo y charlando sobre sus becas para estudiar fuera de años atrás y otros temas menos profundos, hasta que las luces se apagaron de repente y todo el bar enmudeció.

Emma se aferró miedosa al asiento mirando alrededor.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja con inquietud.

—No tengo ni idea —confesó el chico—. Vamos a sentarnos al final —propuso para que ella se trasladara hasta el otro extremo de la mesa, a la parte circular de los asientos y que no estuviese sola.

La pareja se acomodó allí expectante, aún con el bar en penumbra, entre silbidos de los grupos de amigos que disfrutaban de una gran velada.

La música comenzó a sonar y un escenario se iluminó.

Emma estaba más tranquila al sentirle a su lado.

Nacho apareció con un micrófono en la mano y todo el mundo le aclamó.

—¡Buenas noches, gente! —dijo el hombre saludando con alegría—. Como cada sábado, empieza la noche de karaoke. Animaos que solo dura media hora y después, ¡fiesta hasta el cierre!

Todos comenzaron a aplaudir y pedir que se cantara la primera.

Emma no podía parar de sonreír al ver el ambiente que se respiraba en aquel lugar. Era de los sitios más divertidos en los que había estado nunca.

—¿Quieres cantar? —preguntó Hugo en su oído para que la escuchase entre el gentío.

—Soy más de bailar —contestó girándose para mirarle.

Sus bocas estaban muy cerca, a escasos milímetros uno del otro, una vez más, en aquella semana de estudio en el taller.

Emma aguantó el aliento.

Hugo se mordió el labio inferior.

Se lo pensó en un par de segundos. No iba a dejar escapar una nueva oportunidad, pero no era de los que la aprovechaban a toda costa.

—No sé qué excusa poner ahora para no besarte —susurró pegado a su boca.

—No la tienes —declaró rotunda—. No la busques.

Hugo acertó la distancia al instante.

Sus labios se encontraron por fin.

Aquel beso fue tímido al inicio, un tanteo que ambos deseaban, pero con rapidez, su

alrededor se borró.

No escuchaban como un grupo de chicos gritaban *Chiquilla* desde el escenario tras elegir esa canción de Seguridad Social en el karaoke, ni como el ambiente del lugar cambió de forma radical. Solo existían ellos dos.

Hugo se apartó de su boca unos segundos. Quería mirarla a los ojos y comprobar que le hablaban de lo mismo que su boca y ese beso.

Emma abrió los ojos. Se miraron con intensidad.

—Soy un tipo complicado, Emma. Tienes que saberlo —se confesó, pensando en todas las cargas que llevaba encima. No quería arrastrarla.

—¿Y quién no lo es? —le preguntó acariciando su cuello. Él sintió el cosquilleo en la piel.

Él sonrió mordiéndose el labio sensual.

—Estás loca —susurró con los labios pegados a su boca.

—Mucho —afirmó acercándose para darle un nuevo beso.

Hugo sintió como toda su contención de semanas atrás, se desvanecía entre sus caricias.

Pasó la mano con suavidad por la cintura de la chica y la acercó más a él.

Ella profundizó el beso.

Le dejó sin aliento.

Tras unos segundos más, Hugo lo deshizo. No le gustaba que todo el mundo les viera besarse. No quería compartir ese momento tan especial allí.

—Creo que es mejor que nos vayamos de aquí —propuso colocando un mechón de pelo tras la oreja de Emma.

—Por favor —dijo dejando un último beso muy corto en sus labios.

CAPÍTULO 7

Hacía frío para estar en la calle y no era el momento de coger la moto para llevar a Emma a algún mirador de Madrid de esos en los que se perdía en solitario cuando necesitaba pensar.

Pararon varias veces el avance de sus pasos, abrazados o cogidos de la mano para besarse en los huecos sin luz de algún portal, o entre la penumbra de alguna zona poco iluminada.

Las palabras sobraban.

Ya eran muchas semanas hablando, más en los últimos días en los que estudiaban juntos. No podían esconder su atracción ni a ellos mismos, ni a los demás.

Sira llevaba toda la semana intentando averiguar qué estaba pasando. Sabía que la ponía de excusa a sus padres para hacer trabajos, para estudiar, para salir. Sabía que algo pasaba, pero también que no estaba preparada para contarle lo que sentía.

Le decía que confiara en ella, que se lo confesaría cuando llegase el momento y Sira cedía.

Sus gestos, miradas, incluso como se comportaban cuando estaba cerca de Hugo, hablaban de que había algo entre ellos... Era absurdo ocultarlo, pero Emma necesitaba saber si era recíproco antes de decirlo en voz alta. Ya se había equivocado antes y no quería que volviese a pasar.

Llegaron a la puerta del taller.

Hugo pensó que allí estarían bien. En la oficina había calefacción y podrían estar a solas.

No era el lugar más romántico del mundo, pero era lo único decente disponible.

Nada más encender las luces desde la puerta de la entrada peatonal, el resto del espacio se iluminó de forma tenue.

—Quizá no sea tan buena idea que esa luz esté encendida. Se verá desde la calle —susurró Emma un paso por detrás de él.

Hugo giró la cabeza para mirarla.

Estaba preciosa en la penumbra.

Y tenía razón.

—Ven —pidió tendiéndole la mano. Ella se la dio.

Se acercaron hasta un coche de alta gama, aparcado al fondo, lejos de la puerta.

—Vaya cochazo —susurró la chica ante el Audi con tapicería de cuero del que abría la puerta.

—Lo es. Espera aquí —le indicó para que tomara asiento.

Emma entró al coche mientras Hugo se marchaba al otro extremo del garaje.

Abrió con una de sus llaves un cajetín de la pared, cogió algo y apagó el interruptor dejando el taller a oscuras.

Con la poca luz de las farolas que entraba por las ventanas que había sobre los portones, caminó con cuidado hasta ella.

Se asomó al habitáculo sin entrar.

—Ven —le invitó la chica.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí conmigo y no ir a bailar con Sira?

—Sí.

La escueta y segura respuesta hizo que le diera un vuelco el corazón.

Entró con ella en la parte trasera del coche y cerró la puerta.

Se acercó al salpicadero, colocó la llave que había cogido un momento antes en el contacto y arrancó el coche. Conectó la calefacción y se recostó de nuevo en el asiento.

Se giró para mirarla.

—¿Tú estás seguro de esto? —preguntó la chica con el reflejo de una farola iluminándole media cara.

—Sí, si tú lo estás.

—Lo estoy —confesó tranquila—. ¿Por qué no debía estarlo? No he visto nada malo en ti desde que te conozco para alejarme. Más bien al contrario —determinó mojándose los labios al terminar. Sus dudas empezaban a inquietarla.

Hugo se incorporó de nuevo para apagar el motor. El coche se había caldeado lo suficiente y era peligroso que el garaje se llenase de los gases del tubo de escape.

Puso la radio y buscó una emisora que le gustaba mucho, en la que emitían un programa de madrugada, donde pinchaban R&B norteamericano que no se escuchaba en las emisoras comerciales.

Regresó a su sitio.

—No soy como los chicos de clase, Emma. Tengo una carga familiar importante y no sé si podré hacer todo lo que quiero en la vida, si seré algo decente... —intentó sincerarse, pero no quería contarle todas sus mierdas en ese momento—. Solo quiero que seas feliz y, aunque me encantaría que lo fueses conmigo, no sé si soy la persona adecuada para ti.

—Todos tenemos cargas, problemas, complejos, vivimos dificultades... Eres un chico con buen corazón, atractivo, inteligente, interesante, muy guapo, lo raro sería que no me hubiese fijado en ti.

Hugo sonrió.

—Había decidido no acercarme a ti más de lo necesario, pero no he podido... Tu sonrisa lejos de mí, me mata.

Emma no supo qué contestar a eso.

Nunca le habían dicho una frase tan escueta que dijera tanto de lo que sienten por ella.

Había tenido un par de novios mientras estuvo en el colegio, pero ninguno de ellos fue lo que esperaba. Él era diferente, hablaba diferente, la miraba diferente, simplemente la veía de verdad.

Sintió la emoción de sus palabras en las mariposas del estómago.

Se acercó a su boca y lo miró antes de culminar el beso.

Hugo pasó la mano por su cintura y la arrastró con suavidad hasta él. La deseaba... mucho.

Sus bocas se encontraron por fin.

A veces las palabras no expresaban lo que siente el corazón.

Hugo colocó una mano en su cuello, sujetándolo en una caricia, mientras que, con el otro brazo, le rodeaba la cintura. Necesitaba sentirla cerca por fin.

El lento beso fue adquiriendo fuerza, personalidad, pasión, mientras *Adorn* de Miguel comenzaba a sonar en la radio.

Emma cogió aire con un jadeo.

Hugo también sentía como la temperatura se había elevado allí dentro.

Paró con suavidad el beso para quitarse la cazadora de cuero.

Ella se deshizo del abrigo.

Sus bocas se encontraron de nuevo.

Emma gimió al sentirle de nuevo cerca, el calor de su cuerpo.

Las medias resbalaban en la tapicería de cuero haciéndola estar incómoda.

Decidida, pasó una pierna sobre los muslos de Hugo y se colocó sobre él.

Se miraron unos segundos.

Hugo apretó los labios.

—¿Estás bien? —preguntó al ver su cara de sorpresa—. Las medias resbalan —explicó.

—Sí —fue la escueta respuesta.

No muy convencida de que así fuera, hizo amago de retirarse, pero Hugo no la dejó.

Se irguió para colocarse mejor en el asiento, también se resbalaba, mientras mantenían sus miradas el uno en el otro.

No se perdió ni un solo detalle de su rostro ante aquel movimiento, que hizo que le sintiera de forma más íntima. Le dijo muchas cosas que quería saber sin preguntar.

Él ya había tenido relaciones sexuales, aunque pocas, y le parecía que ella no. Tenía que ir con cuidado. Era especial.

Se besaron durante unos minutos más, con pasión, deseo... Hugo se controlaba hasta límites que desconocía, pero llegó un momento en que, si seguían un poco más, iban a cometer un error.

Era su primer día juntos, su primer encuentro íntimo, y no podían seguir. Él no quería seguir.

Emma paró el beso con la respiración entrecortada.

No podía continuar. La atracción era muy grande y solo era su primera cita. ¡Ni siquiera lo planearon como una cita de pareja!

Cogió aire.

Él también.

Ambos entendieron que sus miradas hablaban más que las palabras, una vez más.

—¿Te acompaño a casa? —preguntó Hugo intentando recuperar el aliento colocándole un mechón de pelo tras la oreja en una caricia.

El cosquilleo que aquel movimiento provocó en su piel, fue definitivo: o se iban a casa o iban a llegar hasta el final.

—Sí, por favor —aceptó en un jadeo apasionado.

CAPÍTULO 8

Madrid. Abril 2019.

Hugo salía del hospital con malas noticias.

El cáncer de pecho de su madre se reducía muy lentamente y el pronóstico no era tan alentador como pensaban días atrás.

Habían recibido un fuerte golpe que iba a trastocar todavía más sus vidas.

Caminaban hacia el coche con lentitud. La quimioterapia la tenía agotada y aún iban a tener que darle más.

—¿Estás bien? —preguntó Carmen a su hijo. Sabía que tenía esperanzas en que hoy llegaría la suerte.

—Sí. Esto es solo un bache en nuestro camino. Nada más —contestó Hugo sonriendo, tragando la rabia que no le quería mostrar.

Hacía cinco años que había tenido cáncer de mama. Lo pasó sola, se lo ocultó para que él se fuese al extranjero sin preocupaciones, era prioritario si quería que sobreviviera y tuviese un futuro. Ahora Hugo sabía que lo cogieron a tiempo y se curó con relativa rapidez, pero había vuelto más agresivo.

—Tienes que volver a tu trabajo —rogó como tantas veces desde que había regresado a la ciudad.

—Mamá, no insistas. No pienso dejarte sola esta vez.

Carmen sonrió.

Sabía que su hijo lo pasó muy mal cuando se fue a Estados Unidos, pero fue necesario. Las cosas se habían complicado demasiado y si hubiese continuado cerca de su padre un día más, hubiera sido su perdición. Su afán por salvar el negocio familiar para que su progenitor tuviera con qué subsistir, les arrastró a terrenos pantanosos de los que tuvo que huir o le hubiesen llevado directo a la cárcel. No le pudo contar que estaba enferma. Hubiese arruinado su futuro y apagaría su brillante porvenir.

Ahora que la enfermedad había vuelto, intentó ocultarlo, no quería que regresara a casa, podían despertarse los fantasmas del pasado. No era seguro estar aquí, pero un fallo informático en el Seguridad Social había delatado la situación.

Alfredo, su ex marido y padre de Hugo, había recibido una llamada para concertar una cita con la oncóloga, ya que aparecía como teléfono de contacto en lugar del de ella. Este alertó a su hijo y todo se precipitó.

—Tu vida está allí. Aquí ya no te queda nada —dijo con miedo. Al final había regresado a casa con una carrera, sí, pero difícil de ejercer en España como él soñaba. Además, si Emma se había cruzado ya en su camino, iba a ser más complicado que se fuera que su enfermedad.

—Estás tú, mamá. Es lo único que me importa. No voy a discutir más. ¿O quieres que te recuerde que me has estado ocultando lo que te pasa? —mencionó en tono cariñoso. Ese tiempo perdido no lo iba a recuperar y no servía de nada discutir por ello. Había que seguir hacia adelante.

—Solo quiero que hagas tu vida y no tengas que preocuparte de ningún lastre —explicó

acariciándole la mano. Hugo miró al cielo soleado cerrando los ojos. Si ella supiera lo atado que estaba a Madrid y que, a pesar del éxito, todos esos años habían sido nefastos para su corazón roto... Se había sentido tan solo, que pensaba que para qué cumplir un sueño si no tienes con quién disfrutarlo.

—No eres ningún lastre. No lo digas —rogó emocionado. Su madre asintió—. Puedo estar donde quiera, mamá. Tengo contactos y una carrera que me avala, pero hay prioridades en la vida más importantes que una profesión —dijo en tono cansado, como si ya lo hubiese explicado muchas veces antes.

—Contrataré a alguien que me atienda. Tú llama a esos contactos, ¿entendido? —le espetó intentado darle fuerza a su voz, para intentar imponerse como lo hacía cuando era un niño.

Hugo paró sus pasos y la obligó a hacerlo también.

Se miraron unos segundos. Casi estaban llegando al coche.

Cogió aire.

—No voy a dejarte sola, ni que te cuide alguien extraño. Estaré contigo hasta el final de la enfermedad, sea el que sea —aseguró emocionado con algunas lágrimas rebeldes que habían sido difíciles de controlar, a pesar de saber que no estaba sola.

Pedro, un policía que les ayudó cuando era pequeño siempre rondaba cerca de ella y con la edad, no dudó cuán cerca estaba, aunque su madre nunca permitió que la viera con él. Se sacrificó hasta en eso.

—Mi vida ya está estropeada. No permitiré que desperdices la tuya —le susurró con un nudo en la garganta acariciando su rostro.

—Vamos a luchar, mamá. Vamos a pelear con todas nuestras fuerzas, juntos, y lo vamos a vencer —dijo con energía, intentado pasarle todo el positivismo posible a ella.

—Lo vamos a vencer —aseguró entre lágrimas, aunque sus esperanzas habían mermado mucho tras esa visita.

Hugo limpió las mejillas de su madre con dulzura, hizo que se agarrase de nuevo a su brazo y caminaron en silencio los pocos pasos que les separaban del coche.

Abrió la puerta del copiloto y la ayudó a entrar.

La acomodó con cuidado y cerró.

Entró en el asiento del conductor. Metió la llave en la cerradura y justo cuando iba a arrancar, Carmen le cogió del brazo.

Él paró el movimiento y la miró.

—Prométeme que no vas a volver a participar en carreras ilegales, ni jugarás al póker si el dinero escasea.

El hombre cogió aire. Fue una época muy dura y difícil la de los diecisiete a los veinte.

Asintió cerrando los ojos, pero no lo dijo en voz alta.

Haría lo que fuera necesario para que su madre tuviese las atenciones que necesitase. Si lo había hecho por su padre para salvar el puñetero taller, ¿cómo no iba a intentar salvarla a ella?

Carmen sabía que era como hacer prometer a Marc Márquez que no iba a montar en moto nunca más, así, de repente, sin motivos, pero tenía que intentarlo.

No quería que todo lo que impidió años atrás, sacándole de España, le cayera encima como una losa de la que no se iba a poder desprender jamás.

Emma había quedado con Sira en De Vinos para contarle las últimas novedades de las estupideces de Diego.

Cada día estaba más desencantada con la relación, dudando si la idea de irse a vivir juntos era la adecuada.

Le conocía desde el colegio. Diego iba un curso por delante de ella y tuvieron una relación antes de cambiar su vida académica al instituto. Fue una relación importante que les marcó a ambos, esa en la que lo das todo por la otra persona, pero no funcionó como ella esperaba.

Nunca se arrepintió de haber sido el primero con el que tuvo sexo, pero con el tiempo pensó que debió esperar un poco más.

A él le dolió que lo dejara alegando que no quería ninguna relación, que atarse tan pronto no entraba entre sus planes, sí en los de él, y que deseaba centrarse en sus estudios.

Dejar el colegio fue el remate final.

Lo destrozó.

Él ya estaba en la universidad cuando, meses después de dejarlo, se enteró de que andaba con Hugo, el otro tipo duro del barrio después de Adrián.

Odiaba el halo de misterio que lo envolvía, cómo lo miraba... Le partiría la cara si tuviera oportunidad. Le dolía verla con él...

No le había sentado bien la noticia de su regreso. Era la gota que acababa con su mermada paciencia, aunque Emma no sabía en realidad cuáles eran el resto de cosas que llenaban ese vaso. Nunca estaba claro.

Celos, miedo, sobreprotección... Últimamente era brutal el tema. ¡Por cualquier cosa se comportaba como un neandertal! Pero con el trabajo era por demás. ¿En qué siglo vivía? ¿Qué le estaba pasando?

Fuera lo que fuese, estaba haciendo mella en la relación hasta el punto en que ella, antes de saber de Hugo, no tenía tan claro si seguir con él y con los planes conjuntos.

Las amigas se sentaron en el reservado de asientos semicirculares de siempre.

Emma no había dejado de hacerlo desde que Hugo la llevó a aquel bar años atrás y Nacho, el dueño, se lo preparaba con cariño siempre que estaba disponible.

—Yo creo que deberías ser clara con él. Dile que últimamente está haciendo mucho el gilipollas y te tiene harta —aconsejó su amiga.

—No puedo decirle eso. Yo tampoco me estoy portando muy bien que digamos —confesó—. Creo que no es justo.

Las dos bebieron un trago de su copa de vino blanco helado, pensando en la situación.

—Pues mándale a la mierda sin más. De verdad que se lo merece. Abre los ojos de una vez. Se ha convertido en un machista de primera.

—Lo sé, pero si le digo que le dejo justo ahora que ha vuelto Hugo...

—*Déjà vu.*

—Sí —contestó cerrando los ojos.

—Pero entonces no lo dejaste por Hugo, lo dejaste porque no querías atarte a un tío con dieciséis años —le recordó—. ¡Chica lista! —Sira, aún hoy, lo pensaba. Nunca veía el momento de una relación larga y seria, y no quería que su amiga se equivocara.

—Sí, pero después de aquello... pasa un año y empiezo a salir con Hugo. Tan lista no fui, porque me pilló, pero bien... —Cogió aire. Nunca se desenamoraría de él, al menos no del todo.

Ese dicho de, «donde hubo fuego quedan rescoldos», era verídico en su corazón—. Si te lo hicieran a ti, ¿cómo te sentirías?

—Mal, pero un año después, ya lo tenía que haber asumido. Es que no hay comparación —dijo Sira negando con la cabeza, mientras calibraba a uno y a otro en su mente. Eran la noche y el día, tan distintos que no entendía cómo se había podido enamorar de los dos.

Emma cogió aire y se recostó en el asiento pensativa mientras le daba un largo trago a la copa de vino. Era increíble que aún no hubiese sido capaz de salir de ese círculo.

Su amiga sirvió un par de copas más, mientras Nacho traía más aperitivos para picar.

—Quería preguntarte una cosa —se decidió Sira, aunque tenía dudas de si entrar en ese tema—, pero entiendo que no quieras hablar de ello.

—Me vas a preguntar por él, ¿verdad?

—Por supuesto —asintió poco convencida de que compartiera algo al respecto.

Emma cambió solo con pensarle. Toda ella cambió. Su actitud, el gesto de su rostro, el brillo en los ojos...

Sira sintió envidia sana por su amiga. Ojalá estaba vez saliera bien, porque sabía que Hugo le profesaba los mismos sentimientos.

—Fui a verle al taller después del atraco. Me contó que su madre está enferma y por eso ha regresado. Lo que se traduce en que, cuando esté bien, se marchará otra vez —contó con tristeza tanto por Carmen, como por sospechar que él se iría.

—¿Te lo ha dicho con esas palabras exactas?

—No hace falta. Lo conozco.

Sira dio otro trago al vino. Dudaba mucho que pudiera irse otra vez sin más, sin daños colaterales.

—¿Llegó a contarte por qué se marchó? Me refiero a si te contó más allá de la versión oficial. —Estaba segura de que pasó algo de tal calibre que aquella marcha no fue como se dijo. Ella siempre pensó que fue una huida, pero Emma, dolida como estaba por el abandono, nunca quiso hablarlo. Habían pasado muchos años, quizá podían hacerlo ahora.

—No. Solo se marchó sin mirar atrás. Sin contar conmigo, sin pensar en nuestra relación, como si le diera igual.

—¿Y no te resultó de lo más raro del mundo? Él te amaba sobre todas las cosas. Tú a él también. Teníais planes juntos, promesas... No sé... Fue tan inesperado... Siempre he querido hablar de esto contigo, pero no estabas preparada para ello. Ahora parece que sí.

—No lo estoy. No sabes cómo me duele recordar el vacío que me dejó en el alma, pero sé que algo grave pasó para que actuara así... Quizá nunca me lo cuente... —se sinceró mientras sentía un escalofrío igual que aquel día.

Sira intuía ese dolor; la conocía mejor que nadie y quizá no iba desencaminada.

Su trabajo en el barrio durante esos años tras terminar los estudios, habían dado con información sobre lo que pasó en aquellos días en Madrid, y que podría estar relacionado con Hugo.

La cuestión era si Emma estaba preparada para saber la verdad.

Decidió callar por el momento.

Intentaría reunir pruebas sin levantar polvo. No quería hacerles daño. Los quería mucho a ambos.

También sabía que se verían más. Estaba segura de que Hugo se acercaría en algún momento si Emma no lo hacía y quizá se sincerase.

No era justo hablar de algo tan delicado como parecía ser, sin tener certezas ni preguntarle sobre ello antes. Esperaría.

—Entonces no abramos heridas que no estamos seguras de cerrar —despachó el tema levantando la copa para brindar.

Emma sonrió más tranquila, chocó la copa con su amiga y, al ir a beber, se atragantó.

Sira le tendió unas servilletas para que se limpiase mientras buscaba la causa del accidente.

Hugo estaba de pie en la entrada del bar.

Las miraba con esa media sonrisa sexi que enamoraba a todas, pero solo era para Emma.

CAPÍTULO 9

Nacho se acercó eufórico a Hugo en cuanto pisó el bar. Sabía que había regresado, pero no habían tenido la oportunidad de verse.

Se abrazaron emocionados después de un apretón de manos.

En ese tiempo, Emma y Sira intentaron recomponerse y recoger el estropicio tras el atragantamiento.

—Joder, qué puntería —susurró Sira entre risas.

—Es su bar, él lo descubrió y me trajo aquí. ¡Qué esperabas!

—Tiene narices que esto lo estés diciendo tú, amiga —declaró Sira entre risas—. Ha sido tu decisión venir aquí.

—Sí, lo sé. En qué estaría pensando —susurró apurada, terminando de limpiar la mesa. Después de su regreso, lo normal es que fuese allí. Ellas podían haber elegido cualquier otro bar de la infinidad que había en el barrio, pero con el tiempo, también se había convertido en suyo.

—Tranquila, respira y disfruta el momento. Es el único hombre por el que sientes de verdad. Aprovecha cada segundo, por favor.

Emma cerró los ojos cogiendo aire.

Esas palabras eran ciertas, todas, pero ahora era más complicado que siete años atrás. Ahora la que quería salir corriendo, en parte, era ella.

—Solo pienso en Diego —confesó inquieta. Se sentía mal. Lo estaba engañando en cierta forma al no contarle que había visto a Hugo, porque aquel encuentro había sido una casualidad o al menos intentaba convencerse de ello.

—¡Qué le den! —exclamó Sira elevando el tono de voz— Estoy harta de ese tipo.

—Espero que no te refieras a mí —dijo Hugo de pie frente a la mesa.

—A ti nunca, bombón —aseguró Sira levantándose para darle un abrazo. Hugo se lo devolvió con mucho cariño. Siempre había sido una buena amiga.

Cuando se separaron, fue directo a saludar a Emma.

Se dieron otro abrazo, aunque esta vez estaba cargado de sentimientos el uno por el otro. Al deshacerlo, se miraron unos segundos, con sus labios muy cerca.

Él reaccionó primero. Le dio un beso en cada mejilla antes de que le cortocircuitara el cerebro y le impulsara a otro tipo de beso.

Había tenido una tarde intensa. Un viejo conocido se había enterado de su vuelta y le había visitado de forma inesperada, quería relajarse y desconectar de ello. Se lo había prometido a su madre y no iba a faltar a su palabra. También a Pedro, su visita, aunque verlo le recordarse todo.

No había hecho más que quitarse su cazadora de cuero, cuando apareció Nacho con un tercio de cerveza para él y más aperitivos.

—Toma, muchacho. Luego os traigo más, que están terminando de cuajar unas tortillas de patata y freír unas alitas de pollo —declaró el siempre atento dueño.

—Nacho, por favor, hay comida de sobra en la mesa. No te preocupes —pidió Hugo.

El hombre se alejó de la mesa con un ademán de la mano en señal de que se callara.

Hugo negó con la cabeza. Era imposible convencerle de que no querían salir rodando del

bar.

—Recordaba esto, pero no con suficiente nitidez —comentó señalando los platos que inundaban la mesa de las chicas.

—Menos mal que has venido. Creíamos que teníamos que comerlo todo nosotras y marcharnos haciendo la croqueta —dijo Sira divertida. Los tres rieron.

—A veces me da palo venir solo por esto —confesó Emma—. Aquí hay comida para medio barrio.

—Por eso sigue abierto y la gente lo llena todos los días. Nacho es especial y hace de su bar un lugar de encuentro único —contó la amiga cogiendo un poco de queso.

—Esto no lo hace con todo el mundo —explicó Hugo—. Solo con la gente a la que quiere mucho.

Los tres guardaron silencio con media sonrisa de anhelo.

Habían vivido muchos buenos momentos juntos allí.

Desde el día en que Hugo llevó a Emma tras la inauguración, se había convertido en su bar. Iban los fines de semana, las tardes que tenían libres, incluso las que no con sus libros para estudiar. Hugo a veces se unía a ellas y algunos amigos más cuando acababa de trabajar.

No hacía falta quedar, ni llamarse, era su «donde siempre».

Hugo miró alrededor, le faltaba alguien importante.

Tenía muy pocos amigos, de los cuales solo podía considerar verdadero a uno, Jorge, a quien no había llamado tras su vuelta, hasta hoy.

—Se hace bastante de rogar —dijo Sira con tirantez. Sabía perfectamente a quién buscaba y que era muy difícil coincidir con él.

El hombre la miró con media sonrisa.

—¿Aún estáis así? —preguntó incrédulo.

—¿Así cómo? —espetó un poco molesta.

Hugo levantó las manos en señal de paz antes de hablar.

—Solo digo que me parece alucinante que aún no hayáis discutido lo vuestro a fondo —insistió apretando los labios al terminar. No sabía cómo le iba a sentar tanta sinceridad a su amiga.

Sira se puso colorada como un tomate.

Jorge y ella habían tenido una atracción mutua desde que se conocieron.

Su amigo ya estaba en la universidad, como debía estar haciendo Hugo si no fuera porque repitió el último curso. Era su mejor amigo, pero las circunstancias les separaron en el día a día.

En cuanto podía, se acercaba a su antiguo instituto a verlo y los fines de semana alternaba salidas con ellos y los nuevos compañeros. Algunas veces todos se unían formando un numeroso grupo. Fue una gran época de sus vidas.

—¿Le has visto últimamente? —dijo por fin la chica.

—No —contestó mirando a Emma con intensidad—. La verdad es que no he tenido mucho tiempo para ver a nadie.

—¿Cómo va tu madre? —preguntó Emma, quería saber de Carmen y era la oportunidad. Así se calmarían los ánimos entre aquellos dos.

—Hoy hemos ido al médico y... —Cogió aire. Le costaba hablar de ello—. Nos queda un largo camino por delante, pero lo conseguiremos —dijo sin aclarar en concreto lo que sucedía.

Emma estaba a punto de seguir preguntando, cuando su amiga le dio un pequeño golpe en la pierna para que no siguiera.

—Como iba diciendo —interrumpió Sira para retomar el tema—, yo tampoco lo he visto desde hace mucho tiempo, así que, si le ves, igual te lo cuenta a ti.

Hugo sonrió con tristeza.

Era un desastre en su vida amorosa.

Esto tenía que cambiar.

Sacó su móvil, abrió el WhatsApp y escribió un mensaje escueto.

Lo dejó bocabajo sobre la mesa sin dar explicación y le dio un largo trago a su cerveza.

Emma tenía el corazón a mil por hora. Estaba nerviosa por tenerle delante, por si aparecía Diego... Le ponía nerviosa hasta respirar.

Sira lo notó enseguida.

Levantó la mano a Nacho para que trajese más vino.

—No pidas más. Tengo que volver a casa. Mañana trabajo.

Su amiga hizo un mohín con la cara ignorándola tras susurrar *cortarrollos* lo suficientemente alto para que la escucharan los dos.

A los pocos segundos, Nacho traía una botella grande de vino blanco en una hielera.

—A mis princesas que no les falte de nada —declaró tras dejarla en el suelo a los pies de la mesa, una copa a Hugo por si quería un poco y, como un tornado, recogió los platos vacíos de la mesa.

Sin más, desapareció de nuevo.

El hombre sirvió una copa a cada uno y la levantó para brindar.

—Por los reencuentros —declaró mirando brevemente a Sira, para pasar a hacerlo con intensidad a Emma.

—Por los reencuentros —murmuró la chica con el corazón en la boca.

Tuvo suerte, el móvil de Hugo vibró en la mesa y este rompió el contacto visual con ella.

Sonrió al leerlo.

Miró a Sira.

—Espero que seas tan locuaz en un par de segundos, como lo eres conmigo.

No le dio tiempo a replicarle.

La puerta del bar se abrió y Jorge entró en él.

No buscó a nadie, no hacía falta.

Con decisión miró al lugar donde estaban sentados y sonrió.

Sira tragó intentando mantener la calma.

Emma apretó los labios con una sonrisa divertida.

Su amiga había intentado posponer este momento desde que recordaba. No quería comprometerse con nadie. Era fiel a su independencia y Jorge siempre había querido algo más que alguien con quien estar de vez en cuando. Ya era hora de que se enfrentara a sus miedos.

—Veo que nada ha cambiado en esta mesa —dijo con su voz profunda sonriendo a su amigo, pero tras una larga mirada a la chica que tanto le hacía sentir, a pesar de no saber cómo llevar su relación. Ella no quería compromiso, él lo quería todo.

Hugo se levantó con un movimiento rápido, abriendo los brazos para abrazar a su amigo.

—Qué alegría verte, tío. Qué alegría —repetía una y otra vez mientras Jorge le contestaba

algo similar sin soltar ese abrazo.

Emma no pudo evitar emocionarse.

Jorge, aunque seguramente con más información que ella, también lo había pasado mal por su marcha. Verlos juntos era especial.

Se secó las lágrimas que caían por las mejillas intentando que no se notase, pero los dos amigos lo vieron.

—Estás preciosa en la tele, Em, pero mucho más al natural —le dijo con sonrisa cariñosa. Ella se levantó para abrazarlo.

—Tú sí que estás guapo —susurró en su oído emocionada.

Sira aguardaba en su sitio con la tez blanca como la tiza. Aquel encuentro la había descolocado.

—Tú también estás muy guapa, princesa —se dirigió a ella con cariño.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Ella la aceptó y lo hizo.

Frente a frente, Jorge le sonrió. A ella le dio un vuelco el corazón.

¿Por qué no podía intentarlo en serio con él? Quizá iba siendo hora.

Se abrazaron sin palabras. No hacían falta.

Emma y Hugo les miraban con un nudo en el estómago. Eran un reflejo de ellos. Dos parejas que se amaban mucho, pero no estaban juntas.

—Voy al baño. Disculpadme —dijo Emma intentando salir de allí, de la emoción.

Solo Hugo la escuchó.

La siguió con la mirada mientras sus amigos seguían abrazados.

¿Tan difícil era dejarse querer?

Emma estuvo cinco minutos y cuarenta y siete segundos en el baño.

Apoyado en la pared del pasillo por el que debía salir al bar, Hugo había mirado muchas veces la hora.

Se le hizo eterno.

Sabía que tenía pareja, que no estaba sola, seguramente les iría muy bien y él se lo estaba complicando todo, pero... no podía dejarlo pasar.

Parecía que Nacho había empezado a poner música para cambiar de ambiente. Algo de animación quizá destensase el encuentro.

Un poco más tranquila Emma salió del baño cogiendo aire.

La conocía. Ese gesto en la cara, los labios formando una suave «o».

Cuando le miró y se dio cuenta de que la estaba esperando, su rostro cambió.

Estaba nerviosa, sí, claro que lo estaba, él también, pero el brillo de ilusión en los ojos, le hizo dar el paso definitivo.

Se aproximó, la cogió de la mano y tiró de ella con suavidad para llevarla hasta el final del pasillo donde nadie les molestase.

Caminó tras él, oliendo su perfume, sintiendo su mano cogida de la suya acariciando la palma con el pulgar como recordaba, mientras *Fuego* de Annita, DJ Snake y Sean Paul sonaba por

los altavoces del local como música de fondo y no ayudaba nada.

En cuanto sus pasos se detuvieron y se giró, no hubo tiempo de pensar:

Cogió su rostro con una mano, la cintura con la otra y la besó.

Fue como viajar en el tiempo, como si nunca se hubiese ido, como si hubiesen estado juntos la noche anterior:

Su piel, sensible a las atenciones de Hugo, despertó como si hubiese vivido un largo letargo. Su olor, el calor de su cuerpo, el rastro de sus manos en ella.

Su boca en la suya, los labios suaves, sus besos llenos de deseo de más.

Emma deshizo el beso. Necesitaba respirar:

Lo deseaba. Había pensado mucho en qué sucedería si pasaba.

Ahora lo sabía.

Podía tener relaciones con otros chicos, pero ninguna sería como la de Hugo.

CAPÍTULO 10

El *afterwork* se convirtió en cena y copas. A pesar de ser un martes cualquiera, el bar estaba muy animado. Había partido de Champions League y muchos grupos de amigos del barrio habían quedado para verlo, como ellos años atrás.

En esta ocasión, el encuentro deportivo se había convertido en algo secundario. Miraban a las pantallas que tenía Nacho dispuestas por el local cuando había una jugada importante y la gente gritaba, pero no le prestaban atención. Hacía mucho tiempo que no se veían y tenían mucho que contarse.

Hablaron del trabajo actual, de tiempos pasados en lo que disfrutaron allí, anécdotas que en algunos momentos incluían a Nacho, que se incorporaba a la conversación bandeja en mano, muy feliz de verlos juntos en su local, aunque ya no fueran pareja.

Así se pasó el tiempo, entre buena gente, felicidad y miradas cruzadas.

Para Sira no pasaban desapercibidas las que le dedicaba Jorge, pero tampoco las de su amiga con Hugo.

El gesto del rostro de Emma le hacía pensar que había pasado algo especial cuando desaparecieron en el pasillo del baño, pero no había soltado prenda, ni hecho ningún gesto que la delatase.

Hugo no quitaba la vista de su sonrisa, que no había abandonado sus labios desde el beso en la trastienda. Sus gestos hablaban de una actitud relajada y desinhibida que le hacía muy feliz, como si hubieran hecho una regresión, hasta que vibraba su móvil.

Una y otra vez los mismos movimientos. Lo giraba para mirarlo, lo ignoraba, se echaba la melena sobre un hombro y seguía con la conversación como si nada, pero aquellas llamadas no eran nada.

Tan solo se dedicó a contestar en un par de ocasiones unos whatsapps con un escueto mensaje que no le llevó más de unos segundos.

¿Sería el tipo con el que estaba saliendo? La gente del barrio le había informado que se trataba de Diego, el mismo al que ella dejó un año antes de conocerlo cuando se cambió al instituto.

Cuando se enteró, no podía creerlo. Era la peor elección por lo que sabía de su relación anterior. Ese hombre era un oportunista, egoísta y cobarde.

No se equivocaba al pensar en cómo había regresado a su vida otra vez. Aprovechó la vulnerabilidad de Emma en cuanto se enteró de su marcha, acercándose para ofrecerle el hombro de un viejo amigo donde llorar; aguardando hasta que tuvo la oportunidad.

Sabía que la culpa era suya. Se marchó y la dejó sin opciones. Podía hacer su vida, estar con quién quisiera, era lo mejor. No iba a arrastrarla a un destierro indefinido. No era justo.

Quería ser periodista, tenía oportunidades en España. Había colaborado con medios, la conocían y les gustaba. En Estados Unidos tendría que empezar de cero.

—Disculpad —dijo Emma cogiendo el teléfono para contestar una llamada. La octava en media hora.

Hugo la miró, ella le dedicó una breve sonrisa tensa y se marchó.

—Es increíble —susurró Sira negando con la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó Hugo con tono tranquilo, pero en su mirada se veía la preocupación. Aquello no le daba buena espina.

—Está con Diego —confirmó lo que él ya sabía— y últimamente se está pasando bastante de la raya, por no decir que la ha superado con creces. No es que fuera un gran tipo, pero era aguantable. Ahora, ni eso.

—Qué pasa —pidió que le contará con firmeza. Ya no era una pregunta. Ese tipo nunca le había gustado, mucho menos si la estaba tratando mal.

—Cuando te fuiste, él estaba esperando la oportunidad y ella... Bueno, ya sabes cómo es. Em, siempre quiere tener buena relación con la gente, así que empezaron a tener contacto regular durante mucho tiempo, hasta que volvieron a ser pareja. El siguiente paso que dio fue ser un don Juan perfecto. Pero todo se le ha ido al garete cuando ella ha empezado a ser más independiente, a tener más responsabilidad en el trabajo, llegar tarde por cubrir noticias, llamarle para anular citas —guardó silencio unos segundos para coger aire y decir lo que quería sin tapujos—, es decir, se está convirtiendo en una gran profesional, y creo que eso no lo soporta. Tu llegada ha hecho el resto —añadió con rotundidad—. No creo que ella quiera que diga esto, pero lo voy a decir —afirmó acercándose a Hugo y a Jorge un poco más para que quedase entre ellos—. Diego sabe que estando tú, él no tiene nada que hacer. Eres como un eclipse que le borra del mapa y está inaguantable.

Hugo asimilaba aquellas declaraciones como podía.

No soportaba aquel trato a cualquier mujer. Durante una época, su padre lo hizo con su madre, hasta que le paró los pies con once años y poco después se separaron y se fue de casa. Ahora no iba a permitir que otro se lo hiciese a Emma.

Cogió aire y lo soltó despacio para calmarse.

Debía pensar que era información muy importante con la que poder manejar la situación.

Después de ese beso en el pasillo, podía estar seguro de que Emma sentía algo por él.

No sabía si era lo mismo que cuando estaban en el instituto, era difícil, porque ella tendría muchas preguntas y él no estaba seguro de estar preparado para contestarlas, pero lo que estaba claro era que se amaban y tenía que averiguar hasta dónde les llevaban esos sentimientos.

La enfermedad de su madre iba a ser larga y dura. No iba a ir a ningún sitio por ahora. Tendrían tiempo de conocerse otra vez y ver qué pasaba, si ella quería.

Después de esa información que debía que aprender a gestionar rápido, lo tenía más claro aún.

—¿Le ha hecho daño? —preguntó intentado estar lo más tranquilo posible ante la respuesta.

—¡No! —exclamó Sira horrorizada. Su mejor amiga, su hermana, no le habría ocultado algo así—. ¡Claro que no! Lo sabría. Me lo habría contado.

—¿Estás segura? —insistió con una mirada dura que la hizo replantearse su respuesta.

—Creo que no —contestó en esta ocasión más comedida, pensando bien lo que decía—. Joder, no creo que me ocultase algo así, Hugo —determinó, echándose para atrás en el asiento, preocupada.

Jorge cogió su mano por debajo de la mesa. No le gustaba verla triste y vulnerable. Era pura energía y alegría, pero el tema era muy delicado. Entendía su preocupación si Emma le había

mentido en algo tan importante.

—Yo también lo creo —asintió Hugo—, pero en estas situaciones, las mujeres se vuelven imprevisibles y actúan de forma que no imaginamos.

Jorge apretó el puño sobre la mesa en un gesto de indignación ante lo que escuchaba.

—Piensa que Emma no es tu madre, Hugo. Es una chica joven que trabaja en la prensa y tiene acceso a mucha información al respecto —explicó su amigo intentando pensar en positivo—. Creo que ella no dejaría que este tipo llegase a someterla así.

—Solo estoy preguntando. Tranquilos. Quiero estar al tanto de esto con todos los detalles que pueda reunir —declaró preocupado.

—Si veo algo raro, te avisaré —prometió Sira comprometida con la causa.

Hugo miraba en dirección a la puerta cada pocos segundos desde que Emma había salido fuera.

Tras más de veinte minutos de ausencia y aquella preocupante conversación, se levantó del sofá semicircular; cogió su cazadora de cuero y salió en su busca.

Miró a los lados rastreándola entre la gente que fumaba cerca de la puerta de acceso.

No estaba.

Se puso la chaqueta, metió las manos en los bolsillos del pantalón y decidió bordear la fachada.

Si las cosas seguían como siempre, habría sillas de terraza en la parte de atrás. Era posible que estuviese allí.

Caminó intranquilo para comprobarlo. La conversación con Sira no le había gustado nada.

Respiró al encontrarla.

Estaba de espaldas. No lo podía ver.

Seguía hablando por teléfono.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sentía frío.

—Me da igual lo que opines, Diego. Es mi trabajo y no tengo que discutirlo contigo. Son mis decisiones. —Escuchó que contestaba con firmeza. Le alegró saber que lo defendía con seguridad—. Estás muy pesado desde el atraco y me estás cabreando. No pienso dejarlo y, ya que estamos, creo que con esta actitud no es el momento de irnos a vivir juntos ni pensar en hacerlo. Tengo mucho trabajo y necesito concentrarme en ello.

Hugo enarcó las cejas sorprendido. Ella no era de las que decían ese tipo de cosas por teléfono o mensaje, le gustaba hablar cara a cara. Algo no iba bien.

—También me da igual que no estés de acuerdo. Es mi vida y yo decido sobre ella. No estoy preparada para dar un paso así en este momento. Si lo entiendes, mejor; si no, lo siento, pero es lo que hay —confirmó con aplomo. Hugo estaba a punto de avisarla de que estaba allí, pero no le dio tiempo...—. Sí, sé que ha vuelto y sí lo he visto, ¿qué problema hay? —gritó con rabia. El hombre aguardó. Sabía que se refería a él, por lo que Sira había insinuado. Quería escuchar esa parte, aunque sabía que estaba mal—. Los problemas no los genero yo, Diego, los provocas tú con tu actitud, tus palabras y tus malas formas. Hugo no pinta nada en esta conversación, estamos hablando de ti y de mí, pero ya que lo estás metiendo en medio, te digo que tienes todas las de perder en este tema. Será mejor que te calles al respecto.

Hugo apretó los labios. Si la situación fuera al revés, habría contestado algo similar. Entre ellos dos, a pesar de lo que sucedió, siempre habría algo especial.

—Creo que es mejor que no nos veamos en unos días. Ahora mismo estoy muy enfadada y no quiero decir algo de lo que luego me arrepienta.

Hubo un largo silencio de Emma en el que, hasta él, pudo escuchar gritar al hombre del otro lado de la línea. Estuvo a punto de quitarle el terminal y colgar. No lo soportaba, pero se contuvo. Debía hacerlo ella.

Tras unos segundos en los que Emma solo negaba con el teléfono alejado del oído para que no le hiciese daño su voz, dejando que se desahogara, se giró y lo vio.

La dureza de la mirada de Hugo, por lo que escuchaba que estaba pasando, la revolvió por dentro a pesar de saber que no era contra ella, sino por Diego.

No quería que él viese aquello... No quería que supiera lo que estaba pasando. Esperaba arreglarlo en privado y seguir su vida tranquila.

Era consciente de que estaba consintiendo demasiado a su pareja, pero ¿qué podía hacer? Empezaba a tener miedo a sus reacciones si le llevaba la contraria, por eso decidió cogerle el teléfono antes de que las continuas llamadas sin respuesta empeorasen las cosas, incluso que la empezase a buscar por el barrio o en el trabajo.

No estaba segura de que hubiese sido buena idea.

Apretó los labios mientras él se acercaba.

Se quitó la cazadora y se la puso sobre los hombros para que no cogiera frío, sin decir ni una palabra, en silencio sepulcral, para que Diego no supiera que estaban juntos, pero ella estuviese bien.

La calma que le transmitía, sus detalles, sus silencios... la seguridad de ser libre a su lado, el olor tan familiar del cuero mezclado con el perfume que siempre usaba y su esencia particular que le hacían sentirse en casa, fue lo que le hizo clic en la cabeza.

Con Diego nunca se había sentido así.

Recordó qué quería en su vida.

—Analiza lo que acaba de pasar, piensa bien en ello, porque es brutal —le dijo sin apartar la mirada de Hugo—. No merezco este trato. Lo siento, pero no lo aguanto ni un minuto más. — De nuevo se escuchaba al hombre hablar en tono elevado, aunque ya no gritaba. Hugo sentía su desesperación, pero eso tenía un nombre, celos enfermizos y maltrato psicológico, algo que no era sano—. No. Ya no quiero verte. No quiero que me llames. No puedo continuar con esto. — Era duro dar ese paso, mucho más delante de él. Se le enronqueció la voz por el nudo en la garganta—. Lo siento, Diego. No quiero seguir con esta relación. Adiós.

Colgó mientras cogía aire con los ojos cerrados. Lo soltó despacio, dejando que sus músculos, en tensión por la conversación, se relajasen un poco. Sintiendo la libertad.

Los abrió avergonzada. ¿Cómo había llegado a eso?

Hugo la miraba, esperando sin prisa a sus necesidades. Si quería llorar, gritar, abrazarlo o salir corriendo, él esperaría. Él la acompañaría como antes.

Cerró los ojos de nuevo apretando los labios de rabia. No tenía que haber presenciado eso.

Respiró un par de veces y los volvió a abrir.

—Lo siento —se disculpó enseguida.

—¿Por qué? —preguntó con un mohín de disgusto en la cara. No tenía que disculparse por defenderse.

—Por... esto —dijo mostrando el móvil temblando, dudando cómo llamar a lo que acababa

de pasar.

—No quiero que lo hagas. No quiero que pidas disculpas por mandar a la mierda a un tipo como el que te ha hecho decir todo eso. Quiero que te pidas disculpas a ti misma por haber consentido que llegara ni siquiera a pensar que podía hacerlo.

Emma apretó los labios intentando contener las lágrimas. Tenía razón. ¿Qué le estaba pasando?

Guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y se pasó los dedos por la frente como si no tuviera respuesta para eso, porque la verdad era que no la tenía.

—No sé qué me pasa últimamente. No estoy centrada... No sé... —se excusó balbuceante.

—Hace unos minutos, ahí dentro hablando con nosotros de tu vida y de tu trabajo, lo estabas. Cuando me besaste en el pasillo, lo estabas —susurró aguantando la emoción—. Oh, ya lo creo que sí. Apasionada, atrevida, sensual —añadió rememorándolo en su mente con esa sonrisa sexi que a Emma le enamoraba—. Tú eres esa chica, no la que está con ese tío, ni la que tiembla intentando excusar su conducta. Así no te reconozco —le dijo con cuidado, señalándola a la altura donde había guardado el teléfono. No quería hacerla sentir mal—. Tu sonrisa lejos de mí, me duele en el alma, pero es lo que hay. Me fui y es lo que merezco —se confesó espontáneo. A ella le cogió por sorpresa. El corazón le dio un vuelco al escucharle hablar de ello—. Pero que la disfrute un tipo como el impresentable de Diego, me desgarrar, me parte en dos, porque no te va a dar lo que tú necesitas, no te trata como debe y mucho menos te va a hacer feliz. Nunca lo ha hecho —añadió incapaz de no recordarle el pasado.

Ella no sabía qué decir.

Un tipo como Diego, como el Diego que ahora había descubierto, aunque Sira siempre dijo que era así, no debía entrar en su vida. Estaba de acuerdo. Solo que él se fue y ahora no podía echarle en cara sus decisiones.

—Lo sé —murmuró—, pero él no era así. Nunca se ha portado mal conmigo antes. No sé qué le ha pasado...

—Conozco cómo funciona este tema, ¿lo recuerdas? Mi madre vivió algo similar cuando yo era pequeño y quizá sepa mejor que tú lo que te está pasando. No te engañes más, Emma, por favor. Él siempre ha sido así, solo que lo ocultaba bien. No tenía motivos para sacar su verdadera personalidad, pero ahora no te comportas como él quiere, no vives como él desea y no lo soporta.

Ella asintió. Tenía razón. Aquella situación era muy fea y, aunque hubiese aguantado ese par de semanas desde que Diego comenzó a machacarla aún más por su actitud durante el atraco del barrio, esto no podía continuar. Pero él se fue... No podía entrar de nuevo en su vida como si nada hubiese pasado.

—No puedes arreglarlo todo como un coche, Hugo —dijo consciente de que le haría daño, pero era la verdad—. Te fuiste y dejaste atrás a gente que te quería, a la que trastocaste la vida de forma brutal... Hemos sobrevivido como hemos podido y en ocasiones nos hemos equivocado, seguro que muchas, pero no puedes regresar y poner parches a todo eso como a un neumático y listo. La vida no funciona así.

Hugo apretó los labios con rabia, pero no por lo que le decía, eso era cierto, sino porque él lo había provocado y no se lo perdonaría nunca.

—Lo siento. Sé que no tengo ningún derecho a decirte lo que tienes que hacer —dijo con voz profunda y triste—, pero solo quiero lo mejor para ti... siempre he querido lo mejor para ti...

—se corrigió enseguida. La miró con tristeza. Ella se merecía a un hombre mejor que ellos—. No dejes que te destruya la vida otra vez. Eso ya lo hice yo.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y comenzó a caminar para salir de allí.

Las lágrimas cayeron como una cascada por el rostro de Emma.

Sabía que él solo quería que fuese feliz. Siempre había sido así.

Salió corriendo en su dirección, y, sin dudar, le abrazó por la espalda envolviéndolo con sus brazos.

Hugo paró en seco.

Cogió aire mientras asimilaba la sorpresa.

Acarició las suaves manos con las suyas mientras su olor le envolvía, sentía el calor de su cuerpo pegado al suyo y las lágrimas mojarle la camiseta.

—No llores, por favor —rogó con la voz ronca por el nudo de la garganta. Le partía el alma.

—No te vayas —le pidió apretándose contra él—. Quédate conmigo.

Le diría muchas cosas, pero no podía. Habían pasado demasiadas en unos minutos. Necesitaba paz y solo la encontraría en él.

—Me quedo contigo —susurró emocionado.

CAPÍTULO 11

Ese abrazo fue un analgésico para ambos. Emma se sentía liberada de la presión de la relación con Diego, al menos por el momento.

Las cosas no se iban a quedar así, iba a pedir más explicaciones, pero esa conversación atropellada en la parte trasera del bar, había cambiado el rumbo de la noche y de su vida. Gracias a la compañía de Hugo, Sira y Jorge, se sentía muy bien.

No sabía a donde les llevaría su reencuentro, llevaba días pensándolo desde que le vio en la escena el atraco y su conversación posterior en el taller. Estaba dolida por el abandono, esa parte iba a ser difícil de borrar, también de perdonar, pero ahora estaba de vuelta, estaban allí, juntos y su corazón latía debocado al verlo, olerlo o tocarlo como con diecisiete años.

Ahora era libre, podía averiguar a dónde les llevaban los sentimientos. Las mariposas revolotearon con la ilusión de la adolescencia, aunque tendría que tener cuidado con Diego.

Hugo tenía miedo a las represalias de aquel tipo. Estaba seguro de que las habría, pero la noche era suya, estaba con él y había que disfrutarla. No iba a pensar en ese tipo ni un segundo más. Resolvería los problemas cuando llegaran.

Tras la vuelta al reservado con sus amigos y explicar escueta la situación, fue como si los tres se hubieran compinchado para hacérselo olvidar, al menos por unas horas, y las divertidas conversaciones regresaron, despejando la mente de Emma.

Sira y Jorge se acercaban con cautela. Las miradas eran continuas y las copas que sirvió Nacho, cuando Emma y Hugo regresaron a la mesa, ayudaban bastante a la causa.

Como era costumbre del local, cuando la noche avanzaba, pasaba de ser un bar de raciones, aperitivos y fútbol, al karaoke durante una hora. Después, a las copas y música para bailar.

Aquel día, Nacho se saltó el karaoke, con el fútbol se había hecho tarde, y se convirtió en discoteca en cuestión de segundos.

Lo tenía todo planificado y, tras oscurecer el local, empezó a sonar *Dancing Alone* de Axwell & Ingrosso.

Fue automático.

Emma y Sira se levantaron como un resorte. Les encantaba aquella canción y Nacho lo sabía.

Ambas empezaron a cantar ante la atenta mirada de Jorge y Hugo que sonreían al verlas tan felices en la zona de baile.

—Es como si hubiese hecho un viaje en el tiempo —declaró Jorge mordiéndose el labio inferior sin quitar ojo a Sira. Estaba preciosa.

—Bendito viaje —contestó Hugo sin apartar la mirada de Emma. Seguía bailando de esa forma sensual que a él le volvía loco.

—Sí —murmuró sonriendo ante la escena que veía.

—Esta vez no la cagues —le recomendó.

—Mira quién fue a hablar —espetó con un mohín de la cara.

Era cierto, los dos lo estropearon, pero él tuvo que huir, Jorge se quedó con una vida normal y no lo había aprovechado.

—Ya, pero si volvemos a fallar, no habrá más oportunidades —aseguró a su amigo.

—En realidad yo no lo cagué, ella rompió —confesó Jorge—. Yo no la hubiese dejado nunca. —Hugo le miró enarcando las cejas asombrado por lo que oía—. Sí, amigo. Sira no quería una relación seria y a mí no me valía con acostarme con ella. Lo quería todo —dijo con anhelo. Después de esos años separados en los que intentaba no verla para no hacerse daño, no había encontrado a otra que le hiciese sentir lo que ella—. Quizá ahora esté preparada para lo nuestro.

—Tendrás que averiguarlo —propuso Hugo cogiéndole del hombro con cariño.

—Ya lo creo que sí. Ahora es todo o nada. —Asintió sonriéndole—. Y tú no vuelvas a desaparecer sin darle explicaciones porque te mato. ¿Entendido? No lo merece —aseguró antes de darle un trago a su copa.

Nunca quiso contarle el destrozo que causó su marcha, ya tenía bastante con el suyo personal desterrado de su vida, pero no lo olvidaría jamás. Fue brutal para todos.

—Lo sé. Lo intentaré —contestó haciendo un gesto con la cabeza en señal de ir a por las chicas. No quería prometer cosas que no estaba seguro de poder cumplir.

Se levantaron para acompañarlas.

Había más gente bailando ya en la pista. Uno de los empleados de Nacho, había cambiado las bandejas de copas por los platos de DJ.

Los cuatro bailaron al ritmo de las canciones durante más de una hora, rememorando tiempos pasados, saltando y riendo entre miradas, y gestos cómplices.

Cuando se acercaba la hora del cierre, el ritmo cambió y poco a poco fue calmándose el ambiente.

Dancing With A Stranger de Sam Smith y Normani, acercó a las parejas.

Jorge intentó bailar más cerca de Sira. Ella, sorprendentemente, se dejó y él, deseoso de intentarlo de nuevo, no desaprovechó la oportunidad.

Emma y Hugo seguían el ritmo de la música.

Él le acarició la cintura acercándose más. Ella cogió aire nerviosa y le pasó la mano con suavidad por el cuello. Él sintió un cosquilleo de placer ante la caricia. Acercó la frente a la suya.

Se miraron.

Sus cuerpos pegados y esa sensación de que habían rebobinado siete años atrás que les envolvía todo el tiempo, hacía de aquel momento algo especial.

El calor de la piel, sus perfumes, el contacto...

—Me voy a marchar. Mañana tengo que trabajar —le dijo Emma al oído antes de que las cosas se complicaran más. La noche había sido larga.

—Te acompaño a casa —susurró con un tono de voz profundo y sensual que ella conocía muy bien, al igual que sus efectos inminentes.

Miro a su amiga. Sira bailaba con Jorge muy acaramelada.

—Me despido y voy al baño —indicó a Hugo. Tenía que apartarse un poco y respirar.

El trayecto a casa lo hicieron caminando en silencio.

Habían pasado tantas cosas en unas pocas horas, que iban inmersos cada uno en sus

pensamientos intentando poner en orden la mente.

Las copas de más tampoco ayudaban a mantener una coherencia clara. Era mucho mejor no decir nada a meter la pata.

Hugo iba con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras Emma las llevaba en los de la gabardina.

No podía dejar de observarla de reojo, con la canción que habían escuchado en el bar antes de marcharse retumbando en la mente.

Emma no podía olvidar el desagradable episodio de Diego a pesar de lo bien que se lo había pasado después. Ver que quedaban pocas horas para que amaneciera, le hacía regresar a la realidad de lo que le esperaba. Al día siguiente tenía que trabajar y él la llamaría.

Cogió aire. No debía pensar en ello.

Estaban llegando a la puerta del taller y rememorando viejos tiempos, cuando Hugo no pudo evitarlo.

Tiró con suavidad del brazo de Emma, mientras accionaba el cierre automático para que se abriera.

Emma sintió el tirón con un vuelco al corazón.

Estaba pensando en todos los besos que se dieron allí según se acercaban, los momentos íntimos que compartieron en cuanto entraron en la calle.

Era inevitable. Le pasaba siempre que la atravesaba, por eso empezó a evitarla al poco de su marcha.

Se miraron con intensidad mientras la abertura crecía lo suficiente para poder acceder. Sin palabras. No hacían falta.

Nada más entrar, Hugo activó la bajada del cierre.

No encendió ninguna luz, la que entraba por los ventanales iluminaba el espacio lo suficiente para no tropezar. No iban a ir a ningún sitio.

—Mañana tengo que trabajar —susurró apoyada contra la pared lateral, mientras le pasaba la mano por el cuello.

—Solo quiero besarte otra vez —confesó con voz profunda y sensual muy cerca de sus labios—, pero no quiero que nos vea nadie. Las cosas con Diego podrían complicarse.

—Un beso —accedió intentando ocultar los nervios, pero las sensaciones que transmitía su cuerpo al estar tan cerca de él, eran irrefrenables y lo complicaban todo.

Hugo llegó a su boca con deseo contenido.

En realidad, no quería solo un beso, lo quería todo, como siempre, pero el alcohol había hecho estragos en ellos y no lo deseaba así.

Sus labios se encontraron y sus cuerpos también.

Lo que empezó como un sencillo beso, se complicó en cuanto sus manos comenzaron a tocarse.

Era inevitable. Solos en el taller y echándose tanto de menos durante mucho tiempo, ¿qué podía pasar?

Las manos de Hugo entraron dentro de la camiseta de Emma. Ella gimió al sentirle y se apretó más a él. También le acarició la cintura rozando la cinturilla del pantalón vaquero. Tembló al sentirla.

Se separaron unos segundos. Tenían que coger aire.

Sus miradas hablaban de subir a la oficina o entrar a uno de los coches que esperaban a ser reparados.

Hugo cogió aire, se mordió el labio y...

—Te acompaño a casa —propuso recobrando el aliento—. Seguiremos hablando de esto.

—Sí —aceptó Emma con la respiración entrecortada—. Mañana me recoges cuando salga del trabajo y terminamos esta conversación.

Hugo la miró totalmente embobado.

Si algo le excitaba era que le dijese cosas así.

—Allí estaré —aseguró antes de darle un último beso.

CAPÍTULO 12

11 de enero de 2013.

Hugo y Emma seguían adelante con su discreta relación. Salían todos en grupo. Jorge, su mejor amigo que ya estudiaba en la universidad, les visitaba de vez en cuando debido a su creciente interés por Sira, algo que les hacía compartir tiempo de ocio juntos sin tener que mentir para verse, a pesar de lo difícil de mantenerlo en secreto.

El local de Nacho se había convertido en su cuartel general, donde se encontraban sin necesidad de quedar, de un mensaje o una llamada. Un escueto «donde siempre» era suficiente.

Habían pasado las Navidades, empezaba el curso y Emma cumplía dieciocho.

Estaba nerviosa.

Desde que empezó su relación con Hugo en noviembre, era como vivir en una nube.

Las Navidades habían sido especiales. Sira, Jorge, Hugo y ella, habían aprovechado cada segundo libre para estar juntos, salir por Madrid, disfrutar del ambiente de esas preciosas fiestas, pero también para estar los dos solos.

El taller del padre de Hugo se había convertido en el lugar perfecto para sus encuentros clandestinos, aunque una y otra vez, detenían sus acercamientos íntimos antes de llegar al punto de no retorno.

Él iba camino de los veinte años, ella aún no había cumplido los dieciocho y, aunque ya sabía que no iba a ser el primero con el que compartir lo más íntimo que podían tener, eso no tenía que quitarle importancia ni romanticismo al momento, al contrario, quería que fuese más especial si cabe.

Ese día, Hugo estaba nervioso. La noche iba a ser larga. Sus planes eran ir al bar de Nacho a cenar y tomar unas cervezas, luego, dependiendo del ambiente, decidirían.

Su mesa de siempre estaba reservada. El dueño del local les tenía mucho cariño y un día tan destacado no les podía fallar.

Cenaron entre risas, conversaciones divertidas y buen rollo.

El clímax de la cena fue cuando todo el local se apagó y todos los camareros salieron de la cocina con bengalas y una gran tarta con una muñequita sobre ella con un dieciocho en las manos.

Emma miraba a todos emocionada.

Nunca había sido de tener muchos amigos, porque estaba segura de que tener pocos y buenos, era mucho mejor que tener veinte que la dejaran en la estacada cuando más los necesitase.

Allí estaba la prueba. Solo ellos cuatro, pero con tanto respeto unos por otros y tanto amor en diferentes facetas, que no podía pedir más. Junto a su familia, era lo único que necesitaba.

Hugo le limpió una lágrima que resbalaba por la mejilla mientras todos cantaban cumpleaños feliz.

Sonrió con alegría, contento de verla emocionada por la sorpresa.

—Gracias —le susurró al oído, antes de dejarle un suave beso en los labios, saltándose las normas establecidas de clandestinidad.

Los silbidos de los presentes al confirmar con ese sencillo beso lo que ya sabían, le hicieron sonreír feliz de poder estar con su chica en público por fin.

—¿Estás segura? —Sabía los impedimentos que su padre ponía a su relación de amistad sin saber que eran pareja por su fama en el barrio; aquello no iba a ayudar con la causa.

—Sí. Soy mayor de edad, puedo hacer lo que quiera y lo primero que deseo es que todos sepan que tú me haces así de feliz. Gracias.

No tenía palabras para contestar a esa declaración. Simplemente le demostró su amor también en público, aunque había pensado hacerlo en la intimidad.

Sacó del bolsillo del pantalón una pequeña caja y la puso sobre la mesa.

Emma lo abrió.

Había una fina pulsera de oro blanco con estrellas.

Lo miró emocionada. Era preciosa. No tenía palabras.

Las lágrimas regresaron a sus ojos.

Hugo sonrió.

Era la primera vez que le hacía un regalo tan especial a una persona que no fuese su madre.

La besó.

Los aplausos colmaban el lugar mientras se besaban y Hugo colocaba la joya en la muñeca de Emma. Todos estaban felices al ver a la pareja serlo, todos menos una persona que aguardaba al final con un grupo de amigos.

Diego observaba la escena con los ojos entornados y el gesto serio por la rabia que se estaba acumulando en su interior.

Adrián le había prevenido de que Emma se traía algo con el mecánico, pero no lo quería creer. ¿Cómo había podido caer tan bajo? ¡Le tenía a él! Todos lo que se movían en los trapicheos del barrio, sabían que esa familia no tenía nada. Solo aquel taller cochambroso que algún día perderían por la mala cabeza del padre y sus nada recomendables vicios.

Aquello no iba a acabar bien y, si no era así, ya se encargaría él.

Hugo estaba inquieto. Durante toda la noche intentó ocultar sus nervios, pero según pasaba el tiempo, más se incrementaban.

Las chicas bailaban en la pista improvisada del local de Nacho, como si acabaran de empezar a hacerlo, pero lo cierto era que ya pasaban las dos de la mañana y, aunque era la primera noche que Emma no tenía hora de vuelta a casa, él quería estar una parte de ella a solas.

Emma también estaba nerviosa. Estaba siendo una noche especial e intuía que aún podía serlo más.

—¿Estás bien? —preguntó a Hugo al oído.

—Ahora sí —contestó cogiéndola de la cintura mientras bailaban, pegándola a él al ritmo de *Take Care* de Rihanna y Drake.

Ella había estado evitando el contacto desde que se encontraron en el pasillo del baño una hora antes. El beso que la regaló allí, hablaba de ir más allá y le había prometido a Sira estar juntas hasta las tres.

Si volvía a besarla se iría con él y no cumpliría su promesa.

Ya quedaba poco.

Le miró cogiendo aire. El deseo entre ambos era más que palpable y creciente.

—Te prometo que en un rato nos vamos —susurró pegada a él.

—Que no sea muy largo —pidió deslizando sus fuertes manos por la cintura, pasando por la piel desnuda de la parte trasera haciéndola temblar. Se había puesto un vestido negro, corto, ajustado, sin escote, de cuello alto, con una abertura en la espalda en forma de círculo que le había dejado sin aliento desde que la vio.

Como había prometido, a las tres se despedían de Sira y Jorge. Cogieron sus cosas y se marcharon.

El camino al taller se le hizo eterno, además del frío que invadía la madrugada, aunque la inquietud apaciguaba bastante esa parte.

Estaba desando llegar.

Sacó las llaves de la puerta peatonal muy nervioso. Nunca lo había estado tanto.

Emma se dio cuenta.

Tiró de su cazadora para que la mirase.

—Nada puede ir mal. Tranquilo —susurró intentando serenarle, pero lo cierto es que ella también lo estaba.

Se sonrieron con timidez.

Por fin entraron.

—Espera aquí —susurró tras cerrar la puerta con llave desde el interior.

Emma esperó.

Lo veía subir las escaleras con cuidado entre las sombras de las farolas de la calle.

Cuando llegó arriba, encendió una tenue luz.

Eran velas.

Sonrió nerviosa. Cogió aire y lo soltó.

Allí estaba su noche especial.

Hugo encendió unas luces que solo iluminaban la escalera. Estaba llena de pétalos de rosas rojas.

—Dios mío —susurró emocionada. Lo siguió con la mirada hasta llegar a él. Ambos se miraron con intensidad.

Sin esperar a que se lo indicara, Emma comenzó a subir los peldaños, con cuidado de no resbalar con los tacones de sus botas altas.

Cogió su mano nerviosa al llegar arriba.

Se miraron. No dijeron nada.

Hugo dejó que ella entrara primero.

Todo estaba limpio, lleno de pétalos igual que la escalera, con unas velas como única iluminación, caldeado y un colchón con sábanas blancas en el suelo.

Esperaba impaciente tras ella, muy pegado a su cuerpo sin tocarla. Sabía que le gustaba esa sensación, pero su silencio le mataba.

—Siento no poder llevarte a un hotel de cinco estrellas esta noche, pero tenía que elegir entre eso y la pulsera —susurró en su oído con la piel de los labios rozándole el lóbulo de la oreja.

Emma no se giró, pero él sabía que estaba sonriendo.

—Ningún hotel de lujo podrá superar jamás todo esto que has hecho para mí. Nunca —

declaró girando el cuello para mirarle a los ojos. Hugo apretó los labios intentando contener la emoción. Quería darle todo, pero sus recursos eran mínimos. Había tenido que dar muchas clases particulares a gente que no le gustaba para poder pagar la joya, los arreglos de los coches eran para su madre, pero nada importaba si era por ella—. Tócame —le pidió dejando caer su abrigo al suelo. Sabía que no lo haría hasta estar seguro de que ella lo deseaba.

Apretó los dientes ante la orden inesperada con el corazón desbocado. Cuando ella tomaba una decisión, no había vuelta atrás y esa noche estaba muy decidida.

Muy despacio le colocó el pelo sobre un hombro como ella acostumbraba a hacer; después, deslizó las yemas de los dedos de una mano por la espalda desnuda. Emma tembló por las sensaciones. No pudo contener un gemido.

Esa reacción era la que buscaba.

Sonrió cómplice con él mismo mientras sacaba los condones del bolsillo del abrigo y se los guardaba en el trasero del vaquero. Después, se lo dejó caer al suelo igual y con suavidad pasó la mano por la cintura acercándola más a él.

Ella cogió aire nerviosa.

—¿Estás segura? —preguntó antes de continuar.

Emma sonrió.

—¿Y tú? —lo retó girando el cuello para mirarle.

Sus labios quedaron muy cerca e inevitablemente se encontraron.

Aquel beso fue diferente. Más apasionado, con más deseo, como si hubiesen dado un paso más sin haberlo dado en realidad. La seguridad de lo que iban a compartir lo había hecho madurar.

Caminaron entre besos hasta la bancada de madera que normalmente se colocaba frente a la mesa plegable para comer, que había desaparecido del habitáculo.

Emma le empujó con suavidad para que se sentase a horcajadas. Ella lo hizo sobre él.

Respiró con profundidad al sentirla en esa posición. Tenía que relajarse un poco.

Ella pasó las manos en una caricia por su pelo moreno, bajó a las mejillas y acarició los labios con los dedos mientras le sentía sentada sobre él.

Exhaló conteniéndose, ya lo conocía lo suficiente para saber lo que significaba ese gesto.

Lo besó despacio.

Él le acarició la espalda desnuda dejándose besar, pasando las manos por el hueco de su cintura para tocarla allí donde la tela la tapaba.

Las respiraciones entrecortadas hablaban de ese punto de no retorno al que se habían negado a llegar aún.

Emma se apartó un poco, lo justo para mirarlo a los ojos mientras estiraba los brazos para llegar a su espalda.

Hugo la miraba admirando su seguridad mientras se desabrochaba los botones que cerraban el cuello de su vestido.

—Hoy no quiero que me acompañes a casa —susurró abriendo el último cierre—. Aún no —aseguró sacando los brazos por las mangas para poder quitárselo.

—Lo haré cuando me lo pidas. Tú mandas —susurró hipnotizado con su iniciativa.

Ella sonrió mientras el vestido caía sobre sus piernas dejando que la contemplara.

Hugo se mordió el labio inferior.

Emma le sonrió sensual, después le besó, mientras él acariciaba su cuerpo desnudo.
Aún quedaba noche para estar juntos.

CAPÍTULO 13

Febrero de 2013.

Había pasado más de un mes desde el cumpleaños de Emma y ya no ocultaban su amor.

Hugo la acompañaba a casa después de clase, salían juntos o con los amigos cuando sus obligaciones lo permitían y se escondían en el taller para tener intimidad.

La relación era excelente, se completaban a la perfección y eso no solo se traducía en lo personal, también en los estudios de Emma.

Sus padres respiraron al comprobar que se equivocaban al pensar que salir del colegio iba a ser un problema. Los resultados eran magníficos y, tras contarles que Hugo la ayudaba para que así fuera, no pusieron objeción a la relación.

Sira y Jorge también habían empezado a compartir mucho tiempo juntos acercándose como pareja, y los cuatro juntos, formaban un gran grupo de amigos.

Aquella noche de sábado de febrero, hacía tanto frío que se congelaba hasta el agua de las fuentes.

Hugo y Emma corrían de madrugada en dirección al taller. Si querían pasar un rato solos, era su única posibilidad.

Abrió la puerta peatonal entre besos, caricias y risas.

—Joder! Hace el mismo frío que en la calle —exclamó el chico frotándose las manos para calentarlas un poco tras cerrar con llave.

—Quizá un grado menos —le contestó Emma divertida chocando los pies contra el suelo, alternándolos para intentar entrar en calor. Llevaba minifalda y, a pesar de las medias y las botas altas, las piernas se estaban congelando.

Se miraron entre risas.

Hugo pasó la mano por su espalda y la acercó a él para besarla.

—Voy a coger las llaves del Opel del final. Espera aquí —susurró en un tono muy sensual con media sonrisa pícaro, señalando un coche con la mano. Un vehículo era su mejor opción. Ella asintió devolviéndosela.

En un minuto estaba de vuelta abriendo la puerta. Entraron al interior.

—Pon la calefacción ya, ¡por favor! —suplicó metiendo las manos en su abrigo de plumas temblando de frío.

—Ya está —contestó arrancando el coche—. Tardará un poco. El termómetro del salpicadero marca cero grados.

—Dios mío, no sé si sobreviviré —murmuró tiritando.

Hugo se giró para mirarla. Estaba helada, con las piernas en un continuo tembleque divertido.

—¿Cómo se te ocurre ponerte minifalda en plena ola de frío? —preguntó sonriendo, mientras ella apretaba los labios y le hacía una señal con la mano para que esperase un momento, porque con la tiritona no podía contestar.

La abrazó frotándole la espalda y los brazos, intentando que el roce la hiciese entrar en calor.

A los pocos minutos, el coche se había caldeado lo suficiente y Hugo se incorporó para apagar el motor.

Regresó junto a ella y, sin tiempo a reaccionar, la tenía sobre él a horcajadas.

—¡Wow! Vaya sorpresa —susurró cómplice y sensual.

Acercó los labios a su boca para besarla y ella se movió sobre él. Hugo gimió al sentirla.

—Creo que he contestado a tu pregunta. Justo para esto me he puesto la minifalda —le dijo al oído, acariciado el lóbulo de su oreja con la boca.

Él no contestó, no podía, solo quería sentir el roce de la piel, su olor, la sensación del contacto de sus cuerpos.

Se miraron con intensidad con las respiraciones entrecortadas. Se besaron con pasión, con deseo y...

La puerta peatonal del taller se abrió de golpe.

Hugo tapó la boca de Emma a tiempo de que su grito no se escuchara.

La miró preocupado. Ella respiró muy rápido un par de veces antes de asentir ante los gestos de silencio que él hacía.

—Es mi padre —le susurró debatiéndose entre mirarla a ella o a la puerta.

—Estoy tranquila, estoy tranquila —contestó comprendiendo para que él también lo estuviera.

Con su característica delicadeza, la ayudó a sentarse a su lado en el asiento del vehículo para que pudiera espiar con él.

—¿Habrá pasado algo? —preguntó preocupada.

—No —susurró con seguridad—. Viene a por el dinero —añadió en un siseo enfadado.

Emma no dijo nada más. Lo que estaba sucediendo no era del agrado de Hugo. Debía esperar.

El chico se movió inquieto en el coche para asomarse a la puerta. Había otras personas fuera, pero no podía verlas.

Miró la escalera que daba al despacho. Había encendido la luz y lo veía trastear allí donde estaba la caja de caudales escondida.

De nuevo respiró en un gruñido. Emma le besó el hombro sin saber cómo calmarle. Su enfado crecía según veía desarrollar la escena ante él, pero ella no sabía por qué.

Le cogió de la mano, intentado tranquilizarle. Él la entrelazó al instante. Era su ancla. Si no estuviese allí, probablemente saldría del coche e iría a esa oficina.

Alfredo bajó las escaleras con pasos erráticos. Al entrar, con el susto y los nervios, no se habían dado cuenta del estado en el que se encontraba. Ahora era claro. Estaba borracho.

A Emma le dolió ver aquella escena, era una parte de la vida de su chico que desconocía. Él se había cuidado mucho de ocultarlo bien, pero ahora entendía por qué le decía que tenía problemas y era un tipo difícil.

El estruendo al cerrar la puerta de chapa de golpe, la hizo dar un bote en el asiento, a pesar de estar mirando en esa dirección.

Aquel silencio que se instaló unos segundos en el coche, esperando a la reacción de Hugo, fue doloroso. Estaba abatido, muy triste y con la mirada perdida en la puerta ya cerrada.

Ella no sabía qué hacer, ni qué decir.

Optó por soltarle la mano y abrazarlo acurrucándose sobre su pecho, esperando a que

estuviese preparado para hablar, marcharse o lo que necesitara. Allí iba a estar para él.

Hugo la envolvió con sus brazos en silencio, digiriendo la escena que acaba de presenciar durante muchos minutos.

—Se lleva el dinero de los arreglos de hoy para jugárselo al póker —explicó a media voz con un nudo en la garganta—. No solo se gasta el dinero en beber. Si nouviésemos bastante con soportar a un alcohólico, también es ludópata. —Emma apretó el abrazo. Sentía la tristeza que destilaba cada palabra.

—Lo siento mucho —dijo en un susurro. No sabía qué más decir.

—¿Sabes lo peor de todo? Que va tan ciego que no se da cuenta de que había menos dinero del que él mismo ha cobrado hace unas horas. —Emma lo miró con los ojos entrecerrados. Él esbozó una sonrisa triste antes de seguir explicándose—. Guardo parte del dinero en otro lugar o nos dejaría sin nada. —La chica asintió comprendiendo, pero no dijo nada, no quería interrumpirle—. Cuando era pequeño, había semanas que no teníamos nada para comer y mi madre se iba a la beneficencia o la Cruz Roja a por alimentos porque él se lo había gastado todo. Después de separarse, empecé a venir más al taller para poder verlo lúcido y me di cuenta de lo que sucedía con el dinero. Entonces era incapaz de tocarlo, tenía miedo a que se enfadara y me hiciera algo, aunque nunca me ha puesto una mano encima —se apresuró a aclarar— pero, cuando con quince años se gastó el dinero que tenía que dar a mi madre para comprarme los libros del instituto y la ropa del principio de curso, decidí que no me iba a dejar en ridículo nunca más. Empecé a guardar dinero para que todosuviésemos con qué vivir, aunque él, a estas alturas, ni se ha dado cuenta.

Emma recordó la conversación del bar el primer día que salieron juntos.

—Por eso repetiste el curso el año pasado. Fue por tu padre, ¿verdad? —preguntó convencida de que así era.

—El año pasado estuve más tiempo solucionando la vida de mi padre que la mía y me prometió que no lo iba a hacer más. Me prometió que iba a dejar de jugar. Comenzamos a ir a una terapia para adicciones múltiples, pero veo que no sirve de nada...

—Tú no tienes la culpa de lo que hace tu padre, Hugo. Le has ayudado en todo lo que has podido, le has acompañado, pero entiendo que tengas el peso de la responsabilidad de salvarle.

—Ya no sé si quiero salvarle... —confesó triste—. Mi madre tiene razón. Me arrastrará con él, pero ¿qué puedo hacer? Necesitamos el dinero que él se juega, pero no quiero que ella sufra.

—¿Arrastrar? Tú no eres ni alcohólico ni ludópata. No te he visto jugar nunca.

Hugo sonrió sensual. Ella era un ángel inocente que había vivido una infancia feliz, ¡bien por ella!, pero no era su caso y aún no lo conocía lo suficiente.

—Jugaba al póker —confesó mirándola a los ojos—. A veces tenía que hacerlo para recuperar lo que él perdía.

Le miró con los ojos muy abiertos. Nunca lo hubiese imaginado.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Sí —afirmó con pesar—. Soy buen jugador. Siento no habértelo contado antes. Esperaba no tener que hacerlo. No me gusta pensar en ello.

—Pero... son partidas ilegales, ¿no? —preguntó cuidadosa, aprovechando que había sacado el tema.

—Sí —contestó manteniendo la mirada en ella con fijeza. Era una buena chica, con una

familia que la quería, estructurada y sin problemas más allá de los habituales en la convivencia. ¿Qué iba a pensar de él? Cerró los ojos con tristeza por lo que sucediese a partir de ese momento, aún no se lo había contado todo.

—Solo te pido dos cosas. No me mientas cuando tengas que ir a jugar. Cuéntamelo, por favor —rogó acariciándole el rostro para que relajara la tensión de la mandíbula. Lo hizo en cuanto sintió su contacto— y que tengas mucho cuidado. No quiero que te pase nada. Esas timbas son peligrosas.

Asintió asimilando su comprensión.

Le quería de verdad, si lo único que le iba a decir era eso.

Tenía que contarle todo si no quería estropear la relación.

Cogió aire a la vez que le acariciaba el cuello y el rostro. Le metió un mechón de pelo rebelde tras la oreja y la miró a los ojos de nuevo.

Emma comprendió que las confesiones no habían acabado. Se preparó para todo, bueno y malo, después de lo que acababa de escuchar, podía esperar cualquier cosa.

—Hay más —comenzó con tono preocupado, dudoso como nunca antes. ¿Cuánto iba a soportar por él?—. A veces no me dejan jugar en esas timbas porque no tengo el dinero mínimo que exigen para entrar en la partida o me vetan en las mesas, así que, busqué la forma de ganar más en cuanto pude... —Ella le observaba expectante, con una punzada de miedo en la boca del estómago. ¿De otra forma? Cogió aire antes de seguir hablando—. Participo en carreras ilegales... Así recupero más rápido el dinero.

No estaba preparada para aquello. Nunca hubiese imaginado que se dedicaba a todo eso cuando la necesidad familiar les apretaba.

Recordó el día que dijo a Adrián que no quería salir con él y Hugo la rescató. Ellos se retaron con la mirada, con sus palabras, como si se conocieran bien de algo más que del barrio. Ahora entendía que era de aquellas apuestas.

Se sintió en parte defraudada a pesar de sus advertencias. No era el chico que pensaba. En unos minutos tenía una imagen de él totalmente diferente a lo que llevaba meses conociendo.

Necesitó unos segundos para procesarlo con calma porque los sentimientos contradictorios comenzaban a agotarla. La había decepcionado por ocultárselo, pero, tras sus explicaciones, entendía que lo hacía por supervivencia.

Hugo esperó unos segundos eternos a que reaccionara. Demasiada información.

—Sé que, con todo esto que te he contado, ya no soy el chico que tenías en tu cabeza. Ahora parezco más un delincuente que el chaval de clase del que te has colado, que te sientes engañada, pero no podía contártelo... No quería que lo supieras... —reconoció—. Pensé que lo teníamos superado y no tendría que volver a hacerlo nunca más, pero con lo que acabo de ver, dudo mucho que me libere de ello. Mi madre lo necesita para pagar la casa y las facturas. Su trabajo no es suficiente... —La tristeza de su voz y la emoción que transmitían las lágrimas a punto de caer de sus ojos, hablaban de la huella de devastación que había dejado en él descubrir que su padre seguía jugando—. Si no quieres verme más, lo entiendo. Te he engañado, me lo merezco. Solo quiero que sepas que lo siento mucho. No quería que sucediera... Te quiero, Emma, mucho. Eres lo más importante que tengo, pero no quiero arrastrarte conmigo a esto. Tú mereces todo lo bueno que se pueda pedir a la vida. Yo no lo soy.

En cuanto escuchó esa última frase, le tapó la boca con un dedo de la mano y negó con la

cabeza irguiéndose junto a él.

No iba a consentir que hablase así de él mismo, ni de lo que ella merecía o debía tener, eso lo decidiría por sí misma.

—Sí lo eres —contestó seria, subiendo el tono de voz. Le dejó sin palabras, mirándola mientras apretaba los labios—. No vuelvas a decidir por mí lo que merezco, quiero o necesito. Eso es cosa mía —exigió decidida—. Tampoco quiero que vuelvas a hablar así de ti mismo. Haces lo imposible por sacar a tu familia adelante. Te has convertido en el responsable de todo con diecinueve años y haces lo que puedes. No vuelvas a infravalorarte así, por favor —le rogó con un hilo de voz. Cada vez le costaba más mantenerse serena—. No puedo ni imaginar lo duro que debe ser tu día a día, la incertidumbre, la responsabilidad... Me has defraudado, claro, es normal. ¿No crees? Pensé que tu vida era de otra manera. Tú me hacías creer que era de otra manera... pero sigues siendo la misma persona y entiendo por tus palabras que solo querías protegerme... Eso es lo único que cuenta para mí. Eso y que te quiero.

Hugo no supo qué decir.

Pensó que ella abriría la puerta del coche y se marcharía, que no querría saber nada de un medio delincuente con un padre que se parecía más a Atila, ya que destrozaba todo lo que tocaba.

Pero no lo hizo.

Tras semanas juntos, allí estaba su te quiero añorado, en el momento más difícil.

Emocionado por su generosidad, pasó la mano por su cuello, lo acarició temblando, ella cogió su rostro entre las manos para que la mirase, cuando lo hizo, le sonrió apretando los labios, nerviosa.

—Gracias —susurró emocionado pasando una mano por su cintura para acercarla a él.

—Somos uno, para lo bueno y para lo malo, ¿de acuerdo? —le pidió mientras sacaba unos condones de su abrigo, colocándose otra vez sobre él, como estaban antes de que se abriera la dichosa puerta de metal. Hugo asintió—. No me engañes con esto. Cuéntamelo todo —pidió manteniéndole la mirada.

—Lo prometo —dijo sintiéndola de nuevo sobre él.

—No quiero hablar más de este tema —susurró con los labios pegados a su boca.

—Me parece bien. Yo tampoco —contestó acortando la escasa distancia que les separaba, besándola con pasión.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente de aquella confesión, Hugo estaba preparándose para montar en un coche e intentar ser el más veloz.

Como sospechaba tras el robo del dinero del taller, le tocó participar en una carrera ilegal en la periferia de Madrid para intentar recuperarlo.

Usaban zonas de urbanizaciones sin terminar de construir. Había muchas por la ciudad tras la crisis que afectó de lleno a la construcción. Las calles estaban asfaltadas, provistas de iluminación, tomas de agua y demás servicios imprescindibles, incluso de zonas ajardinadas, pero las parcelas no tenían edificios.

Era ideal para su cometido. La ausencia de vecinos les daba la libertad que necesitaban para mantener la clandestinidad.

Él no tenía un coche propio. Solo su moto, que usaba cuando podía correr sobre dos ruedas.

Normalmente ejercía de conductor para apostadores que no querían jugarse el tipo.

Aquel Audi A3 era rápido y fácil de pilotar. Ya lo había llevado en otras ocasiones y su dueño era de fiar.

A las dos de la madrugada se había concentrado un número elevado de vehículos tuneados que se mezclaban con los que realmente iban a correr.

Música, luces de neón, capós levantados para mostrar sus máquinas y coches modificados que no se parecían en nada a los originales de la marca.

Jorge, Sira y Emma esperaban a que Hugo terminara, sin mezclarse con el resto.

Estaban acostumbrados a ir los dos solos.

Jorge le acercaba, corría y se largaban con la pasta.

No quería que las chicas estuviesen allí, pero todo había surgido mientras tomaban algo en el barrio y había prometido no mentir al respecto.

A aquellas carreras había que ir con invitación o al menos estar activo entre los mejores conductores para que algún jugador te pidiera correr por él. En cualquier momento podía llegarte el aviso de una convocatoria al móvil, como había sucedido un par de horas antes.

—Esto me da mal rollo —susurró Sira a Jorge con las manos en los bolsillos del plumífero, apoyada en el capó del Opel Astra nuevecito del muchacho.

—Porque no es tu ambiente natural —explicó sin mirarla. Desde su posición controlaba dónde estaba Hugo, qué hacía y con quién hablaba. Lo notaba inquieto con la presencia de las chicas—. Suele haber buen ambiente con la gente del *tunning*. En cuanto se pongan de acuerdo, se alejarán para la carrera. Cuando acabe, cobramos y adiós. No vamos a estar aquí un minuto más de lo necesario. Es un riesgo que no nos conviene.

—Lo que necesite —susurró Emma con la vista fija en la lejanía, en su chico. Tenía un semblante serio que no le había visto jamás. Además, lo notaba alerta y eso hacía que se sintiera igual.

Los tres amigos continuaron su vigilancia en silencio, observando el alrededor, esperando los acontecimientos.

Había mucha gente allí haciendo botellón, rodeados de envases de cristal que contenían

bebidas alcohólicas, algo incompatible con la conducción. Entendía la razón por la que Jorge no quería participar de aquello más de lo necesario. No quería jugarse la vida regresando. Ni la de sus amigos.

La música acompañaba en la concentración. Cada grupo ponía la suya y desde donde estaban ellos, escuchaban una mezcla difícil de definir.

—Parece que ya se han puesto de acuerdo —susurró Jorge informando a las chicas. Emma lo miró sin preguntar, pero él supo que quería saber más—. Aquel tipo alto de la sudadera roja con la capucha puesta, es el organizador. Él convoca a la gente y decide sobre los corredores y los jugadores. Están recogiendo el dinero de las apuestas. No creo que tarde más de un cuarto de hora en correr.

Hugo miró a Emma en la lejanía. Era la señal.

Ya se habían despedido antes, pero debió ver inquietud en ella porque susurró algo al tipo que tenía junto a él, el dueño del coche, y se dispuso a caminar en su dirección.

Emma acortó la distancia yendo a su encuentro al entender que iba a verla.

La envolvió entre sus brazos en cuanto estuvo junto a él.

—Quiero que estés tranquila, ¿vale? —susurró besándole el cabello y la sien—. Todo va bien. Ya he corrido más veces con esta gente. Son legales.

—Ten cuidado —rogó intentando mirarle con valentía, pero tenía mucho miedo.

—Siempre lo tengo —afirmó sosteniéndole la mirada.

Se sonrieron nerviosos. Era una nueva experiencia para ambos.

Hugo la cogió de la cintura y caminó pegado a ella hasta su amigo.

—Quiero que te las lleves de aquí si aparece la policía. No quiero que os detengan, ¿entendido? —ordenó mientras se estrechaban la mano para después cerrarla en un puño—. Yo me escaparé cómo pueda.

—Descuida. Así lo haré —prometió antes de darse un abrazo.

—Cuídate mucho, Hugo —dijo Sira con los ojos llorosos por la emoción y los nervios del miedo.

—Tranquila, todo irá bien —contestó a su amiga mientras le daba un gran abrazo.

Emma lo miró apretando los labios nerviosa.

Hugo no le dijo nada más. Se acercó a ella, la besó disfrutando de cada segundo del gesto, que duró lo suficiente para sentir deseo, pasión y dejarlos sin aliento.

Se apartó de ella con suavidad, le guiñó un ojo con la media sonrisa sexi marca de fábrica y se marchó en dirección a los corredores.

Los tres amigos contemplaron como se alejaba sin decir ni media palabra. Cada uno inmerso en sus pensamientos y sentimientos.

Hugo se montó en el coche concentrado en su cometido.

Habían revisado el vehículo, se habían mostrado los papeles en regla, últimas revisiones y modificaciones. Todo estaba bien. No había trampas.

Se puso el cinturón de seguridad con el mismo sistema de arnés que los coches de carreras y, con calma, arrancó el motor.

Los otros conductores eran viejos conocidos.

Unos más efusivos y nerviosos que otros, se colocaron antes que él en la línea de salida.

—Corred, corred. Para ganar hace falta más que saber pisar el acelerador —susurró para sí,

frenando en el borde exacto de la marca muy tranquilo, tras lo que apagó el motor para reservarlo lo máximo posible.

Siempre había sido frío delante de un volante, pero con el tiempo y las carreras, aprendió que medir los tiempos era tan importante como ser buen conductor y tener un buen coche.

—Confío en ti, amigo —dijo el propietario de vehículo—. En la meta te estaré esperando con tu sesenta por ciento. Buena suerte.

Hugo asintió mientras cerraban el trato con un apretón de manos.

Cuando empezó con aquel tipo, le daba el cuarenta por ciento, pero viendo que el coche regresaba sin un rasguño y que él se dejaba la piel en cada carrera para ganar, decidió darle el cincuenta por ciento.

Ahora su parte había ascendido al sesenta por ciento. Era raro verle por los circuitos, aunque le convocaba cada vez que tenía ocasión. Quería incentivar a su caballo ganador, aunque era consciente de por qué lo hacía y que nunca sería un corredor regular.

De lo que estaba seguro era de que, con su presencia siempre esperada, la participación era alta y le pagaban más. El chico se ganaba el ascenso solo por el espectáculo de verlo conducir.

Una chica muy guapa con pantalones vaqueros pitillo ajustados, botas altas de tacón sobre ellos y una cazadora de cuero negro forrada de borrego, se colocó frente a los coches perfectamente alineados, levantó un brazo con un pañuelo rojo unos noventa grados para que todos le prestaran atención.

Era la señal para el encendido de motores.

Rugieron como si estuviesen enfadados, como si quisieran gritar.

Emma dio un respingo en el sitio. Los nervios le podían.

—Tranquilas. Es muy bueno —dijo Jorge con una sonrisa que solo intentaba dar ánimo a sus dos asustadas amigas.

La mujer del pañuelo lo levantó sobre su cabeza, los motores rugieron aún más y a los tres segundos, bajó de golpe el brazo dando la salida.

El coche de Hugo salió rápido, pero no fue el que más.

Un par de vehículos iban delante de él, aunque solo unos pocos metros.

En la primera curva apuró todo lo que pudo la frenada y tirando del freno de mano para derrapar un poco, adelantó a uno de ellos.

Emma cogió aire al verlo. Hugo también para relajar los músculos, quedaba otro coche por ganar.

Cuando llevaban más de la mitad del recorrido trazado, les perdieron de vista. Las calles abandonadas por las que debían correr, estaban alejadas de la zona segura.

Emma soltó el aire.

—Solo será un rato. Después aparecerá por aquel alto. —Señaló Jorge una parte oscura de aquellas calles. No tenían alumbrado—. Es la zona oscura del circuito. Hay ojeadores para ver que todo es correcto y nadie se salta las normas, pero los corredores no les suelen ver. Tienen que apañárselas solo con los faros de sus coches. —Emma asintió—. Si cuando aparezca por ahí no va el primero, solo tiene una oportunidad para adelantar al contrincante en la curva antes de meta.

—¿Crees que llegará a la zona iluminada el primero? —preguntó la novia de Hugo muy preocupada.

—No sé qué decirte. A veces lo ha hecho y otras ha apurado hasta el final para ganar y dar espectáculo. Depende del humor que tenga hoy.

—Y del enemigo —añadió Sira pensando que no podía ser tan fácil siempre.

Jorge la miró asintiendo con calma.

—Sí, del enemigo también, pero a los de hoy los conocemos y mucho han tenido que mejorar para que Hugo no los gane.

—También puede fallar el coche —añadió Emma sin quitar la vista del punto exacto que había indicado Jorge.

El chico miró a las dos mujeres confuso.

—¿Vosotras queréis que gane o que lo machaquen? ¡Hay que ver qué positividad reina en el ambiente!

Las chicas lo miraron.

—Perdona, estoy muy nerviosa. Claro que quiero que gane. No pienso en otra cosa —se disculpó la novia del piloto.

—Yo también, pero no puedo dejar de ver las cosas desde todos los puntos de vista. Lo siento. Soy realista.

Mientras tanto, en el coche, Hugo observaba al corredor que tenía delante.

Era bueno, pero frenaba demasiado pronto en las curvas, la oscuridad no le gustaba mucho y era bastante impetuoso con el acelerador.

—Te tengo —susurró pensando dónde le iba a adelantar.

Los dos vehículos se aproximaban al último repecho de la zona oscura, después había una curva, una recta, una rotonda y la última recta antes de salir a la luz.

Emma vio los focos de los coches subir aquel repechó y después como desaparecían en la bajada.

—Va segundo —confirmó con pesar.

—Le adelantará en la rotonda —informó Jorge.

—¿Hay una rotonda en la zona oscura? —preguntó Sira sorprendida.

—Sí. Venid.

Las dos chicas siguieron a Jorge. Había un montículo de material de construcción abandonado a unos pasos del coche. Las ayudó a subir.

—Deprisa, mirad allí —pidió a las chicas señalando un punto en la oscuridad.

Aquella elevación les permitía seguir un poco la carrera en esa parte final de la zona oscura, al menos ver los faros moverse por el circuito.

Los tres observaban como iban en línea recta cuando de repente comenzaron a girar.

Según la explicación de Jorge, la salida que debían coger era la anterior por la que habían llegado, por lo que debían hacer casi toda la vuelta completa.

Las luces danzaban en círculo cuando casi llegando al final, uno de los vehículos que llevaba una trazada más exterior que el otro derrapando, apuró hasta el último momento para enderezar con un trompo a contra dirección, adelantando al otro coche que se había mantenido en el trazado interior.

Jorge dio un salto sobre el montículo con un grito que hizo reír a las chicas.

—¡Os lo dije! —gritó antes de silbar metiendo los dedos pulgar e índice en la boca.

Emma soltó el aire con un gesto de la boca que delataba sus nervios.

—Tranquila, no creo que el contrincante pueda adelantarte ya —dijo Jorge eufórico.

—Eso espero —contestó con sonrisa nerviosa.

Hugo intentó controlar la adrenalina del adelantamiento con todas sus fuerzas.

La carrera no había acabado. Había que llegar a la meta.

Vigiló a su adversario por el espejo retrovisor. Se había quedado unos metros más atrás.

Aquel adelantamiento no se lo esperaba. Era difícil que alguien se atreviese a hacerlo y menos en la zona oscura.

Hugo se concentró en el camino que le quedaba. Una curva más y llegaría a la zona iluminada, una vez allí, un par de curvas más, una recta y fin.

Atravesó la línea de llegada en pocos segundos.

Había ganado y eso suponía recuperar el dinero que necesitaba.

Como siempre, pensaba que sería la última vez que correría. Quería ser positivo al respecto, pero su cabeza le decía que pronto volvería a sentarse al volante de aquel coche.

Una voz le devolvió a la realidad.

—¡Nunca me fallas! ¡Eres un crack! —gritaba el dueño del vehículo junto a la ventanilla del conductor, agitando un sobre en la mano.

Hugo apagó el motor, quitó las llaves del contacto y salió del coche.

—Gracias —dijo aceptando lo que le daba a cambio de las llaves.

—La semana que viene habrá otra carrera, pero no aquí, en otro sitio y con coches de lujo. Te llamaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero sabes que solo iré si lo necesito.

—Lo sé, pero aquí hay mucha pasta en juego. Deberías ir, aunque no lo necesites para tus asuntos familiares —insistió.

—Nos vemos —concluyó la conversación estrechando la mano al tipo sin contestar a la última apreciación. Este se la dio y Hugo, sin hablar con nadie más, se dirigió al corredor que había quedado segundo, le estrechó la mano y se alejó de la multitud en dirección a sus amigos.

Emma le observaba desde aquel montículo mientras Sira y Jorge bajaban a buscarlo.

Hugo era una caja de sorpresas.

Cuando lo vio aparecer por la puerta de clase al principio de curso, nunca imaginó nada parecido a lo que había vivido hoy con él. Era arriesgado, temerario e ilegal, pero con él se sentía a salvo, porque no era como los otros tipos de la carrera, ni estaba allí por el mismo fin...

No sabía explicarlo pero, si antes de aquella carrera ya estaba enamorada de él, ahora no sabía cómo describirlo.

Jorge y Sira lo abrazaron para felicitarle, él les devolvió el gesto y dio a su amigo el sobre para que lo guardara sin quitar ojo de Emma.

Con decisión subió hasta donde estaba, aunque sentía miedo.

¿Se habría asustado al verle correr?

—¿Estás bien? —preguntó recogiendo un mechón de su cabello con la mano, acariciándole la mejilla, cogiéndola con suavidad del cuello.

Emma no contestó. Solo podía hacer una cosa para transmitir sus sentimientos.

Paseó sus manos por la cazadora de plumas de Hugo mirando el recorrido que hacía. Pasó por su pecho, los hombros, subiendo hasta el cuello. Cogió la tela entre sus manos, lo miró a los ojos unos segundos. Estaba confundido, ansioso de una respuesta.

Lo atrajo hacía sí sin decir ni una palabra y lo besó.

Hugo había sentido el calor de sus manos a pesar de la tela, ¿cómo podía ser?, pero nada podía compararse al fuego de aquel beso, los labios acariciando su boca, las manos de Emma sobre la piel de su cuello.

Acarició su nuca con la mano que sostenía su cabeza y la acercó más a su cuerpo con la que quedaba libre.

Sentía su pecho subir y bajar con la respiración entrecortada, los gemidos que intentaba ahogar, cómo se ponía de puntillas con sus botas de tacón intentando hacer el beso más profundo si cabía.

Sentía su deseo más vivo que nunca.

Por un momento olvidó donde estaba, pero la inestabilidad de aquel montículo se lo recordó al sentir como la arena bajo sus pies se movía.

Tenían que bajar de allí.

Se esforzó en buscar la fuerza de voluntad necesaria para deshacer el beso. Había tanto deseo en ella que no sabía cómo hacerlo. Con cuidado, lo consiguió.

—Em, tenemos que bajar de aquí —explicó en un susurró con voz profunda. Ella asintió sin apartar la mirada. Hugo le dedicó esa sonrisa sexi que tanto le gustaba. Ella se la devolvió—. Podemos seguir hablando de esto en el taller —concluyó guiñándole un ojo con picardía.

Emma asintió.

CAPÍTULO 15

Emma caminaba calle abajo en dirección al instituto, recordando en bucle el fin de semana. Regresaron al barrio tras la carrera, aunque ella no llegó a casa hasta el amanecer.

No sabía cómo explicar lo que Hugo le hacía sentir. Era tan grande, que arrasaba con todo lo demás.

Nunca se había sentido tan atraída por alguien, ni física, ni intelectualmente, porque si algo tenía Hugo era que la mantenía despierta en todos los aspectos inimaginables, la motivaba de todas las formas posibles que una persona puede hacerlo con otra.

No sabía mucho del amor, ni de parejas pero, si de algo estaba segura, era de que aquello que ella experimentaba con él, era extraordinario.

Estaba tan absorta en los recuerdos que ni siquiera se había puesto los auriculares con su música, como acostumbraba hasta que se reunía con Sira o Hugo, muchos días con ambos.

Se escuchaban gritos.

Eran dos hombres.

Venían del taller.

Apresuró el paso. No entendía qué decían, solo sospechaba que algo no iba bien.

Lo comprendió todo cuando quedaban pocos pasos para llegar a la puerta.

Hugo estaba entregando a su padre el dinero que había perdido en el póker la noche del viernes y él había recuperado corriendo en las carreras el sábado de madrugada.

—Esto es la mitad de lo que perdiste. La otra mitad la tengo yo. Se la daré a mamá — explicaba templando las formas a pesar de que la actitud de su padre le estaba sacando de quicio —. Tranquilo, no le voy a explicar el motivo, bastante tiene la mujer con soportarnos a los dos. Le diré que es un pago por una reparación, ¿entendido?

—¡Nadie te ha pedido que lo recuperes! ¿Qué te crees que soy? ¿Un inútil? Mañana hay una partida muy importante. ¡Iba a recuperarlo!

—¡Mañana! ¿Piensas jugar otra vez? ¿Tú sabes lo que me juego para recuperar tu puto dinero?

—¡Nadie te lo pide! —reprochó Alfredo en sus trece.

—No, claro que no, pero tengo decencia y no pienso dejar que hundas a mi madre más de lo que está. Su dinero es sagrado, ¿entendido? Con tu parte haz lo que te dé la gana.

—Ese dinero no es para ella. ¡Es para ti! —dijo subiendo aún más la voz—. Que se lo gane si lo necesita.

Emma se asomó a la puerta.

Hugo apretaba la mandíbula tan fuerte que pensó que los músculos se le quebrarían en cualquier momento.

La invadió la pena.

Todo lo que había hecho el sábado, todo lo que se había jugado, aquel hombre lo iba a destrozarse en unas horas.

—No vuelvas a decir nada parecido, ¿has oído? ¡Ni media palabra de mamá! —dijo apretando los dientes, amenazándole con el dedo índice—. Y no juegues más. Deja de

destrozarte la vida... ¡Y destrozárnosla a nosotros!

—Haré con mi vida lo que me dé la gana, que para eso es mía.

—Perfecto, pero nuestra parte y el taller son sagrados. ¿Entendido? ¡Sagrados! —Se dio la vuelta con furia, cogió la cazadora de moto que había colocada en una percha junto a la puerta y salió del cuarto sobre el taller con la respiración acelerada.

Cuando comenzó a bajar las escaleras, la vio.

Estaba parada en la puerta, con los ojos llenos de lágrimas de tristeza sin saber qué hacer, pero él no estaba en condiciones de ir a clase, ni de acompañarla. Necesitaba estar solo, como siempre que había discutido con su padre tras recuperar el dinero.

—Lo siento —se disculpó por lo que había contemplado limpiándole las lágrimas de las mejillas—. No tenías que ver esto.

—No te preocupes. ¿Tú estás bien? —susurró con un nudo en la garganta.

—Necesito despejarme. Te acompaño al instituto, pero no voy a entrar —se ofreció dejando claras sus intenciones.

—¿Y qué harás? —preguntó preocupada. Estaba muy alterado y triste.

—Voy a dar una vuelta en moto. Iré a buscarte a la salida.

Emma nunca había faltado a clase sin justificar en toda su vida académica, pero aquel día iba a hacerlo.

Sin decir nada, dejó la mochila tras una columna que había junto a la moto, cogió su móvil y la pequeña cartera donde llevaba algo de dinero y la documentación, los metió en los bolsillos del abrigo, los cerró con la cremallera y se acercó al vehículo.

—Necesito un casco. ¿Tienes uno para mí por ahí? —le dijo con convicción. Hugo sonrió cerrando los ojos. No iba a convencerla de no ir y, por una vez, a él le apetecía que lo acompañara en esos momentos.

—Sí, tengo uno para ti. Coge los guantes. Tienes que abrigarte más.

Emma obedeció y cogió lo que le decía de la mochila. Cuando regresó se puso los guantes y un cuello de lana, después el casco con ayuda de Hugo.

El chico ya había quitado la lona a la moto, se colocó en el asiento del piloto y explicó a Emma cómo subirse tras él.

—Me escuchas —le dijo mirándola con la visera subida.

—¡Sí! ¿Y tú a mí?

—Alto y claro —contestó sonriendo.

Compró esos cascos con sistema de escucha incorporado hacía tiempo, pero nunca los había usado, siempre iba solo, incluso a las carreras cuando competía, porque Jorge llevaba su coche por si algo salía mal.

Le bajó la visera ligeramente ahumada.

—Gracias —contestó Emma ante el gesto.

Hugo asintió mientras se bajaba la suya totalmente negra.

Arrancó la moto, quitó la pata de cabra y, acelerando con suavidad, dejó que el vehículo saliera del garaje por el gran portón bajo la atenta mirada de su padre tras el ventanal de la oficina.

Alfredo sabía que su hijo tenía razón en cada palabra que le decía, pero no quería dársela, porque si lo hacía, eso era un signo de derrota que no podía permitirse.

Hacía tiempo que el alcohol se había apoderado de él y en el camino, también de la relación con sus allegados, y el poco dinero y patrimonio que le quedaba.

Cuando se veía apurado porque el dinero no le llegaba, se metía en esas timbas de póker de las que salía mal parado en más ocasiones de las que Hugo sabía, solo que a veces la suerte no le abandonaba del todo y conseguía recuperar casi todo lo perdido.

Aquella chica que se había montado con él en la moto, le hacía bien. Estaba más tranquilo, menos pendiente de las cosas de mayores o al menos parecía que en menor medida que un año atrás. Le hacía disfrutar de la libertad de su edad, sentir lo que debía con diecinueve años.

Siempre estaba serio con él, pocas veces sonreía o decía cosas divertidas, pero cuando ella venía a buscarlo o entraba un rato a verle, el brillo de sus ojos, su voz, los gestos alrededor de la chica, su sonrisa pícaro, lo delataban. Estaba enamorado.

Era un buen chico. Ella también.

Ojalá llegasen muy lejos juntos. Se los veía felices, aunque él también lo fue con Carmen, hasta que empezó a beberse la vida en lugar de disfrutarla.

Por un momento los vio a ellos en lugar de a su hijo y a su novia.

—Se parece demasiado a mí a su edad. Ojalá no siga mis pasos —susurró antes de abrir la puerta y bajar las escaleras para empezar a trabajar.

Hugo estuvo conduciendo más de una hora. Circularon por la autopista M-30 dando toda la vuelta a Madrid hasta que sintió como el cuerpo de Emma se helaba pegado al suyo, aunque ella no dijera nada al respecto.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que, aunque era consciente de que no iba solo sobre la moto, no estaba preparado para parar:

—Iremos a tomar un café —anunció por el intercomunicador consciente de que ella no lo pediría, respetando su necesidad de conducir y nada más.

Tocó su pierna. Los vaqueros estaban helados.

La chica asintió sin decir ni una palabra.

Tenía más frío del que pensaba.

Salió de la M-30 por el Paseo de Extremadura, y condujo su moto hasta que la calzada se acabó casi llegando a la orilla del río Manzanares. Paró en un parking de motos junto a un café-restaurante de la nueva zona de Madrid Río que daba al Puente del Rey.

Se bajó antes que ella para ayudarla.

Se quitó el casco y los guantes, después el suyo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Estaba helada.

—Con un café caliente estaré mejor.

—¿Por qué no me has pedido parar? —insistió ayudándola a bajar del vehículo.

—Necesitabas evadirte un rato y estoy bien. Tranquilo —contestó intentando quitarle un poco del peso de la culpa.

Hugo recogió los cascos, puso el sistema de seguridad a la moto y cogió su mano para que caminara junto a él.

Una rampa de madera ascendía hasta la entrada del café.

Había mesas y sillones con asientos blancos en la terraza, toda decorada de grandes maceteros con plantas y estufas de exterior. Era preciosa, pero debido al frío del invierno, estaba vacía.

Accedieron al interior:

—¿Salón o mirador? —preguntó una camarera muy sonriente.

—Salón —dijo la pareja al unísono.

La simpática mujer asintió, cogió dos cartas y los dirigió hasta una de las mesas del extremo.

Todo estaba decorado en madera y las paredes eran de cristal para poder admirar el paseo de Madrid Río, el Puente del Rey o el Palacio Real entre otras cosas.

—Aquí estarán calentitos, pero podrán disfrutar de las vistas de Madrid. En un ratito les tomo nota.

La pareja se sentó en unas preciosas sillas de mimbre tras despojarse de los abrigos y dejar los cascos en los asientos sobrantes.

Hugo cogió las manos de Emma sin preguntar y comenzó a frotarlas entre las suyas para que entraran en calor.

—Tenías que haberme pedido parar —susurró insistiendo con el tema, antes de exhalar el aliento sobre su piel para darle más calor.

—No —contestó observando cada movimiento de sus manos, las mismas que conducían el sábado por la noche aquel Audi, las mismas que arrebaban los coches del taller, las mismas que acariciaron su cuerpo horas atrás.

Un cosquilleo la invadió, pero lo disimuló bien.

—¿En qué piensas? —preguntó mirándola con curiosidad. Su semblante había cambiado en un segundo, se había ruborizado y a la vez tenía un gesto que le recordaba al que disfrutaba de ella cuando compartían intimidad.

Emma sonrió mientras bajaba el rostro en un movimiento de negación. No había disimulado tan bien como creía.

—No voy a decírtelo —contestó por fin, mirándolo a los ojos divertida.

Hugo no necesitó más palabras. Ya sabía en qué pensaba o, mejor dicho, qué recordaba.

Mantuvo la mirada en ella sin dejar de calentar sus manos, incluso se humedeció los labios con picardía.

Ella enarcó las cejas y después apretó los labios.

Él sonrió con sensualidad, ella apartó la mirada un segundo, pero, cuando volvió a mirar, la observaba con intensidad.

De nuevo se humedeció los labios, dejó el masaje en las manos, se acercó más a ella y acarició sus muslos helados.

Emma dejó de respirar.

Hugo cogió aire poco después, ella lo imitó.

La camarera, que debía ir a tomar nota de su pedido desde hacía rato, llevaba unos minutos observando sin moverse.

—¿Aún no les has cogido nota? —preguntó su compañera.

—No quiero interrumpir la conversación —contestó observando.

—¿Qué conversación? No se han dicho más de cuatro frases y eso fue cuando entraron.

—No hay más ciego que el que no quiere ver.

—Como sigan así, no duran ni dos telediarios —se atrevió a presagiar.

—Si yo hubiera tenido más conversaciones como esa con alguno de mis ex, te aseguro que seguiría con él —declaró cogiendo el bloc y la bandeja para tomarles nota, aunque aún no quería ir.

Tras tomar sus cafés y sus tostadas de pan, Emma no pudo resistir la pregunta.

—¿Qué vas a hacer si tu padre decide jugar el martes?

Hugo la miró con la preocupación patente en su gesto.

—No lo sé. Supongo que ir a correr con los coches de lujo el fin de semana para recuperar la pasta —contestó de forma automática, pero su semblante había cambiado. Ahora parecía un adulto, un tipo de treinta años ahogado en deudas buscando una solución.

No le gustó aquella sensación.

—¿Has pensado en correr para ti? —se atrevió con otra pregunta. Él la miró arrugando el ceño, sabía de sobra que no le gustaba correr y solo lo hacía para recuperar lo que su padre perdía—. Me refiero a que es una forma rápida de conseguir dinero y podías emplearlo en un futuro para ti lejos de él. —Hugo la miró con seriedad unos segundos que a ella le atravesaron el corazón. Apretó los labios—. Perdona, no quiero enfadarte, ni que te tomes a mal mis ocurrencias. Solo era una idea que me pasaba por la cabeza. Lo siento.

—No, no —se apresuró a cortar sus disculpas—. Es solo que nunca lo he mirado de esa forma. Siempre corro para recuperar lo que mi padre pierde y me alejo de ese mundo. Cuanto más tiempo esté en él, más posibilidades de acabar detenido, y si me detienen, mi madre estará sola. Se acabará lo nuestro...

Emma asintió comprendiendo.

—Sí, tienes razón. Ha sido una estupidez pensarlo...

—No. Solo querías darme una opción de vida y te lo agradezco, pero no es tan fácil. Las carreras son una droga. La adrenalina que corre por la sangre, las emociones que se viven, provocan un enganche que puede acabar muy mal. Lo he visto y no quiero eso. Puedo correr cuando necesite dinero. Sé que se me da bien y podría ganar mucho con un buen coche, pero no quiero engancharme a ello como mi padre al alcohol o al juego. No sé si me entiendes... —Emma asintió. No quería interrumpir su explicación—. Si mi madre se pudiese mantener por sí misma, la vida sería diferente. Me daría igual lo que él hiciese con su salud y su negocio, pero por ahora, ella no puede optar a algo mejor de lo que tiene. En su trabajo no puede ascender más. Solo podemos esperar a la ampliación de contrato a jornada completa como prometieron hace unos años, pero no llega. La crisis no hace que la empresa se decida y tampoco puede aventurarse a cambiar a otro sin una seguridad de permanencia, porque perdería lo que tiene si sale mal... Tengo que estar con ella.

—Solo era una sugerencia, ya que te la juegas cada vez que corres. No tenía idea de hasta dónde llegaban los problemas. Lo siento.

—Lo sé. Soy demasiado celoso con estos temas. Nunca hablo de ello. Solo lo sabe Jorge. Siento no abrirme más contigo...

—Me alegra saber que has tenido con quien hablar en este tiempo.

—Él ha aguantado mucho —reconoció dolido con el hecho—. Ese ha perdido celebraciones, momentos divertidos e incluso noches de descanso o estudio por mí, y no quiero que nadie más lo tenga que sufrir —confesó con tristeza.

—No puedes vivir todo esto solo. No es sano —comenzó a dar su parecer con cuidado. Debía encontrar las palabras—. Eres mayor de edad. Puedes decidir por ti mismo el camino sin dejar a tu madre de lado, y tienes que hacerlo por ambos. Estoy segura de que ella sospecha lo que haces para llevar el dinero a casa. Las madres tienen un sexto sentido que no sé de donde narices sacan, pero que detecta todo. Y cuando digo todo, es todo.

—Lo dices como si la tuya te hubiese pillado algo hoy mismo.

—Hoy no, ayer en cuanto me levanté. —Hugo enarcó las cejas sorprendido, esperando más información—. Sí, no me mires así. Te olió en mí. ¿Cómo es posible? —El chico arrugó el ceño e intentó preguntar, pero solo pudo apretar los labios y aguardar—. Supo que nos habíamos acostado en cuanto entré en la cocina a desayunar. Dijo algo así como que tu olor estaba impregnado en mi piel. Me dejó de piedra. Cuando reaccioné, salí corriendo al baño a ducharme. No quería que mi padre también te oliera. ¿Te imaginas? —continuó relatando mientras él escuchaba atónito la confesión—. Entonces apareció también allí. Me dijo que desayunara tranquila y no me preocupara por mi padre porque él no se daría cuenta de esos detalles.

—Ahora no sé con qué cara voy a mirar a tu madre —murmuró tocándose el pelo preocupado.

—Ni idea. Bastante tengo con mi parte. Tengo miedo de entrar por la puerta de casa. Me tengo que comprar un bote de perfume extra para llevar en la mochila de clase y el bolso que lleve cuando esté contigo. Tendré que rociarme antes de volver.

La pareja se miró unos segundos con seriedad, tras los que comenzó a reír.

—Las madres son especiales, ¿verdad?

—Mucho, Hugo. E igual que la mía sabe cuándo tengo sexo contigo, la tuya sabe cuándo has ido a jugarte la vida.

Escuchándolo en boca de Emma, le hizo replantearse un poco la situación. Ella lo contaba con tranquilidad, pero no podía ocultar todo el miedo. Pensó que su madre se sentiría igual.

—Lo pensaré —contestó preocupado por las mujeres de su vida.

Tenía que tomar decisiones y hacerlo lo antes posible o su madre las tomaría por él.

La suerte le había acompañado hasta ahora, pero eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

¿Y si le pillaban o tenía un accidente?

Pero podía ser peor...

¿Y si su madre tomaba una decisión equivocada intentando llevar más dinero a casa para no depender del dinero de su padre?

Tenía que valorar las palabras de Emma de forma urgente.

CAPÍTULO 16

Como era de esperar, Alfredo fue a la partida que mencionó a Hugo durante su discusión, y lo perdió todo.

Emma no sabía cómo reaccionar tras recibir el mensaje de que no iría a clase. Recordó lo que había sucedido la última vez que no fue.

Bajó de casa directa al taller.

Nada más entrar en el oscuro garaje, supo que algo no iba bien. Hugo y Jorge estaban en la oficina e intentaban mover algo.

—¿Hugo? —lo llamó adentrándose un poco más, pero sin subir las escaleras.

Observó como el chico caminó con premura a la puerta, la abrió y bajó las escaleras muy deprisa hasta ella.

—¿No has recibido mi mensaje? —preguntó sofocado.

—Sí, por eso he venido. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

—Tengo que quedarme con mi padre. No está bien. Lo he encontrado borracho, tirado en la oficina —explicó con celeridad. Se le notaba agobiado—. Necesito que me diga cuánto ha perdido esta vez, para saber cuánto tengo que recuperar.

Estaba devastado, cansado de la situación que se repetía en bucle de nuevo, pero lo que más la entristeció no fue su rostro demacrado, fue que no aparentaba la edad que debía, ni su voz que, aunque no solía ser jovial cuando estaba en el taller, ahora sonaba tan triste que las lágrimas le hicieron un nudo en la garganta.

—Te ayudaré. Prepararé café e iré a por algo de comer —se ofreció.

Hugo acarició su rostro y esbozó media sonrisa que intentaba animar la situación, pero no le salió muy bien.

—Tienes que ir a clase. Estamos a mitad de curso y no te lo puedes jugar por esto. No es tu problema —dijo tajante, aunque usó un todo suave para que ella no lo tomara a mal.

—¿Para qué? ¿Para estar pensando todo el tiempo en ti y lo que estará pasando aquí? —preguntó con seriedad—. Aprendo más contigo en media hora que todo el día en clase de Matemáticas. Sira me traerá los apuntes.

—¿Y tus padres? Al final se enterarán de tus faltas de asistencia y se enfadarán con razón.

—Me da igual. Me quedo —insistió firme en su decisión.

Hugo cedió sin más remedio, asintiendo con un golpe seco de la cabeza.

Emma lo abrazó en respuesta. Ella lo necesitaba, pero él también.

Se aferró a ella, a su calor, a su olor, intentando transportar su mente a otro lugar, otra situación, otra vida, aunque fuese por unos segundos. Un sitio donde ser felices, donde pudiese ser él sin riesgos, sin carreras, sin problemas.

—Gracias —susurró en su oído. Ella apretó más su cuerpo contra él mientras levantaba la cara para mirarlo a los ojos.

—Lo nuestro es para lo bueno y lo malo. No lo olvides.

Jorge se asomó a la puerta para llamarlo, pero en cuanto los vio, regresó al interior de la oficina.

Su amigo necesitaba ese abrazo, y el beso que vino después, más que respirar. Emma le estaba dando la vida que su padre le quitaba con tantos disgustos.

Alfredo masculló algo ininteligible a lo que le muchacho no hizo caso, pero el hombre, al ver que nadie le contestaba, elevó el tono de voz.

—Siempre tan oportuno —susurró Jorge al ver como Hugo deshacía el beso para subir a ver qué sucedía.

Emma lo acompañó, pero se quedó en el umbral de la puerta. No se atrevía a pasar para no alterar más al hombre. El alcohol le tenía en un estado de falsa sedación que parecía estar desapareciendo.

—Iré a por algo de comer —susurró a Hugo. Este asintió y, tras despedirse, cerró la puerta.

—¿Le duchamos? —se ofreció Jorge a ayudarle, mientras ambos miraban como Emma se marchaba y cerraba la puerta del garaje tras de sí.

Hugo asintió mirando a su amigo.

—Gracias. No sé cómo voy a pagarte tu ayuda —reconoció con tristeza.

—La ayuda de los amigos no se paga, Hugo. Se coge y ya está. Vamos —le animó a ponerse manos a la obra.

La ducha fue una gran idea. Tras ella, Alfredo estaba mucho mejor. Desde luego olía bien y se había despejado, pero el proceso fue una odisea con la que ambos amigos acabaron agotados y empapados.

Cuando Emma regresó, el hombre estaba echado en la cama de la oficina del taller.

Hugo y Jorge, ambos sin camiseta, descalzos y con un pantalón de trabajo azul de los que Hugo usaba cuando estaba allí, se afanaban en limpiar tanto el baño como la oficina.

—¿Se puede? —preguntó cautelosa al ver la ropa y zapatillas de los chicos delante de una estufa, buscando la mirada aprobatoria de Hugo.

Se acercó hasta la puerta en unos pocos pasos. Emma venía cargada con vasos de plástico que se sostenían metidos en una bandeja de cartón y unas bolsas de papel con el logo del local de Nacho con las asas metidas por los brazos.

—¿Qué traes? —preguntó Hugo curioso.

—Pensé que la mañana iba a ser larga —contestó sonriente. Alfredo se movió en la cama, pero seguía dormido. Todos le observaron unos segundos, hasta que roncó otra vez y lo ignoraron.

—Has hecho bien —contestó Jorge recogiendo la bolsa de los bocadillos. Metió la nariz dentro y después hizo un gesto de aprobación—. Esto huele que alimenta. Nacho nos cuida demasiado bien.

La chica sonrió satisfecha.

—¿Se puede saber qué os ha pasado a vosotros? ¿O pretendéis hacer un *striptease* a lo *Magic Mike*? —preguntó intentando poner una nota de humor al asunto—. Si es así, decidlo ahora que llamo a Sira —terminó mirándolos de arriba abajo con picardía mientras sacaba el teléfono del bolsillo del abrigo dispuesta a llamar.

—No es el caso. Don Alfredo no ha colaborado mucho en su ducha y hemos acabado así, pero si te apetece, por mí está bien. Llama a Sira —propuso Jorge divertido.

Hugo los miró sin dar crédito a lo que escuchaba. ¡Su padre estaba dormido en aquel sofá-cama!

—No sé cómo lo hacéis. De verdad que os admiro —confesó refiriéndose a la facilidad con la que sacaban el buen humor, aunque las circunstancias no acompañaran.

—Anda, come algo. Lo verás todo más claro —propuso su amigo tendiéndole un bocata mientras tomaba asiento en la mesa donde habían dejado los cafés y la comida.

—Tú me dirás dónde está la claridad en este asunto —murmuró entre el enfado y la decepción—. Acabará muerto o en la cárcel.

—No digas eso —susurró Emma con un nudo en la garganta y una sensación de vacío difícil de explicar. Nunca se había sentido igual.

—Perdona —se disculpó enseguida. No quería asustarla, ni contarle sus sentimientos negativos, al menos no en su totalidad, pero la situación comenzaba a desbordarle.

—En cuanto se despierte y nos diga de cuánta pasta estamos hablando, trazamos un plan para la recuperación. Después lo encerramos en un centro de desintoxicación —propuso Jorge—. Quiera o no. Te juro que lo llevo atado si hace falta.

Hugo guardó silencio.

Mientras su padre no quisiera recuperarse, no valdría ninguna opción. No iba a desperdiciar el dinero en eso si él no estaba de acuerdo.

Emma no dijo nada. Solo escuchó la conversación asumiendo la situación.

Durante una hora hablaron de otros temas mientras comían y tomaban el rico café, hasta que Alfredo se despertó por fin.

—Buenos días, bella durmiente —lo recibió Jorge con mejor humor que la pareja.

—Buenos días —balbució el hombre confundido mientras se incorporaba—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Estás en el taller. Te encontré aquí esta mañana en un estado lamentable —explicó Hugo con seriedad—. Lo que pasó anoche, nos lo tendrás que aclarar tú, pero lo que es seguro es que te bebiste hasta el agua de los floreros y te jugaste todo lo que tenías.

Padre e hijo se retaron con la mirada en silencio.

Hugo, cansado de esta vida.

Alfredo, arrepentido de lo que había hecho, pero altivo, incapaz de reconocer su mala actuación.

—¿Quiere un café? —le ofreció Emma con una simpática sonrisa, intentando que la situación se mantuviera en calma.

Hugo la miró un segundo molesto, pero en cuando vio sus ojos, entendió que solo quería ayudar a que la conversación no se fuera de las manos. Respiró.

—Gracias, bonita. Eres Emma, ¿verdad? —preguntó con una mueca que se quería parecer a una sonrisa.

—Sí, señor —contestó mientras se levantaba a calentar el café ya frío en el microondas.

—Me gusta tu novia. No la pierdas —dijo a su hijo con un aplomo y cordura que dejó a los tres sin saber qué decir.

—Sí, papá. Yo tampoco la quiero perder, pero no me ayudas nada —le dijo mirándola. Emma le sonrió, pero algo no iba bien.

Guardaron silencio durante un rato, dejando que el hombre se tomara el café que ella le había servido y un trozo de bocadillo de jamón.

Emma se había sentado al lado de Hugo y le había cogido la mano en un intento de

mantenerlo tranquilo.

—¿Recuerdas cuánto perdiste? —preguntó impaciente el hijo, en cuando se comió el último bocado.

—Mucho —fue su respuesta inmediata mientras se frotaba la frente.

—¿Cuánto es mucho? —insistió muy serio.

—Tenía dos mil euros escondidos para emergencias...

—No es tanto —contradijo Jorge la apreciación inicial interrumpiéndole.

—Espera —pidió Hugo a su amigo mirando fijamente a su padre—. Sigue —le exigió sin tregua.

—Tuve una buena mano y gané ocho mil, pero seguí jugando y me prestaron diez mil.

Hugo cerró los ojos intentando respirar con calma mientras el silencio invadía la habitación.

—No entiendo cómo te siguen prestando dinero —comentó Jorge sorprendido.

—Porque lo devuelve muy rápido, ¿verdad, papá? Ya va tu hijo a jugársela para arreglar tus problemas y que no te den una paliza o te tiren a alguna cuneta.

El hombre bajó la mirada avergonzado mientras asentía.

—Tienes que llamar a la carrera del sábado para saber las condiciones de admisión—le dijo su amigo intentando centrarle en la solución— porque en esta, las habrá.

—¿Tienes idea de lo que cuesta ganar esos putos dos mil euros que te has jugado? ¡Los doce mil que tengo que recuperar es el sueldo de un año para mi madre! ¿Tú te crees que se puede vivir en el filo de la navaja cada semana? —gritó Hugo a su padre muy enfadado, mientras pensaba en lo que Jorge le decía—. Es la última vez que te salvo el culo. A la próxima, no me la juego por ti —prometió levantándose de la mesa.

Emma dejó que se alejara de allí.

Lo escuchó descender la escalera con rapidez y dar una patada al cubo metálico de basura que había nada más bajar

Pensó que era mejor eso, a que se enfrentara físicamente a su padre en un arrebato.

El hombre la miró.

Había arrepentimiento en la mirada, dolor por lo que causaba, pero ni un ápice de intención de reconocérselo a su hijo.

Emma miró a Jorge y cogiendo aire, se levantó para ir a hablar con Hugo.

—Quizá sea mejor que lo dejes solo unos minutos más —aconsejó el amigo acercándose a ella para poder decirlo en voz baja.

—Quizá, pero voy a ir ahora y si no quiere hablar conmigo, esperaré a que me lo diga él —contestó con seguridad.

Alfredo, que observaba la conversación que mantenían a media voz, sonrió.

—Los tiene bien puesto, *Jorgito* —dijo con sorna.

—Será mejor que usted se calle y no empeore más las cosas. Se lo pido por favor —contestó la chica al hombre que se quedó cortado y sin saber qué responder

Emma salió de la habitación con decisión mientras Jorge la aplaudía mentalmente.

Ella era diferente a las otras chicas que habían rodeado a Hugo porque hablar de novias, era decir demasiado. Le gustaba mucho esa actitud, ver cómo Emma guardaba el miedo en un cajón y se enfrentaba a la situación.

Estaba seguro de que el problema que había tenido con las otras, era la madurez. Él vivía y

hacía cosas que estaban muy por delante de su edad, a lo que las chicas no respondían como necesitaba. Ella era diferente. Lo entendía, intuía su estado de ánimo o sus necesidades en muchas ocasiones y lo más importante, comprendía las dificultades de la situación, que su relación no podía ser normal hasta que los problemas de su padre parasen.

Vio como bajaba la escalera con tranquilidad, caminaba hasta él que estaba dando vueltas como un león enjaulado y se colocaba de frente.

—Será mejor que te alejes de mí —susurró Hugo con tristeza.

—No pienso hacerlo —contestó acercándose más. Él se alejó un par de pasos. Emma sintió de nuevo aquel vacío de un rato antes cuando habló de la muerte—. En lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas? Cuéntame en qué estás pensando. Lo solucionaremos de la mejor forma posible —propuso intentando mostrarle una salida y así sentirse ella mejor. Ser positiva para que él también lo fuera.

Hugo la miró unos segundos, pensando muy bien cada palabra que iba a decir. Era lo más doloroso que haría nunca, pero necesario.

—Quiero que te vayas —pidió con la voz ronca por las lágrimas que se acumulaban en el nudo de la garganta—. No quiero que destroces tu vida conmigo. Eres inteligente, con un futuro brillante por delante y yo solo puedo ofrecerte problemas.

—No sigas —rogó con el vértigo apoderándose de ella.

—Te quiero. No puedo decir lo contrario porque no se me da bien mentir. Además, lo sabes de sobra. Eres lo mejor de mi vida, pero es por eso por lo que no puedo permitir que estés a mi lado ni un minuto más. Ya has visto en qué consiste mi vida. Cualquier día acabaré tirado en una carretera o en la cárcel. Tú mereces una vida plena, feliz, llena de sueños que se vayan cumpliendo, viajes por hacer, sitios que descubrir y no encerrada en un garaje mugriento ayudándome a alimentar a un padre alcohólico y ludópata, y cuidando a una madre que no llega a fin de mes aun trabajando. Tú tienes toda la vida por delante, una familia que te puede pagar los estudios. Aprovéchalo y sé feliz.

Emma no sabía qué contestar. Sentía tanto dolor en el corazón por lo que le decía y por cómo le veía hundirse a cada palabra, que no era capaz de replicar.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de ambos mientras se miraban rotos por los acontecimientos.

Ella no podía creer lo que estaba pasando. Su vida se derrumbaba por segundos.

—Dejaré que soluciones esto —contestó en un hilo de voz aguantando las lágrimas todo lo posible, señalando la oficina donde estaba su padre y Jorge—. Yo tengo que ir a clase. ¿Hablamos después? —preguntó, pero en su mirada había un ruego claro para tener esa conversación más tranquilos y no acabar con todo de esa manera tan brusca e inesperada.

—Ve a clase —pidió con suavidad, esforzándose en temprar la voz lo máximo posible.

La chica subió hasta la oficina sin decir ni una palabra más. Cogió su abrigo y la mochila bajo la atenta mirada de Alfredo.

Jorge se acercó a ella.

—Se le pasará. Está muy nervioso —intentó excusar a su amigo.

Emma negó con la cabeza mirándole con los ojos llenos de lágrimas. Jorge guardó silencio y la abrazó.

No esperaba aquella reacción de su amigo, pero en parte entendía por qué lo hacía. Era una

chica especial, de una familia con posibilidades y no quería arrastrarla al lado oscuro de la vida.

—Adiós, Alfredo —se despidió escueta. El hombre contestó de igual manera, cabizbajo ante la situación que había provocado.

La chica bajó las escaleras de nuevo. Hugo la esperaba junto a la puerta.

—Te llamo luego —insistió mientras se acercaba a él. No se movió del sitio esta vez.

Emma acercó los labios a su boca y dejó un suave beso que él le correspondió. ¿Cómo no iba a hacerlo? La quería, mucho, más que a nada en el mundo. Jamás le negaría un beso, pero ambos sabían que algo se había roto. Solo el futuro diría si era definitivo.

CAPÍTULO 17

Emma se alejó del taller todo lo posible antes de coger su móvil y buscar a Sira en su agenda de contactos favoritos.

Pulsó su foto.

El móvil marco el teléfono.

Tenía la esperanza de que al ver que era ella, lo cogiera o se escapase al baño para poder hablar:

—¿Dónde estás? ¿Va todo bien? —preguntó nada más descolgar.

—No. Nada va bien —sollozó incapaz de reprimir más sus sentimientos.

—¿Dónde tengo que ir? Voy a buscarte.

—¿En serio? —preguntó Jorge a su amigo que se apoyaba en la pared del fondo del taller llorando—. Se te ha ido la olla. ¿Por qué la dejas? Es lo mejor que te ha pasado en la vida. No puedes destrozarlo todo así.

—No, es mejor a que me tenga que ir a ver a la puta cárcel o al tanatorio. ¿Eso sí se lo merece? —contestó enfadado.

—Claro que no se lo merece, pero ¿has pensado que va a ir a verte allá donde estés, hagas lo que hagas, porque te quiere como eres, con todas tus movidas familiares incluidas? Dime dónde vas a conseguir a otra mujer igual, porque dudo que la encuentres.

Hugo se limpió la cara con las manos. Odiaba llorar, pero mucho más por culpa de los problemas de su padre.

Arrastrarle a él era soportable. Comprometer el futuro de su chica, no.

—¿Crees que no lo sé? Lo que siento por ella no lo he sentido nunca por nadie. No me siento un bicho raro a su lado, ni pienso que la vida es una mierda, pero no puedo ser egoísta. No se merece que se la destroe.

—Creo que te estás precipitando. Deberías hablar con ella más tranquilo, contarle lo que sientes y cómo ves la situación. Tiene que saber lo que hay y decidir por sí misma. No puedes hacerlo tú. —Hugo lo miró entre el enfado y la comprensión—. A ver, tío listo, que no sé para qué tienes tanto coeficiente intelectual, si empiezas a decidir por ella, vas muy mal.

—Lo sé. Soy consciente, pero saber los riesgos e imaginarla pasando por toda esta situación, no lo soporto. Ella puede estudiar, su familia tiene una buena posición y yo solo le puedo ofrecer esto.

Jorge le cogió del hombro de forma cariñosa.

—Hugo, tu padre es un mierda. Se ha portado muy mal con tu madre y contigo, es así y no hay vuelta atrás, pero no lo seas tú ahora. ¿Entendido? Ella nunca te ha despreciado por lo que eres, ni de dónde vienes, ni lo que tienes. No saques ese tema.

El chico asintió.

—No sé cómo voy a solucionar esto. Otra vez doce mil euros, tío. ¿De dónde coño los voy a sacar? —preguntó agobiado. Estaba tan saturado que no era capaz de ver la salida.

—Mientras tú hacías sufrir a tu preciosa y genial novia, yo he estado pensando un plan — contestó mientras ambos se sentaban en el suelo apoyando la espalda contra la pared.

—¿Un plan? Será de huida o para robar un banco porque otra cosa no creo que podamos hacer.

—No digas memeces y escucha. Lo primero que tenemos que hacer es llamar al tipo que te quiere patrocinar en la carrera y preguntar las condiciones. Siendo coches de lujo, seguro que te piden un depósito.

—Más dinero —susurró Hugo mucho más negativo.

—Sigue escuchando. Tengo ahorrados unos trescientos pavos. Si con eso cubrimos la inscripción, está todo arreglado; si es más, puedes correr con la moto esta noche para reunir lo que falte. El sábado corres para este tío y sacas pasta. Después nos vamos a la timba de póker y recuperas el resto.

Hugo le miró unos segundos antes de contestar.

—Si fuera tan fácil como lo cuentas, lo haría todas las semanas.

—Eso sí que es una gilipollez —respondió dándole un puñetazo en el hombro—. Algo así solo se hace en caso de emergencia. Y esto es una emergencia.

—Está bien —cedió. ¿Qué otra opción le quedaba?

—Ahora vamos a subir ahí arriba, terminamos de recoger y nos vamos a buscar a nuestras chicas al instituto —ordenó mientras se levantaba del suelo—. Tienes que hablar con Emma. Estaba destrozada.

Hugo asintió sin decir ni una palabra. También se levantó.

Había sido muy duro y era consciente del daño que le estaba haciendo, pero no iba a ceder en sus pensamientos.

Hablaría con ella, le contaría lo que pensaba, pero llegado el momento, no podría dudar. Tendría que tomar una decisión por difícil y dura que fuera.

El bien y futuro de los dos estaba en juego.

Emma no podía parar de llorar sentada en un banco del parque más grande del barrio. Allí no las vería nadie, ni tendría que exponerse a miradas interrogativas. Tenían una zona preferida y no hacía falta explicaciones entre ellas para saber a dónde debían ir.

En cuanto Sira la vio, supo que la situación era más grave de lo que pensaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó soltando la mochila y la carpeta en el banco para poder abrazar a su amiga.

Emma se dejó abrazar entre sollozos. Era incapaz de expresar con palabras lo que se había roto en su corazón. Aún no.

Sira la abrazó respetando ese silencio durante unos minutos. Tenía claro que algo sucedía con Hugo. Solo podía estar así por ese motivo.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? Si no lo haces, no te puedo ayudar.

—Hugo me ha intentado dejar —contestó conteniendo un poco las lágrimas.

—¿Cómo que lo ha intentado? —preguntó Sira confusa.

Emma le contó lo que había pasado esa mañana, por qué no había ido a clase y lo que le

había dicho Hugo antes de marcharse.

—No me lo esperaba —susurró Sira sentada en el banco junto a su amiga.

—¿Cómo puede decirme que me ama, que soy lo mejor de su vida y después que quiere que salga de ella?

—Creo que tiene miedo a lo que te pueda pasar si las cosas se complican más aún. El día de la carrera estaba preocupado, pero no por él y lo que le pudiese suceder, era por ti.

—Eso es una gilipollez —contestó indignada.

—Por lo que Jorge me ha contado y lo que conozco a Hugo, él se siente responsable de todo. De la comodidad de su madre, de los actos de su padre y en tu caso, de tu bienestar. Eres una niña bien del barrio, él el hijo de un mecánico ludópata y alcohólico. No cree estar a la altura de tu persona y arrastrarte a las carreras ilegales o a las timbas de póker, nunca ha entrado en sus planes.

—Tampoco entraba en mis planes enamorarme de él, pero ha sucedido.

—Sí, pero ponte en su lugar por un momento. Piensa que fuese al revés. Querrías protegerlo al máximo.

Emma la miró pensativa.

Era verdad todo lo que decía. Hugo se sentía así respecto a ella con seguridad. Era muy protector, pero debía dejarla elegir y decidir.

—Lo entiendo, pero mis sentimientos también deben contar, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo pero, si él lo quiere dejar, sea por el motivo que sea, lo tendrás que respetar.

Emma asintió. No podía contestar un sí a eso. Aún no.

—Me ha prometido hablar luego.

—Seguro que te llamará. Jorge hablará con él.

—El pobre lo ha visto todo y se ha quedado hecho polvo —comentó.

—¿Sí?

—Sí. Es un amor de chico —afirmó más tranquila.

—Puedo llamarlo para que lleve a Hugo a tomar una cerveza esta tarde, y así os veis y habláis.

Emma asintió con un nuevo nudo en la garganta.

¿Cómo había llegado a esa situación?

Sira la abrazó de nuevo. Se conocían muy bien y sabía que lo necesitaba.

—Todo se arreglará. Ya lo verás.

—Ojalá —contestó entre lágrimas—. Soy tan feliz con él... No sabes lo feliz que me hace...

—Lo sé, amiga. Lo veo y lo disfruto.

—¿Sabes? A veces pienso en que corra una de esas carreras de coches de lujo, consiga dinero y nos marchemos de aquí. Lejos de los problemas, a buscarnos la vida solos.

—¿Se lo has propuesto?

—No. Igual piensa que estoy loca —contestó cogiendo aire.

—¿Y si pensara lo mismo que tú? ¿Si él te lo propusiera? —preguntó con media sonrisa cómplice.

—Me iría. Sin dudarlo —respondió tajante.

—¿Lo dejarías todo? ¿Familia, amigos, la posibilidad de ser periodista como sueñas?

—Sí, sin dudar.

—Te creo y estoy segura de que él sabe que lo harías, por eso te ha pedido que te vayas antes de tener que ponerte en esa situación.

Emma levantó la cara al cielo y respiró profundamente con los ojos cerrados.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Sí, pero por Hugo.

—¿Tú no te irías con Jorge?

—Me iría por mí misma, no con Jorge —contestó rotunda. Emma la miró sorprendida. Sira sonrió—. Quiero estudiar, viajar, disfrutar de la vida sin la atadura de un hombre. Ya llegará el momento de ligarme a uno definitivamente, pero no ahora.

—¿Aun con todo lo que le quieres? —preguntó confusa.

—Aun con todo lo que lo quiero.

—No te entiendo.

—Es sencillo. Me siento muy bien con él, me ama, es divertido, inteligente, cómplice, pero me quiero más a mí misma. No estoy preparada para una relación seria y no sé si alguna vez lo estaré.

—Y entonces... ¿por qué estás con él? —preguntó curiosa.

—Lo quiero, me lo paso bien con él y compartimos tiempo. No hace falta ponerle un título como el de novio. Es un amigo especial.

—¿Se lo has dicho? ¿Él sabe todo esto?

—No, pero creo que no es tonto. Me conoce lo suficiente para saber lo que tenemos y lo que quiero. Espero que lo respete y lo comparta, pero si no es así, no está obligado a estar conmigo.

—Me dejas sin palabras —contestó Emma mirando a su amiga intentando procesar toda esa información.

—Cada persona es distinta, siente diferente y necesita cosas concretas. El truco está en encontrar a quién te complementa, nada más —explicó con tranquilidad—. Tú deseas a Hugo, yo a Jorge, pero nuestro vínculo con ellos es diferente. Tú lo quieres todo con él, el novio, el amigo, el amante, el cómplice, el esposo, el padre de tus hijos. —Emma se sonrojó al escucharlo en boca de su amiga porque no lo había dicho en voz alta, pero era cierto—. Yo solo quiero que Jorge esté conmigo cuando los dos queremos estar juntos, sin ponerle nombre a lo que somos. Veremos hasta dónde llegamos, pero espero que vosotros tengáis todo el pack.

CAPÍTULO 18

Emma salió muy nerviosa del baño de su casa. Había quedado con Sira en el bar de Nacho para tomar una cerveza.

Su amiga tenía la esperanza de que Jorge pudiese arrastrar allí a Hugo y hablasen más tranquilos, pero no estaba muy convencida de que fuese a ser así.

Caminó por el pasillo intentando no llamar la atención. Solo tenía que ponerse el abrigo y decir un escueto «me bajo un rato con Sira» para salir sin preguntas ni observaciones sobre su estado de ánimo, visiblemente tocado desde hacía unas horas.

Recogió el abrigo del perchero de la entrada, se lo puso y metió una pequeña cartera de piel con la documentación y el dinero en el bolsillo, también comprobó que llevaba el teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

Cuando se disponía a pronunciar la frase salvavidas, su madre apareció ante ella.

—No vengas muy tarde. Sabes que a tu padre no le gusta que salgas entre semana — aconsejó en un tono dulce y suave que la desarmó.

—Sí. Vendré pronto —contestó manteniéndole la mirada.

Sandra observó a su hija unos segundos.

En cuanto había entrado en casa al regresar del instituto, supo que había sucedido algo importante y no tuvo duda de que Hugo era la razón.

Ese chico la desconcertaba. Su fama en el barrio, el aspecto a veces demasiado chulesco, no casaban con su inteligencia y la forma tan atenta, y cariñosa con que trataba a su hija.

Ellos no lo sabían, pero alguna vez los había visto por la calle o en el bar de Nacho al regresar del trabajo o al salir a hacer la compra, y si de algo podía estar segura, era de que aquel chico amaba a Emma. Mucho.

A Carmen, la madre del muchacho, la conocía. No eran amigas, pero la vida del barrio las unía de vez en cuando en el mercado, en la peluquería o comprando el pan. Era una mujer encantadora que había luchado mucho para sacar a su hijo adelante, pero la suerte no había estado de su lado. Un marido alcohólico la arrastró a un sinfín de problemas hasta que se divorció, pero, aun así, la perseguirían siempre porque el hombre no cambiaba y, viviendo muy cerca el uno del otro, nunca iba a poder rehacer su vida de verdad.

A él no lo conocía, aunque su marido sí había dejado el coche en el taller para algún arreglo y lo cierto es que era bueno como mecánico, pero los vicios le traían conflictos.

Una pena.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada por la tristeza que veía en su hija.

—Sí. Voy a tomar algo con Sira para despejarnos.

—¿Seguro? —insistió.

Emma la miró apretando los labios para mantener a raya las lágrimas que, a la mínima, intentaban derramarse.

Asintió. Se acercó a su madre para darle un beso y así poder salir de allí.

Sandra cogió con cariño la barbilla de su hija entre las manos.

—Sea lo que sea, se arreglará y si no se arregla, se pasará —dijo con ternura. Emma la miró

con los ojos llenos de lágrimas—. Sé que ahora no me crees, pero es así. Si tu historia con Hugo no sale bien, no pasa nada. Habrá más chicos, más historias y llegará el definitivo. Te lo prometo.

El telefonillo sonó. Era Sira.

Salvada por la campana.

La chica dejó otro beso en la mejilla de su madre sin decir ni una palabra, abrió la puerta y se marchó.

Entendía lo que le decía, con los otros chicos había sido así, pero Hugo era especial. Lo que sentía por él, no lo había sentido por nadie y no se iba a arreglar con facilidad.

Cuando las chicas llegaron al bar, estaba casi vacío.

Tomaron asiento en su mesa de siempre y pidieron una cerveza cada una.

—No deberíamos beber. Mañana hay clase —dijo Sira mirando como su amiga se bebía media jarra de un tirón.

—Sí. Deberíamos —contestó cogiendo unas almendras del plato de aperitivos.

—¿Estás bien? —preguntó sorprendida por su actitud.

—Mejor que nunca —contestó sarcástica.

Sira empezó a preocuparse más de lo que ya estaba.

Si era malo que su amiga se hundiera por lo que había sucedido con Hugo, aunque fuese lo más lógico, era peor que estuviera bebiendo a destajo con esa actitud desafiante. No era normal.

A los pocos minutos de entrar, Emma ya se había bebido la jarra de cerveza y estaba pidiendo otra.

Sira, preocupada, envió un mensaje a Jorge. Había prometido llegar pronto, pero no tenía pinta de que aparecieran en los próximos minutos.

—Baja el ritmo, amiga. No te va a sentar nada bien —aconsejó dando el tercer sorbo a su primera cerveza.

—Lo sé. A ver si así paso un rato en el que la cabeza no dé vueltas a lo que ha pasado esta mañana.

—Es probable que tengas esos minutos de oro, pero a costa de un buen pedo y su correspondiente dolor de cabeza.

Emma iba a contestar, pero justo en ese momento entraron en tropel por la puerta del bar un grupo de chicos vestidos con uniformes de fútbol.

—¡Nacho, una ronda de cervezas! —gritó uno de los chicos mientras miraba a las chicas que, en esos momentos, eran las únicas clientes del bar—. ¡E invita a las princesas! ¡Hemos ganado la liga del barrio!

Todos los jugadores empezaron a corear campeones, campeones en cuanto contó la buena nueva.

Las mujeres sonrieron y levantaron sus jarras en agradecimiento.

Como era de esperar, a los pocos minutos había unos cuantos de aquellos jugadores acercándose a su mesa intentando ligar.

Sira estaba seria y con una actitud borde que los mantenía a raya, pero Emma, después de unas jarras de cerveza, estaba más animada y receptiva.

Hablaba con el chico que había pedido las rondas y resultó ser el capitán. Ese día habían jugado un partido aplazado, y, tras ganar, se habían proclamado campeones de forma matemática.

El teléfono de Sira sonó.

Se alejó al pasillo de los baños para hablar:

—¿Se puede saber dónde coño estáis? —preguntó a Jorge muy enfadada.

—Hugo está haciéndose de rogar. Aguanta un poco más a Emma, por favor. Sé que mañana hay clase y se tiene que ir pronto, pero confío en que podré llevarle —explicó.

—Pues como no os deis prisa, se va a pirar, pero no a casa, sino con el capitán del Carabanchel que acaba de entrar por la puerta con la copa de la liga en la mano y cervezas gratis.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Lo que oyes. Llevamos aquí menos de una hora y ya se ha bebido cuatro jarras de cerveza y está dejándose roncar por el futbolista. Hugo verá.

No hubo más palabras. Jorge había colgado.

Sira salió de nuevo al local.

Aquel chico se había sentado junto a Emma y ambos hablaban divertidos, pero a la vez con mucha complicidad.

Se aclaró la garganta mientras se sentaba, pero ninguno de los dos la prestó atención.

Bien. No había nada que hacer, pero la vigilaría muy de cerca.

Hugo caminaba deprisa con Jorge al lado. Solo había unos minutos entre el taller y el bar de Nacho, pero se le estaban haciendo eternos.

—Oye, para haberla dejado esta mañana y no querer venir hace un rato, te lo estás tomando a la tremenda, ¿no crees? —apreció Jorge, intentando calmar al caballo desbocado en que se había convertido, en cuanto le contó lo que estaba pasando.

Hugo paró sus pasos en seco y se enfrentó a su amigo furioso, pero no con él, sino consigo mismo en realidad. Era un gilipollas.

—Así no me ayudas, ¡joder! —le gritó a la desesperada—. He metido la pata. Lo sé, pero tengo razón. Estoy en una situación muy comprometida, tengo mucha presión y no quiero que ella se vea arrastrada por las circunstancias. ¿Tan raro es? ¿De verdad soy malo por desearle una vida mejor que la que yo le puedo ofrecer?

—No. ¡Claro que no! Pero ya lo hemos hablado. No puedes decidir por ella. En eso te has equivocado de lleno. Ahora te tienes que atener a las consecuencias, así que, cuando entres en el puto bar, compórtate, ¿de acuerdo? —pidió cogiéndole del hombro con seriedad—. Recuerda tus palabras de esta mañana.

Hugo no contestó, sus palabras de la mañana a Emma le tenían sumido en un enfado aderezado de tristeza que no soportaba.

Comenzó a caminar de nuevo. Jorge lo siguió resoplando.

Antes de llegar a la puerta, la vio.

Desde la dirección en la que llegaba al local, se veía la mesa de siempre por el escaparate y ahí estaban sentadas las dos amigas y algunos jugadores de fútbol.

Sira respiró al verlo, pero enseguida se inquietó. El gesto de su rostro no le gustó. Estaba enfadado.

Iba a avisar a su amiga, pero no le dio tiempo, en apenas unos segundos Hugo estaba delante de su mesa. Jorge llegó unos segundos después.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —exclamó Sira con una gran sonrisa para llamar la atención de Emma.

La muchacha levantó la vista a los recién llegados y el alma se le cayó a los pies.

Su acompañante observó al tipo moreno que lo miraba como si le quisiera arrancar la cabeza como en *Juego de Tronos*. Conocía a aquel tipo y según lo que se comentaba en el barrio, era mejor no entrar en conflicto con él.

—Soy Víctor. Encantado —saludó a los chicos levantándose del asiento, después miró a Emma—. Encantado de haberte conocido. Nos veremos otro día —se despidió son media sonrisa mentirosa.

—No tienes que irte —le dijo arrastrando las palabras. Hugo enarcó las cejas sorprendido, pero no por la invitación a quedarse, sino por su estado.

—Otro día nos vemos. Debo ir con mis compañeros. Disfrutad de la cerveza —contestó midiéndose con Hugo antes de marcharse.

Sira y Jorge respiraron. No querían que hubiese enfrentamiento. Aquel chico estaba con todo su equipo y ellos solo eran dos. Además, eso no haría ganar puntos a Hugo si quería recuperar la confianza de Emma.

Los chicos tomaron asiento junto a ellas. Jorge con Sira, Hugo con Emma.

El silencio reinante era más ruidoso que los gritos y cánticos de celebración del equipo de fútbol.

—Bueno y ¿qué tal lleváis la tarde? —preguntó Jorge sonriente.

—Entretenida —contestó Emma bebiendo otro largo trago de su cerveza.

—Demasiado entretenida diría yo —añadió Sira negando con un gesto de cabeza ante la actitud de su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo a Emma muy preocupado. Nunca la había visto así.

—Sí, maravillosamente bien. ¿No me ves? Estoy feliz —contestó arrastrando las palabras.

Se sentía muy mal. Sabía que había provocado eso, pero ya no había vuelta atrás.

—Ven, vamos a que te dé el aire para que puedas volver a casa un poco menos borracha —propuso preocupado por las consecuencias.

—Tranquilo, no te preocupes por mí. Vete a tus carreras o a lo que sea que te importe —contestó muy calmada, como si fuese una frase inocente, pero lo había destrozado.

Jorge lo miró y con un gesto de la mano le pidió calma.

—Saldremos todos. Será lo mejor —propuso Sira para poder llevársela de allí sin incidentes.

Hugo se acercó a la barra a pagar la cuenta de las chicas, mientras Sira convencía a su amiga para salir.

Los cuatro salieron a la calle y se sentaron en las mesas de terraza de la parte de atrás.

Jorge y Sira se retiraron un poco de la pareja para que pudiesen tener intimidad.

—Pinta regular, ya te lo digo —apreció Sira.

—Hugo está destrozado. Entre lo que ha hecho su padre y la que ha liado él con Emma, no sé ni cómo se mantiene en pie hoy.

Los dos miraron como la pareja se sentaba en un sofá columpio.

—Eso no es buena idea —dijo la amiga al pensar en las consecuencias del balanceo.

Jorge la cogió con suavidad de la cintura para mantenerla con él y que no se metiera.

—O sí. Si vomita irá más despejada a casa. Déjalos —propuso guiñándole un ojo.

Hugo miró a su amigo y este, con una señal de la mano se despidió. Jorge y Sira les dejaron solos sin que Emma se diera cuenta. Su estado no era de lo más despierto en aquellos momentos.

Tenía la esperanza de que arreglaran lo que habían roto esa mañana.

CAPÍTULO 19

A Emma le costaba mantenerse serena. Hugo hacía fuerza con las piernas para que aquel sofá columpio no se balanceara, pero todo le daba vueltas y empezaba a sentirse mal.

—Tengo que salir de aquí —murmuró levantándose de un golpe, arrepentida de su idea de sentarse allí.

Como era de esperar, el equilibrio le falló y cayó sobre Hugo.

—Tranquila. Dime qué quieres y te ayudaré —propuso el chico a media voz.

—Gracias, pero creo que puedo sola. Tú y yo no queremos las mismas cosas. Ha quedado claro esta mañana —contestó con un dardo envenenado.

—Lo siento —se disculpó. Si quería entrar en esos temas, a pesar de la embriaguez, estaba bien, pero no le apetecía discutir—. Me he portado como un gilipollas, pero es que no soporto arrastrarte a mis problemas. No te lo mereces.

—Yo debería decidir en qué problemas me meto —cortó su discurso de forma radical, pero sin apartarse de él.

Hugo la acomodó sobre sus piernas. Le gustaba tenerla lo más cerca posible y, por unas horas, había creído que no volvería a suceder.

—Lo sé, pero lo que tengo encima no es un juego, es un delito y tiene muchas consecuencias. No estoy seguro de que sepas a lo que me enfrento si continúo adelante.

Emma empezó a sentir como la borrachera se le pasaba de golpe. Allí estaba su conversación prometida y tenía que estar lúcida.

—Me lo has contado, lo he visto y confío en ti. ¿Qué más necesitas? —dijo mirándole con firmeza, aunque el alcohol la mantenía un poco mareada.

—Es peligroso, nos pueden detener o que haya un accidente —murmuró cada inconveniente.

—¿Quieres que no te acompañe cuando corras? ¿Con eso estarías más tranquilo?

—No lo sé... Supongo que sí. ¿Lo harías? —preguntó con el corazón desbocado por la ansiedad que le causaba la situación.

—Me gusta verte conducir y estar cerca para saber lo que está pasando. Sé que, si no pudiera ver lo que sucede durante la carrera, estaría más nerviosa, pero si es lo que necesitas, no iré.

—Esta vez tengo que ir dos veces —informó con pesar—. Debo correr en moto y sacar el dinero que necesito para entrar en la carrera del sábado. Lo que falta lo recuperaré al póker. Ha perdido tanto que tengo que arriesgarme a todo.

—Joder —susurró Emma cogiendo aire. Eran muchos riesgos en muy poco tiempo.

—Es posible que me detengan o que haya un accidente. No podría soportar saber que estás allí y que sales mal parada.

—Yo el no saber lo que está sucediendo y no poder ayudarte —contó cogiéndolo del cuello con suavidad, intentando mantener el equilibrio y la mirada.

—Necesito que estudies, que estés segura en casa o tomando algo con Sira y no pienses en mí, ni en lo que estoy metido. Cuanto menos sepas, mejor —insistió.

—No tienes que protegerme tanto —replicó.

—Si me detienen, pueden ir a por ti también y si eso sucede, tener información puede jugarte una mala pasada —explicó—. Me encantaría contarte todo lo que hago. No quiero secretos contigo pero, antes de correr, es peligroso.

Emma mantuvo la mirada en Hugo luchando para no marearse de nuevo, pero había bebido demasiado y las ganas de replicar se desvanecían.

Hugo esperaba su comprensión y no hablar más del tema.

La semana iba a ser muy larga.

—Entiendo —dijo contenida.

—Si sobrevivo a esta semana, no nos volveremos a separar —prometió—, pero necesito hacer esto con la seguridad de que estarás bien.

La chica guardó silencio unos segundos que se le hicieron eternos.

Sentía su mano acariciando la piel del cuello, el calor de su cuerpo al estar sentada sobre sus piernas, su perfume... Quería besarla, pero necesitaba una respuesta.

—Estudiaré mucho, quedaré con Sira y aprovecharé para llevarla de compras —cedió con una sensación extraña recorriéndole el cuerpo. Ella no deseaba eso, pero era la única forma de salvaguardar su relación. Debía hacerlo—, pero prométeme que te vas a cuidar, que me llamarás y que el sábado, cuando todo haya acabado, vendrás a buscarme —pidió con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

—Te lo prometo —susurró acercando la boca a sus labios. Emma puso un dedo sobre los del chico.

—Y prométeme que nunca más vas a tomar decisiones por mí. Promete que hablarás conmigo —terminó la frase con un hilo de voz.

—Lo haré —contestó.

Emma dejó que se acercara más para poder besarla.

La cabeza aún se le iba un poco cuando cerraba los ojos, pero la sensación de vértigo que no la abandonaba, era por un motivo diferente al alcohol.

Le devolvió el beso con pasión, el deseo siempre estaba presente entre ellos. La química era un hecho innegable y difícil de evitar.

Hugo deshizo el beso a los pocos minutos.

—Será mejor que te acompañe a casa —propuso en un susurro. En realidad, no quería marcharse, pero sabía que Emma tenía un estricto horario los días de clase y, si se lo saltaba, era probable que obtuviera un castigo o al menos una discusión.

—No quiero ir.

—Lo sé, yo tampoco que te vayas, pero tu padre tiene unas normas y tenemos que respetarlas —contestó metiéndole un mechón de pelo tras la oreja.

Emma se abrazó a él.

—Solo quiero estar contigo cinco minutos más —susurró aspirando su perfume, tranquila entre sus brazos. Juntos.

—Cinco minutos —consintió Hugo disfrutando de ese momento de tanta intimidad. Nunca se sabe cuándo podía ser el último.

CAPÍTULO 20

Aquel martes fue diferente. Hugo no se separó de Emma, como si un instinto especial le dijera que no debía desperdiciar ni un segundo del día porque, cuando se despidieran, nada volvería a ser igual.

Sonó el timbre que anunciaba el recreo y, sin esperar ni un segundo, la cogió de la mano para sacarla del instituto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Emma entre divertida y nerviosa.

—Solo quiero estar a solas contigo —le contó acariciando su cintura con la mano que después dejó allí. Emma se abrazó a su torso y juntos caminaron hacia unos jardines alejados de la zona que frecuentaban los alumnos.

De camino, compraron unos dulces y unos cafés.

Se sentaron en un banco de madera a comer; después hablaron unos minutos, acercándose cada vez más el uno al otro e inevitablemente se besaron hasta quedar sin aliento.

—Tenemos que volver a clase —susurró Emma acariciando su cuello y el pelo. Hugo cerró los ojos disfrutando de cada caricia.

—¿Comes luego conmigo? —preguntó muy pegado a sus labios.

—¿Comer? —se extrañó por la propuesta. Normalmente se iba derecho a casa a la salida del instituto a calentarse la comida que su madre le dejaba preparada, para ir al taller a echar una mano a su padre.

—Sí, comer y pasar la tarde hasta que me tenga que ir a salvar la vida a mi padre —aclaró sin rodeos. Tenía una necesidad desbordada de estar con ella desde que había solucionado su metedura de pata la noche anterior; pero no sabía explicar por qué.

Lo miró intensamente. Estaba deseando pasar tiempo con él, pero creía que, con su situación, no quería perder la concentración en lo que tenía por delante.

—Claro que sí —contestó sonriéndole.

Hugo la besó con pasión, disfrutando tanto de cada segundo...

Emma dejó que aquel tren de mercancías peligrosas en que se había convertido su chico, la arrollara sin rechistar hasta que el timbre que anunciaba que en cinco minutos empezaban las clases, sonó en la lejanía y salieron corriendo entre risas para llegar a tiempo a sus pupitres.

Las clases que quedaban hasta la salida, se les hicieron eternas. Hugo deseando llevarla a su casa, aunque aún no lo sabía. Ella, nerviosa como si fuese la primera vez que pasaba tiempo con él.

—Si te llama mi madre, invéntate algo, ¿vale? —pidió a Sira, que la cubriría.

—No te preocupes. Le diré que estás en el baño o algo así que me deje margen para llamarte —confirmó la tapadera guiñándole un ojo.

—Gracias —susurró recogiendo las cosas de su pupitre con disimulo. Quedaba un minuto para que sonara el timbre.

—De nada. Es un placer —contestó cogiendo la mano de su amiga. Ambas se miraron cómplices unos segundos, hasta que sonó la alarma que avisaba del fin de las clases por ese día.

—¿Preparada? —preguntó Hugo a su chica. Emma asintió.

La pareja salió del aula al instante bajo la atenta mirada de Sira y muchos más compañeros de clase.

Eran la envidia del instituto. Tan compenetrados, tan enamorados que brillaban.

—¿Dónde me llevas? —preguntó curiosa.

—A mi casa. Estoy solo.

Si Emma estaba nerviosa de por sí por lo especial del día, aquello la remató.

Nunca había ido a su casa. Era reacio a mezclarla con sus padres después de lo que sucedió en el taller. Siempre suponían problemas y no quería que ella los sufriera también. Eso era cosa suya.

Hacía un par de días que su madre había cambiado de turno en el trabajo. De vez en cuando rotaban y ese mes le tocaba regresar casi a las diez de la noche del *call center*.

Era el momento perfecto.

Cuando se alejaron lo suficiente del bullicio del instituto. Emma llamó a su madre para decirle que se quedaba con Sira, como miles de veces antes, con la excusa de tener que estudiar para un examen.

Como siempre, su madre aceptó en aquella breve llamada telefónica al trabajo y colgó.

La pareja se miró con una tímida sonrisa en los labios.

Caminaron de la mano por las calles del barrio hasta el portal de Hugo. Entraron en el ascensor con los nervios a flor de piel. ¿Qué les pasaba? Era como si fuese la primera vez.

Hugo pulsó el botón del quinto piso y miró a Emma.

A ella se le cortó la respiración. Conocía esa mirada.

Apretó los labios unos segundos antes de que él se acercara a ellos y, tras coger aire a escasos milímetros de la boca, los besó.

Emma le devolvió el beso con la misma pasión que él demostraba. Cogiéndose de su cuello con suavidad, acariciándole el pelo y la piel.

Hugo gimió en su boca. Ella lo miró un segundo antes de que tirase la carpeta al suelo y la cogiese por los muslos para elevarla colocándole las piernas enroscadas alrededor de él.

Emma jadeó al sentir su sexo, su mirada penetrante, las manos que la sostenían, su boca deseando besarla otra vez.

—¿Estás bien? —susurró acariciando su pelo moreno, para después deslizar la mano por el rostro con suavidad. Le notaba ansioso, más apasionado de lo habitual y lo era bastante. Estaba diferente.

—Sí. ¿Y tú? —preguntó temeroso de ir demasiado rápido, de que se sintiera incómoda con su iniciativa tan directa. Él solía ser paciente, esperar a que ella le diera pie, pero hoy...

—Mejor que nunca —jadeó en su boca al moverse ligeramente rozándose con él—. Me gusta este Hugo —le susurró al oído sensual. Era muy atento y respetuoso con ella, pero también deseaba esta fogosidad de vez en cuando.

Hugo sonrió con picardía mientras pulsaba el botón de Stop del ascensor. El aparato paró en seco.

Emma lo miró más sorprendida.

Le gustaba. Mucho.

Cogió su rostro entre las manos.

—Tranquilo —le pidió. No había prisa—. No me voy a ir a ningún sitio. No necesitas

secuestrarme en el ascensor —comentó divertida con voz sensual.

—Lo sé, pero... así nada nos molestará. Aquí no existimos para nadie más —susurró pegado a su boca mientras la giraba sobre él para apoyar la espalda en la pared del cubículo y deslizarse hasta quedar sentado en el suelo con ella encima.

—Entonces, quedémonos aquí para siempre —contestó en el mismo tono, bajando la mirada a su torso a la vez que también deslizaba su mano por él. Llegó a la cintura y la metió por debajo de la camiseta para acariciar su piel. Sintió como su cuerpo reaccionaba al instante.

—Por mí no hay problema —aceptó incorporándose un poco, haciendo que ella se moviera sobre él, lo que les proporciono un placer añadido. Emma gimió.

—Nos van a escuchar tus vecinos —jadeó en su oído agarrada al cuello, abrazada a él.

—La mayoría están trabajando y los que están en casa, son mayores y sordos.

—Entonces necesitarán el ascensor para bajar a la calle. Llamarán a los técnicos para arreglarlo y nos descubrirán aquí —replicó acariciando la piel de su oreja con cada palabra, intentando poner cordura a la situación, aunque las sensaciones que sentía allí con él, eran especiales.

Hugo deslizó las manos por debajo de la camiseta de Emma, él también podía jugar.

Se besaron de nuevo unos segundos, hasta que la excitación subió a otro nivel difícil de controlar:

—Tú ganas —aceptó levantándose con ella sobre él. Después dejó un ligero beso en sus labios mientras desbloqueaba el elevador cogiendo aire. Ella también. Ambos lo necesitaban.

Llegaron al piso muy excitados, sin poder disimular que el hambre que tenían, no se asociaba a la comida.

Entraron y Hugo cerró la puerta. Ella se quedó quieta mirando como lo hacía.

Sus miradas se cruzaron cuando se dio la vuelta.

No hizo falta decir nada más.

Hugo cogió su mano y la llevó a su habitación.

Cerró la puerta por si su madre se presentaba de improviso y pulsó el botón del mando a distancia del pie de iPod, como cada día al entrar. *Fortunate* de Maxwell inundó la habitación.

Él se giró y le dijo a Emma cuánto la amaba sin decir ni media palabra. Solo necesitaba su boca, sus manos, su cuerpo, nada más.

Esa noche empezaba su calvario particular para recuperar lo que su padre había perdido y nadie sabía cómo podía acabar.

Aprovechar cada segundo del día, era lo único seguro. Eso, y que Emma le amaba como nunca imaginó que nadie lo haría.

Ese era el mayor regalo que tendría en la vida.

Ella era su vida.

Hugo. *La carrera en moto.*

Hugo fue con Jorge como era habitual.

Las carreras de moto se celebraban en las calles de un polígono industrial semiabandonado en el límite entre Madrid y Guadalajara.

Su amigo conducía su Opel Astra detrás de él.

Estaba nervioso y, aunque se lo negara, Jorge lo sabía por su forma de conducir.

—Tranquilízate —le aconsejó nada más bajar del vehículo un par de kilómetros antes de la zona acordada.

—Lo sé, lo sé. Lo intento —confesó soltando todo el aire acumulado.

—No pienses en Emma, ni en tu padre, ni en nada. Sabes que la mente en blanco es tu mejor carta. Ya arreglarás los problemas después.

—Tranquilo. Con Emma ya está todo solucionado —contestó con media sonrisa.

—Vaya, qué alegría me das —contestó Jorge sonriendo también. Ambos amigos se abrazaron—. Es una gran chica. No la pierdas. Te hace mucho bien.

—Sí —contestó mordiéndose el labio inferior al pensar en ella.

Haber pasado el día juntos había sido la mejor decisión. Ambos estaban felices de haberlo hecho, habían compartido todo en esas horas. Era gasolina pura para su ánimo y su corazón. En cuanto todo acabara el sábado por la noche, iría a buscarla como le prometió.

—Bien. Ahora céntrate en los quinientos pavos que necesitamos para entrar en la carrera del sábado. —Hugo asintió—. Por lo que he podido averiguar, necesitarás correr un par de veces para conseguirlos, puede que tres. Dependerá de la cantidad de público que haya. Hoy ha habido partido de Champions y puede ocurrir cualquier cosa.

—De acuerdo. En cuanto lo tengamos nos largamos de aquí.

—Ok. Recuerda que yo tengo pasta ahorrada y te puedo ayudar. No hace falta arriesgar.

El corredor asintió.

—En cuanto acabe y todo esté ok, quiero que envíes un mensaje a Emma para decirle que estoy bien, y que la llamaré en cuanto pueda. Se lo he prometido.

—Hecho. No te preocupes —concedió Jorge.

—No va a venir a verme para que yo no esté preocupado por ella a cambio de estar informada de que todo va bien.

—Es un buen trato. No la falles —aconsejó su amigo agarrándole el hombro con cariño.

—Es la mejor —susurró mirándole con los ojos brillantes por la emoción.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado a tu chica. Ahora no la cagues —recomendó sonriente.

—¿Y tú? ¿También has encontrado a tu chica? —preguntó divertido cambiando el foco a su amigo.

—Sí, la he encontrado, pero no creo que llegemos a nada —contó con tristeza.

—¿En serio? Creía que iba todo genial con Sira —insistió confuso. Se les veía muy bien juntos.

—Y va genial, pero ella no quiere atarse a nadie y dice que no sabe si alguna vez estará preparada para mantener una relación como la vuestra.

—Me dejas loco —contestó asombrado por lo que escuchaba.

—Así estoy yo, loco por una mujer que no quiere una relación estable. —Ambos callaron durante unos segundos—. Pero no pienso rendirme. Seguiré siendo alguien especial para ella.

—Esa es la actitud, hermano —le animó como pudo.

—Bueno, dejemos de hablar de mis penas y vamos al lío. Se acerca la hora. Cuanto antes empieces a correr, antes nos marcharemos.

—Amén —contestó estrechando la mano a su amigo fundiéndose en un abrazo, antes de

montarse cada uno en su vehículo.

Nada más llegar a la zona indicada, Hugo vio a Adrián.

No esperaba otra cosa. Aquellas carreras clandestinas eran su fuente de ingresos extra.

Desde que se sacó el carnet de conducir motocicletas, no había conocido otra vida ni la quería. Sus padres tenían muchos recursos para ofrecerle un futuro prometedor tras el instituto, pero él, una vez acomodado en ese mundillo, no lo iba a dejar para estudiar lo que ellos querían y así tener un trabajo aburrido de por vida. Era su forma de rebelarse.

Pero al final, las carreras eran una adicción más y Hugo, que conocía bien los efectos secundarios, tanto individuales, como en las personas del entorno, huía de allí en cuanto podía.

Jorge aparcó el coche donde le indicaron y con premura se acercó a la carrera hasta la posición de Hugo.

—Vaya, vaya, Don Quijote y su escudero —dijo Adrián elevando el tono de voz para llamar la atención de cuanta más gente mejor.

—Qué bien, Adrián. Veo que alguna clase no te has saltado —contestó Jorge sonriente.

—Habló el diplomado —replicó con sorna.

—Aún no, pero en ello estoy. Cuando tenga el título, te lo haré saber —dijo guiñándole un ojo—. ¿Tú qué estudiabas? —añadió incapaz de callarse. También debería estar en la Universidad, pero había repetido un par de veces. Si no aprobaba, lo echarían del colegio. Estaba harto de aquel tipo y se merecía la contestación.

—Cómo partírte la cara en cinco segundo —respondió más furioso. Era un tipo muy dado a meterse con la gente, pero que no aguantaba mucho aquella situación cuando le replicaban.

—Basta —atajó Hugo. Miró a su amigo con el ruego en la mirada. Jorge lo entendió y guardó silencio.

—¿Por qué tú lo digas? —insistió el tipo enfadado.

Hugo no contestó, mantuvo la mirada seria y fría unos segundos en los que todos guardaron silencio.

—He venido a correr, no a hablar —se impuso rotundo.

—Bueno, bueno, bueno... ¡qué ven mis ojos! —exclamó un tipo más mayor, de unos treinta, que se aproximaba a ellos con los brazos abiertos, dinero en la mano y una gran sonrisa.

Hugo se giró para mirarlo.

—Christian —saludó por el nombre y un simple apretón de manos, pero aquel tipo quería más y lo atrajo hacia sí para darle un abrazo.

—Pensé que no vendrías nunca más por aquí. Ya sé que te va muy bien con los coches cuando te dejas caer por allí.

—Quiero correr hoy —dijo por respuesta sin más pistas.

No le gustaba contar nada delante de aquella gente a la que solo le podía importar sus problemas para aprovecharse de ellos. Es algo que se aprende con el tiempo y la experiencia en algunos casos. Él lo sabía de sobra antes de pisar una pista, ni siquiera de llegar a los pedales de un coche o al suelo montado en una pequeña moto.

Muchos se habían aprovechado de su padre por hablar demasiado.

—De acuerdo. Hay tres carreras hoy. Las apuestas no son muy altas, pero calculo que se sacará trescientos por carrera más o menos.

—Perfecto —contestó. Era justo lo que necesitaba—. Correré las tres.

—Bienvenido —consintió el anfitrión que así fuera—. La primera carrera empieza en cinco minutos. Lleva tu moto a la línea de salida cuando estés listo.

Aquel tipo desapareció entre la gente dejando a los amigos.

Jorge lo abrazó a modo de despedida.

—Bien, es lo que necesitas para el sábado. No arriesgues más de la cuenta. Esta no es nuestra carrera, ¿entendido? Esto solo es el billete —susurró a su amigo para que nadie más lo escuchase.

Hugo asintió, se miraron, arrancó la moto, y sujetando el casco que reposaba sobre el carenado con su torso, se desplazó hasta la zona indicada.

Adrián lo siguió.

Como era habitual, también corrió las tres veces y como pasaba siempre que competía con Hugo, quedó segundo.

La rabia le ensombrecía el gesto más de lo habitual.

Hugo, que sabía la furia que tenía aquel tipo dentro, no solo por las carreras, también por no conseguir una cita con Emma por su culpa, recogió su dinero con rapidez para salir de allí.

Jorge envió el mensaje a Emma en cuanto Hugo pisó la línea de meta de la última carrera.

Eran las cuatro de la mañana y aun así la respuesta fue inmediata.

—Mañana ya puede levantarte temprano para llevarla a desayunar antes de ir a clase porque ha contestado en menos de cinco segundo —dijo a su amigo enseñándole el móvil.

Hugo sonrió al saberlo.

No la merecía.

—Si pudiera iba ahora mismo a verla.

—No se lo digas porque es capaz de escaparse para verte y comprobar que no la he mentado.

—Lo sé —contestó divertido e ilusionado con aquella relación, dispuesto a salir de allí.

—¿Dónde vas tan rápido? ¿A ver a la zorrilla que se fue de mi colegio? —preguntó Adrián dolido con todo lo que significaba Hugo.

Hugo comenzó a acelerar la moto para no escuchar más. Sabía que aquel tipo iría a buscarle las cosquillas.

Ahora nada podía interponerse para conseguir su meta, aunque hubiese llamado aquello tan feo a su chica.

—Adiós —gritó bajando la visera del casco antes de arrancar sin entrar al trapo.

Jorge arrancó también el coche para salir detrás de su amigo y cubrirle las espaldas.

Adrián, rabioso por no poder picarles, dio una patada a la puerta trasera del coche de chico.

—¡Cabrón! —gritó Jorge muy enfadado dispuesto a bajarse del vehículo.

Hugo, que había visto todo por el retrovisor de la moto, giró con brusquedad para regresar.

Se puso delante de la puerta del conductor del coche de su amigo, impidiendo que saliera.

—¡Eh! —gritó Christian desde la lejanía— Aquí no quiero piques ni peleas —reprendió la actitud de los chicos, pero en realidad lo hacía por Adrián. Sabía que Hugo nunca se metía en líos, ni los buscaba.

—Tranquilo, ya nos vamos —dijo Hugo levantando la visera—. Perdónanos —se disculpó mientras Jorge se colocaba de nuevo el cinturón de seguridad muy enfadado.

Los dos arrancaron y juntos salieron de aquel recinto.

Aquel tipo era peligroso y cuanto más lejos de ellos, mejor estarían.

No pararon hasta llegar al barrio.

Jorge se bajó del vehículo para contemplar el estropicio. Toda la puerta estaba hundida.

—¡Será cabrón! ¡Qué desgraciado! —masculló aguantando un grito de frustración por respeto a los vecinos. No eran horas.

—Lo es —contestó Hugo buscando dinero en el bolsillo. Cogió la mitad y se lo tendió — Cógelo. Tienes que arreglarlo.

—Ni hablar. Ese dinero es para la carrera del sábado. El seguro está para estas cosas. Ya me inventaré algo —se negó a coger lo que le daba.

Hugo lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Gracias por acompañarme. Siento lo de ese gilipollas —se disculpó.

—Tú te flipas —replicó mirándole con sorna—. No tienes que pedir perdón por ese tío que tiene horchata en el cerebro. Al final va a acabar mal.

—Puede, pero de momento no nos conviene tener líos con él.

—Precisamente por no entrar al trapo ha hecho esto.

—Lo sé, pero con suerte, no le vamos a ver en una temporada. Hay que aguantar hasta el sábado y todo se acabará.

—¿Será con un Lamborghini? La última vez que corraste con ellos fue una pasada —rememoró Jorge pensando en lo que les esperaba el fin de semana.

Hugo lo miró con una gran sonrisa cómplice.

—Fue una pasada —contestó chocando el puño con él—. Estaría genial —añadió. Por soñar, había que soñar a lo grande.

—Te voy a grabar para que lo vea Em. Le encantará.

CAPÍTULO 21

Madrid, abril 2019.

Emma estaba muy despistada en el trabajo. Lo que pasó la noche anterior con Hugo y su promesa de volver a verse en unas horas, le estaba pasando factura.

—¿Estás bien? —preguntó Rodrigo metiendo el material en la furgoneta.

Era uno de esos extraños días tranquilos que tenían de vez en cuando. Les tocaba estar de guardia en el canal para salir a toda velocidad si aparecía alguna noticia de última hora para cubrirla.

—Sí —contestó Emma con una sonrisa más amplia y brillante que de costumbre.

—A ti te pasó algo anoche —apreció el compañero sonriendo también —y no con tu novio. Ese tipo no te ha sacado ese brillo en la mirada en la vida.

Emma sonrió ruborizada apretando los labios, evitando mirarle.

—No se te escapa nada —confirmó sus sospechas sin darle información.

—Sabes que no —dijo quitándole de las manos los papeles que miraba—. Desembucha antes de que venga Julián.

Tenía que decírselo. Rodrigo era un buen amigo y la vuelta de Hugo estaba influyendo en ella. No podría ocultarlo por mucho más tiempo.

Además, no quería ocultarlo. Deseaba gritarlo, pero era pronto para eso.

—¿Te acuerdas del hombre que se puso entre don Anselmo y yo en el atraco? —Rodrigo asintió arrugando el ceño—. Fue mi novio en el instituto, el amor de mi vida. —La boca del asistente se abrió intentando hablar, pero Emma, que lo conocía bien, puso un dedo en ella para que esperase—. No le veía desde hacía siete años. Desapareció sin despedirse. Nunca supe qué pasó aquella noche, solo que se marchó y me destrozó.

—Esta historia es muy triste para lo que reluces. Cuenta más —pidió incapaz de unir esas piezas.

—El día del atraco le vi por primera vez en todo este tiempo. Sabía que había vuelto porque me había avisado Sira, pero no me había dado tiempo a confirmarlo.

—¿No le odias por dejarte tirada?

—No. En su momento lo pasé muy mal... La realidad es que creo que nunca me he recuperado del todo de aquello, pero le quiero tanto que siempre pensé que algún día me llamaría, me pediría perdón y me daría una explicación lógica a lo que pasó.

—Pues sí que le quieres, sí —apreció con un gesto de su rostro de total desacuerdo.

Emma sonrió a su compañero.

—Cuando conoces bien a alguien y sabes que nunca te haría algo así sin una poderosa razón, no puedes odiarlo a pesar de la tristeza. Sé que Hugo jamás me haría daño y, si se marchó, aunque me partiera el alma, fue porque era necesario. —Se limpió una lágrima rebelde que caía por la mejilla—. Él siempre quería protegerme, aún sigue haciéndolo y en aquellos días estaba pasando por una situación muy comprometida —confirmó con un nudo en la garganta—. Lo que me dolió fue que no me lo contara.

—¿Y qué pasó anoche? —indagó en el motivo de su repentina felicidad.

—¡Uf! Anoche... Por dónde empiezo... —murmuró mirando al cielo—. Dejé a Diego —contó sin rodeos. Su amigo la miró con la sorpresa reflejada en el rostro y gestos. Después aplaudió como si no hubiese un mañana. Emma sonrió—. Veo que esta noticia te ha gustado mucho.

—Desde luego que sí. Ese tipo no me convenció nunca para ti. Eres mi amiga y es justo decírtelo.

—Sira y tú sois tal para cual. No me extraña que os liaseis —contestó entre risas.

—Sí y por ese mismo motivo no hemos quedado nunca más. Es más seguro así —apreció con un gesto contradictorio. Le gustaba su amiga, pero sabía que había otro hombre en su cabeza, aunque no lo quisiera reconocer. El paso lo dio él terminando con sus encuentros, pero le hubiese gustado poder conocerla un poco más—. Sigue —pidió para que no se despistase.

—Hugo estaba anoche en el bar antes de mi conversación con Diego y creo que, estar con él de nuevo, fue como si regresara al pasado, compartiendo nuestro bar, conversaciones, anécdotas y reencuentros... Fue como si me hiciese despertar... No sé explicarlo...

—Ese tipo con el que estabas te anulaba cada día más. Se había convertido en un celoso posesivo muy peligroso. Os vi hablar tras el atraco, si es que se puede llamar así a lo que hizo, y también vi la preocupación en Hugo y cómo te protegió. Son la noche y el día. Has hecho bien en expulsar a Diego de tu vida antes de tomar decisiones importantes respecto al futuro. Creo que te hubiese complicado mucho la vida.

—Es probable —murmuró pensando en lo que le decía su amigo—. El caso es que, después de dejarlo, me sentí mal por hacerlo por teléfono. Nunca me ha gustado hacer las cosas así, pero según pasó el tiempo, me sentí libre, disfruté de la noche y de Hugo.

—Me alegro mucho, de verdad.

—Gracias —contestó sonriente.

—Pero... —la miró un par de segundos entornando los ojos—. ¿Hubo beso o qué? —preguntó impaciente.

—¡Qué maruja eres! —replicó riendo.

—Mucho —contestó serio para luego reír—. Desembucha.

—Hubo besos —respondió mordiéndose el labio.

—Besos... En plural. ¡Bien! —exclamó emocionado como si le hubiese pasado a él.

—He quedado con él esta noche —confesó mirándole con los nervios a flor de piel.

—Vale, ahora entiendo el tembleque —apreció con sorna. Emma le dio un manotazo en el hombro, del que él se apartó riendo.

—Estoy que se me va a salir el corazón del pecho. Que hoy nos toque guardia tranquila, no me ayuda mucho.

—Bueno, ya sabes que en cualquier momento nos toca salir por patas. El día es joven... —contestó Rodrigo guiñándole un ojo.

—Sí —le dio la razón mirando el reloj—. Voy a la redacción para ver qué se cuece. Tú termina de revisar la furgoneta por si las moscas.

—Hecho, jefa.

Jorge se presentó en el taller de Hugo por la mañana. Tenía un par de horas libres antes de reunirse con un cliente y quería invitarlo a desayunar. Hacía mucho tiempo que no se veían, ni hablaban. Quería recuperar el tiempo.

—Veo que aquí no cambia nada —dijo anunciando su llegada.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —contestó aproximándose a su amigo—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No tienes un trabajo donde te exploten? No me ha dado tiempo casi ni a subir el cierre.

Jorge se acercó sonriente. Los amigos se abrazaron.

—Como aún no te has cambiado, vamos a tomar un café. Invito yo.

—No puedo, tío —respondió cogiéndole del hombro con pesar—. Estoy esperando a un cliente que deja el coche a primera hora para hacerle una revisión a fondo y así entregárselo cuando salga del trabajo, pero podemos tomarlo aquí. ¿Te animas?

El amigo sonrió asintiendo y ambos subieron la escalera hacia la oficina.

—Está más limpia, se nota tu toque, pero todo sigue igual —afirmó revisando la estancia de un vistazo.

—Sí, hasta los escondites del dinero —murmuró Hugo acercándose a la cafetera.

—¿Sigue igual? ¿Por eso has vuelto? —preguntó con el ceño fruncido refiriéndose a su padre.

—No, es mi madre. El cáncer ha vuelto y no quería contarlo, pero un fallo en la Seguridad Social hizo que mi padre se enterase y me localizara, pero lo otro no lo descarto —contó colocando la cápsula del café en la cafetera.

—Creo que hace mucho tiempo que no juega. Ten confianza —lo animó.

—Lo sé, pero esto y el alcohol es para toda la vida. Puede recaer en cualquier momento.

—Bueno, ten esperanza. No adelantes acontecimientos y disfruta de estos días en casa.

Hugo continuó haciendo el desayuno tras asentir.

Colocó los cafés sobre la mesa, sacó unos dulces de la nevera y los dos amigos tomaron asiento.

—¿Qué tal con Emma? —preguntó con media sonrisa divertida.

Hugo también sonrió.

—Eso es lo único bueno de todo esto. Volver a verla y que parezca que no me he ido nunca.

—Yo me alegro mucho de que sea así. Diego es un gilipollas y no la trataba muy bien por lo que he oído.

—Lo sé. Nunca lo ha hecho.

Ambos guardaron silencio mientras tomaban sus dulces y el café.

—¿Qué hay de la policía? —hizo la pregunta que más le preocupaba—. Saben que estás aquí desde que has pisado el aeropuerto.

—¿El aeropuerto? No había aterrizado y ya tenía a Pedro en la puerta esperando.

Jorge se echó hacia atrás en la silla.

—¡Joder! Eso es eficacia y lo demás son tonterías. ¿Y qué quería? —preguntó sobre aquel policía secreto amigo de su madre que le salvó de la cárcel años atrás.

—Ponerme escolta, pero me negué —contó cogiendo aire.

—Si él considera que lo necesitas, deberías aceptarla —aconsejó—. ¿Lo sabe tu madre? Siendo su amigo, no le escondas información. Además, creo que Emma debe saber la verdad de

lo que pasó.

Hugo lo miró fijamente.

—Sí, mi madre lo sabe y está tranquila sabiendo que Pedro está pendiente —contestó al tema familiar— y sobre Emma... Lo sé. He quedado con ella esta noche.

—Pues aprovecha. Es periodista y en cualquier momento puede llegarle algo y revolver el tema. No creo que tarden mucho en salir de su agujero sabiendo que estás por aquí.

Un claxon sonó en el taller. El coche del cliente que esperaba estaba en la puerta.

—Están a punto —confirmó preocupado, pero no por él, sino por su entorno, por su familia—. Lo intentaré —dijo por respuesta sobre el consejo. No quería empañar la noche con hechos del pasado. Quería disfrutar del presente por si el futuro no le daba oportunidad.

CAPÍTULO 22

Hugo pidió a Emma que fuese al taller al salir de trabajar. A ella le extrañó en parte. Pensaba que irían al bar de Nacho pero, como habían prometido seguir donde lo dejaron la noche anterior, y viviendo cada uno con sus padres, no había otro sitio donde tener intimidad.

Su móvil sonaba por enésima vez en el día mientras llegaba al garaje. Estaba muy nerviosa por lo que podría suceder esa noche y que Diego la llamase cada cinco minutos, no ayudaba a mantener la calma.

—Si me vuelves a llamar, te bloqueo —contestó respirando hondo tras la última palabra, justo antes de colgar a su interlocutor.

El móvil se quedó en silencio unos segundos y comenzaron a entrar whatsapps.

Emma cogió aire, abrió el mensaje sin leerlo y pulsó el botón del micrófono para enviar un audio.

—Si me sigues acosando de esta forma, te denuncio. Asume que no quiero seguir contigo. Anoche fui muy clara y no quiero hablar más. Por favor, déjame en paz.

Soltó el botón temblando, aunque su voz había sido calmada y tranquila cuando lo grababa.

El teléfono quedó en silencio.

Emma lo guardó en el bolsillo no muy convencida de que aquella tregua durase mucho más de una hora.

Si volvía a llamar, lo apagaría. Nada iba a interrumpir su noche con Hugo.

Llegó a la puerta. Estaban los cierres echados, hacía rato que había acabado la jornada.

Llamó con timidez golpeando la puerta de metal.

Hugo no tardó ni diez segundos en abrir.

Su sonrisa nerviosa lo delató y la de ella también.

—Entra —pidió disfrutando de cada movimiento de Emma.

Ya se había duchado, cambiado de ropa y olía a perfume.

No había perdido las viejas costumbres de aquel antiguo taller.

Ella también había pasado por casa tras la aburrida guardia para darse una ducha rápida y poder cambiarse de ropa.

Con el gesto de la mano la invitó a subir a la oficina.

Ascendieron despacio, intentando no tropezar.

Cuando él abrió la puerta, ella vio la cena sobre la mesa.

—Como no podemos tener intimidad en ningún otro sitio y quiero contarte muchas cosas, he pensado en cenar aquí. Espero que te guste la idea.

—Es perfecto —contestó mirándole sonriente.

La ayudó a tomar asiento tras recoger su bolso y la gabardina.

Después fue a por el vino al pequeño congelador de la nevera que tenía en aquella estancia, lo descorchó y lo colocó en una cubitera con hielo sobre la encimera, que después trasladó a un extremo de la mesa.

—Bien frío, como a ti te gusta —contó sirviendo un poco de Alma blanco semidulce, un vino madrileño que siempre había sido su preferido.

—Aún te acuerdas —susurró mirándole con añoranza.

—Claro que sí. Nunca lo he olvidado.

Emma dudó entre darle las gracias o besarlo, pero debía esperar; él quería hablar y ella escuchar. Habría tiempo para ponerse al día en otros temas.

Picaron jamón, lomo, queso, patés, tortilla de patatas, croquetas y calamares rebozados, todo muy típico de Madrid.

—¿Esta vez quién se ha pasado? ¿Nacho o tú? —preguntó Emma sonriente al ver el despliegue de comida sobre la mesa.

—Ambos —contestó Hugo riendo.

—Tenemos comida para dos días al menos —comentó la mujer divertida.

—Entonces, perfecto —dijo Hugo con una mirada cargada de deseo.

Lo tenía al lado, muy cerca...

Decidida cogió su rostro entre las manos y lo besó.

Fue correspondida de inmediato. Hugo lo estaba deseando.

Profundizaron el beso durante unos minutos, como antes, hasta que Emma paró.

—Querías contarme muchas cosas —susurró con timidez, respirando con profundidad para recuperar el aliento—. Si seguimos por este camino, no lo harás. Tranquilo, no tengo nada mejor que hacer que estar contigo.

Hugo asintió abrumado por su generosidad.

Dejó un ligero beso en los labios de Emma. Se recolocó en su asiento y ella también.

—¿Sabéis algo de don Anselmo? No se ha vuelto a escuchar nada en las noticias —se interesó por el anciano del barrio por comenzar la conversación con algo neutro.

—He mirado en redacción el seguimiento, ya que a mí también me picaba la curiosidad. Por lo visto le han puesto una multa por posesión ilegal de armas. Tenía ansiedad y estrés, así que, cuando le retiraron del trabajo, tenía prohibido su uso y tampoco podía renovar la licencia por recomendación psiquiátrica, pero tenía una y además reglamentaria. El hombre se ha metido en un buen lío. De momento lo han dejado en libertad a la espera del juicio. Por su avanzada edad no creen que haya riesgo de fuga. Además, no causó ningún daño.

—Pero podía haberlo hecho —comentó Hugo su desacuerdo con esa libertad.

—Sí, pero no lo hizo —insistió Emma—. Yo no cuestiono las decisiones judiciales, las puedo comentar, pero no las juzgo. Los jueces aplican las leyes que tienen, nada más.

—Tienes razón —cedió ante ese comentario.

—Ya veremos qué sucede cuando lo juzguen, si es que resiste hasta entonces. Don Anselmo tiene una depresión desde hace tiempo que se ha agravado mucho en los últimos meses con todo el tema del desahucio y la deuda —contó mirándolo con pena—. Es muy triste que después de pasar toda su vida cuidando de los demás, ahora lo dejen solo ante esta situación. Es indignante.

Hugo asintió. Muchos de nuestros mayores se estaban viendo envueltos en los problemas bancarios de sus hijos por las trampas que tenían en sus hipotecas o los préstamos que pedían para crear negocios, perdiendo los ahorros de toda la vida, su independencia en la ancianidad... La sociedad se estaba convirtiendo en una locura sin sentido.

Guardó silencio unos segundos, había un tema que le preocupaba y no sabía cómo se iba a tomar que preguntara por ello...

—¿Qué tal con Diego? ¿Se lo ha tomado tan mal como imagino? —tanteó la situación.

Emma enarcó las cejas sorprendida con la pregunta.

—Espero que haya recibido el mensaje y pare de molestarme. Sé que dejarlo por teléfono no es lo adecuado, pero con su comportamiento no me ha dejado otra opción.

—No te preocupes. Lo ha entendido.

—Ojalá tengas razón. Si continúa con esta actitud, lo denunciaré.

—Tranquila, no va a hacer nada. Al que quiere joder es a mí.

Emma arrugó el ceño entre la sorpresa y la preocupación.

—¿Qué quieres decir?

—Diego es amigo de Adrián. Sabes de quién te hablo, ¿verdad?

A la chica se le cambió la cara. Se quedó blanca como la cal.

Claro que recordaba a ese chico. La salvó una vez de él.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —indagó cogiendo la copa de vino para darle un largo trago.

Todos iban al mismo colegio, pero según Diego, Adrián era un perdedor y no se acercaban el uno al otro.

—Como sospechaba, nunca te lo ha contado —continúo cogiendo aire—. Diego te ha estado engañando toda la vida. No es el tipo que crees. Nunca lo ha sido. —Emma se echó hacia atrás en la silla sin soltar la copa—. Sé que es duro escucharlo, pero es así.

—Tú tampoco me hablaste de esto nunca —le reprochó un poco molesta. Hugo asintió. Tenía razón, pero lo cierto es que todo fue tan rápido que nunca tuvo ocasión para ello. Emma vio la tristeza en su mirada. Él se lo hubiera contado si hubiera podido. Era un hombre noble y sincero. No tenía dudas—. Sigue. Quiero saberlo todo.

—Él nunca llevó bien que le dejaras. Mucho menos que un año después empezaras a salir conmigo. No es ningún secreto. —Emma asintió, Hugo guardó silencio un par de segundos. Era duro contarle partes de su vida de las que no había sido consciente—. Pero había más, apostaba en las carreras. Correr no, eso se lo dejaba a otros, pero pasaba información a Adrián sobre rivales, coches, incluso de otras cosas mucho más graves.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó con seriedad.

—Cuando desaparecí no te pude contar lo que pasó, y es de justicia que lo sepas. Además, debes ser consciente de las consecuencias que repercuten en el presente.

—Me estás asustando —confesó dejando la copa en la mesa con el rostro desencajado.

—Sabes que todo fue bien durante la semana, la que compartimos —comenzó con nostalgia—. Fue de las mejores de mi vida —confesó. Emma sonrió con timidez, sintiendo las mariposas en el estómago como aquellos días, como cuando lo encontró de nuevo en el atraco... Para ella también fue especial e inolvidable—, pero después de la carrera del sábado, todo cambió. —Su gesto se agravó. Ella respiró esperando—. Adrián y yo habíamos tenido un pequeño altercado el día de la carrera en moto. Él... —sopesó qué decir sobre aquella conversación tan desagradable—, digamos que estaba molesto con mi triunfo, había perdido mucho dinero por ello, a lo que hay que sumar que no olvida que lo rechazaste. —Ella cerró los ojos dolida al saberlo. Nunca pensó que negarle una cita tuviese repercusión en Hugo—. Intentó hacerme daño con eso, pero no entré al trapo, y Jorge interpuso su coche para evitar que fuera a más. Al final le hundió la puerta, pero nos fuimos sin pelear. No le gustó y, entre él y Diego, tramaron cómo ir a por mí. —Emma no daba crédito. Escuchaba cada palabra con la cabeza a mil por hora asimilando la

información—. Cuando corrí ese sábado, todo fue sobre ruedas, mejor de lo previsto. Primero lo hice con un A3 como la otra vez para que me vieran y me admitieran, después me llevaron a la importante. Era una carrera con Lamborghini que disfruté mucho, además de conseguir la pasta que necesitaba para saldar la deuda de mi padre. Eso me evitó jugar al póker y entrar en ese círculo del que siempre huía, así que regresé al barrio y pasé la noche contigo.

—Lo recuerdo —le interrumpió un segundo. Quería que supiera que ella tampoco lo había olvidado.

Hugo sonrió recordando aquel encuentro, manteniendo la mirada en ella. Durante todo el tiempo fuera, recordar lo que compartieron, le había mantenido en su soledad.

—El domingo vino un policía amigo de mi madre a mi casa —continuó. Debía seguir—. Había una orden de detención contra mí por conducción temeraria, carreras ilegales y lo peor, la acusación de participar con uno de los coches de la carrera en la huida de un robo por alunizaje en una tienda de lujo del centro de Madrid.

—¿Cómo? —preguntó Emma con un hilo de voz muy nerviosa.

—Uno de los coches de la carrera inicial del sábado participó en un robo un par de horas después. Solo se ve la matrícula del vehículo y al tipo que lo conducía. —Hugo apretó los puños templando la furia que sentía al pensar en todo lo que vino después, en cómo los destrozó a todos—. Era de altura y complexión similar a la mía y también corre y roba con la capucha de la sudadera oscura puesta. No hay imágenes del rostro. Era fácil pensar que podía ser yo.

—Pero... ¿cómo sabía la policía a quién buscar?

—Alguien les filtró unas imágenes de la carrera donde se me veía entrar al coche en cuestión. El tipo para el que corría me dijo que podía elegir vehículo entre tres. Me monté en todos para decidir y lo grabaron, pero solo pasaron a los maderos lo que interesó, acompañado de una buena dosis de mí corriendo para demostrar mi destreza al volante. Por lo visto, el tipo que conducía el coche del robo, huyó de la persecución policial con mucha habilidad. Una similar a la mía.

Emma se quedó muda.

¿Diego y Adrián habían tramado todo eso? ¡¿Por qué?!

La furia de la impotencia la arrolló.

Les destrozaron la vida, los sueños, el corazón...

Las lágrimas cayeron por las mejillas de la chica en el instante en que la pena apartó a la rabia.

—Lo siento —susurró roto por los recuerdos. Ella lo miró asintiendo entre lágrimas—. No pude decírtelo, era mejor que no supieras nada y no implicarte para que te dejaran en paz.

—Lo entiendo —sollozó comprendiendo aunque podía haberle dado una cuartada ya que después de la carrera estuvo con ella.

—Quise contártelo todo, despedirme, pero no me dejaron. Pedro, el poli amigo de mi madre, preparó todo para que me pudiera marchar en ese instante. —Cogió aire. Era duro recordar algo tan cruel—. Me despedí de mi madre, recogí lo justo para poder pasar por un turista en Estados Unidos y me llevó al aeropuerto.

—He vivido una mentira —susurró Emma pensando en todo lo que había pasado desde aquel día en su vida.

—No. Has vivido una vida tranquila, has estudiado lo que deseabas, has estado con tu

familia, en tu ciudad, te has currado un futuro... Si aquel día te lo hubiese contado, habrías dicho a la policía que pasaste la noche conmigo, algo que no hubiese sido suficiente con las pruebas que tenían y te habría señalado para siempre o, con suerte, serías una prófuga igual que yo, y no te mereces vivir huyendo.

—Pero hubiésemos estado juntos. ¿Qué más podía importar?

Aquella afirmación le rompió el corazón.

Sabía que, si ella se enteraba de la situación, se iría con él, pero no le dio la oportunidad de decidir.

—Lo sé —susurró cogiéndole el rostro entre las manos—, y en otras circunstancias, hubiésemos hablado de ello, decidido juntos, planeado juntos, pero estamos hablando de un delito, Emma. No iba a consentir que lo arrastraras toda la vida como yo.

—¿Aún pueden detenerte por eso? —preguntó preocupada.

—Sí —contestó rotundo.

—No tenías que haber vuelto —contestó preocupada—. Debías haberme llamado para que ayudase a tu madre y así quedarte dónde estabas.

Hugo sonrió con tristeza.

—Mi madre tiene la misma enfermedad grave que me ocultó tras la huida. Ahora que lo sé, no pienso dejarla sola. —Mantuvo la mirada en ella. Intensa y dura antes de terminar con lo que quería decir—. Y a ti tampoco.

Se miraron unos segundos divididos entre la pena que se mezclaba con la frustración, y el amor que seguían sintiendo el uno por el otro y que nada había conseguido destruir.

—No sé cómo pude volver con Diego... ¿Qué me paso por la cabeza? —le preguntó buscando ayuda, intentando comprender.

—Tú pensabas que era otra persona y la vida ha seguido adelante. Te engañó. No le des más vueltas. Por suerte has sido tan inteligente como siempre y le has ido calando poco a poco hasta llegar a dejarle.

—Si no hubieses vuelto, no sé qué habría pasado... —murmuró inquieta.

Hugo le levantó el rostro para que lo mirase.

—Que le habrías dejado igual. Sira y Jorge me han dicho que su comportamiento dejaba mucho que desear, que cada día era más controlador y ya estabas planteándote seriamente la relación. —Emma cogió aire asintiendo. Hugo sonrió—. Eres la misma chica que perdí hace siete años y sé que no aguantarías mucho más con él.

—Y ahora... ¿qué te puede pasar? —preguntó miedosa centrándose en lo importante. En él. En ellos.

—Pedro no ha dejado de investigar en todo este tiempo y, aunque le ha costado mucho, ha conseguido que pueda regresar con una mínima confianza en que me dejarán en paz hasta que consigamos averiguar quién está detrás de aquel robo.

—¿Qué?

—A cambio de mi inmunidad policial, debo ayudarles a desenmascarar al ladrón.

CAPÍTULO 23

Emma casi no había dormido dando vueltas en la cabeza a todo lo que Hugo le había contado la noche anterior.

¿Cómo no se había dado cuenta de con quién compartía la vida?

La mataba pensar que había tenido al enemigo en su cama.

Tras aquella batería de información, decidieron irse a casa a descansar. Era mucho lo que había que asimilar y ambos estaban tocados tras la extensa conversación, que aún duró un par de horas más.

Ella quería saberlo todo sobre Diego, Adrián y las acusaciones pero, sobre todo, cómo fue su vida fuera de Madrid, y Hugo no dudó en contárselo.

Ahora sabía que, gracias a aquellas carreras, el taller pudo seguir en pie y, una vez que Alfredo se vio solo sin el respaldo de su hijo, decidió intentar alejarse del alcohol y el juego.

Le costó mucho, pero lo consiguió, aunque solo fuera por el miedo a perderlo todo y verse en la calle sin nadie que solucionara sus problemas.

Carmen, que había vivido con lo justo mucho tiempo, había ahorrado lo que había podido para que Hugo fuese a la universidad.

Sabía que no era suficiente para marcharse con un seguro de vida en el extranjero, pero entre eso y lo que Pedro pudo reunir en tan poco tiempo para ayudarlos, consiguieron pagar el billete de avión y algo de dinero que aportar para que pudiese subsistir hasta que encontrara trabajo.

Hugo era un chico misterioso y reservado que no contaba mucho de su vida, pero ahora quería que Emma lo supiera todo.

Así descubrió cosas que no le había podido contar por su precipitada marcha, como que con quince y dieciséis años había vivido un trimestre escolar en la ciudad norteamericana de Ann Arbor, en Michigan, gracias a una beca que ganó por sus destrezas académicas.

Carmen agradeció que su hijo se alejara un poco de Madrid y la toxicidad de su padre. A pesar de la dureza de la distancia, prefería eso, a pensar que se desviara del buen camino al ver a su padre bebiendo y jugando.

La familia americana que lo acogió en su casa entonces, no dudó en ayudarle en esta ocasión. No habían perdido el contacto y lo querían mucho.

Fueron su salvavidas.

Con toda esa ayuda, unos miles de euros extras que había ganado en su última carrera haciendo caso al consejo de Emma de pensar en él mismo, y su destreza con los coches, consiguió rehacer más o menos su vida y ganar dinero para pagar sus estudios, arreglando y restaurando coches en un taller donde encontró empleo por horas.

Consiguió entrar en la universidad de Michigan para estudiar Ingeniería Mecánica gracias a su coeficiente intelectual y a la habilidad de su madre para que trasladaran su expediente académico a Estados Unidos a tiempo. De otra forma, no habría acabado el último curso de instituto ese mismo año y hecho las pruebas de acceso a la universidad.

Su nivel intelectual y de conocimientos, pronto le facilitó becas para poder seguir adelante.

Se había graduado e incluso hizo un máster que le abrió las puertas de la ingeniería de motores de competición, lo que deseaba desde que tenía uso de razón.

Había tenido que volver a España justo en el momento en el que su carrera comenzaba a despegar de verdad, cuando tenía buenas ofertas de trabajo y ganaba dinero.

Estados Unidos era la tierra de las oportunidades, donde si demuestras tu valía, te ganabas la ocasión de desarrollarte laboralmente, y lo había conseguido.

No lo mencionó, pero viendo cómo le iban las cosas, seguro que su idea era volver a Norteamérica en cuanto su madre se recuperase.

Ahora prefería no pensar en eso. La entristecía y le hacía sentir el miedo a que la dejase atrás otra vez.

Tenía que centrarse en el presente, en lo importante, en encontrar a aquel ladrón.

En cuanto llegó al canal de televisión, puso a sus compañeros a trabajar.

Buscaron toda la información que había sobre los robos a los que Hugo se refería en aquellas fechas. Si había imágenes, declaraciones de testigos o grabaciones que pudieran esclarecer la situación, sería material que podría ayudar a la policía.

—¿Por qué sacamos todo esto del archivo? —preguntó Rodrigo extrañado de que no estuvieran montados en la furgoneta buscando la noticia por las calles de Madrid.

—Tengo una intuición sobre unos temas no resueltos del dos mil trece y creo que puede ser interesante —contó sin más explicaciones.

—Vale. Dime qué buscamos —se interesó el periodista.

—Robos con alunizajes en febrero de dos mil trece. Necesito imágenes, fotos, lo que haya.

—A ver qué encontramos —murmuró el hombre buscando en su ordenador.

Estuvieron un par de horas separando fotos, vídeos y noticias que hablaban de una banda que robaba en el centro de Madrid y de la que no se sabía mucho.

Los policías los apodaban Los Fórmula 1 y a la operación se le llamó Ayrton Senna, por la destreza del conductor del vehículo en el que huían.

—Es una operación abierta. No han encontrado a los jugadores —explicó Rodrigo pasándole fotos a Emma, donde solo se veía a los delincuentes con ropa oscura, bragas de tela que tapaban la cara y poco más.

—Se cuidan mucho de no llevar nada que llame la atención en las imágenes —relató la mujer observando un vídeo.

—Son profesionales y el que conduce, una máquina —replicó el compañero admirando al piloto.

—No lo hace mal —contestó Emma afirmando que era bueno, pero ella había visto al mejor.

—¿Que no lo hace mal? ¿Tú has visto esto? —preguntó asombrado por la ligereza con la que juzgaba a aquel tipo que observaban en la pantalla.

—Hay pilotos mejores —replicó mirándole a los ojos.

Rodrigo arrugó el ceño pensativo.

—¿Qué sabes? ¿Por qué no me lo cuentas? —pidió intentado sonsacarle información.

—Cuando lo sepa todo, y sea seguro, te lo diré. Te lo prometo —afirmó recogiendo los documentos y su ordenador. El teléfono sonaba—. Ahora tenemos trabajo, pero luego necesito que me lleves a mi barrio.

Rodrigo aparcó horas después a unos pocos metros del taller. Casi era la hora de cerrar. Julián escuchaba música con su iPod.

—¿Venimos a ver a tu ex novio del pasado que será tu futuro marido? —preguntó divertido.

—Madre mía—contestó Emma con los nervios a flor de piel—, como sigamos solo besándonos unos segundos, no creo que lleguemos ni a planteárnoslo.

—¿Anoche solo os besasteis? —indagó sorprendido.

—Sí —asintió observando la puerta del taller y a Hugo de espaldas mirando el motor de un coche.

—Me lo estás diciendo en serio, ¿verdad? —preguntó preocupado.

Emma miró a su amigo.

—Tenemos mucho de lo que hablar. Han sido muchos años separados, nos han pasado cosas... No somos los mismos.

Rodrigo se giró en el asiento.

—Bienvenida a la vida real, Emma. Si fuereis los mismos que con dieciocho años, menuda mierda —apreció serio. Hasta Julián se extrañó por el gesto de su rostro y se quitó los auriculares para escuchar—. Entra ahí y habla con él. Tienes que hacerlo todas las veces que sea necesario, hasta que no tengáis nada que aclarar y podáis avanzar.

—Ojalá fuese tan fácil —murmuró sin quitar la vista de encima del hombre en que se había convertido su novio de instituto—. Ni siquiera sé si se va a quedar o regresará a Estados Unidos.

—Eso es una excusa. Si se marcha otra vez, haces la maleta y te largas con él a probar suerte. No saben lo que se están perdiendo los americanos si no te conocen.

Emma sonrió a su amigo. Nada le haría más ilusión que irse con él, pero no sabía si quería.

—No sé si quiere compañía. No sé nada...

Los dos hombres se miraron unos segundos.

—¿Tú le quieres? —preguntó Julián que nunca se metía en sus conversaciones. Emma asintió mirándolo—. Entonces entra ahí y lucha por lo que deseas. Si él quiere lo mismo, seréis muy felices. Si no es el caso, no pasa nada, sigue andando tu camino como hasta ahora.

Emma cerró los ojos, cogió aire, susurró un gracias sincero a sus compañeros, los sonrió y salió de la furgoneta con el bolso, y una carpeta en la mano.

Hugo se limpió las manos con el trapo limpio que colgaba de su bolsillo trasero, antes de tocar la carrocería del coche para bajar el capó.

Ella lo observó con las mariposas revoloteando en el estómago desde la puerta, sin perder detalle del movimiento de cada músculo de su espalda, de sus brazos, de sus manos...

—Hola, Emma, hija. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Alfredo desde un lateral del taller. Ya estaba vestido de calle. Se aproximaba la hora de cierre.

Hugo se giró de inmediato.

Estaba preciosa con el pelo suelto, vaqueros, deportivas blancas y su gabardina negra.

—Hola, don Alfredo. Vengo a robarle a su hijo unos minutos —dijo sin quitar la mirada del aludido. Hugo sonrió.

—Sí, hija, sí. Ya es hora de cerrar. Ve, ve —ordenó al chico con un gesto de la mano, señalando la oficina—. Ya está bien por hoy. Echo los cierres y me voy. Hasta mañana, muchachos —dijo a modo de despedida accionando las persianas metálicas.

La pareja se encaminó a las escaleras.

—Hola —susurró él cuando la tuvo a su lado.

—Hola —contestó ella intentando ocultar los nervios.

Como era costumbre, Hugo abrió la puerta de la oficina para que ella entrase primero.

El olor a gasolina allí era menos intenso y la música de aquella emisora que Hugo escuchaba años atrás de R&B, había ocupado el lugar de la televisión que Alfredo ya había apagado.

Emma dejó el bolso y la carpeta de documentos sobre la mesa. Hugo levantaba la mano para decir adiós a su padre un par de segundos antes de escuchar el sonido metálico de la puerta peatonal y el cerrojo.

Estaban solos.

Hugo se acercó a ella. Quería oler su perfume.

—Estás muy guapa —dijo a media voz, sin tocarla.

—Y tú —contestó tímida. La ropa de trabajo del taller y su aspecto algo desaliñado cuando estaba entre motores y coches, siempre le había parecido sexi.

—Quiero besarte —confesó apenas resistiendo la tentación mientras *Meet Me In The Middle* de Jessie Ware comenzaba con su ritmo lento tan sensual.

—Y yo a ti —reconoció acercándose más a él.

—Voy a ducharme —contestó feliz de saber que ambos sentían lo mismo, pero su aspecto no acompañaba el momento.

Emma no le dejó moverse del sitio. Se cogió de su cuello con decisión y llevó los labios hasta su boca.

Hugo la recibió correspondiendo al deseo, cogiendo el nudo del cinturón de su gabardina negra intentando no estropearle la ropa.

Ella se acercó más a él mientras acariciaba su rostro con las manos en señal de que poco le importaba mancharse.

Con cuidado, Hugo se apoyó en la mesa que tenían al lado haciendo que ella se colara entre sus piernas sin interrumpir el beso.

Las ganas de estar juntos no se habían disipado a pesar del problema que tenían encima. Él pensó que ella se asustaría al menos un poco, pero, si lo estaba, ese miedo se lo había dejado en la puerta de la calle.

Cogió su rostro con cuidado.

Se apartó un poco sonriéndola.

—Puedes robarme toda la noche, toda la vida si lo deseas, pero deja que esté decente para ti, por favor —susurró con voz profunda, seguro de cada palabra.

Emma lo miró cogiendo aire.

¿Había dicho toda la vida?

Se mordió un lateral del labio inferior, nerviosa.

—Perdona —se disculpó separándose para que se pudiera marchar a lavarse—. Se me ha ido un poco la pinza. Estarás incómodo, aunque a mí no me importa que huelas a gasolina. Yo...

Hugo no la dejó acabar. Cogió de nuevo el nudo de la gabardina acercándola a él y la besó.

Ambos jadearon al reencontrarse sus bocas, como si besarse fuese su gesto natural.

Continuaron unos minutos más, hasta que de nuevo él deshizo el beso.

—Se me está yendo de las manos y no es lo que había pensado para reencontrarnos —confesó con la frente pegada a la suya, mirándola con el control de su pasión al límite.

—Yo ni siquiera pensé que alguna vez podríamos reencontrarnos —reconoció dejándolo sin aliento.

—Lo siento —se disculpó sintiendo el dolor de aquellas palabras.

—Estás aquí. Ya no importa —susurró emocionada.

Hugo mantuvo su deseo a raya hasta ese momento.

Habían sido muchos días pensando en ella, en cómo sería, cuándo sucedería y todo aquello se acababa de esfumar.

Era allí y ahora.

Lentamente desanudó el lazo de la gabardina. Emma lo sintió como si la desnudara entera.

Dejó caer la prenda al suelo.

Después desabrochó la camisa vaquera de corchetes uno a uno.

—Eres preciosa —susurró mirándola a los ojos y no a su cuerpo.

—Te he echado tanto de menos... —reconoció emocionada.

Él era el único que la había mirado a los ojos en el momento más sexual, más allá de su bonito cuerpo o de las ganas de tener sexo.

—Y yo a ti —confesó aguantando las lágrimas.

Emma respiró. Cogió las mangas del mono de trabajo que llevaba agarrado por la cintura y las desanudó.

La prenda no se movió de su lugar, estaba apoyado en la mesa y no la dejó caer.

Ella tiró de la camiseta gris de mangas cortadas al ras del hombro quitándosela. Él la ayudó en el último tramo.

Hugo cerró los ojos disfrutando de la caricia de sus manos por el torso hasta la cinturilla de su bóxer.

Sin demora, desabrochó los vaqueros de la chica y con cuidado, tiró de ellos hacia abajo. Emma se sacó la deportivas con las punteras de los pies y, tirando con ellos de las perneras, se deshizo de los pantalones.

Hugo sonrió divertido. Con un ligero movimiento de sus caderas, dejó caer el mono de trabajo al suelo. Imitó sus movimientos con las deportivas y se deshizo del pantalón.

Despacio se acercó a sus labios retomando el beso que habían dejado un rato antes.

Sus cuerpos semidesnudos estaban excitados anticipándose a lo que estaba por llegar.

Con menos paciencia, se deshicieron de la ropa interior, acariciándose, buscando el placer del otro.

Hugo se sentó en el banco de madera y la colocó sobre él.

—No me creo que estemos juntos otra vez —susurró Emma sintiendo su sexo cerca del suyo.

—He soñado con volver a ti cada noche, cada día... —confesó emocionado, con un hilo de voz, el mayor anhelo al que se había enfrentado en los últimos años.

—Shh... Ya estás aquí. Estás en casa —afirmó acariciándole el cuello y el rostro, hasta que sintió como su sexo entraba en ella y se dejó llevar.

CAPÍTULO 24

Al final, Hugo no se dio la ducha solo, Emma lo acompañó. Después pidieron una pizza a domicilio y cenaron juntos en aquella oficina que se convirtió en su refugio cuando se conocieron y, al parecer, continuaba siéndolo.

—Tengo curiosidad —comenzó Emma la conversación con un trozo de pizza en la mano—. ¿Fuiste al baile de fin de curso en Michigan?

Hugo sonrió abriendo un par de botellines de cerveza.

—Sí y no —contestó divertido. Emma enarcó las cejas esperando más información. Él sonrió más antes de hablar—. Tuve muchas propuestas de acompañantes interesadas, pero no me apetecía ir sin ti. —La chica le miro emocionada—. Al final, Alan, mi amigo en Ann Arbor, acordó una cita doble con la mejor amiga de su pareja y no me quedó más remedio que ir.

—El extranjero sexi no se podía quedar en casa —comentó la mujer para después dar un trago a la cerveza.

Hugo imitó el gesto antes de contestar:

—Fui porque lo planteamos como una salida más del grupo de amigos para que Alan no estuviera preocupado por mí, pero en cuanto pude, regresé a casa. Me sentía fuera de lugar. Era demasiado pronto.

—¿Y en la universidad? —continuó con sus averiguaciones. Parecía que estaba dispuesto a contarlo.

—¿Qué quieres saber de la universidad? —la animó a preguntar cruzando los brazos con el botellín delante.

Emma se arrepintió de haber empezado aquello. No parecía molesto, pero no tenía derecho a someterlo a ese interrogatorio que ni en Guantánamo.

—Nada. Perdona por tantas preguntas —reculó.

—Puedes preguntar lo que quieras, Em. No quiero más secretos entre nosotros. Yo sé lo que has hecho en este tiempo, es justo que sepas qué he hecho yo.

—¿Encontraste a alguien allí? —preguntó con timidez.

—Los días se hacen muy largos cuando estás lejos de casa y de los tuyos, sobre todo si estás solo —comenzó cuidando cada palabra que pronunciaba. No quería hacerle daño— pero, aun así, no encontré a nadie que me hiciera querer quedarme o no pensar en ti. —La chica respiró. Podía hacer lo que quisiera, tras su marcha todo se rompió, pero eso no significaba que no doliera saberlo—. No voy a engañarte, he pasado tiempo con otras chicas, he tenido relaciones, pero nada serio ni continuo. Cuanto más intentaba olvidarte, más te recordaba y más difícil era encontrar a alguien que te sustituyera.

Emma agradeció cada palabra. Era un alivio para su corazón, pero se sintió mal. Ella sí estuvo con otra persona mientras él estuvo fuera, aunque nunca sintió por Diego lo que sentía por él.

—Gracias por contármelo —contestó un poco defraudada consigo misma. No había sido tan fuerte como él.

Hugo se dio cuenta de lo que le pasaba. Se levantó de la silla y se acercó a ella.

Se acuclilló para mirarla a los ojos de cerca.

—No has hecho nada malo estando con Diego. Nunca te di esperanzas sobre nosotros. No te escribí, ni siquiera me despedí de ti. Y, aunque lo hubiera hecho, eres libre de hacer lo que quieras, de estar con quien desees, sea conmigo, con Diego, con otra persona o sola. Es tu vida y tú decides. Siempre debe ser así —susurró acariciándole una mejilla. Ella asintió. Él le dejó un suave beso en los labios. Nadie es de nadie y ella siempre debía tenerlo claro—. ¿Qué has traído en esa carpeta? —preguntó intentando cambiar de tema. Eran muchos años separados, muchos momentos difíciles, vivencias. Tenían que reponerse de ello poco a poco.

—Sé que no quieres que me involucre en la investigación policial, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Esta vez no quiero quedarme fuera —contestó recuperando un poco el aliento tras el duro momento vivido. Hugo asintió, lo entendía, y arrugó el ceño regresando a su sitio con la carpeta entre las manos—. He estado buscando todo lo que he podido encontrar en la hemeroteca del canal, sobre los alunizajes en esa fecha de dos mil trece en la que te acusan del robo. Hay vídeos y fotos. —Hugo miraba las instantáneas y los recortes de prensa, también cogió un lápiz de memoria que había pegado en el interior—. A lo mejor no sirve de nada, pero he pensado que, si comparas estas imágenes con las que filtraron a la policía de la carrera previa y no se han difundido, puede que algo te resulte familiar y encuentres lo que buscas.

El chico revisaba todo con detalle y cautela.

—Aquí hay mucha información, Emma —susurró admirando su trabajo.

—Hay algunos robos que no están relacionados o al menos eso parece. Quizá tú puedas ver más allá de lo que vemos nosotros o la poli.

—Tengo que enseñárselo a Jorge. Él estuvo allí conmigo, a lo mejor recuerda algo más. Se lo pasaré también a Pedro. Tiene que verlo.

—Es tuyo. Si necesitáis algo más, solo tienes que pedírmelo —se ofreció sin dilación.

—Lo sé. Gracias —contestó mirándola a los ojos agradecido tras cerrar la carpeta y dejarla a un lado—. Ahora disfrutemos de la pizza y la cerveza. Siempre he tenido claras mis prioridades, pero en este tiempo solo me ha quedado muy claro lo importantes que son estos momentos en la compañía que desees.

—Cuando te falta lo que más anhelas, es como si todo se ordenara de la forma en que tendría que estar siempre, ¿verdad?

Hugo asintió.

—Siento mucho lo que pasó, pero tuvo que ser así —se disculpó por enésima vez.

—¿Sabes? Muchas noches no dormía pensando en cómo sería nuestra vida si no te hubieras marchado; otras en cómo sería si nos hubiésemos ido juntos... —El chico cogió aire. Era doloroso escucharla, pero debía hacerlo—. Creo que lo que más daño me hizo fue que no me llevaras contigo... —confesó sin rodeos. Si querían comenzar de nuevo, debía ser sin lastres.

—Pensé en ello, lo pensé todo el tiempo en que preparaban la huida por mí, pero aparte de los problemas legales que no sabíamos hasta qué punto podían surgir, no soportaba que tomaras una decisión precipitada de la que luego te pudieras arrepentir. Además, no tenía dinero suficiente para los dos... —contó triste al recordar todas aquellas veces en las que podía haber ganado mucho más y las rechazó. Habría tenido para ella—. ¿Qué futuro nos esperaba? ¿Qué podía ofrecerte? Tenías un sueño, querías ser periodista y no podía arrebatártelo.

—Pero podía haber elegido —susurró mirándole con la intensidad de la emoción.

Hugo asintió con los ojos cerrados.

Tenía razón. No debió decidir por ella, pero ya estaba hecho.

—Creo que el miedo a implicarte en mis problemas siempre me ha hecho cometer errores contigo —confesó con una tímida sonrisa triste.

Emma se acercó a él. Se sentó sobre sus rodillas tras hacerle mover un poco la silla hacia atrás.

—Te agradezco que me protegieras —declaró acariciando su rostro, oliendo su perfume—, que lo sigas haciendo ahora. —Hugo cogió aire, no sabía si lo estaba haciendo correctamente, si la estaba llevando a un laberinto de problemas de difícil solución y del que no podía asegurar salir sin efectos secundarios—. Es un delito importante en el que no quieres que me implique, pero no puedes anular mi poder de decisión, ni sobre eso, ni sobre nosotros —dijo a media voz—. No actúes como Diego —le pidió apretando los labios porque dolía decírselo.

Hugo asintió mientras le rodeaba la cintura con sus fuertes brazos sin dejar de mirarse uno al otro.

—Te lo prometo —aseguró, contento de aclarar con ella todo lo que necesitaban para poder avanzar.

—Quiero ayudarte y que me cuentes todo lo que pase con el caso.

—De acuerdo —consintió Hugo acercando los labios a su boca, pero sin rozarla.

—Y ahora quiero que me beses —pidió en un susurró íntimo de los que tanto había anhelado los últimos años.

—Lo estoy deseando.

CAPÍTULO 25

Los siguientes días hasta el fin de semana, fueron una búsqueda intensiva de cualquier indicio sobre el posible autor del robo de seis años atrás en el que querían culpar a Hugo.

Él y Emma se reunieron con Pedro y Jorge por las noches, después de la hora de cierre en el taller.

Revisaron las imágenes, los vídeos, los artículos de prensa que aportó la periodista, comparándolos con los documentos gráficos de Jorge de aquella noche en las carreras, así como las que llegaron a la policía.

Tenían poco material con el que trabajar. Los coches ya estaban clasificados y sabían cuales se implicaron en los robos, la ropa de todos era oscura y no se distinguían los rostros, por lo que solo quedaba fijarse bien en algún objeto personal, el calzado o, con suerte, algún tatuaje o piercing.

Emma sacó documentación sobre robos con el mismo *modus operandi*, pero que no se habían adjudicado a ninguna banda de las investigadas y, para sorpresa del policía, había tres que podrían haber sido ejecutados por las mismas personas que buscaban.

—Contando con estos, serían veintitrés robos —contabilizó Pedro el total, señalando las fotos que había apartado Emma, satisfecho con el trabajo del grupo—, pero solo sospechamos que el conductor es el mismo por el número de pie que usa, su forma de conducir y un tatuaje parcial —añadió tras ver unas imágenes del vídeo de una cámara de seguridad cercana al robo, no revisadas a conciencia hasta ahora, donde el conductor se montaba en el coche y se podía ver lo que parecía un diamante tatuado en un tobillo.

—Sí —asintió Hugo—. Estoy casi seguro, pero no recuerdo si coincide con alguno de los pilotos que han corrido conmigo.

El policía asintió.

—Hay muchas carreras ilegales por Madrid —apuntó Jorge—. A ti te llegaban muchos mensajes de quedadas que rechazabas. Quizá nunca coincidisteis.

—Es posible —asintió el mecánico recordando aquella época.

—O también puede que se hubiese retirado de las carreras y usase sus habilidades en exclusiva para la banda. Igual hasta la fundó con unos cuantos más de los apostadores —divagó Emma mirando fotos.

Los tres hombres guardaron silencio observándola con interés renovado.

—¿Y si el conductor no era un piloto? ¿Y si era uno de los dueños de los coches o incluso algún mirón?

—Puede ser cualquiera —admitió Hugo con pesar—. Si mi madre no mejora pronto y no encuentro al piloto, me tendré que marchar y no sé si tendré tanta suerte esta vez —dijo, mirando primero al policía que le había guardado las espaldas y había conseguido su huida a base de favores, y después a Emma. No quería pensar en esa posibilidad.

—Todo va a salir bien —lo animó la chica cogiéndole de la mano.

—No sé cómo —contestó agobiándose con las escasas posibilidades.

—¿Y si vuelves a correr? —preguntó Jorge dejando a todos sin palabras mientras lo miraban

con cara de circunstancias.

—¿Quieres que añada un delito real a los que me quieren endosar? Ya me la jugué bastante hace años.

—No. Esta vez será con el beneplácito de la policía, incluso su cobertura. Quizá así descubras quién puede ser ese tipo o incluso algún miembro más de la banda. Estoy seguro de que no han dejado de robar. Es difícil alejarse de la buena vida y el dinero fácil.

—Podría funcionar —asintió Emma—, pero tendrás que hablarlo con la policía y valorar tus opciones. Corres peligro, elijas lo que elijas.

Hugo la miró con intensidad. Si él estaba en peligro, ella también.

Miró a Pedro.

—Habla con tus superiores de las opciones. No tengo elección —asumió preocupado, pero no por él, por su familia, por Emma.

—Tranquilo. Vamos a estudiar las conclusiones de todo este trabajo —dijo señalando los documentos que había sobre la mesa— y te llamaré. Mientras tanto, no te acerques a ninguna carrera, ni a nadie que creas que pueda ser sospechoso, ¿de acuerdo? Si hay alguna novedad o cambios, nos llamamos. —Hugo asintió—. Y vosotros, por favor, máxima discreción como hasta ahora. No corramos riesgos innecesarios.

El policía se marchó del taller con la carpeta de documentos, las memorias USB y el ordenador.

Hugo lo acompañó hasta la puerta, mientras Jorge y Emma se quedaban en la oficina.

—Em, ten paciencia con Hugo. Está muy preocupado por ti, por involucrarte —pidió Jorge.

—Lo sé, yo también lo estoy por lo que pueda suceder. Todos estamos en esto —contestó con media sonrisa triste.

—Espero que no tenga que marcharse otra vez. Lo pasó muy mal.

—Sí, lo sé. Me lo ha contado —informó a su amigo cogiendo aire—. Yo también lo espero. Me afectó mucho —contestó haciéndole recordar que sufrieron todos.

—Es cierto —respondió. Fue una época muy extraña. Todos perdieron—. Ojalá se arregle pronto y lo podamos celebrar —comentó.

—Si algo me ha quedado claro en todo este tiempo, es que hay que celebrar todos los días, porque nunca se sabe cuándo se va a desmoronar tu vida. —contestó Hugo desde la puerta, imaginándose de qué hablaban.

—Totalmente de acuerdo. No hay que perder la oportunidad —asintió Emma.

—Pues venga, llamo a Sira y nos vamos a cenar y de copas. Es sábado, estamos en la flor de la vida y parecemos jubilados —decidió Jorge sin consultar a nadie—. Reservo en el Malatesta del centro y luego a bailar. En una hora quedamos aquí —contó el plan mientras marcaba el teléfono de su amiga y salía de la oficina.

—Se nota que es emprendedor —señaló Hugo sonriente.

—Y está en plena operación reconquista —susurró Emma para que el chico no la oyera, ya que aún estaba cerca para hacerlo.

—Sira es un muro de hormigón armado. Como se le meta algo entre ceja y ceja, es difícil hacerla cambiar de opinión.

—Hablé con ella una vez sobre Jorge, sobre lo que quería sobre el amor en la vida y... creo que tiene miedo a depender sentimentalmente de alguien, en el buen sentido de la palabra —

explicó los sentimientos de su amiga—. No estaba preparada para vivir un amor tan grande como el nuestro, como el que empezaba a crecer entre ellos. —Hugo la escuchó sorprendido y Emma sonrió—. Parece una borde, ¿verdad? Independiente y decidida, que lo es, pero también teme colgarse de la persona equivocada.

—Jorge es un buen tío y la quiere a morir —defendió Hugo a su amigo.

—Lo sé —confirmó Emma—. Y eso es justo lo que la bloquea. Espero que sea capaz de avanzar y dejarse llevar. Se está perdiendo lo mejor de la vida dando vueltas en la cabeza a algo que se le escapa. No puedes poner una correa a tus sentimientos.

Hugo se acercó a su chica, le rodeó la cintura con una mano y con la otra retiró un mechón de pelo que caía sobre sus ojos.

—Desde luego que sí. No debería desperdiciar ni un segundo —contestó con voz profunda y sensual—. Cuando se acaba junto a quien amas, solo piensas en lo que perdiste haciendo el gilipollas.

—Tú no perdiste ninguno —le recordó que ellos se amaron con pasión cada instante juntos.

—Sí. Qué suerte tengo —apreció antes de acercar los labios a su boca para besarla.

CAPÍTULO 26

La cena en aquel italiano del centro fue muy divertida. Hacía tiempo que no lo pasaban tan bien.

Es cierto que hacía unos días se vieron en el bar de Nacho, pero aquella noche donde se reencontraron, fue extraña y llena de altibajos.

—Bueno, pareja, ¿qué planes tenéis? —preguntó Sira a Emma y a Hugo—. Espero que vivir juntos y ser muy felices.

Ella nunca se callaba lo que pensaba, ¿por qué iba a ser diferente ahora?

Los tres amigos se miraron dejando claro que había algo que aún no le habían contado.

—La verdad es que no lo hemos pensado, ni siquiera hemos tenido una conversación sobre nuestros planes inmediatos. Solo queremos disfrutar del momento —explicó Emma cogiendo la mano de Hugo.

Sira arrugó el ceño. Era un pensamiento coherente, pero que no cuadraba nada con su historia de amor tan apasionada desde sus inicios.

—¿Qué está pasando? —preguntó sin tapujos.

—Deja que hagan su vida. Ya te lo contarán —intentó Jorge desviar el tema.

Sira le pidió guardar silencio con un gesto.

Observó a su amiga.

Emma y Hugo se miraron entre la ilusión de estar juntos de nuevo y el miedo a lo que podía suceder:

—Suéltalo —pidió cogiendo su copa de vino.

—Mi madre está enferma, de momento solo puedo centrarme en eso y conocernos de nuevo. Lo que tenga que ser, será —contestó Hugo saliendo del paso.

Sira seguía mirando a Emma. No la podían engañar:

—Tenemos que resolver asuntos personales urgentes antes de plantearnos nada más allá de compartir más tiempo juntos, pero sí, estoy muy feliz de estar con él y me encantaría hacer planes. ¿Y vosotros? —desvió el tema mientras Hugo le daba la mano por debajo de la mesa.

—Enhorabuena. Nada me alegra más que vuestro reencuentro. Os lo merecéis, pero sigo pensando que hay algo que no me contáis —insistió sin responder a su parte.

Jorge miró a Hugo. Sira no iba a parar hasta que le contaran lo que estaba pasando, siempre había sospechado que había gato encerrado en su marcha y, siendo honestos, quería contárselo. Era abogada, podía ayudarles si llegaba el caso.

—Es una historia muy larga pero, en resumen, cuando me marché fue por supervivencia. Alguien me quería implicar en un robo en el que un conductor muy hábil consiguió librarse de la policía, y Pedro, el policía amigo de mi madre, me ayudó. Ahora he vuelto para acompañarla en su enfermedad, pero el delito sigue sin resolverse y necesitan un culpable. Tengo que demostrar a la policía que no fui yo o cargaré con ello.

Sira lo había escuchado sin pestañear. Tras unos segundos de silencio, reaccionó:

—¡Lo sabía! Sabía que tenía que haber pasado algo muy gordo para que te fueses sin ni siquiera despedirte —contestó excitada por el descubrimiento—. Te lo dije. ¡Te lo dije! —

exclamó señalando a Emma.

—Sí, tenías razón, pero baja la voz —pidió a su amiga. Ahora todos estaban implicados.

—Bien y ¿qué plan tienes? ¿Qué sabemos?

—Será mejor que no lo sepas —recomendó Jorge—. Puede perjudicarte en tu trabajo.

Se intercambiaron una intensa mirada que hablaba de miedos, respeto y lealtad.

Sira sabía que su situación podía ser comprometida, la de todos lo era, pero no iba a dejar a Hugo en la estacada. Era su amigo.

—De eso nada —contestó con un brillo especial en la mirada que inquietó a Jorge. La conocía y estaba seguro de que había buscado una solución en tres segundos y medio. Le sonrió y ella, ocultando esa complicidad que sentía con él, continuó—: Soy su abogada. Necesito conocer todos los hechos —declaró sin el beneplácito explícito de Hugo en ese nuevo empleo, haciéndolo sonreír—. No pienso cobrarte ni un euro, tranquilo.

Los amigos rieron ante el comentario. Hugo los miró uno a uno.

—Sois los mejores, ¿lo sabéis? —les dijo emocionado—. No creo que haya mejores amigos en el mundo para nadie. Gracias.

Emma se abrazó a él. Jorge le dio la mano y Sira le lanzó un beso.

—Los amigos están para lo bueno, como hoy, como en esta cena, pero sobre todo para lo malo —contestó Jorge.

—¿Qué pensabas? ¿Qué por largarte sin despedirte ya no te íbamos a querer? —preguntó Sira con los ojos llorosos.

Hugo se limpió una lágrima que caía por su mejilla.

—Ya estamos todos juntos. El pasado no importa, solo hay que mirar al futuro y lo vamos a conseguir —declaró Emma mirándole a los ojos antes de besarlo.

Después de poner a Sira al día de los planes para intentar desenmascarar al culpable, y evitar la acusación formal de Hugo, tomaron el postre y una copa.

La noche prometía y entraron a una discoteca a continuar con la fiesta.

Era como si el tiempo retrocediera otra vez, Hugo tenía la misma sensación que días atrás en el bar de Nacho.

Las chicas bailaban en la pista al son de *One Kiss* de Dualipa y Calvin Harris mientras ellos pedían sus bebidas en la barra.

—No sé si saldremos de esta pero, por si no es el caso, me lo he pasado muy bien, amigo —confesó Hugo a Jorge—. Gracias por estar a mi lado.

Jorge chocó el vaso de tubo con el suyo.

—Lo conseguiremos. No lo dudo —declaró guiñándole un ojo— y ahora vamos a por nuestras chicas.

—Un momento —lo frenó Hugo—, ¿qué pasa con Sira?

—Estoy en ello —confesó con sonrisa triste—. No dejaré de intentarlo.

—Así me gusta —lo animó casi llegando hasta las chicas.

La música seguía sonando al ritmo de Meduza y su *Piece Of Your Heart* que tanto gustaba a las dos parejas con ese ritmo elegante y sensual.

—Echaba mucho de menos esto —susurró Hugo a Emma en el oído mientras bailaba pegado a ella.

—¿Bailar? —preguntó con picardía.

—No. Bailar contigo.

Emma lo cogió del cuello en una caricia, sonriéndole.

—Yo también —confesó antes de besarle.

Sira y Jorge no perdían detalle de la pareja.

Siempre se habían compenetrado y, por lo que podían comprobar, no habían perdido nada de su complicidad en este tiempo separados.

Jorge observó cómo Sira los miraba sin dejar de bailar.

Algo había cambiado en ella. Arrugó el ceño.

—¿Estás bien? —susurró en su oído al son de *Stay* de David Guetta y Raye que comenzaba en ese momento.

Sira lo miró unos segundos mientras la canción cantaba: «*quédate, no te vayas*».

No había parado de pensar en él desde que se reencontraron aquel día en el bar de Nacho, de lo que podía haber sido su relación en todo este tiempo y no fue porque ella no quería esa intimidad, la dependencia emocional.

Qué ilusa, la tenía igualmente, solo que intentaba convencerse de que, al estar lejos de él, no era así.

Si no se hubiesen visto, todo sería más fácil, pero ahora y viendo en el hombre en que se había convertido, todas esas convicciones sobre la soltería se desmoronaban como un castillo de naipes.

Se acercó más a él sin apartar la vista de sus ojos.

Jorge sintió la caricia en el cuello y la proximidad como si volviese a tener diecinueve años.

—Estoy bien —le dijo en un susurro inaudible con la música tan alta, pero que él comprendió.

Parecía que el DJ estaba buscando las canciones adrede. Liam Payne cantaba *First Time* haciendo que la memoria de Sira se situara en ese momento años atrás con él.

Su primera vez.

Su primera vez juntos.

Seguían bailando, Jorge era muy buen bailarín, pero tan cerca el uno del otro, tan pegados sus cuerpos, que podían sentir el calor del otro en su piel.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —se aventuró a preguntar.

Sira lo miró unos segundos.

Quería irse de allí con él a su casa o a un hotel o a su coche, era igual, pero con él, y proyectar ese deseo más allá de esa noche le parecía ideal, lo correcto, lo que necesitaba.

Se asustó.

Se apartó ligeramente de él como si así, al respirar su piel de ese roce, se le fuese a pasar el sentimiento, pero enseguida descubrió que ya no se desconectaría nunca más.

—Solo era una sugerencia —le dijo con los labios rozando la piel de su oreja al pronunciar las palabras. No podía callárselo, tenía que intentarlo, aunque intuía que ella no quería—, sigue bailando.

Quizá su voz cansada, defraudada y triste fue lo que la hizo reaccionar.

O quizá Shawn Mendes con su *If I can't have you*.

Ya daba igual.

Sin mediar palabra cogió el cuello de Jorge y acercó los labios a su boca.

—Acepto la sugerencia.

La miró unos segundos procesando lo que acababa de escuchar.

Enarcó las cejas sorprendido, esbozó una tímida sonrisa y sin dudar más, la besó.

Sira suspiró en cuanto se encontró con su boca.

Lo echaba de menos. Demasiado para reconocerlo después de todo lo que había defendido su espacio sin él.

El chico rodeó la cintura con su fuerte brazo, acercándola a él para profundizar el beso.

Hugo y Emma observaron la escena sin dejar de bailar, felices de que sus amigos se dieran una oportunidad.

Todos la merecían.

Todos merecían una nueva vida feliz.

CAPÍTULO 27

Sira despertó inquieta por lo que había pasado la noche anterior. Enseguida descubrió que Jorge estaba tumbado a su lado, desnudo, tranquilo y feliz.

Estaban en su casa.

Nunca había estado allí.

Se levantó con sigilo al baño. Necesitaba un minuto a solas.

En cuanto entró, se miró en el espejo.

Era la misma que horas antes a que decidiera dar una oportunidad al amor; la misma que lo rechazó cuando vio a Emma sufrir tanto por Hugo tras su marcha, la misma que no era capaz de decidir lo que necesitaba.

Abrió la puerta un poco. Quería mirarlo.

No sabía qué se encontraría en la vida, ni si alguien más conseguiría poner su mundo patas arriba como lo hacía él, si otro hombre le aceleraría el corazón como él, pero la realidad era que ya no le preocupaba equivocarse, le preocupaba ser feliz.

Sonrió apretando los labios.

Comprendiendo.

Siempre había sido Jorge. Solo necesitaba tiempo para asegurarse.

Cerró la puerta de nuevo sin borrar la sonrisa de sus labios. Hacía mucho tiempo que no la esbozaba tan sincera, con esas mariposas en el estómago que dan vértigo, pero que son tan especiales.

Era domingo, podía pasar todo el día con él y ahora se daba cuenta de que lo deseaba desde hacía mucho tiempo.

Jorge despertó solo.

Se incorporó preocupado de que ella se hubiese marchado.

Comprobó que la ropa seguía tirada por el suelo de su habitación y la puerta del baño cerrada.

Se dejó caer sobre el colchón respirando aliviado. Era un gran paso.

Aún no se creía que ella estuviera allí, que hubiesen pasado la noche juntos.

Estaba en una nube.

Sira salió del baño. Él se incorporó para mirarla.

Le sonrió.

Jorge le devolvió el gesto.

—Creías que me había marchado, ¿verdad? —preguntó llegando a su lado.

—Estaba casi seguro —susurró antes de besarla.

Sira se sentó sobre sus piernas sin dejar de besarla.

Jorge la acercó más. Él estaba desnudo y ella solo llevaba una camiseta.

Se miraron sintiendo la excitación del otro.

Sin apartar la mirada, Jorge colocó su erección en el sitio correcto y Sira hizo el resto.

Jadeó la sentirle dentro de ella.

Él gimió a punto de explotar.

—Quiero esto todos los días —confesó Jorge mientras ella le dejaba hacer.

—Yo también —jadeó en su boca sintiendo sus manos acariciarla para llevarla al orgasmo que deseaba.

—Te lo prometo —juró incapaz de hablar más.

Tras el sexo y un buen desayuno, decidieron pasear por el barrio y tomar algo para comer.

Compartir el día era lo que necesitaban para terminar de afianzar el nuevo rumbo de su relación.

Estaban cerca del bar de Nacho cuando, sin querer, Sira vio a Diego merodear por la cristalera donde se veía el interior como si buscara algo.

La chica tiró de Jorge para que se escondiera con ella en un callejón cercano.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico asustado por su actitud.

—Diego está ahí —contó en voz baja.

Jorge se asomó con cuidado. En efecto, allí estaba y parecía escudriñar el interior del bar.

—¿Estará buscando a Hugo o a Emma? —preguntó el chico pensando en por qué estaba allí.

—No lo sé, pero no me gusta —confesó preocupada—. Me da mala espina su actitud de un tiempo a esta parte.

—Siempre ha estado obsesionado con Emma, pero también le tiene muchas ganas a Hugo, igual que Adrián. No creo que este tiempo fuera haya servido para calmar ese odio. Han perdido mucho dinero por apostar contra él.

—Sabido que siempre ganaba y era un gran corredor ¿Por qué apostaban contra él? No tiene sentido.

Jorge tampoco lo entendía, pero así sucedía.

—Es posible que de alguna manera sacaran algo haciéndolo, porque es incomprendible —dijo por respuesta lo único lógico que se le podía ocurrir.

Sira lo miró unos segundos arrugando el ceño, pensativa.

—Puede ser un pago —susurró apartando la vista de él, mientras se tocaba la frente como si dar con el pensamiento adecuado hiciera que la cabeza le doliera.

—¿Un pago? —preguntó el chico asomándose para comprobar dónde estaba Diego en ese momento y lo vio alejarse del bar sin entrar.

—Sí. Me refiero a un pago al tipo que recaudaba la pasta. Puede que fuese para disponer de un coche, de un conductor o de un chivatazo. ¿Puede cuadrar?

Jorge asintió con timidez mirándola asombrado por cómo discurría sobre el tema.

—Claro que puede cuadrar. Nunca se me hubiese ocurrido. ¿Cómo has pensando algo así?

—Es una forma de tapan la transacción y un delito menos que apuntarse —contestó explicando lo que veía día a día—. No te puedes imaginar lo que la gente llega a hacer en esta vida. Yo me asusto con lo que veo en el juzgado. La maldad es brutal.

—Entonces, debemos averiguar para qué pagaban ese dinero.

—Sí, pero lo más importante es saber si esos pagos eran una tapadera habitual para ocultar el verdadero fin y si eran siempre a la misma persona. Hay que saber también, si cada vez que llamaban a Hugo, coincidía con un robo posterior por el método que empleaban en Madrid. Debemos hablar con Pedro.

—Vamos a comer —sugirió Jorge intentando poner serenidad al tema—. Nos sentamos un

rato en el bar de Nacho, llamo a Hugo para que baje, le cuentas todo esto y luego hablamos con Pedro. Hay que pensar muy bien lo que estamos diciendo. Es peligroso.

—Lo sé —confesó a su chico cogiendo aire.

—Esto parece más grande de lo que imaginábamos, puede que sea una mafia y no solo un grupo de chavales de barrio a los que se les ha ido el tema de las manos.

—Lo sé —recalcó, pero no molesta por la protección, se sintió bien— Hay mucho que averiguar.

—Tienes que tener cuidado —susurró intentando poner calma a sus pensamientos acelerados. La conocía y sabía que no pararía de pensar en todo eso.

Sira le sonrió.

—Lo tendré. Lo prometo —prometió antes de dejarle un suave beso en los labios.

CAPÍTULO 28

Lo cierto es que a Hugo no le extrañó nada lo que Jorge y Sira le contaban. Lo habían llamado al móvil en cuanto se sentaron en la mesa del bar. Estaba con Emma, habían pasado la noche en un hotel del centro. El taller estaba bien para reencontrarse, incluso como recurso de plan B, pero necesitaban otro espacio donde tener intimidad hasta que todo se aclarase y decidieran qué hacer con sus vidas.

—Cuadra todo —explicó Emma buscando información en su móvil—. Cada noche que ellos pagaban apostando contra Hugo, perdían el dinero y un par de horas más tarde sucedía el robo.

—Pero... ¿por qué implican a Hugo en el robo? —preguntó Jorge— ¿Por Emma? ¿Por joderle la vida? No tiene sentido. Esos robos debían darles más pasta que las apuestas. No lo entiendo.

—Es posible que también los estuvieran extorsionando, les obligasen a realizar ese robo y para evadir cualquier responsabilidad, vendieran a Hugo —dijo Sira uniendo los hilos de los que no paraban de hablar.

Hugo la miró asintiendo.

—Si me acusaban a mí, no solo evadían la cárcel, también me apartaban del circuito de carreras y Adrián tendría posibilidades de ganar. Era siempre segundo y, a no ser que haya aparecido un conductor que le supere en mi ausencia, se quedaría con la corona. Siendo el mejor, ganaría pasta y correría menos riesgos. Al menos los delitos que te imputan son menores y no pisaría la cárcel.

—Tenemos que contárselo a Pedro —dijo Emma preocupada.

—Sí —afirmó mirándola con seriedad— y tengo que correr. Tengo que saber quién se hizo pasar por mí.

—¿De verdad no sospechas de nadie? —Preguntó Sira.

—No lo sé, pero según están precipitándose los acontecimientos, lo vamos a descubrir pronto.

Pedro acudió al taller de Hugo una hora más tarde. El muchacho parecía tener nueva información y era importante resolver el asunto cuanto antes.

Dejarle entrar en España de nuevo, sin ni siquiera llevarle a comisaría para declarar, le había costado una buena reprimenda, con amenaza de sanción administrativa incluida si metían la pata.

Carmen estaba muy nerviosa al tener a su hijo en la ciudad. Fue difícil sacarle de Madrid entonces y no quería que volviera. Aquí solo había penas, enfermedades y problemas, pero ella siempre supo que, mientras no olvidase a Emma, nunca se desligaría del barrio.

Debía protegerle hasta el final. Por ella, pero también porque el muchacho se lo merecía.

Llamó con los nudillos a la puerta metálica del taller. En unos segundos, Jorge abrió.

—Entre, Pedro, estamos todos en la oficina.

El hombre asintió, cerraron la puerta tras de sí y subieron las escaleras.

—Veo que se han unido las fuerzas de la abogacía —dijo sonriendo a Sira.

La mujer asintió.

—¿Lo dudaba? —preguntó divertida.

—La verdad es que me extrañaba que no te hubiesen metido en esto antes. Te quieren mucho tus amigos, si lo han evitado.

—Lo sé —confirmó cogiendo aire.

—Bueno, contadme qué habéis averiguado —pidió inquieto.

Hugo le puso al día de todo cuanto habían pensado, hilado e incluso corroborado.

El policía los miró atónito. Era mucho más grave de lo que habían planteado al inicio. Cuanto más indagaban, aparecían más hilos de los que tirar que enmarañaban el caso.

—Si estamos ante una mafia, van a entrar en esto los de crimen organizado y las cosas empeorarán —confesó mirando a Hugo—. No sé si voy a poder mantener tu protección e inmunidad.

—Yo creo que con lo que estamos aportando, algo se podrá hacer, ¿no? —lo interrumpió Sira—. Además, él está dispuesto a correr otra vez, a infiltrarse en las carreras para ver cómo se mueve todo ahora. Tiene voluntad de colaboración desde el primer día. Siempre se ha declarado inocente y nunca se ha podido imputar ningún cargo real, solo son sospechas. No hay huellas, no hay reconocimiento facial... No es tan fácil imputarle el delito o no estaríamos hablando en este taller.

—Sí, es cierto, pero también que, a falta de un culpable, lo detienen, lo empapan y lo sueltan cuando les parezca, gracias al chivatazo que lo puso entre las cuerdas, en lugar de estar cuidando de su madre y recuperando a su novia. —Hugo bajó la cabeza. Estaba cansado de vivir a medias. Necesitaba resolver esa faceta de su vida y seguir adelante—. Creo que es mejor que lo que me habéis contado no salga de aquí, se infiltre en las carreras otra vez y vemos qué se cuece. Con lo que averigüemos, nos movemos.

—¿Vamos a estar solos con esto? —preguntó Jorge preocupado.

—No, mi unidad os cubrirá, pero sin la información que me habéis pasado. Veamos qué descubrimos.

Todos asintieron en silencio. El policía los miró uno a uno.

Estaba deseando decirle a ese muchacho que era libre. Se lo debía a él y a su madre. Ya quedaba poco.

—Voy a contactar con El Mesías —dijo mencionando a un tipo que se dedicaba a preparar apuestas de todo tipo y se enteraba de lo que se cocía en la ciudad en cuanto a carreras se refería. No había nadie mejor para lo que pretendía—. Él correrá la voz sobre mi vuelta al asfalto. Espero que con esto me contacten los patrones para conducir sus coches.

—Ese tipo siempre me ha dado mala espina —apuntó Jorge negando con la cabeza mientras miraba a su amigo con miedo a lo que pudiera pasar.

—Ya, pero es mi única opción si quiero que me manden ubicaciones de carreras.

—De acuerdo, hazlo. Por algún sitio hay que empezar y ese tío maneja mucha información —concedió Pedro—, pero ten mucho cuidado. Anda con ojo con esos tipos, y si descubres algo o sospechas de alguien, me lo dices. No hagas nada por tu cuenta, ¿entendido?

En cuanto tuvo el visto bueno del policía, Hugo envió un mensaje de whatsapp al tipo del

que hablaban.

No tardó ni diez segundos en contestar:

Hugo mostró el teléfono a Pedro para que supiera que ya estaba dentro del circuito. Ahora solo había que esperar a que lo convocaran para alguna carrera.

Le palmeó el hombro satisfecho.

Estaban en marcha.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Emma preocupada por la suerte que correría su chico.

—No cometer ningún delito, ni poner en riesgo la tapadera de Hugo. Nada de información en los juzgados. No preguntes, no muevas hilos... —ordenó a Sira. La chica asintió. Había que ser cautelosos—. Nada de sacar más noticias del archivo y si alguien pregunta por lo que ya has movido, di que solo te estabas documentando o que pensabas que podía ser interesante, pero que no hay nada. Hacer vida normal y, ante cualquier noticia, cualquier cambio, lo que sea, me llamáis. Todos tenéis mi móvil.

Los amigos asintieron y, tras una breve despedida, Pedro salió de la oficina para marcharse junto a Hugo.

Cuando llegaron a la puerta de la calle, Hugo le estrechó la mano.

—Pedro, le agradezco mucho su ayuda. Espero estar a la altura y resolver esto de una vez para poder vivir todos tranquilos.

—Estoy seguro de ello. ¿Cuándo has dejado algo a medias? Sé que esto es muy importante para ti, para Emma, para tus amigos y sobre todo para la tranquilidad de tu madre. Lo harás muy bien. Lo conseguiremos.

—Mi madre... —susurró cogiendo aire. Había pasado por mucho entre soportar a su padre, sus problemas y la enfermedad. Era fuerte y valiente, pero esas personas se rompen en silencio sin pedir ayuda, sin hacer ruido y Hugo sabía que Pedro había estado a su lado para evitarlo—. Quería agradecerle que se preocupe por ella, sus cuidados en mi ausencia... En definitiva, su presencia en su vida. Sé que han sido más que amigos, aunque no me lo haya contado. Siento que se tuviera que ocupar de ella en vez de hacerlo yo.

Pedro cogió el hombro de Hugo con cariño y media sonrisa cómplice.

—Para el carro, chaval. Si me he ocupado de tu madre es porque la quiero —dijo sincero. Eran adultos y podían sincerarse con honestidad—. Ya eres mayorcito para escucharlo sin tapujos. —Hugo asintió contento de mantener esa conversación. No quería dejarlo para otro momento. Lo que estaban tramando era peligroso y nunca se sabe lo que puede suceder—. Desde el día que entró contigo en brazos en la comisaría porque tu padre estaba borracho y la había pegado, no he dejado de velar por ella, por vosotros... y lo seguiré haciendo hasta que me queden fuerzas. Haría lo que fuera por ella. He hecho todo por ella y por ti —se corrigió así mismo otra vez—. No dudes que ahora será igual, tanto en su enfermedad como para resolver tu problema.

—Gracias —contestó con un nudo en la garganta—. Lo sé, porque yo haría lo mismo por Emma y lo entiendo —confesó. El policía asintió—. Por eso te pido que no le digas nada a mi madre de todo esto. No quiero que esté nerviosa, ni que se preocupe de más cosas de las que tiene encima. Mi presencia aquí ya la tiene bastante inquieta. No quiero que sepa que voy a ser el cebo de todo esto. Tener a Emma en medio del operativo ya me resta suficiente concentración.

—No te preocupes. No lo sabrá.

—Espero que todo acabe pronto y nos podamos centrar en su recuperación.

—Yo también lo espero. Ha pasado por mucho, se merece una vida mejor —Pedro abrazó a Hugo. Los dos hombres apretaron el abrazo con los sentimientos a flor de piel. Era como un padre para él, aunque se hubiese mantenido en la sombra—. Disfruta de lo que queda del fin de semana. Haz algo divertido con Emma o llévala a un sitio especial. Nos vemos pronto.

CAPÍTULO 29

Emma se puso un vestido negro que le llegaba a medio muslo, con tirantes anchos y escote en forma de V por delante y por detrás, que se ajustaba a su cuerpo como un guante.

Estaba nerviosa.

Hugo le había dicho que se arreglara para una noche muy especial y eso estaba haciendo.

Era domingo, al día siguiente tenía que trabajar temprano, pero no le importaba. Solo quería pasar todo el tiempo posible con él.

Se miró en el espejo. Había optado por un maquillaje suave, marcando los ojos con delineador negro y los labios con un pintalabios fijo mate en tono rojo vino, que sería el único toque de color de su *look*.

Se sentó en la cama para calzarse unas sandalias de finas tiras que se cruzaban por el empeine, tacón alto y un poco de plataforma para más comodidad.

Sandra llamó a la puerta de la habitación, aunque no estaba cerrada.

Emma levantó la vista mientras se abrochaba el último zapato.

—Adelante, mamá —la animó a entrar—. ¿Qué tal estoy? —preguntó mirándose una vez más en el espejo.

Sandra observó cómo se colocaba el pelo ligeramente ondulado sobre un hombro, dejando ver su delicado cuello y el pendiente trepador que se había puesto. Miró el lunar en forma de corazón tras la oreja y las estrellas tatuadas en el cuello.

—Estás preciosa —susurró acariciando las ondas del pelo tras ella, sonriéndole a la chica del espejo.

—Gracias —contestó estirándose unas arrugas del vestido que no existían.

—¿Estás segura de esto? —preguntó convencida de que no se iba con Diego, ni que tampoco lo había hecho las últimas veces que había salido.

Su hija no brillaba tanto desde los dieciocho, le gustase o no. Aquel tipo que la encandiló entonces, había vuelto y solo él podía hacer que resplandeciera de nuevo.

Lo entendía. Ella también tuvo sus amores juveniles, pero tuvo suerte con Vicente. Él no se lo hizo pasar tan mal como Hugo se lo hizo pasar a Emma.

Quizá no era buena idea mantener una relación con él después de todo lo que sufrió.

Emma miró a su madre más seria, pero sin abandonar esa mirada de felicidad y paz ni por un segundo.

—Estoy segura. Lo quiero y él a mí —dijo con calma—. Si no se hubiera tenido que marchar hace años, nunca nos habríamos separado. Tenemos una nueva oportunidad de ser felices y no la vamos a desaprovechar.

—Entiendo —asintió Sandra pensativa. No quería contradecir sus palabras. Nunca sabría qué hubiese sucedido si el pasado fuera diferente, tampoco quería interponerse en esa relación, pero deseaba dejar constancia de su inquietud y dudas al respecto. Todo iba demasiado rápido— pero, ¿qué ha pasado con Diego?

Emma se giró para mirar a su madre y no a la imagen del espejo.

Cogió aire y cerró los ojos un par de segundos.

Necesitaba prepararse para decirlo en voz alta.

—Nuestra relación ya estaba deteriorada antes de que Hugo volviera. Él quería que fuese de otra forma. —Sandra arrugó el ceño sorprendida—. Sé que debía habértelo dicho antes, pero quería estar segura de lo que iba a hacer; luego todo se precipitó y... —suspiró—, la llegada de Hugo no ha sentado bien a Diego, se empezó a comportar de una forma que no me gustó nada y fue el momento de dejarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó preocupada.

—Empezó a ser más controlador; a llamarme a todas horas para saber dónde estaba o qué hacía, pero antes de eso empezó a quejarse por mis horarios en el trabajo, algún plantón por cubrir noticias... Llevábamos así un tiempo...

—Me alegra descubrir que has sabido cortar esa relación antes de que se convirtiera en algo peor. Estoy muy orgullosa —la animó por su actitud.

—Gracias, mamá.

—Pero tenías que habérmelo contado. Es grave lo que ha pasado y no tienes que tener miedo a hablarlo conmigo —continuó asustada por la confesión.

Emma apretó los labios pensando en lo que les quedaba por pasar; pero se calló.

—No ha pasado nada, mamá. De verdad, confía en mí. Estoy bien y he sabido reaccionar a tiempo, aunque, siendo sincera, si Hugo no hubiese vuelto a por mí, igual no habría sido tan atrevida a cortar con Diego aún y me hubiera costado un poco más.

—Iba a decirte que me preocupa que vuelvas con ese chico, pero ahora no sé qué pensar —se sinceró con media sonrisa cómplice mientras le colocaba el pelo otra vez.

—Lo amo, mamá. Él me entiende tanto... Conectamos a tal nivel que me asusta, pero para bien... Y él siente lo mismo por mí.

Sandra asintió comprendiendo.

—Solo espero que no te deje otra vez y te haga sufrir todo aquello. Solo pido eso —le rogó recordando lo mal que lo pasó su hija cuando se marchó sin despedirse—. Él sabrá por qué lo hizo, te habrá dado las explicaciones pertinentes y tú las has aceptado, pero yo no puedo dejar de pensar en ese horror. No lo olvides tú.

—Sé lo que pasó y cuando él quiera que se sepa, te lo contaré, pero no fue porque no me quisiera. Nunca ha dejado de quererme.

Sandra asintió confiando en la palabra de su hija.

—Diviértete —le pidió dejando un cariñoso beso en su mejilla. No quería estropearle la noche.

—Gracias —contestó abrazando a su madre.

—Emma —llamó su padre desde la puerta—, Hugo está en el portal y dice que te espera. Es una broma, ¿verdad?

Las dos mujeres lo miraron primero a él y luego entre ellas con sonrisa cómplice.

—No, no es una broma. Gracias por avisar, papá —contestó Emma dejando un beso en la mejilla de su madre. Cogió el bolso negro con asa de cadena plateada de la cama y la cazadora motera negra. Observó el rostro desencajado de su padre y apretó los labios—. Hugo ha vuelto y nuestra relación también. Cuando pueda os contaré los detalles, lo prometo. Solo confiad en mi palabra. Él es un hombre bueno, nos queremos y deseamos retomar lo nuestro. Todo irá bien.

Vicente enarcó las cejas atónito al escucharla. Su rostro con rictus serio denotaba más

enfado que preocupación.

—No sé qué decirte sin comentar algo que lamentaré —murmuró confuso.

—Pues no digas nada —susurró con un ruego en la mirada.

—Solo quiero que seas feliz —confesó el hombre entendiendo que no podía controlar los sentimientos de su hija como si se tratara del horario de vuelta a casa.

—Lo soy. Más que nunca. Y lo seré mucho más con él que con cualquier otro hombre en mi vida —le contó antes de abrazarlo. Vicente envolvió a su hija con los brazos, devolviéndoselo.

—Entonces, vete —consintió en un hilo de voz mirando a su mujer que, emocionada, esperaba un par de pasos frente a él. Sandra asintió limpiándose una lágrima rebelde.

Emma, emocionada, dejó un beso en la mejilla de su padre y se fue.

—¿Tú entiendes algo? —preguntó el hombre descolocado por tanta información inesperada.

—¿Tú no? —contestó su mujer mirándole con intensidad.

—Claro que sí, yo lo hice contigo, tú conmigo... pero me siento como si me hubiese perdido una temporada entera de *Juego de Tronos* al empezar la siguiente.

Sandra rio a carcajadas al escuchar esa comparación de boca de su marido. Ella también se sentía de forma parecida, solo que había leído detalles en el comportamiento de su hija que le habían dado pistas, Vicente no, y le había cogido por sorpresa.

—Quédate con este final. Emma es feliz y Hugo es un muy buen chico, a pesar de las habladurías. Sé que ha vuelto para cuidar de Carmen. Ha recaído.

—¡No puede ser! ¿De verdad? Pobre mujer, la vida no se porta bien con ella —comentó Vicente dolido de verdad con tan malas noticias. Ella era una gran persona, pero no había tenido suerte.

—Sí, es una gran putada, pero su hijo ha vuelto a su lado y al de Emma. Creo que cuando se marchó fue en contra de su voluntad, tengo un presentimiento por lo que Em ha dicho... Espero que todo tenga un final feliz.

—Yo también —confirmó Vicente cogiendo la mano de su mujer.

Emma bajó las escaleras de casa de sus padres con los nervios a flor de piel. Cuando salió del portal, lo vio apoyado en un coche frente a la puerta, con sus vaqueros que le quedaban perfectos, camisa blanca a juego con sus deportivas y cazadora de cuero.

También parecía nervioso.

—Guau... —susurró al verla.

—Gracias —contestó con una sonrisa tímida en los labios.

—Me da miedo tocarte, besarte, por si lo estropeo —confesó acercándose a la mujer de su vida con el corazón desbocado.

La chica se acercó más a él, pegándose a su cuerpo para demostrarle que no se iba a romper por ello.

Hugo le acarició la cintura disfrutando de cada instante.

Emma acercó su boca a la de él.

—Voy a besarte —advirtió pegada a sus labios.

Cumplió lo prometido y lo besó con pasión.

Hugo se lo devolvió del mismo modo.

Tras unos segundos, Emma rompió el beso.

La pareja mantuvo la mirada uno en el otro ignorando su alrededor, como si todo lo que les rodeaba se hubiese borrado.

—¿Nos vamos? —preguntó ella en un susurro.

—No estoy seguro de querer llevarte a donde tengo pensado. No quiero dejar de besarte — confesó envolviéndola en sus brazos. Emma lo miró acariciando su rostro para tranquilizarlo.

—Nada nos va a separar —aseguró abrazándose a él—. Pase lo que pase, estaremos juntos.

Hugo la besó sin contestar.

Sus palabras eran ciertas. Ya no podrían estar el uno sin el otro. No les había ido bien no estar juntos, pero eso solo sucedería si sobrevivía a la apuesta más peligrosa. Sabía que irían a por él tarde o temprano y exponerse, adentrándose de nuevo en el mundo de las carreras, era andar por el filo de la navaja.

Guardó silencio al respecto.

—Nada nos va a separar —contestó tras ese beso.

Intentado disfrutar del momento, la cogió de la mano y se encaminaron al taller.

—Espera un momento —le indicó abriendo la puerta peatonal.

Hugo desapareció en el interior.

A los pocos segundos, el cierre automático se abrió, dando paso a un Audi A3 negro con los cristales oscurecidos y la puerta del copiloto abierta.

Emma miró a su chico sorprendida.

—¿Y esto? —preguntó acercándose al hombre.

—Un cliente de mi padre lo quería vender, era urgente, no he querido ni preguntar, pero la venta era legal, así que... Tengo coche —dijo mordiéndose el labio inferior, ilusionado por tener algo propio por fin.

—¡Qué ilusión! —gritó Emma emocionada lanzándose a sus brazos—. ¿Me dejarás conducir? —pidió guiñándole un ojo.

—¿Te sacaste el carnet? —preguntó curioso. Se había perdido muchas cosas en estos años.

—Sí, aunque no tengo coche propio. En el trabajo conduce Rodrigo y en mi relación, era Diego el que lo llevaba. Cuando lo he necesitado, me lo ha dejado mi padre o lo he alquilado.

—Hoy no te dejo conducir porque es mi sorpresa, pero es tuyo —lo ofreció sincero.

Emma lo besó de nuevo en la puerta del taller.

Carmen, que pasaba por la calle con una bolsa de la compra con fruta, los miró con sonrisa melancólica.

Le preocupaba que los sentimientos de Hugo hacia Emma lo encallaran en Madrid, igual que temía que lo hiciera su enfermedad, pero de buena mano sabía que, sin amor, la vida se podía convertir en una tristeza que te come por dentro hasta destrozarte.

Si no llega a ser por Pedro, no sabía qué hubiese sido de ella...

La rescató de su marido, pero también de la vida, aunque hubiesen mantenido en secreto su relación.

Emma era la mejor mujer para él. Se entendían, se respetaban y se amaban. Era una alegría verlos juntos.

—Al menos, que la vida te permita ser feliz un rato —susurró apresurando el paso para que no la vieran, y su hijo la quisiera acompañar hasta casa rompiendo sus planes.

CAPÍTULO 30

Hugo llevó a Emma hasta aquel restaurante en el que disfrutaron de un desayuno en invierno muchos años atrás.

Había reservado una mesa en la terraza de la parte superior del Café del Río. Las vistas del Palacio Real, la Catedral y el Paseo del Manzanares eran un espectáculo que deseaba compartir de nuevo con ella.

Aparcaron el coche en una calle cercana y caminaron hasta el local cogidos de la mano entre besos, y arrumacos.

Los acomodaron en una de las mejores mesas para que nadie les estropease las vistas.

Aquel día que estuvieron en ese mismo lugar años atrás, empezó muy mal, pero acabó como uno de los mejores que habían pasado juntos. Ninguno lo había olvidado. La complicidad que compartieron aquella mañana fue muy grande.

La camarera se acercó a servir los platos y, al verlos hablarse con la mirada, los recordó.

Los envidió entonces, pero ahora más.

Sonrió para sí, contenta de verlos igual de bien, y se prometió esmerarse con ellos durante el servicio.

Ya en los postres, Hugo observó a Emma tomar la tarta de queso con frambuesa. Se deleitaba en cada cucharada y le estaba volviendo loco.

No lo hacía adrede, era algo que le salía del alma cuando algo dulce le gustaba de verdad.

—¿Está buena? —preguntó con picardía.

Emma lo miró sonriendo.

—Buenísima. ¿Quieres probar? —le propuso divertida.

—Por supuesto —susurró acercándose a ella, hasta que la besó, probando el sabor en sus labios.

Después de unos segundos, se apartó sensual.

—¿Y qué tal? —indagó Emma antes de tomar otra cucharada, pero esta vez solo se manchó los labios.

—Creo que voy a repetir. No lo he saboreado bien —dijo mirando la tentación que le ponía antes sus ojos. Un segundo después, la besó.

Tras unos instantes deshicieron el beso entre risas y gestos de complicidad.

La camarera, que los observaba como si estuviese viendo una película romántica, al igual que muchos de los comensales de esa terraza que siempre estaba llena, suspiró ante la escena.

—Me recuerdan a aquellos chavales que vinieron a desayunar hace años con un frío que pelaba. Te quedaste mirándolos igual —comentó su compañera.

—Es que son la misma pareja —explicó sin poder creer que así fuera.

—¿En serio? Pues están mejor que antes o al menos mejor de lo que recuerdo.

—Sí. Son más cómplices. Llegarán lejos.

—Estoy de acuerdo —respondió la incrédula compañera mientras la ayudaba a preparar unos chupitos refrescantes sin alcohol, para llevárselos junto a la cuenta que Hugo había pedido levantando la mano.

—¿Dónde vas a llevarme ahora? —preguntó Emma curiosa con los planes.

—La verdad es que no lo he pensado —mintió. Había imaginado mil posibilidades.

—No te creo —negó Emma. No podía ser verdad, conociendo lo controlado que lo quería todo.

—No sabía si te apetecería bailar o hacer otra cosa. Puedes elegir el plan.

—Solo quiero estar contigo —contestó rotunda—. Me da igual dónde, pero contigo.

Hugo se quedó sin aire, con las mariposas devorándole al escucharla, pero no le dio tiempo a contestar, casi ni a reaccionar, la camarera le tendió la cuenta junto a un plato con los chupitos.

Sacó la tarjeta de crédito, pagó de inmediato sin mirar el importe, la cogió de la mano para salir de allí y se marcharon.

Entraron al coche casi sin hablarse. No hacía falta, tenían ganas el uno del otro.

Cuando metió las llaves en el contacto, se giró hacia el asiento del copiloto para mirarla. Ella ya lo hacía con él.

—No sé si también sientes esta sensación de plenitud mezclada con miedo y emoción —susurró sincera—, como si hubieses llegado a una meta imaginaria y no pudieses ser más feliz.

Hugo sonrió.

—Lo siento desde que te conocí —explicó emocionado—. No puedo ponerle palabras a ese sentimiento. Es tan grande y tan profundo, que me asusta. En nuestra separación disminuyó porque me obligué a enterrarlo, pero me costó mucho conseguirlo. Era doloroso dejarte marchar de mi vida cuando no lo deseaba.

—Espero que no lo vuelvas a hacer —pidió a media voz.

—No creo que ahora tenga fuerzas ni voluntad suficientes para ello.

Se mantuvieron la mirada unos segundos, hasta que Emma se aproximó un poco a la palanca de cambios.

—Pase lo que pase, estaremos juntos. Me iré contigo a Estados Unidos o pensaremos otro plan, pero no me dejes atrás nunca más. Prefiero una vida contigo perdida por el mundo, que una en mi zona de confort con un capullo como Diego. Ya no sabría cómo ser feliz.

Hugo la besó casi sin dejar que acabara.

Estaba deseando salir de allí, estar a solas en aquel coche, en el taller o en un hotel, era igual.

Iba a proponérselo, cuando el móvil vibró en el bolsillo.

No iba a cogerlo, pero entonces recordó que había escrito a El Mesías para correr la voz de su ficticia vuelta a las carreras.

—Un segundo —se disculpó molesto por la interrupción.

Sacó el teléfono del bolsillo y como si le leyeran la mente, ahí estaba la propuesta. Había carreras esa misma madrugada, la convocatoria era en una hora en un polígono industrial a las afueras de Madrid.

En cuanto lo leyó, la miró preocupado. Pensaba que le iba a costar más trabajo entrar en el circuito, pero había sido muy rápido.

Emma comprendió lo que ocurría en cuanto la miró con la carga de la culpa reflejada en sus ojos, nada que ver a los que había mirado con pasión un momento antes.

—Todo está en marcha, ¿verdad? —interpretó sus gestos de forma muy acertada.

—Tengo que llamar a Pedro. En una hora empiezan. No puedo perder la oportunidad o no

me llamarán más.

Emma, que sabía que en cualquier momento podía ocurrir algo así, asintió visiblemente preocupada, pero también con ilusión, la ilusión de que todo acabara definitivamente.

—No pasa nada. Es lo que esperábamos —lo animó—. Cuanto antes se resuelva, antes podremos disfrutar de nuestro futuro.

—Preferiría que no vinieras, pero no me da tiempo a dejarte en casa —murmuró preocupado y nervioso por primera vez por correr.

—No voy a irme a casa, Hugo. Eso se acabó. —El hombre asintió. Sabía que le diría algo así—. Además, cuatro ojos ven más que dos. Me fijaré en los corredores para ver si consigo ver a alguien parecido a ti o con suerte, el tatuaje.

—Llamaré a Jorge. No quiero que te quedes sola mientras compito. No es seguro.

La mujer asintió, cediendo a sus intenciones. No quería ponerle más nervioso de lo que estaba.

Cuando contactó con su amigo, no puso inconvenientes. Estaba preparado para salir en su ayuda en cualquier momento. Por la experiencia pasada, no iban a tardar mucho en contactar con un ganador nato que les daría pasta.

Pedro también estaba prevenido y este, a su vez, lo había hecho con su unidad.

Estaban en el momento más crucial y delicado de la misión. La infiltración en las carreras con Hugo, era lo mejor que le podía pasar al caso. Nadie conocía los entresijos de aquello como él, se movía como pez en el agua, algo que un policía infiltrado nunca conseguiría en tan poco tiempo.

Todos se reencontraron a un par de kilómetros del polígono industrial abandonado cercano a Seseña.

Tenían que trazar un plan.

A Emma no le extrañó que Sira acompañara a Jorge. La pareja había retomado su relación, más o menos, y además se había implicado de lleno con la defensa de Hugo.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Pedro al frente de su unidad.

—Esta noche habrá un par de carreras por el polígono industrial; una con coches de calle, para que nos entendamos, de fábrica, y otra con coches trucados.

—¿En cuál corres tú? —preguntó uno de los policías.

—Si me dejan, en las dos.

—¿Y de qué depende? —indagó otro.

—En la de calle puedo correr con mi coche, pero en la otra necesito un patrón que quiera que conduzca el suyo. No sé qué gente se moverá ahora en estas apuestas, pero si está alguno de los que conozco, no creo que duden en proponérmelo.

—¿Dónde crees que estará nuestro hombre? —preguntó Pedro.

—Si está, creo que lo hará en la de coches de calle. Él no ha cometido los robos con coches trucados, al menos que sepamos. Sus proezas son por su buena conducción. Además, de esa forma puede usar cualquier vehículo, lo roban una hora antes y listo.

—Estoy de acuerdo —contestó Pedro—. Veremos qué se consigue hoy.

—Supongo que poca cosa. Me verán por primera vez si es que están aquí o les darán el chivatazo de mi vuelta. Creo que habrá que esperar a la próxima convocatoria para ver cómo se mueven ahora.

—OK. Te pondremos un micro e iremos sobre la marcha —explicó antes de apartarse con sus hombres para hablar sobre cómo iban a actuar.

—Nada de micros —se negó haciendo que el policía negara con la cabeza, pero Hugo se mantuvo firme.

—Ten mucho cuidado, hijo —pidió Pedro, nada convencido con esa decisión.

Hugo asintió sin más palabras antes de dirigirse a sus amigos.

—Quiero que os fijéis si veis a Adrián, Diego o incluso a Christian —pidió mirando a Jorge, que era el que controlaba quién era quién al haberle acompañado en el pasado. Sospechaba hasta de aquel tipo que contaba con él para las carreras de motos—. Si veis aquí a cualquier persona que conozcáis, anotadlo mentalmente y vigilad qué hace. Estoy seguro de que, quien quiere pringarme, me conoce.

—No te preocupes, vigilaremos tus espaldas —dijo Emma.

—Iremos en los dos coches —indicó a su amigo—. En caso de que la cosa se ponga fea, venga la policía o cualquier sospecha de que sucede algo fuera de lo normal, te vas con las chicas, ¿de acuerdo? —Hugo le exigió más que pidió.

—Sí, como siempre. Tranquilo.

Hugo miró a Emma, después de nuevo a Jorge.

—No creo que se anden con tonterías esta vez. Si van a por mí, van a ir a por todas. ¿Entiendes? —dijo a su amigo temiendo por su chica, por todos ellos.

—Corre tranquilo. Estamos aquí contigo. Los vamos a coger —contestó el policía antes de marcharse con su unidad.

Emma, que sabía que Hugo no estaba en las condiciones idóneas para la carrera, lo cogió de la mano llevándoselo aparte.

Se miraron unos segundos antes de que la mujer hablara.

—No te arriesgues más de lo necesario —pidió aguantando el nudo en la garganta—. En cuanto notes que algo va mal, te sales del recorrido, te vas al taller y nos vamos donde sea. A Australia si es necesario.

Hugo sonrió con tristeza. No quería esa vida para ellos. Lucharía hasta el final por darle la que merecía.

—Te quiero —fue lo único capaz de contestar antes de dejar un beso en su boca, para después fundirse en un abrazo que intentó transmitir todo el amor que sentía por ella, antes de montarse en el coche para salir en dirección al circuito.

—Vamos, Em —la animó Jorge, pasándole el brazo por los hombros, intentando ofrecerle la fuerza que necesitaba.

Sira le dio un par de deportivas blancas que le había traído para cambiarse, y se montaron en el coche para seguir a Hugo.

CAPÍTULO 31

Aquel circuito callejero estaba muy animado. Había mucha gente del mundo del *tunning*, ajena a lo que realmente se estaba cocinando allí, mostrando sus coches preparados con luces de neón en los bajos, motores especiales y tintados que eran obras de arte.

Hugo desfilaba a poca velocidad observando los coches, a los conductores, a todo el que rodeaba cualquier vehículo que entrase dentro de las características de lo que suponía llevaría un tipo como el que estaban buscando.

Jorge iba tras él hasta que le hizo una señal con la mano para que aparcara, mientras él seguía unos metros más adelante hasta la zona de los competidores.

—Parece que las cosas no han cambiado mucho en estos años —susurró Jorge fijándose en el tipo con capucha que manejaba las apuestas y recibía a los corredores.

—¿Es el mismo? —preguntó Sira intentado memorizar las características físicas y de vestimenta que veía en aquel hombre, para compararlas con las fotos que tenían; aunque la policía, estaba recogiendo información con cámaras fotográficas y de vídeo, no estaba segura de que quisiera compartirlo todo con ella.

Tenían que estar muy pendientes.

Intentó sacar el móvil para hacerle una foto a distancia, pero Jorge se lo impidió.

—Si nos pillan, se acabó —sentenció poniendo una mano sobre el teléfono sin quitar la mirada de la carretera.

—Entonces, ayudadme. Tenéis que recordarlo todo. Cualquier detalle. ¿Entendido? —pidió guardando el teléfono.

—Eso intentamos —contestó Emma repasando todo lo que veía tres veces, comparándolo con los recuerdos de las fotos.

—¿Qué recordamos del tipo del vídeo y de las fotos de la policía? —insistió la abogada.

—Ropa negra, zapatillas deportivas sin demasiados colores o signos llamativos, pero caras; complexión similar a Hugo y un tatuaje con una forma semejante a un diamante en el tobillo izquierdo.

—Apura las frenadas al máximo, igual que Hugo. Traza las curvas como él y tiene una conducción suave y nada agresiva.

Sira lo miró admirando esos detalles que su chico recordaba.

—Nos fijaremos en todo eso a ver si tenemos suerte —contestó cogiendo aire.

No hablaron más. Los tres salieron del coche esperando encontrar alguno de esos detalles.

Hugo bajó del coche y saludó al hombre con capucha. Este lo miró asombrado de verlo por allí, le dio medio abrazo de un segundo y le tendió la mano, cerrando el compromiso de la carrera.

Enseguida se le acercó un tipo que resultaba familiar. Era el dueño del coche para el que solía correr años atrás y después se usó en el robo.

Ambos se saludaron con respeto, intercambiaron unas palabras y se dieron la mano.

—¿Habrá quedado para después? —preguntó Emma a sus amigos.

—Seguramente haya acordado conducir un coche preparado para él —apuntó Jorge—, lo que nos hace estar en las dos carreras. Todo va sobre lo planeado.

—¿No les resultará un poco extraño que Hugo haya vuelto y corra con este tío? Su coche estuvo implicado en el robo —dijo Sira.

—La versión oficial para todo el mundo fue que Hugo recibió una oferta de estudios en el extranjero que no pudo rechazar. Como había ido a Estados Unidos más veces, a nadie le extraño y ese tipo denunció el robo de su coche sin implicar a nadie. La acusación llegó de otra fuente. No hay pruebas de lo contrario menos ese vídeo que no sabemos quién hizo. No hay más. Deben mantener sus versiones.

—Eso espero —susurró Emma preocupada.

Vieron como Hugo se montaba de nuevo en el coche y se colocaba en la línea de meta imaginaria, trazada por los organizadores.

Los tres amigos se subieron a un montículo de tierra cercano para poder ver toda la carrera.

Como era de esperar, a Hugo no le costó sacar unos segundos al coche que le seguía y ganar sin problema. No tenía rival, pero esperaban ver a alguien por allí que se le acercara más.

—Esto no es bueno —contestó Jorge—. El tipo no está aquí o no ha querido descubrirse.

Estaban decepcionados, pensaban que tendrían más suerte.

—Esperaremos a la siguiente carrera —animó Emma. No quería perder la esperanza.

Hugo bajó del coche, tendió la mano al hombre de la capucha y recogió el dinero que le daba.

Miró al montículo donde estaban sus amigos con intención de ir hacia allí y dejar su coche junto al de Jorge, pero el tipo para el que corría con los coches trucados, lo abordó por la espalda.

Hugo se apartó un poco de él, conservando su espacio personal. No le gustaba que se tomaran tantas confianzas y menos después de lo que intuía de él, pero debía ser cuidadoso y no estropear el plan.

Charlaron unos minutos que se hicieron eternos, sin nadie más como testigo, apartados del bullicio de los motores, pero dentro del trasiego de gente.

Finalmente se despidieron, Hugo entró en su coche y se dirigió a ellos.

Bajaron el montículo para esperarle junto al vehículo de Jorge.

El muchacho vio la incertidumbre en el rostro de sus amigos y con un gesto de cabeza les pidió que subieran.

Emma se sentó a su lado y nada más hacerlo, Hugo la besó. Jorge y Sira estaban detrás.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí. No te preocupes —contestó con media sonrisa alentadora.

—¿Qué te ha dicho ese tipo? —preguntó Sira impaciente.

Hugo cogió aire.

—Quiere que corra para él en un coche nuevo.

—¡Bien! Es lo que esperábamos —contestó su amigo.

—Sí, pero no se fía de la organización de la carrera y quería advertirme.

—¿Por qué? —preguntó Emma inquieta.

—Me ha explicado que se habían acordado unas condiciones que después se han cambiado. No está seguro de si ha sido por mi presencia u otro motivo, pero le ha parecido extraño.

—¿No ha pasado otras veces? —preguntó Sira.

—Nunca —contestó Jorge mientras intercambiaba una mirada cómplice con su amigo.

—No podemos aventurarnos a pensar que mi participación sea la culpable de estos cambios, pero es sospechoso.

—Desde luego que sí —susurró Emma preocupada.

—¿Qué condiciones hay? —preguntó Jorge.

—La carrera no será aquí, han preparado otro sitio a cinco kilómetros —los amigos se miraron sorprendidos—. Hay que llevar copiloto. —Jorge no lo dudó y puso una mano sobre el hombro de su amigo para que contara con él, pero Hugo negó con la cabeza—. Tú, no —le negó la ayuda para después mirar a Emma. La chica asintió sin pensar, sin saber dónde se metía. Le daba igual todo. Aquello tenía que acabar y junto a él no sentía miedo—. Además, hay que pagar para correr, pero mi patrón adelantará el dinero que después le pagaré de los beneficios. No ha querido que le pagase con lo que acabo de ganar —contó dando el dinero a Jorge para que lo guardara como siempre.

El silencio se instaló en el coche unos segundos. No iba a ser fácil esa carrera, pero ya no se podía negar.

Hugo miró a Emma mientras cogía aire. Estaba asustada, aunque no lo parecía, pero a él no le engañaba.

—¿Confías en mí? —le preguntó comprendiendo sus dudas. Él también las tenía. Ella no debía estar montada en ese coche, pero ya no había otra salida.

—Sí —contestó cogiéndole de la mano.

—Bien —asintió cerrando los ojos unos segundos—. Jorge, tienes que llamar a Pedro y explicarle todo. No sé qué recursos tienen para seguirnos hasta el lugar de la carrera y posicionarse por el nuevo sitio. Es complicado, porque irán con el tiempo justo, pero no hay marcha atrás. Dile que estaremos bien.

—¿Estás seguro? Esto me huele muy mal —opinó Jorge nada convencido con lo que iba a hacer su amigo.

—Lo sé, pero no puedo negarme. He intentado que Emma no sea mi copiloto, para poder llevar a una de las polis del equipo de Pedro, pero sabían que ella estaba aquí. Os estaban vigilando.

—¿Estamos en peligro? —preguntó Sira cogiendo la mano de Jorge.

—No lo sé. No os voy a engañar, pero voy a intentar solucionar esto hoy. Esta misma noche.

—Yo creo que van a por ti —afirmó Emma—. Sabían que estabas en la ciudad, que era cuestión de tiempo que quisieras volver al asfalto o te vieses obligado a hacerlo. Lo tenían todo preparado.

—Sea quien sea, quien esté detrás de esto, me está esperando desde hace mucho y no va a desaprovechar una oportunidad como esta. Tenéis que contárselo a Pedro. Nosotros nos tenemos que marchar —pidió a Jorge y Sira—. Dile que tiene que proteger a Emma, ¿entendido? Ante cualquier imprevisto, ella primero —explicó con contundencia tomándola de la mano.

—Descuida —confirmó su amigo cogiéndole del hombro.

Hugo palmeó esa mano con cariño.

—Marchaos —pidió a la pareja.

Sira dejó un beso en la mejilla del chico y otro en la de su amiga con los ojos llenos de

lágrimas que le costaba controlar

—Todo irá bien. Tranquila —la animó Emma. Tenía que ser positiva.

En cuanto la pareja se bajó del vehículo, se dirigieron con premura al coche de Jorge.

Mientras tanto, Hugo miró a Emma con un miedo, que le mantenía en un estado de ánimo, que le descontrolaba demasiado para hacer lo que debía en unos minutos.

La chica lo sabía. Si ella tuviera que enfrentarse a esa situación por la que él pasaba, lo tendría, pero en su posición, no estaba excesivamente nerviosa. Con él se sentía protegida y eso ayudaba mucho.

—Estoy bien. Me siento segura contigo. No tienes que preocuparte por mí, solo de conducir

La miró cogiendo aire con calma, intentando relajarse y concentrarse como debía.

Era una mujer muy valiente, pero no le correspondía estar ahí. Podían tener un accidente, un pinchazo, cualquier cosa que la pudiese hacer daño y no se lo perdonaría jamás.

—No puedo —contestó en un susurro porque la voz no le salía de la garganta—. Si te pasara algo por mi culpa, no me lo perdonaría jamás. No puedo obligarte a esto —empezó a arrepentirse de haber aceptado la carrera.

—Esto es nuestra libertad. Si corremos, averiguaremos qué está pasando y podremos acabar de una vez con esta amenaza que no te deja vivir en paz. —Hugo negó cerrando los ojos. Era difícil pensar sintiendo tanta presión. Emma se acercó más a él—. Elegí estar a tu lado hace mucho tiempo y si eso implica sentarme aquí en esta carrera, lo haré. Piensa en tu madre, en que no se tendrá que preocupar más por ti cuando todo acabe y en nosotros, que podremos hacer lo que queramos con nuestra vida sin tener que huir.

El chico asintió no muy convencido. La otra opción era huir del país, pero tomarían represalias contra su padre o el taller o ella...

La miró con intensidad.

—Eres muy valiente, Emma —dijo a media voz deslizando su mano por el cuello con delicadeza para acariciar la piel de su mejilla con el pulgar

Ella se estremeció ante el contacto y cerró los ojos un par de segundos.

—Tú lo eres. Has vuelto sabiendo lo que podía pasar, arriesgándote a entrar en la cárcel, incluso a algo peor... —Lo miró escondiendo el miedo a que algo fuera mal lo mejor que pudo antes de hablar. No debía ni vibrarle la voz—. Corre como nunca antes. Después de esta noche, seremos libres.

Hugo asintió emocionado. Era una gran responsabilidad. Ya no se trataba de él, se trataba de su familia, de la que implica la sangre, pero también de la que elegimos, como ella, como Jorge y Sira.

Besó a Emma con pasión, ella se lo devolvió con un nudo en la garganta y el estómago, que ni él podría disolver hasta que todo acabara.

Deshicieron el beso, se miraron unos segundos, cogieron aire y cada uno se colocó en su asiento para que Hugo arrancara para dirigirse a la carrera.

—Vamos a por nuestro destino —susurró el chico al sentir la vibración de su móvil. Miró el mensaje, acababa de llegarles la ubicación exacta a donde debían dirigirse. Lo colocó en un lugar visible para poder seguirla—. Juntos —añadió antes de arrancar, mirando a Emma mientras esbozaba esa sonrisa sexi y traviesa que la enamoró.

—Juntos —contestó Emma devolviéndosela.

CAPÍTULO 32

Hugo aminoró la velocidad al cambiar el asfalto por arena y grava, cuando estaban a un par de kilómetros del punto de encuentro. Quería observar bien el alrededor, pero la oscuridad no se lo permitía más allá de lo que iluminaban las largas de su coche.

Ese no era el lugar del que le habían hablado, donde se suponía que debían estar los policías y sus amigos escondidos. Con la preocupación y los nervios que sentían por lo que estaba sucediendo, ninguno de los dos se dio cuenta, al recibir el mensaje, de que la dirección la habían cambiado.

Comenzó a inquietarse.

—Comparte tu ubicación con Jorge. Rápido. Ellos no están aquí —le dijo convencido de que había sido una trampa e intuyendo que aquella zona era demasiado llana para instalar un puesto de vigilancia policial.

Estaban solos.

—Enseguida —le dijo manipulando el móvil dentro de su bolso para que no se viera el resplandor de la pantalla. Con rapidez bajó el brillo todo lo que le permitió el móvil, hizo lo que le pedía y lo volvió a guardar—. Tranquilo, ellos saben lo que tienen que hacer —habló Emma en un susurro entre dientes. Quería animarlo, pero sabía que aquello estaba inmerso en una oscuridad total que no les ayudaría.

—Eso espero —contestó recolocándose inquieto en el asiento.

—Todo va a salir bien —susurró mirándole con una sonrisa.

—Si algo sale mal, quiero que salgas del coche y corras hacia la carretera. Jorge te encontrará —le pidió *in extremis*.

—Si algo sale mal es porque no era el final y seguiremos luchando —contestó intentando animarle.

Hugo asintió intentando impregnarse de ese positivismo. Lo necesitaba.

—Vamos allá.

Ante él, a escasos metros, se encendieron los faros de varios coches.

Había tres vehículos esperando en un descampado cercano a un puerto seco lleno de contenedores de los que podía ver sus sombras a unos metros.

Entre ellos, apareció el hombre de la capucha, su mecenas para esta carrera, acompañado de otros seis hombres vestidos de negro, con gorras caladas o capuchas que no le dejaban ver sus rostros.

—¿Reconoces a alguno? —preguntó Emma.

—Así, no. Es imposible.

—Yo tampoco —fue la contestación que le dio mirándole antes de llegar al punto donde le indicaban que aparcara su coche.

—Esto no va bien —añadió Hugo observando los coches que estaban junto al suyo. Ninguno era un coche preparado, ni de alta gama, como estaba previsto—. Esos coches no son para la carrera acordada —susurró muy preocupado.

No le dio tiempo a decirle a Emma nada más. Dos de aquellos tipos se colocaron uno a cada

lado de su coche, prevenidos para abrir las puertas y hacerlos bajar:

No había ningún arma a la vista, pero la posición de sus manos hacía suponer que las tenían.

—Haz lo que te digan, no hables y no te separes de mí —pidió Hugo a Emma con el corazón en la garganta y la adrenalina burbujeándole en la sangre.

Salieron del coche con lentitud.

Hugo cogió a Emma de la mano en cuanto bordeó el vehículo con su vigilante y la tuvo al lado. Los cuatros caminaron hasta el resto del grupo.

—¿Qué es esto? —preguntó al hombre que le había asegurado su participación en la carrera.

—Lo siento, debía un favor y lo he devuelto. Mucha suerte, Hugo.

Sin más palabras, aquel tipo desapareció en la oscuridad. Todos callaron hasta que se encendieron otros faros y un vehículo abandonó el descampado.

—Genial —masculló molesto con la situación. Ellos debían creer que solo las carreras le habían llevado hasta allí—. ¿Alguien me puede explicar qué es todo esto?

—Lo sabes muy bien, Huguito —dijo uno de los hombres que, solo con ese tono despectivo con el que le nombró, se delató.

Emma apretó la mano de su chico sin poder creer que Adrián estuviese metido en todo aquello.

—¿Qué necesitas ahora, Chino? —le llamó por su mote sin dudar—. ¿Qué te gane una vez más? ¿Probar un coche? ¡Dime! Soy todo oídos.

—No te preocupes. Todo a su tiempo —habló con una calma que ponía a Hugo de los nervios—. Para empezar, Emma se queda conmigo —dijo quitándose la capucha con sonrisa socarrona.

—Con nosotros —añadió otro tipo que se quitó la gorra y levantó la cara para que le vieran bien.

—¿Diego? No puedo creerlo... —susurró atónita, pero también muy asustada. ¿Con quién había estado teniendo una relación? No quedaba nada de aquel compañero de colegio... O quizá nunca conoció al verdadero Diego. Sintió un escalofrío en la espalda.

—Es tan dulce que no se haya dado cuenta de nada en todo este tiempo —dijo Adrián riéndose. Los demás hombres que no se habían descubierto también rieron.

—¿Qué queréis? —preguntó Hugo acercando a Emma más a él.

No podía dejarse llevar por los sentimientos porque si lo hacía, se abalanzaría sobre aquel tipo y le partiría la cara.

Se concentró en la situación, era lo que buscaban y debía protegerla todo lo posible. Intentaría que ese tipo no se quedara con ella ni un segundo.

—Nada, solo que nos hagas un trabajito esta noche y después serás libre —explicó Diego—. O no... —añadió en tono de burla. Los demás se rieron de nuevo.

—¿Qué trabajito? —preguntó el chico. No iba a delatar la información que manejaba. Que se descubrieran ellos.

—Un robo de nada en la calle Serrano. Una joyería y una tienda de una marca muy famosa, todo a la vez, pero tranquilo, el robo no lo harás tú. Tu trabajo es conducir.

—¿Qué pasa, Adrián, ¿has perdido facultades al volante? —le provocó adrede—. Yo no robo,

participo en carreras por dinero —declaró tajante.

—Ya lo creo que lo harás —dijo Diego convencido de que así sería—. Ella se queda con nosotros en nuestro coche de vigilancia y tú haces tu trabajo. Si todo va bien, a la vuelta podrás recogerla.

Emma le apretó la mano. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitarlo.

Hugo respiró hondo intentado mantener las emociones a raya.

—He dicho que no robo. Busca a tu conductor habitual, porque supongo que esto no es nuevo para ti —insistió valiente, intentando sacarle información. Al menos que aquello sirviese para algo.

—Vale, no robes. Mañana el taller de tu padre amanecerá envuelto en llamas y a la estrecha de tu querida novia, ya veremos qué le hacemos.

Hugo sintió el miedo por primera vez, pero no por él. Era auténtico pánico lo que sentía por lo que pudiesen hacerle a los suyos.

No tenía salida.

Estaban solos.

Debía protegerla a toda costa y ganar tiempo.

—No lo haré con mi coche —cedió.

No tenía otra opción.

Confiaba en que de esta forma se resolviese todo.

—Hecho —consintió Diego.

—Y quiero saber qué conseguís vosotros con esto. No entiendo cómo habéis podido caer tan bajo.

—¿Sabes qué pasa? Que no todo el mundo tiene tu coeficiente intelectual, ni la posibilidad de desaparecer y empezar una vida, y una carrera de prestigio en otro país. Algunos tenemos que buscarnos un futuro con lo que podemos para tener una vida decente, y resulta que esto está muy bien pagado —indicó Adrián.

—Ya tenías carreras en las que ganar mucho cuando me fui —le dijo sabiendo que le molestaría aquella apreciación. Nunca había conseguido ganarle y sabía que le sacaba de sus casillas—. Es ilegal, pero al menos no haces daño a nadie.

—Eso está muy bien, pero esto está mucho mejor —añadió Diego.

—¿Corrías cuando estabas conmigo? ¿Cómo lo hacías para ocultármelo? —preguntó Emma dolida con su ex pareja.

—Tú tienes poco tiempo libre, nena, pero yo mucho. Esos días de cobertura periodística que se iban hasta la madrugada, me venían muy bien. También cuando te tenías que marchar pronto para madrugar al día siguiente. —Sonrió riéndose de su inocencia—. Me alegro de haberlo hecho tan bien para ver tu cara hoy. Pensabas que tu gran amor era el único que hacía esto bien y resulta que no.

—¿Por qué no me lo contaste nunca? —siguió sonsacándole información con un tono triste que parecía de verdad. Hugo apretó su mano. Ella le acarició la palma de la suya para calmarle.

—Era más divertido así —dijo por respuesta.

Emma no sabía qué contestar.

No quería a Diego, quizá nunca lo había querido con intensidad, pero pensaba que habían sido amigos, que lo habían compartido todo...

Era mentira.

Era un desconocido.

—Hablemos del trabajo —cortó Hugo la conversación. Era doloroso e incómodo escuchar cómo la trató en su ausencia.

—Tenemos un coche para ti —explicó Adrián—. Puedes dejar el tuyo aquí. Unos todoterrenos con dos hombres cada uno, harán el alunizaje de ambas tiendas y en tu vehículo se cargará la mercancía. Después, uno de los hombres se montará con nosotros en el coche y los otros tres, te acompañarán. Iremos por caminos diferentes y nos veremos aquí.

Hugo escuchaba con atención el plan poco convencido.

—Si tengo que llevar la carga del robo, más el peso de tres tíos, no creo que pueda ir muy rápido —replicó.

A Diego le cambió el gesto.

Estaba harto de aquel tipo.

—¿Qué pasa, el plan no es lo suficiente bueno para tí? —espetó enfadado.

—No he dicho eso, solo informo de que el peso del coche influye en la velocidad. Si hablamos de una carga ligera como puede ser ropa, no es problema, pero si hablamos de joyas, oro, dinero o bolsos, el asunto cambia.

—Ocúpate de conducir, la carga no es problema —intervino Adrián—. Será rápido, limpio y sin incidentes, ¿entendido?

Todos asintieron menos Hugo.

—No he acabado con las preguntas —insistió—. Necesito saber la ubicación exacta del asalto para estudiar la salida.

—Conoces Madrid a la perfección. Sabrás por donde salir —fue la respuesta de Diego.

Emma miró a Hugo con aprensión. Estaban apretando el círculo al máximo.

—De acuerdo, haré lo que pueda —consintió resignado.

—Creo que no lo has entendido —replicó Diego acercándose a ellos—. Si esto sale mal, será por tu culpa y, aparte de ir a la cárcel con toda probabilidad, puede que haya más represalias —añadió mirando a Emma—. Yo que tú, me aplicaría.

Hugo cerró la mano libre en un puño que le encantaría estampar en la cara de aquel gilipollas, pero se contuvo. Su venganza era otra.

Miró a Emma con el dolor de tener que dejarla con ellos, pero no había otra salida.

—Tienes que ir con ellos —le pidió en un susurró que le costó la vida pronunciar.

—Tranquilo, estaré bien —contestó lidiando con el nudo en la garganta que se negaba a desaparecer—. No te preocupes por mí. Cuídate tú —le pidió sabiendo que no lo iba a hacer.

Hugo tiró de ella hacia su cuerpo, mirándola con una intensidad que impactó a Emma.

La envolvió entre sus brazos, intentando que no les afectara lo que había a su alrededor, aunque era muy difícil de ignorar.

Cogió aire y lo soltó con lentitud sin apartar la mirada de su chica.

Emma le rodeó la cintura con sus brazos por debajo de la cazadora de cuero y apretó las manos arrugando la tela de la camiseta.

—Te quiero —intentó decirla con serenidad, pero se le quebró la voz. Se repuso cogiendo aire de nuevo— y te prometo que haré lo que sea necesario para que seas libre y no te pase nada. —Emma negó con lágrimas en los ojos. Era imposible controlarlas—. Sigue sonriendo, aunque

sea lejos de mí, ¿de acuerdo? Prométemelo.

—Te lo prometo —mintió. Ahora no podía pensar en sonreír, solo en el miedo a perderlo.

—Eres fuerte. Estarás bien, mi amor —aseguró, confiando en que el vínculo que hubo entre ella y Diego pesara más que su maldad llegado el momento, aunque el recelo de Adrián, que nunca le dio una oportunidad, era un escollo difícil.

—Te quiero —susurró emocionada.

No se dijeron nada más. ¿Qué más había?

Sus bocas se encontraron en un beso que sabía a miedo, amor y, muy a su pesar, a final.

CAPÍTULO 33

La calle Serrano estaba casi desierta. Casi...

Madrid es una ciudad muy activa que siempre tiene testigos de cualquier cosa que sucede, aunque no estén presentes físicamente.

Hugo lo sabía y por eso intentaba no mirar ni hacia los escaparates, ni a las cámaras de tráfico, ni tampoco a los cajeros automáticos de los bancos. El coche no era suyo y solo le podrían identificar como conductor por un reconocimiento facial.

Había cambiado su vestimenta por una sudadera y una gorra de béisbol bien calada todo en negro. Sería suficiente. Los guantes que se había enfundado antes de tocar aquel coche, intentarían no dejar rastro de él allí. Pero en realidad, eso no le importaba demasiado. Su atención estaba dividida entre, saber con exactitud donde sería el robo para plantearse la huida y la seguridad de Emma.

Estaban solos.

No tenían protección.

Aunque ella había compartido la ubicación con Jorge, nadie había aparecido al rescate.

A estas alturas estaba convencido de que tenían inhibidores para inhabilitar los móviles y otros sistemas de localización. Estos tipos no eran principiantes y no iban a dejar nada al azar. Esperaba que les hubiese llegado a tiempo, antes de entrar en su radio de acción.

Iba solo en aquel coche prestado, tan parecido al que decían que también conducía en aquellas imágenes de años atrás y estuvo seguro de que no era casualidad.

Delante de él iban los dos todoterrenos que reventarían los comercios elegidos y detrás, Adrián y Diego con Emma.

No la veía por el retrovisor; conducía Adrián sin copiloto, por lo que supuso que estaría en la parte trasera con Diego.

Se concentró en los coches que tenía delante.

No podía pensar en eso.

Haría el trabajo lo mejor que pudiese y, cuando volvieran al maldito descampado, se llevaría a Emma a donde ella quisiese ir.

Al final, huir iba a ser el plan más tentador para sobrevivir a esta locura. Lejos, cerca, en una gran ciudad o en un pequeño pueblo perdido, era igual. Donde fuese, pero juntos.

Los vehículos que le precedían se pararon quedando frente a los escaparates.

Hugo también paró un poco distanciado, observando el siguiente paso.

En unos segundos cada copiloto del todoterreno se bajó del vehículo, colocaron un cable de acero rodeando los postes de hierro que salvaguardaban el acceso a la acera y se volvieron a montar en el coche.

Metieron la marcha atrás y tiraron con fuerza del mobiliario urbano hasta que cada bolardo saltó por los aires.

De nuevo los copilotos se bajaron, apartaron el cable enrollándolo en su lugar en el frente del coche, apartaron los restos de los pilares metálicos y dejaron paso libre.

Los coches se empotraron contra los escaparates asignados.

Hugo observó cada movimiento admirando la rapidez y compenetración de ambos equipos. No era la primera vez que cometían un atraco doble. Parecía que estuvieran realizando una coreografía.

Se colocó en el centro entre ambos, salió del coche con rapidez tras asegurarse de que la capucha de la sudadera estaba sobre la gorra y le ocultaba al máximo. Abrió el maletero sin parar el motor y se volvió a sentar frente al volante.

El minuto que duró el robo, fue eterno.

Miró a ambos lados buscando a sus compañeros de viaje y por el retrovisor controlando el coche donde iba Emma.

No estaba.

Se inquietó un poco y se inclinó sobre el espejo para mirar más lejos en la calle.

El vehículo estaba estacionado unos metros atrás sin llamar la atención.

—Al menos ella está fuera del radar de la policía —murmuró mirando a su alrededor.

De momento no había ninguna patrulla cerca, ni había sonado ninguna alarma, pero era un engaño, las alarmas silenciosas sonaban desde el mismo momento en que los coches habían impactado contra los cristales supuestamente blindados que habían caído tras un par de impactos más.

El tiempo de reacción era limitado. La policía estaría en camino.

Hugo comenzó a impacientarse.

—Vamos, vamos, vamos... —susurraba concentrado en su ubicación, mientras trazaba un plan de escape sobre la marcha.

Los hombres salieron de los comercios con dos ligeras bolsas negras de deporte de cada tienda.

Arrugó el ceño ante la imagen.

Eran comercios con muchos productos y material valioso para salir tan solo con dos bolsas.

—¡Arranca! —pidió uno de los tipos que se sentó junto a él, los otros dos ocuparon los asientos traseros en un par de segundos, tras guardar la carga en el maletero y cerrarlo.

Hugo miró por el retrovisor, el otro tipo se montaba en el coche de Emma sin levantar sospechas, como si de un transeúnte más se tratase.

El muchacho cogió aire, aceleró y salió por la calle Serrano hasta la calle Goya, mientras escuchaban sirenas policiales de fondo.

—Intentaremos pasar desapercibidos por aquí y salir a la M-30 por O'Donnell —informó a los hombres.

—Como digas, pero que no nos pillen —contestó uno de ellos.

No había nada que Hugo deseara más que llegar al punto de encuentro sin altercados, coger a Emma y salir de allí para no volver a verlos más.

Aceleró más aprovechando la recta que le regalaba la calle Goya.

La suerte estaba echada.

Emma intentaba no quitar la vista del coche de Hugo desde que habían salido de aquel maldito descampado, pero Diego trataba todo el tiempo de despistarla, llamando su atención para

que le hiciese caso.

Visto que no iba a poder mantenerle callado mucho tiempo, decidió entablar conversación, pero no una que a él le interesara, sino que intentaría sonsacarle información.

Miró alrededor inquieta. ¿Habría recibido Jorge su ubicación? Estaban solos. Era consciente, pero la esperanza es lo último que se perdía.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Adrián, observando su actitud desde el retrovisor interior en el asiento del conductor.

—Solo miraba por si llega alguna patrulla policial sin hacer ruido —declaró saliendo del paso.

—No creo que tus amigos lleguen hasta aquí —dijo guiñándole un ojo, confirmando que sospechaban del chivatazo a la policía.

Emma no dijo nada. Se mantuvo en silencio mientras seguía vigilando su alrededor. Podía ser un farol.

—¿Pensabas que no sabíamos que Pedro estaba detrás de todo? —preguntó Diego, incrédulo por su creciente inocencia—. Vivimos en un barrio demasiado pequeño para ocultar ciertas cosas.

La chica le miró con tristeza.

—Algunos engañan muy bien. No te creas todo lo que ves o te cuentan —le lanzó todo el dolor que sentía por la doble vida que había llevado con ella.

—Sí, más de los que crees —apostilló hiriente—. Aquel gilipollas, el primero —continuó señalando el coche de Hugo con la barbilla.

Ella no se inmutó. Hugo le había contado todo, estaba tranquila.

—Tu chico es un sabelotodo que ha guardado muy bien sus cartas, ¿sabes? Esta no es la primera que comete un robo, por eso se mueve como pez en el agua —informó Adrián con sonrisa socarrona.

Estuvo a punto de contestarle que era mentira, que eso era lo que ellos hicieron creer a la policía para que lo detuvieran y así retirarle de las carreras que perdían una y otra vez, a pesar del beneficio que les daban a *posteriori* esos pagos por las apuestas perdidas.

No iba a caer en la trampa.

—Sé todo sobre él. No hay nada con lo que me podáis hacer daño —le defendió tranquila sin más datos—. No puedo decir lo mismo de otros —recriminó a Diego.

El hombre apretó la mandíbula. Estaba harto de aquel tipo que parecía el hombre perfecto.

—No, no lo sabes —dijo elevando la voz enfadado. Adrián chistó en cuanto le escuchó hablar más alto de lo recomendable para la madrugada y con un robo ante sus narices. Diego cogió aire—. ¿Qué te ha contado? ¿Qué le quisimos encasquetar aquel robo y por eso huyó? Es mentira, preciosa. Lo hizo y salió mal.

Estaba muy nerviosa, él la inquietaba mucho más que la situación, pero su cabeza estaba lúcida y tenía claro que Hugo no era el tipo del vídeo. Él no tenía ese tatuaje en el tobillo. Lo sabía, conocía su cuerpo al milímetro, igual que él el suyo.

Cogió aire recordando sus caricias en la piel, haciendo que la mente se despejara en un instante. Pronto volvería a sentirlas.

Se centró en lo que sucedía.

Ellos no sabían que habían visto esas imágenes. Nadie lo sabía. Ese detalle debía seguir

siendo secreto hasta que descubriera quién tenía esa marca en la piel.

Estaba casi segura de que sería Adrián, pero la realidad la azotó. No recordaba a Diego. No recordaba esa marca en su cuerpo. ¿Cómo podía ser?

La respuesta era sencilla. En realidad nunca le prestó atención en su segunda etapa juntos. Fue una distracción mientras faltó Hugo. No sintió por él lo que pensaba, solo fue un paliativo a su pena.

Pero eso era pasado, lo único que le dolía ahora era el engaño. No lo entendía. Antes de ser pareja habían sido amigos en el colegio... había sido un juguete en sus manos.

—Lo que tú digas —le contestó prestando atención a las maniobras de los todoterrenos con el cable de acero para quitar los obstáculos frente a los escaparates.

—Todo va sobre lo previsto —susurró Adrián—. Discutid luego, ¿de acuerdo?

Emma guardó silencio observando cada movimiento de la banda.

Su cabeza iba a mil por hora, dividida entre su seguridad, la de Hugo y el reportaje que pensaba hacer sobre aquel tipo de robos en cuanto se aclarase todo.

Diego estaba atento a lo que sucedía a unos metros de distancia, pero también a todos los detalles de ella.

—¿Qué tiene él que no te haya dado yo? —susurró derrotado. La quiso con toda su alma, aún la quería. Nunca la había olvidado ni creía poder hacerlo.

Emma lo miró con tristeza. ¿Qué podía decirle? No sabía explicarlo. Era una conexión tan grande y profunda que no encontraba las palabras.

—Lo siento —se disculpó con él. Entendía su dolor, sintió algo similar cuando Hugo se marchó. Eligió las palabras con cuidado—. No quería hacerte daño cuando lo dejamos en el colegio, al contrario, decidí estar sola porque no quería estropear nuestra amistad por no corresponderte como merecías. Nunca he querido hacerte daño. —Diego cogió aire. Adrián le miró por el retrovisor con un gesto de negación de la cabeza. Estaba molesto, no era el momento para hablar de eso y desconcentrarse. Apartó la mirada del conductor. Necesitaba saberlo—. Cuando conocí a Hugo fue como si todos los fuegos artificiales del mundo explotaran entre nosotros... No sé cómo explicarlo... Nuestra conexión va más allá del sexo o de la atracción física. Nunca he sentido por nadie lo que siento por él. Si tú encontraras a alguien con quien sentirte así, no podrías evitarlo.

—Ya la tuve —replicó dolido.

Emma cerró los ojos un par de segundos comprendiendo.

—Me refería a si fuese correspondido al mismo nivel —murmuró a media voz.

Ambos guardaron silencio manteniéndose la mirada el uno al otro, asimilando las palabras y los sentimientos.

—Qué suerte tienen algunos —susurró Diego molesto.

—Unos más que otros, colega. A mí esta piba nunca me dio una oportunidad. Eso que te has llevado —replicó Adrián intentando animarlo.

Ella no habló más. Cualquier cosa que le dijera a partir de ahora, solo iba a empeorar la situación. Esperaba que todo acabase pronto.

El estruendo de los escaparates reventados los centró en el robo.

—Empieza la fiesta —murmuró Adrián recolocándose en su asiento, cogiendo fuerte el volante.

CAPÍTULO 34

En cuanto Hugo llegó al cruce de la calle Goya con la calle Alcalá, las patrullas de la policía empezaron a acosarle.

Aquel coche respondía bien a los cambios bruscos de dirección y a los giros inesperados.

Tenían posibilidades.

—Agarraos fuerte —recomendó a sus pasajeros.

Los hombres obedecieron justo antes de girar para coger Doctor Esquerdo en dirección a O'Donnell y así salir a la autopista M-30.

En cuanto giró, supo que su plan no iba a salir bien. Un par de patrullas cortaban el paso a la autopista y su única salida era continuar recto.

—Te están dirigiendo, listillo —replicó uno de los hombres del que le sonaba mucho la voz.

—¿Tú crees? —contestó con total tranquilidad, mientras hacía un trompo para esquivar a esas patrullas y tomar la dirección que había pensado desde el principio.

Los hombres se agarraron al techo del coche.

—De acuerdo, cerraré la boca —le contestó.

—Mejor

Hugo tomó la entrada a la M-30 con precaución, aunque era difícil trazar aquellas curvas cerradas del acceso a la velocidad que iban, no le quedaba más remedio que derrapar.

Consiguió entrar sin altercados.

La policía tuvo que aminorar para no volcar o cruzarse en la calzada, impidiendo el paso a las patrullas que venían por detrás.

—Vamos en dirección contraria al descampado —dijo otro de los tipos.

—Me lo estás diciendo en serio, ¿verdad? —preguntó totalmente sorprendido con la actitud del hombre—. ¿Eres novato? —intentó averiguar. El chico asintió—. Como no... —susurró enfadado. ¿Reclutaban a chavales del barrio para los robos mientras ellos dos se quedaban en su «coche de vigilancia»? No podían caer más bajo—. ¿Cuántos de vosotros han cometido más robos?

El tipo del que le sonaba la voz, recriminó a los otros dos que le facilitaran la información.

De los tres que él llevaba, solo ese era veterano. Los otros eran nuevos en el oficio, por lo que deducía que el tipo que había desaparecido con Adrián y Diego, también era uno de los asiduos para dar los golpes.

—Haz tu trabajo y deja de hacer preguntas —ordenó aquel tipo— y vosotros no habléis con él. No le deis información.

El coche se quedó en silencio mientras Hugo volaba sobre el asfalto de la autopista en dirección a la carretera de Andalucía y a la M-45.

Tras una hora de conducción por las autopistas de Madrid en direcciones opuestas y erróneas a la que de verdad debían tomar, Hugo se dirigió al descampado donde tenían que reunirse.

Aún era de noche, pero ya no tan cerrada. El alba estaba cerca y el cielo tenía un azul diferente.

El camino de tierra le pareció más largo que todas las maniobras que había hecho antes. Al fondo veía su coche aparcado y por delante, el de Adrián con todos sus ocupantes en el interior:

Miró alrededor con disimulo. ¿Habría estado el equipo de Pedro por allí?

Ya daba igual.

El robo estaba hecho y habían conseguido regresar.

Esperaba que la banda estuviese conforme y les dejase marchar.

La policía tendría que buscarse otro conejillo de Indias para encontrar a los ladrones.

Paró el vehículo frente al coche que les esperaba.

Sus pasajeros se bajaron nada más parar el motor.

Él lo hizo el último dejando las llaves puestas.

Los tres hombres del otro vehículo también lo desalojaron.

Diego rodeó el coche para abrir la puerta de Emma.

En cuanto ella salió y le miró, Hugo sintió como el peso de la culpa por haberla metido en esto, se aligeraba un poco.

—Estoy bien —le dijo con tranquilidad, sin preguntar si podía hacerlo.

El chico respiró.

Ella le sonrió con timidez.

Aún no estaban a salvo, pero habían conseguido volver.

Hugo miró a Adrián esperando a que les dejase marchar, pero no decía ni una palabra. Tampoco Diego se separaba de Emma.

—Si todo está correcto, nosotros nos vamos— anunció haciendo un gesto a su chica para que acudiese a su lado.

Ella no lo dudó, fue a dar un paso hacia él, cuando Diego la agarró del brazo.

Lo miró entre la confusión y el miedo. ¿Qué quería ahora?

—¿No me vas a dar un beso de despedida? —pidió sabiendo muy bien lo que hacía.

—No lo hagas —le rogó—. Mis recuerdos de ti no son tan malos aún, no me hagas cambiarlos —susurró.

Por un segundo, le pareció que él lo comprendía y no insistía más, pero al instante siguiente tiró acercándola a él, haciendo que callera en sus brazos.

Hugo respiró una vez, dos, tres, mientras veía el gesto a cámara lenta.

Sabía que le incitaría a pelear con algo así, pero tenía que mantener la cabeza fría. Ya casi estaban fuera. Ella sabría manejar la situación o eso esperaba.

Emma le miró mientras Diego la sujetaba.

Quería decirle que no se moviera de sitio, que no interviniera pasara lo que pasara, pero si lo decía en voz alta, los provocaría más. Esperaba que entendiera su gesto.

—Ya no quieres tener recuerdos conmigo, los quieres con él. Bórralos —declaró antes de besarla.

Hugo cerró las manos en puños y apretó la mandíbula. Era consciente de que lo hacía en contra de su voluntad y deseaba saltar sobre él por obligarla, apartarle de un empujón, pero aguantó.

Diego la soltó un minuto después. Sabía que no le iba a corresponder, pero no podía dejarla marchar sin darle ese último beso.

Se sintió aún peor.

Fue como besar a una pared y la rabia se disparó en su cabeza.

Emma lo miró con pena. Si se lo hubiera pedido, quizá se lo hubiese dado, pero así, había sido un error.

—Espero que seas capaz de dejar estas movidas y encuentres a una chica con la que disfrutar de la vida. No sabes lo que te estás perdiendo —le recomendó con tristeza. Al instante sintió como la soltaba de su agarre.

Esos deseos eran Emma en estado puro, siempre deseando lo mejor a la gente a pesar de todo.

Diego se sintió como una mierda por lo que había hecho.

Sin más, ella caminó hacia Hugo alejándose de él.

La disculpa se le quedó atascada en la garganta.

Pasó por el lado de Adrián pensando en qué le haría, pero ni siquiera la miró. Tenía su mirada fija en Hugo.

En cuanto estuvo a un paso de él, la tendió la mano, ella la agarró y se abrazaron.

Al sentirla entre sus brazos, sintió como la ansiedad de verla en aquel coche con ellos, se desvanecía.

—Lo siento —se disculpó por ello.

—Te quiero —fue su respuesta. Él la apretó contra su cuerpo respirando el olor de su pelo —. Vámonos de aquí —le pidió.

La cogió de la mano, miró por última vez al lugar donde se concentraban los ladrones frente a ellos y comenzó a caminar hacia un lateral para rodearlos y poder llegar a su coche.

Tiró de ella apresurándose.

Quería sacarla de allí lo antes posible y, cuando la tuviera a salvo, llamaría a Jorge y a Pedro.

—Entra en el coche —le pidió abriéndole la puerta del copiloto.

Emma hizo lo que le pedía. Estaba deseando salir de allí.

Lo vio pasar por delante del capó mientras se quitaba los guantes de piel de las manos. Esperaba que aquel intento de no dejar rastro hubiese funcionado.

Hugo se colocó en el asiento del conductor.

Dejó los guantes en la guantera.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —preguntó preocupado, aunque a simple vista parecía que no había sucedido nada de lo que su imaginación le había mostrado en aquellas interminables horas.

—Estoy bien, pero no he conseguido saber quién era el conductor del vídeo.

—No te preocupes por eso. Da igual. Solo quiero sacarte de aquí y, cuando estemos solos y tranquilos, pensaremos dónde nos vamos a marchar —declaró sin quitar ojo a la banda que tenía ante él y se reunía sobre el capó del coche de Adrián. Suponía que para poner en común el botín. Le era indiferente, no quería saberlo—. Hablaré con mi madre, estudiaré las posibilidades que tiene si trasladamos su tratamiento a otra ciudad, incluso a otro país y nos largamos —declaró dolido con la situación mientras metía las llaves en el contacto. Se notaba en el tono de voz—. Espero que no te importe que venga mi madre. No puedo dejarla sola otra vez —confesó mirándola. Estaba nervioso por el futuro.

Emma le cogió la mano que había colocado sobre la palanca de cambios.

—Todo irá bien. Juntos podemos con todo y claro que nos llevamos a tu madre —le dijo mirándole con una tímida sonrisa en los labios, no porque no sintiera lo que decía, ni la alegría de salir de allí, sino porque en ese momento los nervios no le permitían hacerlo de otra forma.

Hugo iba a arrancar el coche, cuando se vio rodeado por un círculo de luces.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma poniéndose la mano frente a los ojos para hacer las veces de visera. La estaban deslumbrando.

—Creo que ha llegado la caballería —contó Hugo en un tono de voz más animado, levantando las manos, en parte para quitar un poco de luz en sus ojos, en parte para que los policías vieran que no tenía armas y no oponían resistencia.

La banda se dispersó por el descampado intentando huir.

Poco a poco vieron como los policías los llevaban esposados al centro del círculo.

Estaban tan absortos con la operación policial que tenían ante ellos, que no se dieron cuenta de que los agentes también se dirigían a ellos.

La puerta del conductor se abrió.

Hugo miró para ver de quién se trataba.

—¿Estáis bien? —preguntó Pedro asomándose al vehículo.

—Ahora sí —contestó el muchacho sonriéndole.

—Los tenemos. Ha costado, pero ya son nuestros —le informó antes de dejar paso a las personas que aguardaban detrás de él.

Hugo miró a Emma con otro ánimo.

—Quizá no haga falta ir a ningún sitio —afirmó sonriendo.

—Da igual. Ahora somos libres. Mientras estemos juntos, todo irá bien —aseguró acercándose a él para dejar un beso en los labios.

—¡Venga ya! ¿No podéis dejar de besaros ni un segundo? ¿En serio? —les increpó Sira que, junto a Jorge, les esperaba fuera del coche.

La pareja deshizo el beso entre sonrisas cómplices y salió del vehículo.

—¿Qué pasó, amigo? —preguntó Jorge mientras los dos hombres se fundían en un abrazo.

—Era una trampa, pero lo hemos conseguido. Gracias por tu ayuda —le agradeció que avisara a la policía.

—Recibimos la ubicación de Emma, pero cuando llegamos, ya no había nadie, solo estaba tu coche y decidieron esperar a ver qué sucedía. Suponíamos que alguien vendría a recogerlo para seguirte la pista. Han sido horas eternas, pero ha salido bien.

—Habéis acertado de pleno. Gracias —insistió palmeándole la espalda a su colega.

—Amiga, pensé que no te iba a ver nunca más. ¡Qué angustia he pasado! —dijo Sira fundiéndose con Emma en un largo abrazo.

—Todo ha ido bien. Ya está —contestó cerrando los ojos para creerse también que así era.

—Espero que los enchironen para toda la vida —declaró, aunque sabía que eso no iba a suceder.

—Yo me conformo con que nos dejen en paz.

Las dos amigas deshicieron el abrazo y se miraron.

Ese era el mejor deseo que podían pedir.

—Nunca pensé que Diego podía estar tan metido en esto —susurró Sira a su amiga. No sabía cómo se habría tomado este descubrimiento.

—No lo quiero pensar —confesó angustiada—. ¿Con quién compartía mi vida? Es de locos. Se miraron unos segundos sin decir nada.

Era amigo de las dos, compañero de clase desde la guardería... Estaban muy sorprendidas.

Los chicos acudieron a su lado. No hablaron más del tema.

Los cuatro amigos se reunieron, felices de aquel final.

Miraron al frente.

Diego y Adrián les miraban esposados contra el capó del coche.

—Qué diferente puede ser tu vida si tomas una decisión incorrecta, ¿eh? —dijo Jorge mirando a sus compañeros de adolescencia, a gente del barrio como ellos que había estropeado su futuro por querer una vida fácil y sin esfuerzo.

Emma miró a Diego con pena. Si alguna vez le hubiese dicho lo que hacía por las noches, hubiese intentado disuadirle, pero nunca se lo contó, nunca pudo ayudarle.

—Hay personas que lo han tenido todo, pero lo han tirado a la basura —dijo apenada pensando en él.

—Da igual de dónde seas, dónde estudies o tu apellido, las decisiones que tomamos y el tener la cabeza bien amueblada para que sean lo más correctas posible, hacen nuestra vida —dijo Hugo sabiendo muy bien de lo que hablaba.

Un chaval superdotado que había estudiado en colegios públicos toda la vida porque no se podía permitir otra cosa, con una familia desestructurada y difícil, con problemas cada día, siempre en el filo de la navaja, pero que tenía claro por qué hacía lo que hacía y sus límites. Lo había conseguido. Quizá no de la mejor forma posible, pero había logrado esquivar el mal.

—Ellos son de nuestra edad, hemos ido juntos al colegio desde infantil... Podían tener un trabajo como nosotros, soñar con una casa para independizarse, viajar, disfrutar... —relató Sira incrédula.

—Decidieron llegar por un atajo —interrumpió Emma el pensamiento en voz alta de su amiga—. Para lograr algo en la vida hay que esforzarse, trabajar, luchar. Ellos buscaron el camino equivocado. Ahora tendrán que pagar por ello.

—Lo pagarán toda su vida —explicó Jorge.

—Lo siento por ellos, pero no me dan pena. Son adultos, aunque sean jóvenes. Cuando corríamos con dieciocho años estaba igual de mal, los delitos son los mismos e igual de procesables, pero seguir con ello en el tiempo como forma de vida, es voluntario, una decisión individual. Su decisión. Y acarrea graves consecuencias.

Pedro, que los escuchaba de cerca, solo podía alegrarse de que todo hubiese salido bien.

Su chico no formaba parte de aquella banda de ladrones, aunque hubiese colaborado en este último golpe obligado por las circunstancias. Por fin se libraba de aquel lastre.

—Espero que alguna vez nos digan quién fue el tipo que te suplantó en aquel vídeo —comentó Emma.

—Se llama Ernesto y era uno de los camareros del bar de Nacho, ¿os suena? —les dijo a su espalda el policía, haciendo que se volvieran a mirarle.

—¿Ernesto? ¿En serio? —preguntó Sira desconcertada.

—Acabamos de pedirles que se suban la pernera del pantalón izquierdo y se ha comprobado.

—Por eso nos tenía tan controlados —susurró Emma pensando en que casi todos los días

tomaban algo allí, pero no solo ellos, casi todos los chavales del barrio.

—Allí captaban a los nuevos —afirmó Hugo sin necesidad de que Pedro le diera la razón. El bar era el sitio perfecto para ello—. Espero que Nacho no estuviera al tanto de esto. Sería una gran decepción.

—Lo averiguaremos —aseguró el policía—. Ahora tenéis que acompañarnos —pidió a Emma y a Hugo con pesar—. He intentado que os dejaran descansar y declarar mañana, pero los jefes las quieren ya. Lo siento —se disculpó.

—¿Estoy detenido? —preguntó el chico, pensando en que no sería descabellada esa posibilidad, aunque no le estuvieran tratando como a ellos.

Emma se abrazó a él un poco asustada por la respuesta.

—No. Has sido nuestro topo en la operación, no te vamos a detener, pero solo tenemos setenta y dos horas antes de que pasen a disposición judicial y, cuanto antes tengamos todos los detalles, más atado estará el caso. Llevamos mucho tiempo detrás de ellos. —Hugo asintió más tranquilo, envolviendo a Emma con sus brazos—. Además, tienes una testigo que lo corroborará todo.

—Testigos —replicó Sira—. Voy con ellos. Soy su abogada —añadió a pesar de saber que no era necesario recordárselo a Pedro.

—Contaba con ello —contestó el policía sonriendo a la chica.

—¿Podemos ir con nuestros coches o nos llevan en los patrulla? —preguntó Jorge incluyéndose.

—Podéis ir en vuestros coches. Nos vemos en la comisaría —se despidió el hombre antes de darse la vuelta y ordenar a un grupo de agentes que le siguieran.

CAPÍTULO 35

Aquel lunes fue largo para todos.

En la comisaría las cosas transcurrieron bien.

Hugo contó todo lo que sabía sobre el robo y los ladrones. Se demostró que él no fue quien robó años atrás, quedando libre de los cargos y el juez, en una vista rápida, determinó que no estaba implicado directamente en el robo de horas antes, sino que había sido coaccionado y amenazado, tanto él como Emma, para ayudarles con su hábil conducción para escapar.

Sira, que representaba a la pareja como letrada, tuvo poco trabajo, pero no les dejó solos ni un segundo por si la necesitaban.

Jorge, fiel amigo de Hugo y enamorado de la abogada, aportó los datos que recordaba de cinco años atrás que, sumados a los de su amigo y a todo lo acontecido recientemente, ayudaron a los policías a recomponer el puzle.

Emma colaboró con cuanto pudo, incluso con las preguntas incómodas sobre Diego y su relación pasada.

Le preguntaron por fechas concretas, horarios e incluso lugares. En algunas ocasiones sí lo recordaba al coincidir con días importantes de su vida o de su trabajo, en otras, eran días más de la rutina y no tenía ni idea.

Aun así, se sorprendió de todo lo que Diego había hecho desde la adolescencia. Según se iba descubriendo por los datos policiales, había cometido muchos delitos de los que no era consciente, ni tampoco se lo esperaba. Era Adrián el que tenía fama de delincuente y no le extrañaba nada de él, ¿pero Diego? No daba crédito.

A la salida de la comisaría estaban agotados.

Emma y Hugo salían de la mano. Ya casi era de noche de nuevo.

Sandra, Vicente, Carmen y Alfredo, les esperaban algo más tranquilos que cuando Pedro les llamó para informarles de lo que había pasado y qué hacían sus hijos en la comisaría.

La más tranquila era Carmen. Sabía que Pedro cuidaría de ellos como siempre había hecho pero, aun así, no pudo controlar la emoción de ver a su hijo por fin libre de todo lo que había lastrado en la vida.

Caminó deprisa hasta él, consumiendo las pocas fuerzas que le dejaba la quimio.

Hugo la recibió envolviéndola con el brazo libre, sin soltar la mano de Emma.

—Tranquila, mamá. Todo está bien. Se acabó. Somos libres —aseguró escuchando el sollozo de alivio de su madre.

—Estoy tan orgullosa de ti —susurró mirándole a los ojos emocionada. Hugo sonrió tímido con los ojos vidriosos. Carmen miró a la chica—. Emma, gracias por cuidar de mi hijo, por quererle, por ayudarle. No sabes lo importante que eres para él. Todo lo que has hecho significa mucho para mí. Gracias —dijo en un hilo de voz que se iba apagando a cada palabra.

Emma cogió la mano de la mujer. Se la notaba muy cansada, demacrada por la enfermedad, pero con un brillo en los ojos de felicidad por ver a su hijo libre por fin, que le hacía olvidarse de todo eso.

—Él también me ha salvado a mí —confesó—. A pesar de enfrentarnos a grandes retos, nos

queremos y nos hemos reencontrado. Creo que no puedo pedir más a la vida.

—Dejadlo las dos, por favor —rogó besando a su madre en la mejilla en primer lugar y en los labios a Emma, después.

El chico avanzó con las dos mujeres flanqueándolo, directo a los padres de Emma que aguardaban la llegada de su hija.

Sandra estaba más serena, pero a Vicente se le veía nervioso y enfadado.

Carmen se apartó de la pareja antes de llegar frente a ellos. Entendía el disgusto de ver a su hija declarando en la comisaría y envuelta en una situación tan comprometida, pero después de lo mal que lo habían pasado los últimos años, ella solo quería pensar en ese perfecto final.

—Vicente, Sandra —los saludó el chico mientras Emma se abrazaba a su madre y su padre fijaba la mirada en el muchacho.

—Ahora mismo no quiero hablar contigo —dijo el hombre a Hugo—. No quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme o que haga daño a Emma, y no me lo perdone.

—Lo comprendo —asintió tranquilo. Era comprensible. Ella no le había contado nada a sus padres sobre aquello por lo que, enterarse de golpe de todo, a lo que añadir que su ex pareja era uno de los principales ladrones de la banda, era difícil de digerir.

—Papá, Hugo no tiene la culpa de nada. Él solo ha ayudado a cogerlos —intentó defenderle.

—Él corría en carreras ilegales y jugaba a timbas de póker cuando estabas en el instituto poniéndote en peligro. Incluso podía haberte incitado a que lo hicieras también.

Emma se apartó de sus padres poniéndose junto a Hugo.

Era cierto y entendían su enfado ante una situación tan delicada, pero se estaba pasando. No tenía ni idea de los motivos por qué lo hizo.

—Papá, será mejor que nos vayamos a casa y allí te explicaré bien todo lo que ha pasado —intentó llevárselo.

—No hay nada que aclarar. Me engañaste cuando sabías que estaba muy preocupado por ti. Ya te dije que no estaba de acuerdo con tu relación en él, pero la respeté —explicó intentando controlar el tono de voz, pero se le estaba yendo de las manos.

—Vicente, por favor. No es el momento ni el lugar. Vamos a casa —pidió Sandra mirando alrededor.

—Id vosotros si queréis. Necesito pensar —dijo dando un par de pasos atrás.

—Hugo no es como usted se cree —intervino Alfredo, que había estado callado todo el tiempo, escuchando con atención.

—Será mejor que tú no me digas ni media palabra más —pidió al hombre.

—Oh, ya lo creo que sí voy a decir más de media palabra y será mejor que me escuches.

—Papá, por favor. Hay que respetar a Vicente. Es normal que esté enfadado. Habrá momentos para hablar de esto más adelante —pidió Hugo acercándose a él.

—No, este hombre debe oír la verdad. Que juzgue después —dijo con rotundidad mirando a su hijo—. Estoy orgulloso de quién eres, de quién has sido en cada etapa de tu vida, tan íntegro, valiente e inteligente que no puedo describir con palabras lo mal padre que he sido —declaró con las lágrimas acumuladas en los ojos. Se los limpió con un pañuelo de algodón que sacó del bolsillo y se giró para mirar al padre de Emma—. Mi hijo ha jugado al póker y ha participado en carreras ilegales, muchas veces, más de las que soy consciente seguramente, pero todo ha sido por un motivo: salvar el taller, a su madre y a mí. El problema siempre he sido yo. No él —

confesó a Sandra y Vicente lo que los amigos ya sabían, así como Carmen o Pedro que, ante la reunión a las puertas de la comisaría, había bajado para verla y saber qué sucedía—. Me jugaba el dinero que no tenía a las cartas, incluso el taller en varias ocasiones con todos los coches de los vecinos del barrio dentro, y Hugo, que sabía lo que estaba haciendo, y tantas veces ha intentado evitar, se iba a correr en moto o en coche arriesgando su vida, para ganar el dinero que necesitaba para cubrir la deuda. Algunas semanas no ha dormido para intentar recuperar el dinero, jugando al póker o corriendo para rescatar el taller, para después, arreglar los coches pendientes de entrega para que no perdiera ningún cliente.

Vicente no daba crédito a lo que le contaba.

Había habladurías en el barrio, incluso él mismo tuvo un altercado por el retraso en el arreglo de su coche que, refrescando la memoria, descubrió que reparó el muchacho, pero siempre pensó que eran excusas para perdonar el comportamiento del chico.

—Papá, ya está. Vamos a casa —le pidió Hugo con dulzura. Nunca le había escuchado contar la verdad. Estaba seguro de que era la primera vez que decía todo aquello en voz alta.

—No. La gente no puede ponerte una etiqueta tan grave como a Diego o El Chino. Tú no eres como ellos.

—No me importa, papá —confesó cogiéndole la mano con cariño por primera vez en muchísimo tiempo—. Sé quién soy y lo sabe la gente que me quiere. No necesito más. Vicente solo defiende a su hija. Yo haría lo mismo. Tú lo estás haciendo conmigo ahora y te lo agradezco, pero estoy seguro de que poco a poco todo se tranquilizará y podremos hablar.

Alfredo asintió. Si era el deseo de su hijo, lo iba a respetar. Bastante daño le había hecho ya.

—De acuerdo, no diré nada más sobre ti, pero permíteme una última cosa —le pidió. Hugo asintió. Alfredo se volvió a mirar a Vicente—. Tiene una hija espectacular. Estoy muy feliz de que quiera a mi hijo porque son una pareja increíble y se aman con locura. Espero que puedan ser felices de una vez. Se lo merecen.

Emma apretó los labios aguantando las lágrimas.

Entendía a su padre, por supuesto que sí, pero también a Hugo y a Alfredo.

—Papá, todos estamos cansados. Ha sido un día duro y entiendo que para ti es muy difícil todo esto pero, por favor, vamos a casa. Descansamos y mañana hablamos con tranquilidad.

Vicente la miró confundido.

—¿Todo eso es cierto? —preguntó a su hija. No iba a esperar al día siguiente para saber qué había estado pasando delante de sus narices.

Emma cogió aire.

—Sí, es cierto. Cuando conocí a Hugo en el instituto no sabía de su situación familiar. Me enteré de lo que pasaba cuando empezamos a tener una relación más cercana.

—¿Y cuándo te he enseñado yo que era buena idea seguir con una relación así?

La chica lo miró unos segundos pensando mucho lo que iba a decir.

Era su padre, lo quería y respetaba al máximo, pero también a Hugo.

Miró a su chico, él sabía como era ella, como pensaba y actuaba, el amor y profundo respeto que sentía por su familia.

Esbozó una tímida sonrisa de ánimo que pasó casi desapercibida al resto. Ella apretó los labios una vez más y cogió aire.

—Desde que tengo uso de razón —dijo contundente.

Vicente enarcó las cejas confuso.

—Emma... —dijo entre dientes sin comprender.

—Tú me has enseñado a creer en las personas, no en las habladurías. A conocer la verdad del corazón de la gente. Creo que en parte me hice periodista por eso. Era una oportunidad de dar humanidad a los datos, a los acontecimientos, y eso también me lleva a tener relaciones con la gente más allá de lo que otros digan o piensen. —Vicente suspiró. Ella tenía razón. Cerró los ojos un par de segundos comprendiendo—. Hugo era un chico misterioso, con pinta de peligroso, súper inteligente, que había repetido curso, además de cariñoso y amable. Nada cuadraba y obviamente me pudo la curiosidad —dijo mirando a su chico con media sonrisa melancólica. Aquellos días descubriéndose fueron muy especiales. Hugo le guiñó un ojo cómplice. Esa época fue de las mejores de su vida, a pesar de todo—. Simplemente conocí al verdadero Hugo, con sus sonrisas, palabras bonitas, detalles que jamás nadie ha tenido conmigo y una comprensión de mí que asusta —guardó silencio de nuevo. Miró a su padre. Su semblante era más tranquilo, justo lo que necesitaba para continuar—, pero también sus problemas. Es lo que tiene querer a la gente, que te quedas con el lote completo. —Vicente asintió. Todo el mundo tiene problemas y se comparten cuando estás con otra persona. El tema que le preocupaba era la gravedad de los que compartían ellos. Emma sonrió intentado animarle—. Pero todo esto que nos ha pasado ha sido un accidente en nuestras vidas. Quizá no sea muy común llamarlo así, pero creo que es lo mismo que cualquier otro. Da igual que sea de coche, de moto, una caída, una pérdida, un cambio de rumbo drástico... Nos enseña mucho sobre nosotros mismos. Se pelea, se supera y se sigue. A veces con normalidad, otras hay que reinventarse, en otras tienes que marcharte para sobrevivir como hizo él... —La emoción no la dejaría hablar mucho más. Miró a su padre sonriente—. Hugo es un gran hombre que hizo lo necesario para salvar a sus padres y el negocio familiar en un momento muy difícil, aun siendo un adolescente. No era algo adecuado, de acuerdo, pero no tenía otras opciones a mano. ¡A saber qué habríamos hecho nosotros! —Eso hizo que todos los adultos se mirasen entre ellos. Quizá hubiesen hecho lo mismo o algo peor por salvar a los suyos—. Ahora ha vuelto a cuidar a su madre y aquellos tipos se han querido aprovechar de su habilidad al volante. Diego se ha querido vengar porque yo no le he querido jamás ni una cuarta parte de lo que quiero a Hugo —Vicente la miró aterrorizado. ¡Qué había pasado en la vida de su hija todo este tiempo! Se sintió desconectado de ella por primera vez—, pero el plan se ha vuelto en su contra y, por suerte, los han detenido. Fin de la historia. Todos estamos bien y podemos recuperar nuestras vidas. No hay más, papá.

—Te parece poco —susurró con la voz quebrada. Cogió aire. Le dolía el pecho de la pena que sentía—. ¿Por qué nunca me lo has contado? —preguntó.

—También me has enseñado a ser independiente y resolver mis cosas, ¿recuerdas? Si hubiera necesitado tu ayuda o tu opinión, habría acudido a ti sin dudar; pero lo resolvimos nosotros —declaró señalando a Hugo y luego a ella misma—. Como hacéis mamá y tú. Como una pareja.

Vicente comprendió la actitud de su hija.

Lo que había hecho era un reflejo de su educación, de lo que veía en casa, de lo que la había enseñado desde pequeña.

Asintió con los ojos cerrados.

—Lo has hecho muy bien —susurró su madre besándola el pelo. Emma no pudo contener

más las lágrimas—. Gracias, Hugo, por cuidar de mi niña.

El muchacho asintió.

—Es mi prioridad —dijo mirando a su chica—. Siempre lo ha sido. Nunca la he puesto en peligro. Ni antes, ni ahora. Hemos discutido por querer saber más, implicarse o acompañarme en algunas ocasiones, pero yo no puedo decidir por ella. No es justo. Lo hice cuando me marché y fue un gran error. Ahora solo podía protegerla, no apartarla.

—Creo que es mejor que nos vayamos a descansar —intervino Carmen intentando dejar la discusión en aquel momento más dulce.

—Lo siento —dijo Vicente a Hugo ante la sorpresa de todos—. Emma tiene razón. Confío en ella y su criterio, es solo que nos hemos encontrado con todo esto de golpe y he hablado antes de tiempo. De verdad que lo siento —insistió en la disculpa.

No tenía claros los hechos, ni lo que había pasado en todo ese tiempo. Había muchas cosas que aclarar, pero el discurso de su hija estaba lleno de verdad, de sentimiento y amor. Siempre había confiado en ella, no iba a dejar de hacerlo ahora.

Hugo se acercó a él con decisión y sin decir ni una palabra, abrazó al hombre.

Vicente, confundido aún por el gesto del muchacho, le palmeó la espalda, primero con timidez, y después le abrazó.

—Bueno, familia, necesito comer y dormir —declaró Sira cogiendo la mano de Jorge—. ¿Vosotros no?

Todos rieron ante el comentario y, al contrario de lo que se podía pensar minutos antes, decidieron cenar juntos en alguno de los restaurantes del barrio.

La familia de sangre es importante, pero la que uno elige, también.

Tener las dos unidas, es lo más bonito de la vida.

CAPÍTULO 36

Hugo tenía una cuenta pendiente que resolver:

Pedro le había contado todo el entramado de apuestas ilegales con las que la banda de Adrián y Diego, Los Formula 1, pagaban los soplos para cometer los robos de años atrás, pero también como el mercado había crecido, ahora cometían robos por encargo.

La banda se había especializado en robar solo aquello que ya habían vendido previamente.

Era más seguro, puesto que el material no estaba en sus manos más que unas horas y el dinero era seguro.

Fue cuando Hugo comprendió la razón por la que los ladrones, en el robo en el que le utilizaron para conducir el coche de la huida, solo portaban unas pocas bolsas con joyas cuando podrían haberse llevado mucho más.

Todo lo «tomado prestado», estaba ya solicitado por encargo.

Pedro también le había asegurado que Nacho, el dueño del local donde se reunían desde que se conocieron, no estaba implicado en los robos pero, que uno de sus camareros estuviese en el último golpe y los demás fuesen asiduos del local, no le olía nada bien.

Se presentó con Emma a desayunar al día siguiente de salir de la comisaría de declarar.

Estaba detrás de la barra sirviendo unos cafés a unos clientes y palideció en cuanto los vio entrar:

Hugo le hizo una seña con la cabeza para que les atendiese en la mesa de siempre.

Nacho acudió al verlos en cuanto acabó de atender:

—Hola, chicos. ¿Qué tal estáis? Ya me he enterado de todo. Estoy muy disgustado —les contó con tristeza nada más llegar, tomando asiento frente a la pareja al otro lado del reservado.

—Nosotros también —dijo Emma cogiendo la mano de su chico por debajo de la mesa para que fuese con calma. Ella estaba segura de que aquel hombre no sabía nada, pero Hugo ya no se fiaba ni de su sombra.

—Ernesto... Hugo. ¡Ernesto! —exclamó el hombre en un susurro ahogado mirando alrededor.

La gente se había enterado de las detenciones, pero no quería airearlo en el local.

—¿Y no te extraña que hayan detenido a Diego y al Chino? —fue a por él sin pensar.

Nacho le miró incapaz de contestar de inmediato.

Unos segundos después, habló:

—Sabía que corrían, como hacías tú —apostilló con calma—. Yo tenía claro que algo raro pasaba cuando de repente desaparecíais todos del local y Diego me lo contó, pero nunca imaginé que eran de la banda de ladrones de la tele. ¡Jamás!

Hugo no perdía detalle de sus gestos, de las palabras. No quería que le engañase nadie más.

—¿Nunca sospechaste? En estos años que yo no he estado en España y han cometido muchos robos.

—Nada. Ernesto solía salir de trabajar a la una como muy tarde. Ya sabéis que mi gente trabaja a turnos al abrir muchas horas, y jamás ha desaparecido sin avisar o ha faltado a un turno. Todo ha sido normal —declaró colocando los brazos sobre la mesa para acercarse a ellos—.

Nunca te engañaría, Hugo. Esto es muy grave y hace mucho daño a mi local. Llevo años abriendo cada día con ilusión y puedo perderlo todo.

Emma apretó la mano de su chico. Este la miró.

Era cierto, aquel hombre tenía mucho que perder si se metía en una organización como aquella.

Regresó a Nacho.

—No te preocupes, nosotros seguiremos viniendo por aquí —le dijo más tranquilo, con media sonrisa en la boca.

El hombre se la devolvió aliviado. Eso quería decir que le creía y su relación continuaría.

—Gracias, amigo. Ahora mismo os sirvo un desayuno que ni los reyes —les dijo levantándose como un resorte.

—Tranquilo, Nacho. Café y tostada de pan estará bien —le dijo Emma temiendo lo que podría traer si no ponía freno de inmediato.

—Y unos churritos —gritó ya en la puerta para entrar a la cocina.

La chica rio mientras negaba con la cabeza. Nada iba a cambiar por allí.

Miró a Hugo con los ojos entrecerrados.

—¿Seguiremos viniendo? —preguntó curiosa por la afirmación de un momento antes.

Con todo el ajetreo no habían podido hablar del futuro con seriedad.

Ahora eran libres, podían decidir con tranquilidad qué hacer con sus vidas y aquel momento podía ser tan bueno como otro cualquiera.

—Sí. ¿No te parece bien? —preguntó serio.

—Me parece muy bien, pero... ¿Eso quiere decir que te quedas en Madrid?

Hugo la miró con su media sonrisa sexi.

—Podemos hacer lo que quieras —propuso pasando el pulgar por los labios de Emma—, pero tu trabajo está aquí. Yo tengo que cuidar de mis padres y puedo hacer proyectos por encargo desde España.

—Vale —asintió disfrutando de la caricia y de las noticias—. Nos quedamos. De momento.

Él sonrió.

—Cuando mi madre mejore y tengas vacaciones, podemos ir a Estados Unidos y así conoces a mi familia de allí, donde he vivido este tiempo...

—Me encantaría ir —declaró sonriéndole—. Yo no tengo ningún sitio interesante que enseñarte cuando tengas vacaciones —explicó tímida.

—No puede haber nada más interesante que enseñarme, que tú misma —susurró pegado a sus labios.

Emma sintió las mariposas en el estómago como si del primer beso se tratara.

Era la magia de Hugo.

Lo que le hacía sentir nunca lo lograría ninguna otra persona. Ya lo había probado.

—Si sigues hablándome así, me tendrás para siempre.

—Esa es la idea —dijo divertido antes de besarla.

EPÍLOGO

Madrid 11 de enero de 2020.

Emma estaba más nerviosa de lo habitual para ser su cumpleaños. Cumplía veinticinco, un cuarto de siglo y, a pesar de lo que pensaba cuando cumplió los veinticuatro, la vida sí podía ser mejor.

En su anterior cumpleaños no faltó la alegría, ni la diversión, tampoco la ilusión por el prometedor futuro que iba a emprender con Diego, pero solo fue un espejismo.

Ahora sí que tenía una nueva vida.

Ahora sí era feliz.

En muchas conversaciones de las que entablaba a diario con Sira, le decía que todo iba tan bien y era tan perfecto, que en algún momento habría una mala noticia, que algo pasaría, pero su amiga la animaba a pensar todo lo contrario. ¿Por qué tenían que irles las cosas mal?

Unos nudillos dieron un par de toques a la madera del marco de la entrada de su habitación. Ya estaba vestida ultimando su bolso.

—Estás preciosa —le dijo su padre desde el dintel de la puerta.

Emma se dio la vuelta para mirarlo y le sonrió.

—Gracias, papá —contestó cogiendo el abrigo y el bolso para marcharse.

Vicente observó a su hija. Ya era una adulta responsable e independiente que pronto volaría del nido. Se sintió orgulloso de ella.

—Hugo, ha venido a buscarte. Te espera en el salón.

Aquel anuncio la hizo sonreír.

—Vamos —contestó llegando a la altura de su padre. Lo cogió del brazo y dejó un beso en la mejilla.

Aún se sorprendía de ver a Hugo en su casa.

Durante mucho tiempo había sido una utopía, pero allí estaba por pleno derecho y con el beneplácito familiar.

—¿Dónde la vas a llevar? —preguntaba Sandra con complicidad.

—Si te lo cuento, ya no es una sorpresa —contestó viendo a su chica llegar.

Estaba preciosa con aquel vestido granate de manga larga, ceñido al pecho y a la cintura, pero con vuelo en la corta falda que llegaba hasta medio muslo y botines por los tobillos.

Emma sonrió a su madre.

—¿Querías enterarte de la sorpresa antes que yo? —preguntó divertida.

—Por supuesto —asintió sin ningún tipo de pudor— y no me he enterado porque te has adelantado un minuto —remató.

Todos rieron felices.

Hugo fue en busca de su chica y, tras un ligero beso en los labios, la pareja se despidió de sus padres.

Nada más llegar a la calle, el chico pulsó el botón de la apertura de puertas del coche que había aparcado cerca y la guio hasta allí.

—¡Qué frío! —exclamó Emma entrando al vehículo. Se acurrucó en el asiento con su

abrigo de plumas negro.

Hugo pasó por delante del capó para dirigirse a su asiento, sonriendo al verla tiritar.

—Enseguida pongo la calefacción —prometió nada más montarse.

—Espero que donde me lleves la temperatura esté por encima de los veinte grados —dijo frotándose las manos—. Con que esté a quince, me conformo —se corrigió rápidamente.

Hugo sonrió al escucharla, pensando en lo que había preparado.

—Antes de ir al Caribe, tenemos que ir a un sitio. Solo será un momento —anunció por sorpresa.

¿Dónde iba a ir a las nueve de la noche que no fuese un restaurante?

—Vale —accedió en un suspiro—. Si después vamos al Caribe, no hay problema —añadió divertida.

Hugo se acercó a ella y la besó en los labios.

Nunca tenía suficientes besos de ella y cualquier oportunidad era buena para robarle uno.

Nervioso, arrancó.

No fueron muy lejos. Se movieron por el barrio hasta una zona más nueva a la que se llegaba en coche en dos minutos, andando en diez o quince.

Cuando se aproximaron a un edificio blanco con balcones, una puerta de garaje se abrió y Hugo metió el coche en aquella rampa.

—¿Dónde vamos? —preguntó curiosa.

El hombre sonrió sin decir palabra alguna.

Emma se la devolvió un poco nerviosa.

En la plaza dieciocho se detuvo, aparcó el coche y apagó el motor.

—Vamos. Solo será un momento —pidió decidido.

La chica, confusa pero interesada por lo que estaba por venir, salió del coche sin demora.

Él le tendió la mano y caminaron hasta la puerta de salida. Allí tomaron el ascensor hasta la última planta.

—¿Me has montado una fiesta sorpresa en el ático de un desconocido? —preguntó inventando posibilidades.

—Fríó —contestó Hugo entrando al juego.

—Entonces has alquilado un *Airbnb* para que pasemos el finde, en vez de ir a un hotel —continuó levantando las cejas con picardía.

—Templado —contestó, invitándola a salir del ascensor que ya se había detenido y abierto sus puertas.

Emma salió al pasillo y lo miró.

Él señaló la dirección correcta por la que continuar y, de la mano, la llevó hasta una puerta.

Vio como sacaba unas llaves del bolsillo de su chaqueta marinera que le quedaba como un guante, se las mostró y abrió la puerta.

Muchas pistas no daba.

Aquel llavero no tenía ninguna señal identificativa, ni nada escrito. Solo llamaba la atención que el llavero era una moto negra, algo que él llevaría si fuesen suyas.

Cuando encendió la luz para que pasase, vio que todas las preciosas y modernas puertas blancas de las estancias que daban a aquel hall, estaban cerradas.

—Me estoy poniendo nerviosa —le dijo viendo un resplandor tras el cristal de una de ellas.

—Me encanta ver cómo reaccionas cuando no lo controlas todo —le susurró sensual al oído.

Lo miró mientras sentía el cosquilleo que le provocaba cuando la hablaba así, pero no dijo nada más. Ya no podía.

Hugo le dio la mano y la llevó hasta la puerta desde donde se veía ese resplandor.

Se colocó un poco adelantado. Quería ver su rostro cuando descubriera el secreto.

Emma no podía hablar.

Hugo abrió.

La habitación estaba vacía, tan solo decorada con hilos de alambre con diminutas luces led que le daban un ambiente íntimo y sensual, y un camino de pétalos de rosas que llevaban hasta un gran ventanal que daba a una terraza iluminada por más de esas luces.

Emma caminó por él con el corazón a mil por hora, echando miradas a Hugo para ver su rostro e intentar que el torbellino de pensamientos sobre lo que estaba pasando, parase, pero su mirada y esa sonrisa pícaro de su boca, no le decían nada.

Llegó al final.

Cogió aire nerviosa.

Salió.

Era una zona cubierta dispuesta con cortinas de cristal para poder disfrutarla en invierno, pero había más. Solo separaban esa parte de la exterior, que parecía dar la vuelta a la casa.

Una mesa de cristal los esperaba decorada con más luces, rosas, dos copas y una cubitera de hielo con una botella dentro.

—¿Todo esto lo has preparado tú? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí —contestó escueto observándola.

—Es precioso. No tengo palabras —contestó con los nervios disparados—. ¿Vamos a cenar aquí?

Hugo se acercó a la cubitera, abrió la botella sin contestar la pregunta y lo sirvió.

Cogió un mando a distancia que había al lado y pulsó un botón. La música sonó por todo el ático por el hilo musical.

—Ven —pidió a la chica tras darle una copa.

Emma lo siguió hasta la cortina de cristal. Hugo abrió la puerta y salieron al exterior.

Se acercaron al borde de la terraza caminando de la mano, con una copa cada uno.

Se asomaron a disfrutar de las vistas.

El edificio estaba en una de las zonas elevadas del barrio y, por la situación del ático, podían ver todo Madrid.

—Guau... —susurró Emma admirando la imagen.

Hugo no miraba el paisaje, ya lo había visto unas cuantas veces en los últimos días. Lo que estaba esperando con anhelo, era la reacción de Emma al verlo.

—Es una pasada, ¿verdad? —preguntó sin quitarle ojo.

—Ya te digo. Tiene que ser alucinante tener esto cada día —apreció convencida de que lo había alquilado para el fin de semana, como le había preguntado antes.

—Ver amanecer, atardecer, trabajar en esa mesa —enumeró cosas que sabía que le gustarían.

—Sí —contestó cerrando los ojos imaginándolo.

Hugo lo disfrutó. Sabía que ella hacía esas cosas cuando algo le gustaba y para él, era la señal.

—Puedes hacerlo. Cada día... —susurró muy cerca de su oído.

Emma abrió los ojos con cautela. Lo miró con gesto contrariado. ¿Qué quería decir?

—Ojalá —contestó sincera, pero expectante. Algo tramaba.

Hugo sonrió.

—Solo tienes que venirte a vivir conmigo —propuso nervioso—. Vente a vivir conmigo —insistió por si no había quedado claro la primera vez.

Ella sonrió apretando los labios durante unos segundos sin saber qué decir, sin procesar realmente aquellas palabras. Después miró alrededor asombrada, enlazando lo que veía con lo que le acababa de escuchar.

—¿Esta casa es tuya? —preguntó incrédula.

—Nuestra —contestó inquieto—. He vendido una de mis patentes para el desarrollo de un motor a la NASCAR —contó por fin su gran noticia—. Estaba deseando firmar el contrato y cobrar el adelanto para poder comprarnos una casa. No he pensado en otra cosa que hacer con él —explicó ilusionado y muy nervioso.

Emma lo miró apretando de nuevo los labios, muy feliz por lo que le contaba. Era su sueño hecho realidad poder entrar en el desarrollo de coches de esta forma.

—¿De verdad? —preguntó en un hilo de voz emocionada—. Enhorabuena, mi amor. Estoy muy feliz por ti.

—Y yo de ti. Felicidades por tu nuevo contrato en el canal. Son listos, saben que no deben dejarte marchar a la competencia.

Hugo sonrió mientras veía como ella se sonrojaba por sus palabras.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó sorprendida de que ya lo supiese.

—Tu madre quería chantajearme a cambio de contarle mi sorpresa —contó entrecerrando los ojos divertido mientras se mordía el labio.

Emma cerró los ojos sonriendo al imaginar la escena.

—¿Y la tuya? —se interesó por Carmen con una punzada de miedo a la respuesta. Habían ido al médico esa misma tarde a la revisión y, aunque él había escrito un mensaje de whatsapp con un escueto «todo Ok», no habían podido hablar más después.

—Va muy bien. El tratamiento ha funcionado y está limpia —contó contento, pero prudente. Ya habían vivido la experiencia con anterioridad y había regresado la enfermedad.

—Eso es fantástico, Hugo —lo animó muy contenta—. Me alegro mucho por tu madre. Se merece ser feliz por fin y si es con Pedro, mejor —apreció emocionada.

Él la miró asintiendo, mordéndose el labio inferior para no emocionarse también. Estaba de acuerdo y, contar con la compañía y el amor del policía que tanto había significado en sus vidas, era un respiro para Hugo; un seguro para poder marcharse y emprender su vida deseada por fin.

Inquieto, dejó la copa de vino en el poyete de la terraza. No quería desviar más el tema. Estaba muy nervioso y la respuesta que anhelaba parecía escabullirse entre los dedos.

Till The End de Jessie Ware, parecía darle el empujón que necesitaba para buscarla.

Le quitó la copa a Emma y la dejó al lado.

Sus logros profesionales eran importantes, desde luego, también la salud de su madre tras su

larga lucha, pero en ese instante habían pasado a un segundo o tercer plano. Eran cosas resueltas que ya estaban en el estante de la vida.

Necesitaba dar un paso más.

Cogió aire y la miró con determinación.

—Emma, ¿quieres compartir tu vida conmigo en esta casa?

La mujer lo miró emocionada.

No se había olvidado de la propuesta.

Iba en serio.

Ese paso que estuvo a punto de dar con Diego, ahora tenía todo el sentido que entonces fue dudoso.

La propuesta era el desarrollo natural de su relación.

Se habían dado el tiempo adecuado para readaptarse y también sus familias, para conocerse de nuevo y formar la sólida pareja que eran. Solo les faltaba dar el paso definitivo por el que parecían no decidirse.

Hugo tenía miedo de que su decisión imperiosa de buscar la casa más bonita cerca del barrio, no fuese un impedimento.

Sabía que a ella le gustaba controlarlo todo y no le había dejado opción, pero también que había acertado de lleno comprando ese ático. Era perfecto. Cumplía con muchas de las cosas que habían hablado cuando soñaban que vivirían juntos; una de ellas, no irse del barrio, pero tampoco estar pegados a sus familias. Otros detalles, como que una parte estuviese al aire libre y que fuese blanca eran obvios.

Lo había cumplido todo.

—En esta casa o en el fin del mundo —contestó emocionada con una lágrima cayendo por la mejilla—, pero contigo. Siempre.

Hugo sonrió feliz.

—Empezaremos aquí, si te gusta —dijo divertido.

—Es perfecta, como tú.

No la dejó seguir; rodeó su cintura con una mano, con la otra secó el camino mojado que había dejado la lágrima en su mejilla y la besó.

Habían caminado mucho hasta llegar allí.

Por fin tenían toda la vida para disfrutarlo juntos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

De nuevo he llegado hasta aquí.

Cada libro es una aventura desde que empieza a crearse en mi cabeza, hasta que llega a vosotros.

Pero no solo lo es en lo profesional, el proceso creativo, búsqueda de información y demás, también en lo personal, porque cada historia tiene otra secundaria que la acompaña en mi día a día. Este ha sido especial y sus detalles me han hecho recordar una época muy bonita de mi vida.

Gracias a mi editora, Teresa, por la confianza y darme la oportunidad de dar a conocer otro trabajo mío en su editorial, y gracias a Borja por la portada, por captar la esencia de Hugo y Emma en una imagen con solo unas ideas generales. Gracias chicos, sois geniales.

Gracias a mi marido por acompañarme en el camino, ayudarme para llegar a tiempo a las entregas y por su paciencia infinita. Tiene el cielo ganado.

Gracias a mi madre por echarme una mano con Dani cuando voy con retraso. Sin ella, las historias no saldrían.

Gracias a toda mi familia por el cariño y el apoyo continuo para que siga mi camino con ilusión.

¡Os quiero, familia!

Gracias a mis amigas, Merche, Soraya y Elena por estar siempre, siempre, siempre ahí. Tenemos que ir a tomarnos los mojitos pendientes, pero ya.

Gracias a mi amiga Belén por ayudarme en cada proceso para mejorar.

Gracias a Lidia por creer en Hugo cuando solo era una loca idea y hacer que me lo creyera yo antes de escribirlo.

Gracias a Eva, mi mallorquina por tener siempre palabras para mis trabajos.

Gracias a Cristina, mi sevillana, por hablar tan bien de mi trabajo y compartirlo con «Las Cuquis» con tanto cariño. ¡Gracias!

Gracias a Arantxa por estar cada día. Muchos años juntas, aventuras, vivencias y seguimos. Sin ellas no habría podido ambientar la parte amable de este libro...

Muchas de las cosas en las que me inspiro en esta novela sobre el barrio, los amigos, su «*dónde siempre*», son recuerdos de mi época de instituto.

Estudí en Carabanchel, en el instituto Calderón de la Barca y, como Emma y Sira, me cambié allí desde el colegio religioso, Nazaret Oporto, solo que al acabar EGB.

Lo que relato es pura ficción, por suerte fui muy feliz en toda mi vida académica y nunca me encontré en una situación como la de mis protagonistas, pero... si al bar de Nacho lo llamamos Wamba o Bodega Mapa, y a las chicas de mi historia las llamáis Arantxa y Mar, ese ambiente es el nuestro en los noventa. ¡Qué bien lo pasamos, amiga! Te quiero.

Un beso gigante a mis amigas y amigos del colegio e instituto; también al resto de amigos de aquella época. Tengo recuerdos preciosos de todos. Con algunos sigo teniendo contacto, con otros no, pero para todos, gracias por momentos inolvidables.

Mi juventud fue mucho más sana y dulce que la de los protagonistas, aunque tuvo algunas sombras que siempre estarán presentes, pero hubo quien tuvo peor suerte... Las trampas en la

vida siempre están. A veces caemos sin poder hacer nada para evitarlo por culpa de la situación que vivimos, nuestro entorno u otros factores que nos rodean, pero esquivemos las innecesarias.

Voy a hacer algo que nunca he hecho...

Quiero dar las gracias a Jacob Elordi por inspirar a Hugo tan, tan, tan bien en todos los aspectos. Su parte buena y dulce, con su trabajo en la película *The Kissing Booth* (¡gracias Merche por recomendármela!) y su parte rebelde, con el personajazo de Nate en la serie *Euphoria*.

Y lo más importante. ¡Gracias a mis lectores!

Gracias infinitas por estar a mi lado con cada trabajo, por llenarme de ilusión para seguir contando historias, por llegar hasta aquí.

¡Sois mis pilas! GRACIAS.

Si aún no me conocías y me has encontrado con este libro, puedes encontrarme en las redes sociales: Facebook, Instagram o Twitter y contarme qué te ha parecido la historia.

¡Mil besos!

